

POESÍAS

SELECTAS CASTELLANAS,

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA
HASTA NUESTROS DIAS.

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO III.

MADRID:
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑIA.
1807.

AMINTA.

FABULA PASTORAL

DE TORQUATO TASSO.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE JAUREGUI.

PERSONAS.

AMOR *en habito pastoril.*

DAFNE, *compañera de Silvia.*

SILVIA, *amada de Aminta.*

AMINTA, *enamorado de Silvia.*

TIRSI, *compañero de Aminta.*

SATIRO, *enamorado de Silvia.*

NERINA, *mensagera.*

ERGASTO, *mensagero.*

ELPINO, *pastor.*

CORO *de pastores.*

PROLOGO.

AMOR.

¿Quién creyera, que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un Dios? no un Dios agora
Selvaje, ó de la plebe de los Dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran Tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto, y en aquestos paños
No reconocerá tan facilmente
Mi madre Venus al amor su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mesmo; y de ambicion movida,
Qual liviana muger, me insiste y lleva
Á las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura, que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros mios
(Mis menores hermanos) da licencia,
Que puedan alojarse entre las selvas;
Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso;
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo;

Que á mí fué concedido, y no á mi madre
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto disfrazándome, y huyendo
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin siendo de madre,
Tienen fuerza; me escondo entre las selvas,
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
Á quien me manifieste, un dulce abrazo,
Ó algun premio mayor; qual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores,
Á quien me encubra della: esto á lo menos
De cierto sé, que los halagos mios
Á las doncellas les serán mas gratos
(Si yo, que soy Amor, de amor entiendo:)
Así me busca de ordinario en vano,
Que nadie quiere revelarme, y callan.
Pues por estar aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dexé las alas, el aljava y arco:
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles:
Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,
Y do quiera que pica, amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida
No menos incurable, al duro pecho
De la mas cruda Ninfa, que en los campos
Siguió jamás el coro de Diana.

Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombre de la Ninfa fiera)
Como una que yo hize, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Quando los dos de un modo pequeñuelos,
El por el campo á caza la seguia.
Y porque el golpe en ella mas encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro yelo, que apretado
Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo.
Pues para exeçutar comodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entremeterme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su esquadra.
En este puesto, en este haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse,
Que aqui presente mi Deidad asiste,
Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce, y delicado,
Pues en qualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto; en los pastores
No menos que en los héroes poderoso,

Y la desigualdad de los sugetos
Como me place igualo: esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio,
Que suelo hacer las rústicas zampoñas
A la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre, que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso;
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

DAFNE Y SILVIA.

Dafne.

¿Querrás, Silvia, en efeto
Sin los placeres de la hermosa Venus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿No oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

Silvia.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento:
Yo desta vida gusto, y mi deleyte
Es atender al arco y la saeta.

Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la mas brava:
Y mientras no faltáren
Al bosque fieras, y á la aljava flechas,
A mí no temo que placeres falten.

Dafne.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna:
Así la gente, que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,
Tuvo por dulce, y buen mantenimiento
Agua y bellotas: ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura si una vez gustases
Qualquier mínima parte del contento,
Que goza un corazon amante amado,
Dixeras suspirando arrepentida:
Todo el tiempo se pierde,
Que en amar no se gasta:
¡O mis pasados años!
¡Quántas prolixas noches,
Quántos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

Silvia.

Quando yo arrepentida suspirando

Esas palabras diga,
Que tú finges, y adornas á tu gusto,
Acia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre : amará el oso
El mar profundo, y el delfin los Alpes.

Dafne.

Conozco ya la juventud esquiva:
Así qual eres tú, tambien yo he sido,
Así tambien gocé de gentileza,
De rostro hermoso, y de cabello rubio:
Así tuve qual tú los labios roxos,
Y en mis llenas mexillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa.
Acuérdome, que solo era mi gusto
(¡ Qué simple gusto!) componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas: y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvage
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entonces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba;
Qual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
¿Mas qué no puede el tiempo? ¿y qué no puede
Sirviendo, mereciendo y suplicando,
Hacer un importuno y fiel amante?
Vencida fui, yo lo confieso, y fueron
Del vencedor las armas,

Humildad, y continuo sufrimiento,
Llanto, suspiros, y piadosos ruegos.
Mostróme en fin entonces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendime entonces de mi engaño,
Y simple ceguedad, y suspirando
Con voz alegre dixe:
Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,
Que desde aqui renuncio
Tu aljava, flechas, exercicio y vida.
Así tambien espero, que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero,
¿No es un gentil mancebo? ¿no te quiere?
¿Acaso no es querido de otras Ninfas?
¿Te dexa á ti por el amor de alguna,
O por el odio tuyo?
¿Pues en nobleza acaso le aventajas?
Si tú eres hija de Cidípe, y ésta
Nació del Dios de nuestro noble rio;
El de Silvano es hijo, cuyo padre
Fué Pan, aquel gran Dios de los pastores.
No es menos que tú bella (si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarilis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)

Que él, de ti desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella, que le adora:
¿Qué sentirás, me di? ¿con quáles ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre estar de ti burlando?

Silvia.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;
Y como no sea mio,
De quien quisiere sea;
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

Dafne.

¿De dónde nace tu aborrecimiento?

Silvia.

De su amor solamente.

Dafne.

Padre apacible de hijo riguroso:
¿Quando se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
O á mí, Silvia, me engañas, ó á ti mesma.

Silvia.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
Que de mí quiso le que yo queria.

Dafne.

Tú quieres lo peor; y él te desea
Lo que á sí mismo.

Silvia.

Tú, mi Dafne, calla,
O habla de otra cosa, si pretendes

Que te responda.

Dafne.

¡Qué desapacible,
Qué soberbia rapaza! dime al menos,
¿Si otro alguno te amára,
Admitieras su amor desa manera?

Silvia.

De aquesta misma admitiré á qualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

Dafne.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja?
¿El toro de la vaca?
¿Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla?
¿Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo, y animales,
Los hombres y mugeres? ¡y no adviertes,
Cómo todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo
Con qué dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera.
Oye aquel ruiseñor de ramo en ramo
Cómo salta cantando, yo amo, yo amo.
Pues la culebra (si es que no lo sabes)
Dexa el veneno, y corre

Fervorosa al amante.
Siente de amor el tigre;
Ama el bravo leon: tú sola fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
¿Mas qué digo leon, serpiente y tigre,
Que tienen sentimiento?
Tambien aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con quánto afecto,
Y con quántos abrazos repetidos
A su marido enlaza.
Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno, el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira;
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¿Qué has de ser en efeto para menos
Que las plantas, huyendo ser amante?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

Silvia.

Pues bien, quando á las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entonces quiero ser amante.

Dafne.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y así con mis palabras juegas.
¡O en amor sorda quanto boba y necia!
Mas anda, vendrá tiempo en que de veras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo quándo irás huyendo

Las fuentes, donde agora te deleytas,
Quándo huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea:
Bien que esto te avendrá, mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino, contaba el otro dia,
El sabio Elpino á su Licori hermosa?
¿La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Quándo el deber en el amor se hallára?
Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: Lejos de aqui profanos.
El dixo (y dixo, que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande,
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampoña le dexó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda pues, que alli se te apareje
Alvergue á tu fiereza, y será justo,
Que saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamás pudo sacarlo:
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida Ninfa y obstinada.

Silvia.

¿Y qué le respondió Licori entonces
A tales cosas?

Dafne.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, é inquieres los agenos.
Con los ojos le dió respuesta.

Silvia.

¿Cómo
Responder pudo con los ojos sólos?

Dafne.

Ellos á Elpino vueltos respondieron
Con una dulce risa: tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar: y esto bastára
Por muy cumplido premio al casto amante,
Quando él aquellos ojos
Juzgára verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

Silvia.

¿Y por qué no los cree?

Dafne.

¿Luego no sabes
Lo que Tirsi escribió, quando perdido
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en Ninfas y pastores?
No fué lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fueron:
El escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,

Donde me acuerdo haber asi leido:
Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; mas qué importa,
Si Amor impide, que de vos me aparte?

Silvia.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme, que es el dia prescrito,
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,
Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo, de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin pude matar.

Dafne.

Esperaréte,
Y aun yo quizá me bañaré contigo:
Mas quiero ir antes á mi casería,
Pues hasta agora no paréce tarde:
Espérame en la tuya iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

SCENA II.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas

He visto al llanto mio:
Mas no he visto jamás, ni ver espero
Compadecerse mi enemiga bella;
(Que no sé si muger la nombre, ó fiera)
Pero ya niega ser muger humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

Tirsi.

Pace el cordero la menuda yerba,
Y el lobo se alimenta del cordero;
Mas el amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamás mostrarse satisfecho.

Aminta.

Ay triste, que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto; solo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
Él y mi ingrata con los ojos beban.

Tirsi.

Ay Aminta infeliz ¿qué devaneas?
¿Qué estás diciendo? esfuérzate y conforta,
Que otra Ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruel.

Aminta.

¿Cómo podré hallar otra?
Si hallarme á mí no puedo, y si yo mismo
Me perdí, ¿qué ganancia
Adquiriré jamás que me contente?

Tirsi.

O misero zagal, no desesperes,
Que adquirirás la misma que deseas.
Sabe, que el tiempo largo enseña al hombre

Poner freno al leon, y tigre hircana.

Aminta.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

Tirsi.

Será breve tardanza; porque en breve
Se enojan las mugeres, y se aplacan,
Á quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento, y que la punta
De blanda espiga. Pero yo te ruego,
Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia; que si bien me has dicho
Diversas veces, que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste;
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el comun estudio de las Musas;
Que me descubras lo que á todos celas.

Aminta.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes, y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben;
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dexar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo:
Donde tal vez pasando aquella ingrata,
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie; y entre sí diga:
Este es mi triunfo: y de mirar se alegre,
Que ya es patente su vitoria á todos

Los pastores vecinos y extrangeros,
Que allí traiga la suerte ; y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia,
Que ella , aunque tarde , de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida.
Mas oye agora.

Tirsi.

Di , que bien te escucho,
Quizá con mejor fin , que tú no piensas.

Aminta.

Siendo yo zagalejo,
Tanto que apenas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una Ninfa
La mas amable y bella,
Que al viento dió jamás sus hebras de oro:
Bien conoces la hija de Cidipe,
Y del rico Montano , Silvia cara,
Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas , desta digo:
Viví con ésta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá , ni ha visto:
Eran nuestros alvergues
Bien juntos , pero mas los corazones:
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes:
Con ella muchas veces
Tendí la red á páxaros y á peces,
Seguí con ella el ciervo , el veloz gamo,
Y era comun la caza y el contento.

Mas mientras de animales hacia presa,
Sin saber cómo, fui yo mismo preso:
Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de qué raiz (como la yerba,
Que suele por sí misma ella nacerse)
Un incógnito afecto,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia,
Y de sus bellos ojos
Solia gustar una dulzura estraña,
Que al fin dexaba un no sé qué de amargo;
Mil veces suspiraba, y no sabia
Quál fuese la ocasion de mis suspiros.
De manera, que fui primero amante,
Que al Amor conociese: vine al cabo
Bien á entenderlo; mas el modo escucha,
Y nota cómo fué.

Tirsi.

Debe notarse.

Aminta.

De un álamo á la sombra Silvia y Filis,
Y yo junto con ellas,
Huyendo el sol estabamos un dia,
Quando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
Á Filis fué volando,
Y en la mexilla hermosa,
Mas fresca, y mas rosada que la rosa,
Á nuestros ojos le picó atrevida:
(Quizá engañada con la semejanza
Creyó que fuese flor) entonces Filis

Como impaciente comenzó á quexarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dixo, calla,
Calla, no te lamentes, Filis mia,
Que con palabras, que yo sé de encanto,
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia Maga, y le di en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
Esto diciendo, avecinó los labios
De aquella dulce boca á la mexilla
Herida, y blandamente murmurando
Dixo no sé qué versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Filis
Quitársele el dolor; ó fué la fuerza,
Y virtud de las mágicas palabras,
Ó como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca.
Pues yo que hasta entonces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo,
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de Céfiro en las hojas;
Entonces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios:
Y con mayor astucia, y mas aviso,
Que nunca habia tenido (mira quánto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño, con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento.

Y fué de esta manera, que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio baxo, comencé á quexarme,
De suerte, que el remedio: que la lengua
No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia
Piadosa de mi mal, se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo (¡ay triste!) mucho mas crecida,
Y mas mortal mi herida verdadera,
Quando llegó sus labios á los mios.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entonces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento, y menos atrevido.
Mas mientras descendia
Al corazon la gran dulzura, mista
De un secreto veneno;
Tanto regalo deste bien sentia,
Que fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte,
Que ella mas veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir: y un dia,
Que en cerco se sentaban muchas Ninfas,
Y Pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por órden le decia,

En la oreja un secreto al mas vecino;
Le dixe á Silvia: yo por ti me abraso,
Y moriré, si tú no me remedias.
Á estas palabras inclinó su rostro,
Y de improviso le tiñó de roxo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tuve otra respuesta, que un silencio
Mudo, turbado, y lleno de amenazas;
Quitóse de allí luego, y nunca quiso
Mas hablarme, ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el ivierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas,
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte.
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda,
Que he de causarle sentimiento ó gozo:
Ni sé quál quiera mas destas dos cosas,
Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fé verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas no debó querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

Tirsi.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

Aminta.

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras,
Qual aspid el encanto.

Tirsi.

Pues confia,
Que el corazon me dice,
Que he de ser poderoso á que te escuche.

Aminta.

O nada alcanzarás, ó quando alcances
Al fin, que yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

Tirsi.

¿Por qué así desesperas?

Aminta.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas, y las fuentes.

Tirsi.

¿De quál Mopso me dices, del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamás tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso solo, que él te anuncia,
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tus amores.

Aminta.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

Tirsi.

Dirétela en buen hora : á los principios,
Que me trajo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del qual juzgaba
Lo que tú juzgas : una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento
Tiene la gran Ciudad cerca del rio;
Y primero, tratándolo con este,
Me dixo así : tú irás á la gran tierra,
Donde el astuto vulgo, y cortesanos
Soberbios é insolentes, muchas veces
Hacen pesadas burlas de nosotros,
Como de gente rústica, y salvages;
Así, vé sobre aviso, no te acerques
Mucho á las sedas de color, ni al oro,
Nuevos trages, divisas, ni penachos;
Y sobre todo guárdate no veas,
Por mala suerte, ó juvenil descuido,
La casa de los chismes y las charlas:
Huye aquel encantado alojamiento.
¿Qué puesto es ese? pregunté; y él dixo:
Aquí habitan las magas, que encantando
Hacen que se trasoyga, y se trasvea:
Lo que parece de diamante y oro,
Es vidrio y cobre : aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas:
Aquí están las paredes con grande arte,
Que hablan y responden al que habla,
Y no responden la palabra escasa,
Qual eco suele por las selvas nuestras;
Mas la replican toda entera, entera

Y aun aumentada de lo que otro dice:
Hasta las sillas, mesas, y las bancas,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan.
Las charlas, con figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaria.
Mas este es, hijo, el mas ligero daño
Que te avendrá: tú puedes transformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua, ó fuego;
Agua de llanto, y fuego de suspiros.
Así me dixo; y yo me fuí con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara;
Y como quiso Dios benigno, acaso
Un dia, pasé por el feliz alvergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de Cisnes, Ninfas y Sirenas,
De Sirenas celestes; y salia
Un blando y claro son con tal dulzura,
Que atónito, gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza,
Del qual, segun pude entender, se duda
Si es mejor Capitan, que Caballero:
Él, con afable y grave cortesía,
Siendo un ilustre Príncipe, yo humilde
Baxo Pastor, me convidó á que entrase.
¡Ó lo que ví! ¡lo que sentí yo entónces!
Yo ví celestes Dioses, Ninfas bellas,

Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
Y otros hallé tambien sin velo, ó nube:
La Aurora vi qual suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro, y su rocío de plata:
Ví fecundando relucir en torno
Á Febo, y á las Musas, y acogido
Elpino entre estas; y en aquel instante
Sentíme mas grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva
Deidad: é luego cantando héroes, y guerras,
Desdeñé el pastoril rústico verso.
Y aunque despues por gusto ageno vine
Otra vez á las selvas, no por eso
Dexé de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu: no suena
Yá mi zampoña humilde qual solia,
Sino con voz mas alta y mas sonora,
Émula de la trompa, hinche las selvas.
Despues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó, que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo:
Pensaban los Pastores, que me hubiese
El lobo visto, y era Mopso el lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas quánto
Crédito debe darse á lo que dice:
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por solo que este quiere, que no esperes.

Aminta.

Mucho me alegra todo lo que cuentas:
A ti el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

Tirsi.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un ora.

CORO DE PASTORES.

¡Ó bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba,
Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra, que al arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
No porque reluccia
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera;
Mas la destemplan el calor y el yelo;
Ni llevó nave á la estrangera tierra
La vil codicia, ó la sangrienta guerra.
Mas solo porque entonces este vano,
Vano y fingido nombre sin sugeto,
Este ídolo de erores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insano
Llamó despues honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso:
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre esquadra de amadores,
Mas de una natural, que consentia
Fuese lícito aquello que placia.

Entonces por el agua y por las flores
Iban con dulces bayles retozando
Los Cupidillos sin aljava ni lazo
Sentábanse las Ninfas y Pastores:
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo:
De velo, ni embarazo
Jamás cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente,
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas;
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.
Tú, honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleytes tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste:
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz, que en su belleza asiste:
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro, que trataba el viento;
Y tú pusiste el ademan esquivo
Ál proceder lascivo,
Freno á la lengua, y arte al movimiento:
Efecto (ó vil honor) es solo tuyo,
Que el don de amor se llame hurto suyo.
Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que óprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza,
Y del amor, tú que sujetas Reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
Dónde caber no puede tu grandeza?

Allá con la nobleza
Vete á turbar el sueño al preeminente;
Dexa sin ti nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere, y luego nace:
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envia.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

SATIRO.

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, quando pica,
Hace molesta y grave la herida:
¿Mas qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio;
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
Triste de mí; que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas; y mil dardos
Puso el Amor en los ayrados ojos

De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata, que las selvas,
¡O cómo te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso, lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre, y sierpe
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores, que oso, tigre y sierpe;
Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas, ni ruegos.
Tú, quando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas:
Quando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa, que no haya en ti mas dulce y bella,
A mi mesmo te doy: ¿por qué desprecias
Y aborreces el don? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, quando callado viento,
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,

Apenas florecido el blando bozo
En sus mexillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras: dile á alguno, que te siga
Por selva y monte, y que por ti combata
Contra el valiente javalí y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dexas
Por la forma que tengo, sino solo
Por mi pobreza: en fin las caserías
Siguen de las ciudades el exemplo:
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro, y reyna el oro.
¡Ó tú quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamas pastor ó Ninfa,
Que pasando les diga, hayais descanso;
Mas los bañe la lluvia, y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los hüelle; tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el monstruo mas vil y abominable,
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para qué me quejo al ayre en vano?
Usa las armas cada qual, que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las garras,
El javalí el colmillo; así son armas
De la muger, beldad y gentileza.

¿Pues cómo yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero,
Que sabe sus costumbres, ella suele
Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar: pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga; y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozuela
Con la debil carrera, ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura; que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De allí no irá, sin que primero tiña
Por venganza mis armas de su sangre.

SCENA II.

DAFNE Y TIRSI.

Dafne.

Como te dixe, Tirsi, ya yo via,
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Como le he hecho siempre buen oficio,
Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen.

Mas antes me atreviera, te prometo,
Á domar un novillo, un tigre, un oso,
Que una rapaza destas simple y boba,
Tan boba, como bella; que no advierta
Quán ardientes y agudas son las armas
De su belleza, y con el llanto y risa
Á muchos mate, y del herir no entienda.

Tirsi.

¿Qué muger hay tan simple, que en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar, y parecer hermosa,
De matar agradando, y saber quáles
Armas pueden herir, y quáles matan,
Y quáles dan salud y resucitan?

Dafne.

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

Tirsi.

Tú finges, y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pabon soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

Dafne.

¿Quál es el nombre suyo?

Tirsi.

El nombre es Dafne.

Dafne.

¡O falsa lengua!

Tirsi.

¿Luego tú no bastas
A dar á mil discípulas escuela?

Aunque á decir verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro: su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

Dafne.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi:
Pues yo te sé decir, que no resuelvo,
Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla,
Como en sus hechos y palabras muestra,
Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda: yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio;
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte, que mostraba deleytarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua, cómo dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores, que tenia en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Los colores, y luego muy ufana
De la vitoria, un tanto se reia,
Como diciendo: yo en efeto os venzo,
No os traigo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traigo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar, que os llevo gran ventaja.
Mas mientras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo

Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo, y derramó las flores.
Quanto mas yo de verla me reia,
Mas ella de mi risa se encendia:
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido;
Dos, ó tres veces revolvió los ojos
Acia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida:
Miróse descompuesta, mas con todo
Se satisfizo, que se vió muy bella,
Si descompuesta: yo entendílo todo,
Pero callé.

Tirsi.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dixe?

Dafne.

Bien lo dixiste; mas á todos oigo,
Que no fueron las Ninfas y Pastoras
Tan entendidas antes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

Tirsi.

Quizá entonces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad: ya están mezclados
Linages y costumbres. Mas dexando
Agora estos discursos, ¿no harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

Dafne.

No sé : Silvia es esquiva por extremo.

Tirsi.

Y Aminta por extremo comedido.

Dafne.

Pues no hará nada comedido amante:
Tú le aconseja , que á otra cosa atienda,
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar , dexe respetos , ose y pida,
Solicite , importune ; y si no basta,
Tome lo que pudiere : ¿tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye , y huyendo , quiere que la alcancen;
Niega , y negando , quiere que la apremien:
Lucha , y luchando , quiere que la venzan.
Ya sabes , Tirsi , que de ti me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

Tirsi.

No hay ocasion por qué de mí sospeches,
Que jamas diga cosa , que te ofenda:
Mas ruegote , mi Dafne , por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas , ayudando á Aminta
Mísero , que perece.

Dafne.

¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria:
El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues qué dices que haga?

Tirsi.

No te falta

Ingenio, ni consejo; basta solo,
Que á querer te dispongas.

Dafne.

Ora sabe,
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente, que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce, y al lugar convida
Las Ninfas cazadoras; en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

Tirsi.

Pues bien.

Dafne.

¿Cómo pues bien? ¡qué mal entiendes!
Si en ti cabe discurso, eso te basta.

Tirsi.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
El á tanto.

Dafne.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde á que lo busquen.

Tirsi.

El es por cierto tal, que lo merece.

Dafne.

¿Pero nosotros no hablaremos algo
De ti mismo? ¿Dí, Tirsi, tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura:
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

Tirsi.

No desecha de Venus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor sin el amargo.

Dafne.

Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

Tirsi.

Mas vale pues hartarse,
Que estar siempre hambriento.

Dafne.

No ya con el manjar que se posee;
Y quanto mas se gusta, mas agrada.

Tirsi.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

Dafne.

¿Mas quién halló jamas lo que no busca?

Tirsi.

Es peligro buscar lo que adquirido,
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el amor y su tirano reyno,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido,
Otro fiel amador hará su parte.

Dafne.

Mas no tienes gozado lo que basta.

Tirsi.

Ni gozarlo deseo,

Si tan caro se compra.

Dafne.

Amar te será fuerza, si no gusto.

Tirsi.

No me pueden forzar, estando lejos.

Dafne.

¿Quién está lejos del Amor?

Tirsi.

Quien huye.

Dafne.

¿Y qué importa que huyas de sus alas?

Tirsi.

Tiene al nacer Amor las alas cortas,
Que apenas le sustentan,
Y así no las estiende á todo vuelo.

Dafne.

Pues no conoce el hombre quando nace;
Y quando lo conoce, es grande y vuela.

Tirsi.

No, si otra vez no ha visto cómo nace.

Dafne.

Ora veremos si tus ojos huyen,
Como dices: y luego te protesto
(Ya que presumes tanto de ligero)
Que quando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

Tirsi.

Bravo rigor, ¿qué me podrás ver muerto?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

Dafne.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay quántos
Engaña un rostro colorado y liso!

Tirsi.

No burlo á fé; mas antes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Qual hacen todas; ¿pero qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

Dafne.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive;
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

Tirsi.

O Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Estendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino:
El dixo así, quando me hizo suyo:
Tirsi, auyenten otros los ladrones,
Y los lobos, guardando mis rebaños:
Reparta otro los premios y las penas
Á mis ministros: otros apacienten
Mis ganados: en fin otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso.
Así será razon, que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero
(No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras)

Abuelos de mayor merecimiento,
Que el gran Saturno y Celo. Agreste Musa
A mérito real; mas no por eso
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sugeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo,
Sino con el silencio y reverencia:
Mas no faltan jamás en sus altares
Las flores de mi mano, ni los fuegos
De inciensos olorosos y suaves,
Ni faltará en mi pecho esta devota,
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el ayre, por el ayre el ciervo,
Y que mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el Persa, el Franco el Tigris.

Dafne.

Tú vas muy alto; ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

Tirsi.

El punto es este,
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entretanto
Procuraré que Aminta vaya; y pienso,
Que no es menos dificil que la tuya
Mi diligencia. Ve en buen hora.

Dafne.

Voyme,
Pero nuestro propósito no era ese.

Tirsi.

Si bien diviso desde aqui su rostro,
Alli parece Aminta, él es sin duda.

SCENA III.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;
Que pues le agrada tanto
Deste mi corazon la viva llaga.
Agudo golpe de sus ojos bellos;
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis própias manos.

Tirsi.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dexar tanto lamento.

Aminta.

Ay Tirsi, ¿qué me dices?
¿Traes la vida ó la muerte?

Tirsi.

Traigo salud y vida, si te atreves
A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

Aminta.

¿Cómo, y con quién el ánimo me importa?

Tirsi.

Si estuviese tu Ninfa en una selva,
Que cercada de altísimos peñascos,

Diese alvergue á los tigres y leones,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al bayle.

Tirsi.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera resuelto, y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

Tirsi.

Mayor empresa importa que acometas.

Aminta.

Iré por medio el rápido torrente,
Quando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Quando en él estuviese: si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

Tirsi.

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola: ¿irás allá?

Aminta.

¡Qué dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

Tirsi.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte,

Aminta.

¿Y desnuda me espera?

Tirsi.

Desnuda digo : mas....

Aminta.

¡Ay triste! acaba:
¿Qué mas , Tirsi? tú callas , tú me matas.

Tirsi.

Mas no sabe , que has de ir allá.

Aminta.

Terrible,
Y fiera conclusion , que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel , ¿con quál estudio me atormentas?
¡Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

Tirsi.

Haz tú mi parecer , serás dichoso.

Aminta.

¿Qué me aconsejas?

Tirsi.

Que pasar no dexes
La dicha que te ofrece la fortuna.

Aminta.

Dios no permita , que jamás yo intente
Cosa que la disguste ; ni yo supe
Hacer cosa jamás contra su gusto,
Sino es amarla : y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura , y no mi culpa.
Así no se verá , que en quanto pueda
No procure agradarla.

Tirsi.

Ora responde:
¿Si potestad tuvieras

Para dexar de amarla,
Dexárasla de amar, por agradarla?

Aminta.

Ni tal cosa consiente Amòr que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dexarla de amar, aunque pudiese.

Tirsi.

Desa manera á su pesar la amáras,
Pudiendo no quererla.

Aminta.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

Tirsi.

Sin su gusto en efeto.

Aminta.

Sí por cierto.

Tirsi.

¿Pues cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin, que le será agradable.

Aminta.

¡Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responda,
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor: á mí me liga
La lengua aquello mismo,
Que el corazon me liga.

Tirsi.

¿No iremos en efecto?

Aminta.

Iré sin duda,

Mas no donde tú piensas.

Tirsi.

¡Pues á dónde?

Aminta.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Mas de lo que me dices.

Tirsi.

¿Y esto es poco?
¿Crees tú, que Dafne nos aconsejára
Ir á la fuente, quando no entendiera
De Silvia el pecho? por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda,
Que sabiendolo calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla:
Y siendo así, ¡qué es deste tu deseo,
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda, que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca;
Por tu vida me di, ¿que mas te importa
Este modo, que aquel?

Aminta.

¿Quién me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

Tirsi.

O simple, ves aquí que al fin procuras
La certeza, que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe,
Qual tú debieras no buscarla: ¡y dónde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses

(Pues que la duda y riesgo son iguales)
¿Será mejor morir como animoso,
Que como vil? tú callas, tú conoces,
Que estás vencido; agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

Aminta.

Espera.

Tirsi.

¿Cómo espera? ¿no ves que el tiempo huye?

Aminta.

Miremos antes si esto debe hacerse,
Y en qué manera.

Tirsi.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de qué maestro,
En quál oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta?
¿Quién del entendimiento
Declara las ideas,
Quando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Atenas,
Y en Elicona docta

Ni Febo lo demuestra,
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan,
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á sus misterios altos
Sus pensamientos llegan.
Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú solo á ti mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo,
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se estiende,
Amor, tu sutileza:
¡Raro saber, y estraña
Manera de eloqüencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfectas,
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo

A veces habla y ruega.
 Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias;
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.
 Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas Academias,
 Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

TIRSI Y CORO.

Tirsi.

¡Ó extremo de crueldad! ¡ó ingrato pecho!
¡Ó ingrata Ninfa! ¡ó tres y quatro veces
Muger ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente, quanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesia,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay joven triste y misero! sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.

Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dexé, y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:
¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores,
Ir quiero á ver si sabe de él alguno.
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe de él alguna nueva?

Coro.

Tirsi, pareceme que estás turbado;
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

Tirsi.

Temo del mal de Aminta: ¿habeisle visto?

Coro.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero qué temes?

Tirsi.

No se haya muerto él mismo de su mano.

Coro.

¿El muerto de su mano? ¿por qué causa?
¿Qué ocasion hallas?

Tirsi.

El amor y el odio.

Coro.

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Qué no pueden hacer? habla mas claro.

Tirsi.

El amar una Ninfa por extremo,
Y el ser de ella en extremo aborrecido.

Coro.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno, que de él nos dé noticia;
Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

Tirsi.

Pláceme de decirlo, que no es justo,
Que ingratitud tan grande y tan estraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta (y yo fui triste
Quien noticia le dí, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y hácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna; pues mil veces
Quiso volverse atrás, y á pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegabamos ya cerca de la fuente,
He aquí quando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La qual, como nos viese, alzando el grito,
Ay¡ dixo, socorred, que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso como un pardo, y yo seguilo;
Quando vemos ligada con un arbol
La bella Ninfa, quál nació, desnuda;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos; y su cinto,

Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ambas
Las manos le apretaba al duro tronco:
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba; y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Allí vimos
En su presencia un sátiro villano,
Que entonces acababa de ligarla.
Fuese tras él Aminta con un dardo
(Que tuvo acaso en la derecha mano)
Como un fiero Leon; y yo entretanto
Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el sátiro vil huyó en efeto.
Pues como diese espacio su huida
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que qual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo ví, se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dixo: ó bella Silvia,
Perdona aquestas manos, si llegarse
A tus miembros es mucho atrevimiento,
Pues las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos;
No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese de ella.

Coro.

Palabras de ablandar los pedernales,
¿Y qué le respondió?

Tirsi.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desden, al suelo
Baxando el rostro, el delicado seno,
Quanto podia torciéndose, cubria.
El, echando delante su cabello
Rubio, se pusó á desatar, y en tanto
Hablaba así: ¿quándo tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues qué ventaja llevan los amantes,
Que sirven al Amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciósos lazos?
¿Planta cruel, pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dixo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia,
Que temiese tocarla, y desease.
Baxó luego á los pies por desasirlos;
Mas como Silvia ya se viese libres
Las manos, dixo esquiva y desdeñosa:
No me toques, pastor, soy de Diana,
Yo me desataré los pies, aparta.

Coro.

¿Que tal orgullo en una Ninfa alvergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

Tirsi.

El apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla;
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo que escondido lo miraba todo,
Y lo escuchaba, quando vi tal cosa

Mil voces quise dar, al fin me abstuve.
Mas oye: qué estrañeza: ella en efeto,
Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir á Dios, apenas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo:
Y no habia causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conocia el respeto.

Coro.

¿Pues cómo así huyó?

Tirsi.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del joven, sino á su carrera.

Coro.

¿Qué es hasta eso ingrata? ¿Y el cuitado
Qué hizo entonces, dinos, ó qué dixo?

Tirsi.

Eso no sé, porque de furia ardiendo
Corrí por alcanzarla y detenerla,
Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano:
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
El corazon preságo de algun daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse,
Aun antes que esto sucediese.

Coro.

Es uso,
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

Tirsi.

Quieran los altos Dioses, que no sea
Aminta alguno de los raros.

Coro.

Calla,
Que no será.

Tirsi.

Yo quiero irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

SCENA II.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

Aminta.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte,
Quanto mas dilatada, mas amarga:
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

Dafne.

¿Por qué te desesperas,
Aminta? que si yo bien la conozco,
No fué crueldad, sino vergüenza sola
La que movió á tu Silvia que huyese.

Aminta.

¡Ay triste yo! que mi salud seria
Desesperar, despues que la esperanza
Mi destruicion ha sido: y todavia
Tienta reverdecer dentro del pecho,
Solo para que viva;
¡Y al que es tan desdichado,
Qué mas fiero tormento que la vida?

Dafne.

Vive, mezquino, miserable, vive,
Solo para que goces
De la felicidad, quando viniere:
Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

Aminta.

No pareció al Amor, y á mi fortuna,
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello que me niegan.

Nerina.

¿Qué he de ser yo en efeto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga!
¡O para siempre mísero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho, quando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡O viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! mas ya no serás padre.

Dafne.

Oigo una triste voz.

Aminta.

Yo siento el nombre

De Silvia, que me hiere los oidos,
Y el corazon: ¡mas quién la nombra? escucha.
Dafne.
Esta es Nerina, Ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos, y de lindas manos,
Talle gentil, y movimiento ayroso.
Nerina.
Quiero con todo, que lo sepa y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia!
¡Ay como fué tu suerte desdichada!
Aminta.
¡Ay de mí! ¿qué será lo que esta dice?
Nerina.
Dafne.
Dafne.
¿Qué estás hablando entre ti mesma?
¿Ó cómo á Silvia nombras y suspiras?
Nerina.
Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.
Aminta.
Ay, ¿de qué caso
Podrá decir aquesta? que yo siento,
Yo siento el corazon, que se me yela,
Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?
Dafne.
Cuenta qué triste caso es el que dices.
Nerina.
¡Ó cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
¿Y me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada...

(Y la causa ya debes de saberla)
Despues vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza, que ordenada
Estaba al bosque dicho de la encina.
Fuimos, hallamos muchas Ninfas juntas,
Y luego á breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le dí, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

Aminta.

¡O qué principios de dolor! ¡ay triste!
¿Qué fin me anuncian?

Nerina.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero lejos mucho,
Porque partí mas tarde: ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,
Que en lo mas solo me hallé y espeso:
En esto vi de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abaxo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví. He aquí quando miraba
Á todas partes, siete lobos veo
Lamiendo de la tierra alguna sangre
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte, que ellos no me vieron,
Tan atentos estaban á su pasto)

Así que de piedad y temor llena
Volvíme atras. Aquesto es quanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

Aminta.

¿Has dicho poco, Ninfa? ¡ó velo, ó sangre!
O Silvia, tú eres muerta!

Dafne.

Ay desdichado,
Amortecido está de pena, ó muerto.

Nerina.

Aun todavia respira: esto habrá sido
Algun breve desmayo: ya revive.

Aminta.

¿Por qué así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dexas:
Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
¿Qué espero mas? ¿qué busco? ¿ah Dafne, Dafne,
Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio,
Quando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al qual le parecia,
Que con mi muerte se evitaba el daño,
Que ordenado me estaba; mas agora

Que ha executado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

Dafne.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

Aminta.

¿Qué mas quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

Nerina.

¡O quién antes hubiera sido muda!

Aminta.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio,
Que me queda de tiempo y de la vida.

Nerina.

¿Debo darlo, ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion porque le pide.

Aminta.

¿Cruel, así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dexarle quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

Dafne.

Aminta, aguarda, escucha:
¡Ay de mí, con la furia que se parte!

Nerina.

El camina de suerte,
Que es por demás seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viage, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fé con un amor conforme:
Ni la que se pretende
Es tan dificil fama,
Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor, que con amar se alcanza,
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO QUARTO.

SCENA I.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

Dafne.

El viento lleve con la mala nueva,
Que se esparció de ti, tus males todos,
Los por venir, ó Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
Viva y sana te miro: de tal suerte

Ha contado Nerina tu suceso,
Que ojalá fuera muda, y otro sordo.

Silvia.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

Dafne.

Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuentame el riesgo, y de qué modo
Tú lo escusaste.

Silvia.

Yo siguiendo un lobo
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, qne lo perdí de rastro; y mientras
Volverme procuraba al mismo puesto,
Donde partí primero; el lobo miro,
Al qual reconocí por una flecha,
Que yo le habia clavado de mi mano,
Junto á la oreja; vilo entre otros muchos
Al rededor de un animal, que habian
De fresco muerto; cuya forma entónces
No supe distinguir: el lobo herido
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada.
Yo lo esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamás yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo ví tan cerca de mi puesto
Quanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo
En vano; porque (ó fué de la fortuna
La culpa ó mia) por herir al lobo.

Clavé una planta: entonces se venia
Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo viéndole tan cerca, que del arco
Era imposible entonces ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas;
Dispúseme á huir, y mientras huyo,
El me viene siguiendo: advierte agora.
Un velo, que revuelto yo tenia
A los cabellos, desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal que á un ramo
Se marañó; yo siento que me tiran,
Y me detienen, sin saber quién fuese;
Mas con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte
El ramo no se vence, ni me dexa:
Al fin del velo me desasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello;
Y tantas alas á los pies fugaces
Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva salí: despues volviendo
Acia mi alvergue, te encontré turbada,
Toda turbada, y me espanté de verte,
Porque de solo verme te espantabas.

Dafne.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

Silvia.

¿Qué me dices? ¿te pesa por ventura
Que viva esté? ¿qué tanto me aborreces?

Dafne.

Placeme de tu vida, mas me duele
De agena muerte.

Silvia.

¡De qué muerte dices?

Dafne.

De la muerte de Aminta.

Silvia.

Ay, ¿cómo es muerto?

Dafne.

El cómo no lo sé, ni aun el efeto
Puedo afirmar, mas téngolo por cierto.

Silvia.

¡Que es lo que dices! ¡pues á qué atribuyes
La causa de su muerte, di?

Dafne.

A tu muerte.

Silvia.

Yo no te entiendo.

Dafne.

La terrible nueva
De esa tu muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
O alguna cosa tal, que lo haya muerto.

Silvia.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que qualquiera
Salva la vida suya mientras puede.

Dafne.

¡Ah Silvia! tú no sabes, ni lo crees,
Quánto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Qual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos,

Y el espíritu mismo de su vida;
Lo qual sé yo, y aun helo visto. Vilo
Quando huiste, como tigre fiera,
Al tiempo que debieras abrazarlo:
Volver le ví contra su pecho un dardo,
Desesperado, y á morir expuesto,
Y sin arrepentirse, al fiero hecho;
Pues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel, dexándola teñida
De su sangre, y pasára mas adentro
La punta, y fuera el corazon herido,
Que tú con mas violencia ya heriste,
Si entonces yo no le detengo el brazo,
Y su furor impido. Quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo
De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la via
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

Silvia.

¡Ay! ¿qué me cuentas?

Dafne.

Y despues lo he visto
Quando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta: del afan y angustia
Amortecerse; y con furor estraño
Luego partir de allí para matarse;
Y de esta vez se habrá de veras muerto.

Silvia.

¿Qué lo tienes por cierto?

Dafne.

Por sin duda.

Silvia.

Triste de mí, ¿por qué no le seguiste
Para impedirlo? Ven, busquemos, vamos,
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas facilmente espero,
Que mí vida le salve de la muerte.

Dafne.

Ya le seguí, mas tan veloz corria,
Que se despareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
¿Mas dónde quieres ir sin rastro alguno?

Silvia.

¡Ay, Dafne! él morirá si no le hallamos.

Dafne.

¿Cruel, sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? ¿tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra, que tu mano?
Ora consuelaté, que como quiera,
Que el desdichado muera, tú le matas.

Silvia.

O Dafne, tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerva
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuelo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa:
Agora lo conozco, y me arrepiento.

Dafne.

¿Qué es lo que escucho? ¡tú piadosa, Silvia!

¿Tú en ese corazon sientes afecto
Alguno de piedad? ¿qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡notable maravilla!
¿Y es de amor en efeto ese tu llanto?

Silvia.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

Dafne.

No importa: la piedad es mensagera
De amor, como el relampago del trueno.

Coro.

Y aun muchas veces, quando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos,
Que lo excluyeron antes con severa
Honestidad; la semejanza toma
De la piedad, que es su ministra y nuncia,
Y con estos disfraces, engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

Dafne.

Llanto de amor es este, mucho abunda,
Tú callas: en fin amas, pero en vano.
¡Ó poder del amor! justo castigo
Sobre esta Ninfa envia.
Misero Aminta, tú (como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Dexa la propia vida) con tu muerte
Has herido en efeto un duro pecho,
Que aun no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espiritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aquí estarás sin duda:
Mira su llanto, y goza de tu suerte,

En vida amante, y en la muerte amado.
Y si era tu destino, que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio;
El precio mismo que pidió, le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
Quanto inutil y vil á quien le admite.

Silvia.

¡O si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

Dafne.

¡O tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada,
Qnando á ningun efecto es de provecho.

SCENA II.

ERGASTO, CORO, SILVIA Y DAFNE.

Ergasto.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

Coro.

¿Con que puede venir; ¡ay Dios! agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua?

Ergasto.

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

Silvio.

¡Ay lo que dice!

Ergasto.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable, y comedido,
Amado de las Ninfas y las Musas;
Murió en su juventud: ¡ay de qué muerte!

Cora.

Dinos cómo, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

Silvia.

¡Ay que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no escuso!
Duro corazon mio,
Aspero y fiero corazon, ¿qué temes?
¿De qué te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demás prometes;
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas
Y qual debida prenda lo recibo:
Así que de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

Ergasto.

¡Ah, Ninfa! yo te creo,
Que mil veces al misero sentia

Llamar tu nombre, al acabar su vida.

Dafne.

Comienza ya la dolorosa historia.

Ergasto.

Yo estaba en lo mas alto del collado,
Donde mis redes hoy tendido habia,
Quando bien cerca vi pasar á Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, muy turbado y triste:
Tras él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé, y lo detuve; el qual me dixo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que me obligues
Antes tu fé con juramento estrecho,
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.
Yo (¿quién pensára tan estraño caso,
Ni tan ciego furor?) hice, qual quiso,
Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Priapo, y Pomona,
Y á la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuestas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.
Aquí nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecíme de improviso,
Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el qual afecto
Fué el motivo mayor de asegurarme.

Despues hablóme así: mira que cuentes
Lo que verás, á Ninfas y Pastores.
Luego dixo, mirando al hondo valle:
Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos
El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero, bien quisiera
Morir (la muerte, que murió mi vida:
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
(¡Ay triste!) como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados:
Mas puesto que no puedo,
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir: yo seguiré otra via,
La qual será á lo menos
La mas breve, sino la que debia.
Ea, Silvia, ya te sigo,
Ya voy á acompañarte,
Y muriera contento, si entendiera
Al menos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen aacbado con la vida:
Ea, Silvia, ya te sigo.
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Acia lo hondo, y yo quedéme helado.

Silvia.

¡Ay desdichada!

Dafne.

¡Miserable Aminta!

Coro.

¿Por qué no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

Ergasto.

No, no, que despreciando el juramento
(Vano quizá en tal caso)
Quando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ambas manos,
Y, como quiso su enemiga suerte,
Lo así de este cendal, que lo ceñia,
El qual no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Coro.

¿Y qué fué de su cuerpo desdichado?

Ergasto.

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazon para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

Coro.

¡O lastimoso caso!

Silvia.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acaba.
Triste de mi, si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida; justo fuera,...

Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al menos con el hierro,
O ya con este ceñidor infausto;
Este; que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad, y de su muerte injusta.
Prenda infeliz, de dueño
Mucho mas infeliz, no te disguste
Quedar en este abominable alvergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena.
Por cierto yo debia
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

Coro.

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

Silvia.

¿De qué llorais, pastores?
Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte
Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.

Y tú, mi Dafne, enjuga
Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion; y suplicarte quiero,
(No por piedad de mí, sino del triste.
Que fué mas digno de ella)
Me ayudes á buscar sus miserables
Miembros, y sepultarlos:
Este cuidado solamente impide
El darme aquí la muerte:
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo; bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo
Entiendo y sé, que le será agradable,
Al menos por ser obra de mi mano:
Porque me quiere y ama,
Qual lo mostró muriendo.

Dafne.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas, tú, morir del pensamiento borra.

Silvia.

Hasta agora viví para mí mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
Ó viviré á lo menos
Para su helado y mísero cadaver.
Tanto, y no mas es lícito que viva,
Y luego, que se acaben
A un tiempo sus exêquias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por qué camino

Podemos ir al valle, do el barra
Tiene su asiento?

Ergasto.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

Dafne.

Vamos, guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice.

Silvia.

Á Dios, pastores;
Prados á Dios, á Dios selvas y rios.

Ergasto.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la ultima partida.

CORO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando:
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamás turbadas iras;
Asi tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El ódio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

ELPINO Y CORO.

Elpino.

No hay duda, que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente,
No es injusta, ni dura, y que sus obras
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡Ó quán artificioso, por caminos
No conocidos encamina al hombre
Á su felicidad, y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Quando él se juzga al fondo de sus males!
He aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡Ó tú feliz, ó venturoso Aminta,
Y mas quanto mas fuiste desdichado!
Esperar con tu exemplo agora puedo,
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y zela
El acero mortal de su fiereza,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.

Coro.

Aquí se nos acerca el sabio Elpino,
Y escuchad sus razones, que de Aminta

Hablando viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
¡O condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que muriendo al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su Ninfa;
Esto tiene por gloria, y esto espera.
¡De quán ligero premio el Dios alado
Contenta sus seqüaces! Dime, Elpino,
¿En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para ti deseas?

Elpino.

Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro.

¡O quánto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso, segun eso,
Que se precipitó.

Elpino.

Verdad ha sido;
Mas fué feliz el precipicio, tanto,
Que en una imagen mísera de muerte
Le traxo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su Ninfa,
Piadosa ya, lo que antes rigurosa;
La qual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enjuga de los ojos:
Así voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo

Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unanime de entrambos.

Coro.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes ; y Montano
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Así que el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Quál Dios, ó quál ventura al buen Aminta
Salvarle pudo de peligro tanto.

Elpino.

Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que ví por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta:
Allí con Tirsi andaba razonando
De aquella, que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mí despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo
A su retiramiento y libre estado:
Quando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos, y otros ramos
Juntos, y estrechamente entretexidos,
Un grande haz: en este, antes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfondase,

Y él mas abaxo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caida,
Que ella no fué mortal: pero con todo
Tan grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido, y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entonces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes:
Mas mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;
Enviado ya á llamar Alfesibeo,
Á quien Febo enseñó la Medicina,
Quando le dió la cítara y el plectro;
Llegaron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo, que tenian por muerto.
Pues quando Silvia lo conoce, y mira
En las mexillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;
Y él con gemido débil, que parece,
Que en los suspiros ultimos al ayre
Exhala el alma á guisa de Bacante;
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo que yacia,
Juntando rostro á rostro, y boca á boca.

Coro.

¿Pues cómo no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquiva?

Elpino.

Abstiene la vergüenza un amor debil,
Mas de un amor constante es debil freno,
Luego como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto,
Del joven á bañar el rostro frio:
Y fué aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convírtió al instante dulce y puro.
¿Quién os sabrá decir cómo quedaron
En aquel punto entrambos? ya seguro
Del amor de su Ninfa el fiel Aminta,
Y viendose en sus brazos apretado.
Quien sabe qué es amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
Puede juzgarse; quanto mas decirse.

Coro.

¿En fin Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

Elpino.

Aminta
Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado y quebrantado el cuerpo;
Mas es nada en efeto, y él lo estima

Por menos de lo que es: ¡dichoso joven!
Que así ha dado señal de amor tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
A quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento.
Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar al buen Montano.

CORO.

No sé, si siendo tanta la amargura,
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado;
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado.
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males;
Amor, de bienes tales
Premia á los otros, que en dominio tienes,
Que yo no pido tus mayores bienes.
Tras breves ruegos, y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada Ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcle de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso:
Mas un desden zeloso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

OTRAS POESÍAS DE JAUREGUI.

CANCION

Á la muerte de la Reyna Doña Margarita.

Ya que en silencio mi dolor no iguale
Ni mis ocultas lágrimas y llanto
Al superior afecto, que las vierte;
Justo será, que mi funesto canto
Las acompañe y que del alma exhale
Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte;
Presente el caso mas infausto y grave,
Que caber pudo en su vigor violento;
Que así mi sentimiento
Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.
Mas vence su rigor las fuerzas mias,
Ni admite el grave daño recompensa
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo aunque ciego de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa;
Veré primero en las cenizas frias
Por quien suspiro, fenecer mis dias
Que de llorarlas quede satisfecho
Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quién vió tal vez en aspera campaña
Arbol hermoso cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrio?
Donde el ganado candido recoja

Alexado el pastor de su cabaña
Y allí resista el caloroso estio.
La planta con ilustre señorio
Ofrece de su tronco y de sus flores
Y de su hojoso toldo y fruto opimo
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores;
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raíces desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ageno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro alvergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balidó ronco, y su lamento
Esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.
No de otra suerte, ¡ó planta generosa!
Que adornas los alcazares del cielo,
Prestaste arrimo, sombra y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heroyca virtud, qual flor hermosa,
Olor, que ha penetrado la estendida
Region etérea: así desposeida
Viéndose España de la prenda suya,
Tembló al severo golpe de la parca,
Y en torno su comarca
Fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en ti gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quexas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,

Que para su querella congojada,
Ya faltan fuerzas á la voz cansada,
Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.
Ni ya reprime su lamento vano,
Verte en el cielo mejorar de imperios
De excelsos tronos y coronas santas;
Y que en vez de los Príncipes Iberios
Que se postraban á besar tu mano,
Hoy las estrellas besarán sus plantas;
Ni el ver que á España dexas prendas tantas,
(Nobles centellas de tu sacro fuego),
A cuyo cetro y próspero gobierno
Darás favor eterno,
Si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos basta mirar tu viva lumbre
Al sol de quien fué rayo, siempre unida
Y prestando esplendor el alto cielo.
Ni el ver, por muestras de tu santo zelo,
Modernos templos, que en edad florida
Han de lograr su excelsa pesadumbre,
Y en quanto el roxo Febo el mundo alumbre,
Honrar, solemnizando tu corona,
Su viva siempre, liberal patrona.
Por mas que el tiempo y la razon porfie
Á divertir el animo afligido
Del entrañable y vivo sentimiento;
No habrá razon ó tiempo ó largo olvido
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En misera contienda; y por despojos

Verás, sin ti, nuestros humildes pechos
Que en llanto ya deshechos
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros, y Alemanes rubios,
Que en ti perdieron su imperial grandeza:
Daráte el mundo, con igual tristeza
Flebil tributo en lluvias, y diluvios:
Porque si á los distantes y vecinos
Reynos, tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Sino qual debe, como puede el mundo.

PARAFRASI

Del salmo Super flúmina Babilonis.

En la ribera undosa
Del Babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,
Y allí con faz llorosa
Junto á su margen frio
Con lagrimas sus ondas aumentamos;
Entonces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las citaras y harpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazon, quando vivimos
En ti, Jerusalém; mas la memoria
De tu asolado Imperio
Y el duro cautiverio,
En que trocamos hoy la antigua gloria,

Nos despojó del regocijo y canto,
Para entregarnos al afan y al llanto.
Allí por mas tristeza
La esquadra victoriosa
Que nos conduxo en miseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna:
Mas respondimos con ageno intento:
¿Cómo dará señal de algun contento
Quien se vé reducido á tal fortuna?
¿Cómo cantar podrémos himnos santos
En region estrangera,
Do la Deidad primera
Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?
Sacra Ciudad, que adoro,
Si acaso yo olvidáre
Este dolor, que tu memoria pide,
Si al cántico sonoro,
Y al plectro me aplicáre,
Antes mi diestra el movimiento olvide.
La lengua, que divide
De la voz el acento y la cadencia,
Se pasme y hiele, á mi garganta asida,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza, por tu ausencia;
Solo fixando en la memoria mia
Tus muros encumbrados,

Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegria,
Que en ti perdí, que en ti gozé primero,
Y alguna vez recuperar espero.
Pues fuiste el ofendido,
Acuerdate indignado,
Señor, del ímpio y bárbaro Idumeo,
Quando cayó rendido
Tu pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo:
Que en ódio del Hebreo
Instigaba sus huestes, y decia:
Asolad, asolad desde el cimento
Sus homenages: ¡ó rencor sangriento!
Dichoso el que á tus ojos algun dia,
Fiera Babel, con semejante estrago,
Y merecida pena
Ha de vengar la agena,
El que ha de dar á tu soberbia págo,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus míseros infantes.

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto
Que el Betis baña, y de su fertil curso
Cobran verdor los sauces ocupados;
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados:
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un dia,

Porque la Ninfa mia
Ví que emboscada, y de rezelo agena
Ya el cinto desceñido
Sus miembros despojaba del vestido:
Dexóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La ví correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el yelo
Y suspendió su brio,
Viendose en la carrera salteado
Con líquidos aljofares del rio.
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello.
Tal vez la hermosa frente
Sola monstraba de su rostro bello,
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo en tan alegre vista embebecido,
Y en los texidos ramos escondido,
Al cielo con el alma agradecia
Mi desigual ventura,
Y el recatado labio no movia:
¡Ay si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas!
Y no que ansiosos de mirar cercano
Aquel hermoso bulto soberano,
Se divirtieron á mover las ramas;
Y apenas el ruido

Hirió á la bella Ninfa el pronto oido,
Quando su aguda vista y rostro honesto
Le descubrió mi hurto manifiesto:
Y como la corcilla descuidada,
Mientras las hojas tiernas y menudas
Despunta de la yerba rociada,
Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
Y vuelve las agudas
Orejas, y la frente pavorosa
A la vecina selva ; ó la floresta,
Do con alada planta voladora
Se embosca, y dexa al cazador burlado;
Tal su ligero curso amedrentado
Siguió mi amada Ninfa al mismo instante
Que me miró delante.
¡Ó bella ingrata, á quien el alma adora!
Entonces dixe, y me arrojé tras ella,
Detente, aguarda agora;
Del enemigo es justo que se huya,
No del amante, que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imagen bella:
Tras ti me llevas del amor vencido
Y no de tus agravios persuadido:
Ya que matarme tu soberbia quiera,
Permite solo que á tus ojos muera.
Mas ay! que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo, Ninfa, en la carrera:
Mira que ofende el aspero camino
Tus blandos pies, reporta la huida,
Que yo te seguiré mas poco á poco.
En quanto así la voz enternecida

Convierto á moderar su desatino;
Ella esforzando el corazon medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica;
Los arboles al verla enamorados,
Ó ya de mi dolor compadecidos,
Parecen que se oponen á encontrarla,
O bien á contemplarla.
Eco mis voces con afan replica,
Las broncas peñas mi dolor sentian.
Lleva mi Ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecian
Los rayos puros de Titan dorados.
He aquí mientras sin órden se esparcian
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañaron los hermosos lazos,
Y de mi Ninfa amada
Embarazaron algo la carrera;
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que porque menos el dolor sintiera,
Sin la seguir me derribé en el suelo;
Diciéndole: ya, Ninfa, no te sigo
Sino con sola el alma enamorada;
El alma llevas, y no mas contigo,
Modera tu violencia acelerada:
O ya si el peso rehusar pretendes,
Déxame el alma, y huye descansada.
Mas no porque mi voz lo asegurase,
Y lexos bien distante me quedase,

Un punto quiso detener sus plantas,
Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes cargando la cabeza y cuello
Acia adelante con ahinco y fuerza,
Dexa perdidas de sus hebras, quantas
Le pudo arrebatar la rica rama,
Y mas furiosa su carrera esfuerza
Abriendo el paso entre la yerba y grama.
De mi burlada vista al fin se aleja,
Los arboles la esconden, y me dexa,
Qual queda el can liviano, que seguia
A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas y quebrarse;
El ya que de cobralla desconfia,
Descuida el pie ligero, y sin cansarse
Contempla solo la dificil via
Y el rastro que dexó por los breñales
De su belluda piel, quando huia
La astuta liebre á saltos desiguales.
Asi quando perdí la Ninfa mia
Me fuí yo triste al ramo venturoso,
Do estaban sus cabellos enlazados,
Y dixe lamentándome quejoso
¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á executalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, qual su volatil planta
Detuvo, atenta el oro
La codiciosa virgen Atalanta,
No es oro el vuestro de menor tesoro:

¡O dulces lazos, muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
¡O falso bien, que regalando mata,
Y aparente lisonja de la vida!
Do contra mí dexó el rigor ageno
En vaso de oro su mortal veneno:
Prenda sereis para mi mal guardada
En el estrecho seno;
Pues aunque en vos me quede la memoria
Desta crueldad de mi enemiga airada
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi debil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste
De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellísima contraria;
Perdona, si en tan breve te despojas
Del oro puro, que te adorna y viste,
Baste á calificar tus ricas hojas
Solo haber sido dél depositaria;
Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido,
Que iguale con su altura
La fertil copa, que tus hojas brota,
Y estienda tus raices
En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura;
Y que las arboledas autorices
Por luengos siglos con igual verdura.
Dixe, y las hebras rubias marañadas

Desenlacé cobarde y temeroso,
Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas:
Y viendo oscurecerse el ocidente
Ya quando al mar de Iberia presuroso
Trastorna el sol la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SONETO I.

Sobre las ondas acosado Antonio,
Al fuerte Augusto, y á Cleopatra mira;
Una al dominio del incauto aspira,
Otro al diadema del Imperio Ausonio
Entrégase el amante al golfo Jonio,
Mas encendido en vil amor, que en ira:
Inmensa armada en su favor conspira
Del Medo y Persa, Egipcio y Macedonio.
Puede triunfar de Augusto, acometiendo:
Tambien huyendo de Cleopatra, puede
Vencer astuto su malicia y arte:
Trueca la accion; y del contrario huyendo,
Sigue su amada fugitiva, y cede
Ambas victorias al amor y á Marte.

II.

¡Ay de quán poco sirve al arrogante
El edificio, que soberbio empina
Sobre pilastras de Tenáro, y fina
De mármol piedra, y de color cambiante!
Pues quanto mas del suelo se levante

Máquina excelsa, al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su ruina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.
  Consumirá en los jaspes su tesoro
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.
  Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel, verá su muerte
Pobre y desnudo el sucesor primero.

LA BATALLA NAVAL

DE LOS DE CESAR CONTRA LOS GRIEGOS DE MARSELLA.

Descrita por Lucano en el tercero libro de su Farsalia, y transferida á nuestra lengua.

Sobre el marino campo el roxo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana,
Libre de nubes, y sereno el Polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el soberbio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro, y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.
  Quando sus remos á la par tentaron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los Ítalos zarparon,
Y los Grecianos de su patrio puerto;

Con la violenta boga rechinaron
Los bien travados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélago estendido
De los continuos golpes sacudido.
Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los ayres derramadas
Alzan tan sordo estruendo y griteria,
Que ni se escucha el remo, ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.
Entonces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriva:
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba:
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten sesgas por el agua arriba,
Y allí la flecha y lanza revolando,
Y el dardo auyentan uno y otro vando.
Volando encubren la superna esfera
Las hastas, y cayendo la marina:
Las naves se revuelven, y se altera
El órden con la brega repentina:
Qual de la armada se retira afuera,
Y qual á su adversario se avecina,
Qual va girando á torno, y qual deshace
Los sulcos, que la nao contraria hace.
Son ágiles y prestas las Grecianas
Fustas, al embestir y al retirarse:
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en breve cerco intentan rodearse:

Con mas pesado rumbo las Romanas
Procuran en valor aventajarse,
Que á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.
  Dixo por tanto Bruto al vigilante
Piloto: ¿por ventura en ligereza
Compites con el Griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?
No sulques, no, las ondas vacilante,
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de través opon los vasos nuestros
Contra sus barcas y baxeles diestros.
  Mostró el piloto obedecerle, y fueron
Todos atravesando su navío:
Las fustas enemigas embistieron,
Como acetando el nuevo desafio;
Del propio encuentro algunas se rompieron,
Las otras por el Ítalo gentío
Entre cadenas fueron enlazadas,
Y con agudos garfios aferradas.
  Así dos flotas, la Romana y Griega,
Formaron un tablado espeso unido;
Y suelto el remo, la naval refriega
Fué, y el combate rígido encendido:
Ya nadie al viento su rejon entrega,
Ni ofende ya de lejos despedido
El dardo, ó lanza, mas la espada aguda
Rostro con rostro á batallar desnuda.
  Al bordo cada qual se acuesta y carga
De su fragata; y al contrario vando
El brazo y mano rigurosa alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando:

Del áspero combate el agua amarga
Hierve en espumas roxas, y nadando
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada ciegamente envueltas.
  Ya el número de muertos y anegados,
Que ve sobre las ondas cada nave,
Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trave:
Algunos medio vivos y cansados,
Sostienen con el alma el cuerpo grave,
Bebiendo á su pesar la espesa copia
Del mar, mezclado de su sangre propia.
  Así bebiendo el mar, el mar los traga:
Y otros, que su baxel cascado miran,
Antes que se rehunda, ó se deshaga,
Al agua saltan, y á vivir aspiran;
Qualquiera flecha, ó lanza ofende y llaga,
Que allí los Griegos y Romanos tiran;
Pues aunque al agua, errando, se derribe,
Hay cuerpo, que su golpe en sí recibe.
  Dos fustas de Marsella contrastaban
Una de César, y en igual porfía
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia;
Y en quanto la vitoria dilataban,
Tago, Latino, insigne en osadía,
Probó á estender el brazo temerario,
Y asir las jarcias del baxel contrario.
  Quando en su espalda y pecho repartidas
Dos lanzas á la par lo atravesaron,
Y al medio de su cuerpo introducidas
Las puntas aceradas se encontraron:

Dudó la sangre á quál de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzaron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.
Gobierna entre las ondas su madero
Telon, un Griego, que chalupa alguna
No vió jamás tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna:
Juzgaba siempre el tiempo venidero
Solo mirando al rostro de la luna,
O al sol; y anticipada resolvia
La vela, donde el viento requeria.
Este ya dexa abierto en la marina
Un vaso, que embistió con su pujanza,
Quando de lejos llega repentina
Á barrenar sus pechos una lanza,
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estanza;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurre entre las ondas vacilante.
En cuyo vaso vagabundo, y falto
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró á saltar desde lo alto
De su fragata, en ademan ligero,
Y un dardo agudo, en la mitad del salto,
Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas, que topára enfrente,
Dexando al Griego de la nao pendiente.
En el conflicto de la guerra armados
Asisten dos hermanos, que nacidos
Ambos de un parto, á diferentes hados
Fueron por varia estrella conducidos;

Causaban grato error á los burlados
Padres, porque sus rostros parecidos
Eran de modo, que el mortal y agudo
Acero solo distinguirlos pudo.
  Pudo la muerte, reservando al uno,
Al otro arrebatar su semejante,
Tal, que los padres, sin engaño alguno,
Verán distinto al unico restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpetuo dolor perseverante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.
  El uno de los dos con muestra osada
Asió una caravela del Romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
Á cercen le cortó la diestra mano;
Aquella con sus nervios aferrada
Quedó, y asida de la barca en vano,
Y en el ilustre pecho del mancebo
Creció nueva arrogancia y vigor nuevo.
  Y á al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda, á la batalla atiende,
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiende;
Quando un alfange del opuesto vando
Tras él con feroz ímpetu desciende,
Que tambien la siniestra vengativa,
Y el brazo desde el hombro le derriba.
  Ya que privado de regir se mira
Espada, ó lanza, ni acerado escudo,
No se recoge adentro, ó se retira,
Ni al hado rinde el corazon sañudo;

Mas sin dexar el puesto, ardiendo en ira
Expone el pecho á nueva lid desnudo,
Donde á su hermano guarda, y lo defiende,
Que á sus espaldas por igual contiende.
Plantado, y vuelto al enemigo asiste,
Y como firme y sólida trinchera,
La flecha, dardo y lanza allí resiste,
Porque á ninguno de los suyos hiera:
Las muchas llagas de su cuerpo triste
Ya le compelen á que espire y muera;
Mas él su poca sangre y poca fuerza
En sí recoge, y á vivir se esfuerza.
Sostuvo el alma el joven temerario,
Mientras saltaba en su enemiga nave,
Por ofender siquiera al adversario
Con solo el peso de su cuerpo grave:
La nave ya, del ímpetu contrario
De Griegas proras, todo leño y trave
Mostraba poco firmes; y cubiertos
Sus altos bordos de los hombres muertos.
Así que la oprimió con su añadida
Carga, el osado salto repentino,
Del agua por sus quiebras recibida
Se hinche, y tuerce al fondo su camino;
La mar propinqüa, en cerco removida,
De espuma forma un ancho remolino,
Ábrese recibiendo la chalupa,
Y luego el puesto, que ella dexa, ocupa.
Hubo portentos raros aquel dia:
Sus garfios los Romanos aventaron,
Creyendo de aferrar una saetia,
Y en vez de aquella, á Lísida enclavaron:

Por le salvar, sus Griegos á porfia
Le asieron ambos pies, luego tiraron
El cuerpo asido de contrarias partes,
Hasta que le troncaron en dos partes.
Toda su sangre entonces desprendida
Por toda vena, el piélago manchaba,
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu, saltaba:
De los ultimos miembros desasida
Fué en breve el alma; y donde se alojaba
El corazon y entrañas, se entretuvo,
Y alli gran rato batallando estuvo.
De un griego vergantin toda la gente
Por ir á defender el diestro lado,
Dexó el siniestro bordo enteramente,
Sin consideracion, desocupado:
La mal partida carga de repente
Vuelca el ligero casco, y trabucado
Ya el árbol nada, y la carina y suelo
Es techo de las ondas, vuelto al cielo.
Viva la gente en ciega sepultura,
Al fin rabiando perecer espera,
Sin que los dexe su caverna oscura
Tender los brazos por el agua afuera.
Trazó una estraña muerte la ventura
De un Ítalo mancebo, injusta y fiera,
El qual iba nadando, y dos canoas
En medio lo encontraron con las proas.
En cuyos espolones suspendido,
Bramando pereció, sin que estorbase
Su cuerpo y duro nervio entremetido,
Que una con otra punta resonase,

Abierto el vientre, el corazon partido,
Le provocaron ambos vomitase
La espesa tinta de su sangre, á vueltas
De las entrañas con el alma envueltas.
Ya que esparcidos uno y otro vaso,
Cayó el mezquino entre las ondas muerto,
Hallaba puerta el mar, y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto.
Otro baxel por mísero frascaso
Se vió hundir, y procuraba experto
Rompiendo el golfo cada buen soldado,
De un barco amigo socorrerse á nado.
Alzaban con ahinco y agonia
Sus manos á las xarcias y madera,
De cable, ó remo cada qual prendia
Segun salvarse de la muerte espera;
Mas la embarcada chusma, que temia
Henchir de nueva carga su galera;
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva.
Así quedaban de la nao colgando
Los brazos, cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos, dando
De espaldas sobre el golfo aborrecido,
Luego los simples troncos rehilando
Andaban por el piélago estendido,
Que en breve sustentarlos no podia,
Y en su profundo seno los sorbia.
Fué estraño de mirar, quando faltaba
Ya el dardo, ó flecha á la guerrera gente,
Cómo el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente;

Este el fornido remo levantaba;
Aquel la entena misma, y ciegamente
Otro desembrazaba los enteros
Bancos, atropellando á sus remeros.

Y aun hubo algunos, que sin armas viendo
Su diestra en lo postrero de la vida,
Sacaron de sus llagas el horrendo
Hierro, y el hasta; y dardo su homicida,
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida;
Guardando así la sangre en su pujanza,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza.

Mas mientras se contiende y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las naves, como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario,
Que en hachos aplicado de esquisita
Forma, y compuestos de betumen vario,
Ardiendo se arrojaba, y al momento
Las urcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que á estinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;
Antes quando se rompe, y se derrama
Un barco en partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo.

Al mar se arroja entonces diligente
Huyendo el fuego de su lancha el uno;
Otro se abraza de la tabla ardiente
Por defenderse del atroz Neptuno;

Que en riesgos tantos la infelice gente,
Aunque es forzoso padecer alguno,
Siempre aborrece, y huye la fiereza
De aquella muerte, que á morir empieza.
Los que en el alto piélago nadando
Se hallaban, á lo menos ofendian
Con dardos, que á la armada de su bando,
Del golfo recogidos ofrecian;
Y alguna vez rabiosos estribando
Mal sobre el agua floxa, despedian
Hácia el contrario la mojada lanza
Con pulso incierto, y falto de pujanza.
Si para contrastar al enemigo,
Hasta ninguna por el agua hallaban,
El agua misma á funeral castigo,
En vez de agudas armas, aplicaban:
Porque abrazando cada qual consigo
A su contrario, al fondo se calaban,
Alegres de comprar (¡cuitada suerte!)
La agena á costa de su propia muerte.
En este modo de matar violento,
Tosco Greciano á todos excedia,
Búzano, que en el agua el vivo aliento
Por un espacio largo entretenia,
Y á escudriñarle su arenoso asiento,
Como veloz delfin, se zabullia,
Á veces destrabando la ferrada
Ancla, en el centro de la mar hincada.
Éste fué de mil hombres homicida,
Hundiéndose con ellos abrazado,
Y luego tras la oculta zabullida,
Tornando arriba salvo y descargado;

Mas una vez él mismo á la salida
El mar halló de barcas ocupado,
Y allí faltando su nadar esperto,
Quedó debaxo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
Por desigual venganza se arrimaron
A su enemiga nao, y el remo asiendo,
Su apresurado curso embarazaron.
Así en la brega militar muriendo,
Todos vengarse al menos intentaron;
Y que su sangre y vida se vendiese
Quanto costosa cada qual pudiese.

Tirreno, valentísimo Romano,
Jugando estaba de su limpio acero,
Quando le vido Lígdamo Griegano,
De dardo y honda el tirador primero;
Allá le enderezó con diestra mano
Una pelota el bárbaro guerrero,
Que le acertó en las sienes, y sangrientos
Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entonces á la grave ofensa
Queda, y al golpe, atónito de suerte,
Que sus tinieblas ya recela y piensa
Ser triste efeto de la propia muerte;
Mas como vuelve en sí y á la defensa
Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
Alza la dura faz manchada y ciega,
En tanto que á los suyos habla y ruega:

Amigos (dice) como ya asestado
Poneis un balleston á lejos trecho,
Así no menos vuelto y aplicado
Al enemigo me poned el pecho;

Siquiera por mis brazos aventado
Será algun dardo á término derecho,
Haciendo en tanto que la vida acabe
Lo mas que en mi valor y fuerzas cabe.
Y aun algo entiendo aprovecharos muerto,
Porque burlando al esquadron villano,
Qual hombre vivo, mi cadaver yerto
Será flechado de su gente en vano.
Dixo, y en su chalupa descubierto
Luego desembrazó con ciega mano
Un hasta al enemigo, la primera;
Con ciega mano sí, pero certera.
Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del joven Argos de Marsella;
Y sobre el hasta el cuerpo derribando,
Ayuda él mismo á atravesarse en ella:
Su padre, que morir le está mirando
De lejos, por los bancos atropella,
Sin que la chusma el paso le embarace,
Hasta do el hijo agonizando yace.
Este, quando mancebo, competia
En entender y usar de la robusta
Guerra, con quantos de su tiempo habia,
Y así de la palestra y de la justa:
Y aun hoy, que á su vigor y valentía
Los años vencen, de las armas gusta,
Y entre los suyos debil y cansado
Sirve de exemplo ya, no de soldado.
Viendo á su hijo el mísero no pudo
Batir sus pechos, ni bañar en llanto
Sus tristes canas; mas helado y mudo
Quedó un espacio de dolor y espanto:

De la terrible angustia el golpe agudo
Turbó la vista de sus ojos tanto,
Que al fin desconoció la pura frente,
Y el rostro amado del doncel presente.
Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
Lánguido entonces, y á su padre mira
El pálido garzon, y al conocello
Hablar no puede y tácito suspira;
Las señas mudas de su rostro bello
Piden, en tanto que la vida espira,
Los paternales ultimos abrazos,
Ansioso el joven de mover los brazos.
Mas despertando el viejo, y de su parte
Fuerzas cobrando su dolor mas fiero,
Argos, perdona (dice) si negarte
Puedo mis brazos á tu fin postrero:
Fáltame corazon para mirarte.
Difunto en ellos, moriré primero
Que tu vital espíritu despidas,
Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.
Por el anciano pecho, mientras dixo,
Vieron su espada misma atravesarse,
Y al fin porque su muerte á la del hijo
Pudiera sin estorbo anticiparse,
Quiso, abreviando su vivir prolixo,
En las marinas ondas anegarse:
Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
Y luego el alma desatada al viento.
Ya ofrece la vitoria (que dudosa
La tuvo largo espacio el fiero Marte)
A los Romanos palma gloriosa,
Y vencedor tremola su estandarte:

Los Griegos vasos, de la lid furiosa,
Parte encendidos, y anegados parte,
Dexan cautiva la restante armada,
Y de Latinas armas ocupada.
Fué inmenso el llanto, y plaga lastimera
De la ciudad aflicta y dolorida;
La gente inmensa, que del muro afuera
Sale, y al mar concurre desparcida:
Del hijo ya la madre en la ribera
Busca la ciega faz desconocida;
Otras, en vez de esposos y de hermanos,
Por yerro abrazan cuerpos de Romanos.
Un padre allí con otro contendia
Sobre un cadaver ya deforme y fiero,
Y cada qual por hijo le encendia
Su pira, en muestra del honor postrero.
Bruto Romano en la naval porfia
Venció el Griego valor, y fué el primero
Que sobre el mar, con próspera vitoria,
A Cesar aumentó renombre y gloria.

OCTAVAS

EXTRACTADAS DEL ORFEO. *

Gozaba juvenil el Trace Orfeo
De libre edad la primavera ociosa,
Dando á sus años regalado empleo
La lira dulcemente numerosa:
No al vinculo legal del Himeneo
Afectos cede ; ni á la Cipria Diosa,
Qual si anteviera el ánimo preságo
Ya por su medio el venidero estrago.

Mas entre las beldades que atropella,
De inquieta llama causador y esento,
Fué la excepcion Eurídice mas bella,
Que impuso apremios á su libre intento:
Ama vencido el que imperaba , en ella,
Juzga felicidad el vencimiento:
¡Ay quántas veces aduló engañosa
La desdicha , con máscara dichosa!

En la Ninfa gentil toda belleza
Su imperio ostenta , explica su tesoro,
Cielos cifra su rostro , su cabeza
Vierte sobre los hombros lluvias de oro:

* Las extravagancias y afectacion de estilo , que desluceu generalmente este poema , no permitian insertarle entero ; por lo qual se han extractado los mejores trozos que tiene ; procurando que en ellos la narracion guarde alguna conseqüencia.

Allí el alhago, y virginal terneza
Gozo prometen y originan lloro:
Allí entre flores de vivaz semblante
Acónito mortal gustó el amante.

Émulo varonil, hermoso opuesto
Fué el joven de la Ninfa generosa,
Donde el mérito pudo contrapuesto
Solicitar la union mas amorosa:
Un pecho y otro á dominar dispuesto
Emprendió la victoria presurosa,
Mas á un tiempo, en amar, no precedidos
Se hallaron vencedores y vencidos.

Cautelar pudo al advertido esposo
(Mas al amor la providencia implica)
De azares el concurso temeroso,
Que ya en su boda breve llanto indica.
No asiste Juno, no loquaz y ayroso
El Dios nupcial su ceremonia explica;
De obscura antorcha, con desórden ciego
Arde en su mano, reluchando el fuego.

Despues quando la dulce, prevenida
Hora nocturna al tálamo los llama;
Y á ocultós regocijos encendida
Luz grata admiten el amante y dama;
Procedido de causa no advertida
Súbito impulso arrebató la llama:
Ni el discurrir contra el anuncio fiero,
Halló evasion á desmentir su agüero.

Así temió en su origen la mudanza
El fiel consorcio que repugna el cielo:
Serenidad infiel cuya bonanza
Siempre asaltaron ondas de rezelo.

Nunca allí se enteró la confianza,
Nunca total prevaleció el consuelo,
Bien que ignoraban siglos anteriores
Tan regalado exemplo en amadores.
¡O quántas veces él, si la belleza
De Eurídice describe en dulce canto,
Pudo en sus ojos la interior tristeza
De incierto origen provocar el llanto!
Turba la voz su liberal destreza,
Embaraza á la Ninfa un tierno espanto,
Viendo del son la repugnancia ingrata,
Que empieza elogio, y llanto se remata.
Si en diversion alegre el florecido
Campo les presta deleytable asiento,
De ave siniestra el lúgubre gemido
Su gozo altera con infausto acento:
Uno y otro en el ánimo ofendido
Dolor escribe, y simulando aliento,
De su verdad y engaños daban señas
Llorosa risa, ó lágrimas risueñas.
Bastardo incendio de garzon lascivo
Mientras vagaba en placida floresta,
Quiso vencer sacrílego el esquivo
Justo desden de Eurídice modesta:
La defensa encomienda al fugitivo
Curso la Ninfa temerosa, presta,
Y agravios juzga del ausente Orfeo
Que el pie no se adelante á su deseo.
Sigue su veloz huella el torpe amante
De su insano apetito estimulado;
Ella en su casto intento mas constante
A par del viento vuela por el prado,

Al joven precediendo muy distante:
Y aunque le mira ya tan alejado,
No interrumpe su curso presuroso,
Hasta llegar á brazos de su esposo.

En quanto el miedo cauto diligente,
Apresurar la obliga su carrera
Imprevista mortifera serpiente,
Con planta (¡ay infeliz!) holló ligera;
Hiere improviso el venenoso diente
La eburnea téz, y su candor altera;
Letal contagio penetró en la herida
Hasta el íntimo centro de la vida.

Así desvaneció la flor hermosa,
Donde ya la beldad reynó lozana,
Donde mezcladas la azuzena y rosa,
Miraban con desden la nieve y grana;
En el consorte fiel la dolorosa
Nueva excedió la tolerancia humana;
Muerta la una parte de su vida,
De la que resta ser quiso homicida.

Hijo era noble el generoso amante
De la Musa mayor y el dios de Delo,
Que el furor le duplican elegante,
Con que el ingenio diviniza el vuelo:
El castalio licor tan abundante
Le inunda, que su labio alhaga el cielo,
Destinando á su verso en Elicona,
Febo siempre el laurel y la corona.

Tristezas canta que en el alma ofenden,
En metros tan acordes y suaves,
Que el vuelo y la carrera le suspenden
Condolidas las fieras y las aves;

Buscan su voz y su terneza aprenden,
Los troncos yertos, los peñascos graves,
Las corrientes al métrico lenguage
Se impelen con retrógrado viage.
Su inmensa actividad reconocida
Asunto ya de prodigioso espanto,
Pues los objetos sin sentido ó vida
Se animan al impulso de su llanto;
El joven que su industria reducida
Tiene á inquirir alivio al ciego llanto;
Contra la angustia que su paz destruye
Discurre arbitrios, y animoso arguye.
Si el vigor (dice) de mi lengua pudo
Rendir los brutos de inclemencia armados,
E introducir en el peñasco rudo
Racionales afectos animados;
¿Cómo en virtud de sus alientos, dudo
(Aunque la fuerza impugne de los hados)
Si el Reyno inquieto del eterno luto,
Mover piedad en Radamanto y Pluto?
Á tanto exâmen su eficacia atreva
Mi doloroso canto, y fuego tierno.
Dice y comete á la experiencia nueva
El revocar su Eurídice de Averno:
Solo intentada la estupenda prueba
Á osados pudo ser exemplo eterno,
Y niega executada (bien que en vano)
Su imitacion al ardimiento humano.

En la fragosa Ténaro que inunda
El Lacónico ponto, en sitio cierto

Rudo taladro de canal profunda
Rompe el terreno cavernoso y yerto:
Intonsa breña con horror circunda
El rasgado peñon, y esconde abierto
Cóncavo tal, que á la tartárea estanza
Por las entrañas del abismo alcanza.

Tan denso allí de rústica madeja
Asombra el sitio pabellon herboso,
Que aun lo exterior á la caverna dexa
De la estorbada luz siempre envidioso;
Ni quando el sol á su zenit se aleja
Allí introduce rasgo luminoso,
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho al despertar el dia.

Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborrece,
No le matiza de verdor, no altera
Su tosca rama, ni sus hojas crece:
Quando repite Abril su primavera,
Y en vario esmalte el prado reflorece,
Allí le niega su dominio alterno,
Siempre rehácio el escabroso invierno.

De ciegas ondas lago ponzoñoso
Bate en la peña, y riega su boscage,
Que al basilisco y aspid venenoso
Aun fuera su licor mortal brevage:
Humos exhala, que en el viento ocioso
No otorgan á las aves hospedage,
Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.

Nunca en la breña la segur tajante
Violó de añoso tronco seca rama,

Ni pie mortal, á orillas del undante
Lago imprimió jamas la espesa lama:
Previene el escarmiento al caminante
La ya esparcida voz que el sitio infama,
Lejos se mira, y con espanto y miedo
El pie lo huye y lo demuestra el dedo.
De esta caverna á la estacion tremenda
El sobrado sentir conduxo á Orfeo,
Que aun el amor se admira de que emprenda
Tan desperada accion mortal deseó:
Ya pasa el lago, y por obliqüa senda
Al bosque arriba en aspero rodeo,
Ya en los breñales que la cueva ofuscan,
Posible entrada sus alientos buscan.
Riesgos tropella con audáz semblante,
Anhelando desprecios de la muerte,
Que si con ella lucha amor constante,
Produce amor actividad mas fuerte:
Aun hasta allí la voz del tierno amante
Los peligros opuestos no divierte,
Porque la causa que le impele á tanto,
Deba mas á su esfuerzo que á su canto.
Ya penetra en el margen de la sima,
Que es del abismo exórdio primitivo,
A la lira sonante el pletro arrima,
Y del ayre el vapor templa nocivo;
El blando acento de la voz intima
En las entrañas del peñasco vivo,
Que antes solo admitieron en sus huecos
Del tartáreo gemir ásperos ecos.
Sale de sí el gran monte que apetece
Vecino el canto y como crespa goma,

Que en el tronco del arbol aparece,
En cada risco nuevo risco asoma;
Por el canal en torno inquieta crece
La peña, que la voz ablanda y doma,
Y tal se estrecha en la caverna el Tracio,
Que apenas halla á su camino espacio.
Horrible incendio, entre borrados lejos,
Arroja luz infausta tenebrosa,
Mal retratando en hórridos espejos;
La bruta faz de la region umbrosa
Rige el paso á los trémulos reflexos:
El joven y la indómita espantosa
Habitacion, que infausta le ocurria
Vencer emprende en dulce melodía.
Al margen de Aqueronte, algoso rio,
Tiene la voz mil sombras elevadas,
En quien ya de la vida faltó el brio,
Y existen aparentes y animadas;
Todas atienden el baxel tardio,
Y á prescrito lugar ser colocadas,
Maravillanse viendo al joven fuerte
En el reyno espantoso de la muerte.
Llega á Aqueronte, y en su orilla espera,
Las cuerdas requiriendo y consultando:
Vé la grosera barca á la ribera
Opuesta conducir copioso bando:
Del instrumento, y de la voz esmera
De nuevo entonces el acento blando,
Gime la cuerda al rebatir del arco
Y su gemido es rémora del barco.
Resonó en la ribera tiempo escaso
El canto que humanar las piedras suele,

Quando atras vuelve, y obedece el vaso,
Mas á la voz, que al remo que le impele:
La conducida turba, al nuevo caso
Se admira, se regala, se conduele,
Y las réprobas almas con aliento
Se juzgan revocadas del tormento.

Solo el piloto rígido concibe
Furor, porque decrépito su oido,
La suavidad sonora mal percibe,
Y el baxel mira discurrir torcido;
Mas antes que la prora al puerto arribe,
De la dulçe armonía persuadido
Sintió la voz y con piadoso espanto
Tambien rindió su admiraçion al canto.

Templa la dura faz, descuida el remo,
Y al prodigioso músico se humilla;
Llega la barca al procurado estremo,
Y en el alga tenaz hunde la quilla:
Entra el amante y el lugar supremo
Ocupa, en tanto que la adversa orilla
Repite el leño, obedeciendo leve,
Al canoro piloto que la mueve.

La armoniosa voz luego sepulta
Al can trifauce en regalado sueño,
Supliendo su eficacia y fuerza oculta
Confecciones de miel y de beleño:
En la ancha cueva de maleza inculta
Se reclina, olvidada de su empeño
La bestia inutil, y concede abierta
Del reyno interno la dificil puerta.

Esta penetra y se adelanta el Tracio
(Cuyo amor y valor igual compite)

Y el pie dirige al intimo palacio,
Que al de Jove emulando alverga á Dite;
Mira á la diestra en dilatado espacio,
El gremio Elíseo, que feliz admite
Posesores heroycos, nobles almas
Que ornan su frente vividoras palmas.

Bien presume de Eurídice el amante
Que allí inmortal su domicilio alcanza,
Y allí le impele con fervor constante
Impetu opuesto á la sagaz templanza:
Mas el pie revocando vacilante,
En el temor suspende la esperanza,
Teme, si entra los límites agenos,
Que atreviendose á mas consiga menos.

Vencer antes propone compasivo
(Tanto en vigor de sola voz emprende)
La gran deidad, de cuyo ceño altivo
El infero gobierno unido pende!
La vista encumbra al edificio altivo
Y á su muralla, y puerta el paso tiende,
Quando admirado ve, y admira tierno
El mas bronco espectáculo de Averno.

Ve en siniestro lugar el espantoso
Presidio, y posesiones del tormento,
Donde es lago la tierra lagrimoso,
Y á los gemidos incapaz el viento:
No consintió la lira el arco ocioso,
Ni se negó la voz al instrumento,
Que serenaron dulcemente unidos
La tempestad horrísona de aullidos.

Sisifo que su cargo ha fenecido
Tantas veces, y nunca le fenece,

Porque el peso del hombro sacudido,
Vuelve á subir y el padecer recrece;
Ya se reusa el risco detenido,
Y el que imprimió dolor, descanso ofrece
Suspendiendo la lira su suplicio,
Y al buitre hambriento que devora á Ticio.
En circulo voluble padecia
El que fué de Junon amante insano,
Quando venció al rigor el armonía
Quietando al movil el girar liviano.
Así el aspa rodante, que regia
Aspera muela que deshace el grano,
Pierde la furia, y calma el movimiento,
Se viene el aura, y se retira el viento.

Con humillada adoracion se inclina
Al Rey feroz que armado de aspereza
De inquietos ojos rígido fulmina
Rayos de ira eclipsados en tristeza:
Obsequio no menor á Proserpina
Rinde, y colige atento en su belleza,
Que silenciosa otorga al ignorado
Ruego lo que le niega el Dios turbado.
Dime lo que lloró cantando Orfeo,
Y los efectos de su ruego, ¡ó Musa!
Quando su voz seguida del recreo
Fué en el palacio cóncavo difusa,
Y dulce consiguió mayor trofeo,
Que acerbo el duro rostro de Medusa,
Pues suspension, á estatuas parecida,
Da á las deidades, y á las piedras vida.

Numen del orbe y sus abismos (dice)
Que gozas con glorioso ministerio,
Por feliz suerte, y mérito felice,
Igual con Jove el dividido imperio;
Yo el mas de los humanos infelice
Desciendo á ti del Ártico emisferio;
Si estoy vivo no sé, sé que la suerte
Traxo mi vida al reyno de la muerte.

Mas quando viva muerto, ó muera vivo,
Siendo estos miembros mi sepulcro humano,
Ni aquí me induce presuncion de altivo,
Ni curiosa ambicion de estudio arcano:
No qual Teseo, ni Piritóo lascivo
Tu afrenta inquieto conspirada en vano,
Ni como Alcides, coronar espero
Mis hazañas, robándote el cerbero.

Solo cobrar mi espíritu procuro
En Eurídice bella vinculado,
En quien la muerte el esplendor mas puro
Robó antepuesta á la intencion del hado:
Quexas de amante (no el acero duro)
Cercan mi pecho, á la conquista armado:
El ruego humilde, el mísero lamento,
Por mis pertrechos bélicos presento.

Ya en la terrena faz que alegra al cielo
Contra la ausencia presumí industrioso
Fingir alivio leve, no consuelo,
Ó ser á mis tormentos poderoso:
Yélame ardiendo el sol, ardo en el yelo,
El descanso me ignora, y el reposo;
Quanto los hombres juzgan luz y dia,
Es á mis ojos tempestad sombría.

Así aunque vine de region serena
Al negro centro no distingo horrores,
Y si juzgas mi osar digno de pena
Porque tus reynos penetre inferiores,
Ya amor por su derecho me condena,
No intimes á mi mal nuevos rigores,
Que no me añadirá tu abismo ciego
Ni tormento mayor, ni mayor fuego.

Tal causa solicita mi cuidado
Que en lo amante se absuelve lo atrevido,
Quanto mi accion te provocó indignado
Te merece mi mal compadecido:
Ni á exceso debes referir sobrado
El de amoroso impulso procedido,
Que si culpas mi accion y mis extremos,
En mí á los Dioses culparás supremos.

Por su Europa verás el gran Tonante
En brutas pieles de animal extraño;
Cisne despues, quando de Leda amante
Para lascivo ardid cándido engaño:
Tú mismo (ó Rey) sin exemplar distante
Ser puedes en mi abono desengaño,
Quando excediendo esfuerzos de Mavorte
Fué triunfo tuyo tu feliz consorte.

Yo imitando tu amor busco la mia:
No impidas á tu empresa semejanzas,
Á ti deba mis glorias la osadía
Su posesion á ti mis esperanzas:
Francos regresos el abierto dia
Nos permite; serán tus alabanzas
(Dando á la lira eternizado empleo)
Unico asunto, única voz de Orfeo.

En quanto asi dilata el blando ruego,
Toda aspereza de la faz destierra,
Al bronco Numen, y penetra luego
Al corazon con la sonora guerra:
Ya el Dios admite plácido el sosiego
Y al turbado rigor la entrada cierra,
Ya dominar en sus entrañas dexa
La primera piedad de humana queja.

Con semblante Prosérpina lloroso,
Desde el primer acento el canto oia,
Sobrando al pecho femenil piadoso
El vigor de la acorde melodía:
A contrastar su inexôrable esposo
La intercesora voz apercibia,
Mas no intercede, que su faz propicia
Ya la piedad que procuraba indicia.

El Rey justificando su gobierno
Consultivo se vuelve á Radamanto,
Vé al rígido ministro entonces tierno
Que afecta disimulos contra el llanto:
Leyes al fin deroga de su Averno
Por conceder la súplica del llanto,
Su efecto abrevia en diligente oficio
Duplicando el valor del beneficio.

Al tropel de ministros circunstante
Que le anticipan obediencia, ordena
Se restituya Eurídice al amante,
Y ambos despues á la region serena;
Manda apenas el Dios, quando delante
El bello origen de su gloria y pena,
El Tracé mira; y dilatando el pecho,
Aun á su gozo presta alvergue estrecho.

Precepto fué imperial, impuesto en vano,
(Pension ligera al sucesor de Febo)
No á mirar vuelva con error liviano,
La vista á su consorte ni al Erebo:
Hasta que asciendan al abierto llano,
A cuyas luces con aplauso nuevo
Gocen alhagos, que jamás permite
La severa region reyno de Dite.

Seguido, pues, de la inocente bella
El prodigioso vencedor, en tanto
Ya retrocede la triunfante huella,
Y espanto aumenta al reyno del espanto:
Festivo elogio en vez de la querella
Consagra al Dios reconocido el canto,
En himnos dedicando al beneficio,
La gratitud sonoro sacrificio.

El músico infeliz reconocia
Estremos ya de la superna entrada,
Y si el efecto no, la fantasía
Gozaba el fin de la triunfal jornada;
Rindióse á recelar si le seguia
Su prenda del abismo revocada,
Ó si en los riscos de la sima acaso,
Obliqüa senda la retarda el paso.

Turbó el rezelo acciones al sentido,
Cegó prudencias al discurso inquieto,
Tal que introduxo á la memoria olvido
Que violó de Pluton el gran preceto:
Vuelve la vista (¡ay triste!) inadvertido,
Y apenas mira el procurado objeto
Que anhelando los ojos su presencia,
Siglos fulminan de llorosa ausencia.

Sigue entre fuegos, truenos y temblores
Lóbrego nublo en apariencia ingrata,
Que á los horrores añadiendo horrores,
Por las fauces del Orco se dilata:
En sus humos envuelve voladores
A Eurídice, y bramando la arrebata,
Como en turbado mar con furia oculta
Errante leño el uracan sepulta.

Desvánece con ímpetu la dama,
Y en quanto sigue la profunda via
Con altas quejas á la suerte infama,
Clamores tristes al amante envia:
Huye al centro la voz que en vano clama;
Mas y mas debil cada vez se oia;
Oye el Trace (ó le informa su deseo)
Lánguido el nombre repetir de Orfeo.

Por seguir y llamar su fugitiva
El pie intenta mover, y lengua muda
En el terreno aquel temblando estriva
Esta su voz á la garganta anuda:
Al sobresalto al fin la primitiva
Fuerza quebranta, y de su muerte en duda,
Tras las nieblas fugaces y veloces
Pasos esparce intrépidos y voces.

Del gran dolor á la inclemencia fiera
Se entrega, y provocando en sí la ira,
Aun el tormento procurar quisiera,
Quando autor de su pérdida se mira;
Revuelve de Aqueronte á la ribera,
Y forma acentos rudos á la lira;
No obedeciendo en el turbado llanto
La cuerda al plectro, ni la voz al canto.

Ni quando recupere allí el amante
Su actividad sonora no oprimida,
Será á cobrar su Eurídice bastante
Segunda vez al Báratro ofrecida:
Dará su labio, y cítara sonante
Gozo al dolor, á los peñascos vida;
No así podrá piadoso ni obstinado
Firmes decretos revocar del hado.

NOTICIAS DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Se ignora en qué año nació, aunque consta que fué natural de Sevilla. Tampoco se sabe donde pasó la juventud, y solo parece que vivia en Roma en 1607; pues en este año publicó allí su traduccion del *Amintá* de Torquato Taso. Tal vez le llevó allá su aficion á las Artes; pues cultivó la pintura de modo que logró mucha estimacion por ella. Fué caballero del hábito de Calatrava, y Caballerizo de la Reyna Doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV. Pasó en Madrid la mayor parte de su vida, sirviendo este empleo, y murió en la misma Villa por los años de 1650 siendo ya de mucha edad. Sus *Rimas* se publicaron en Sevilla juntamente con el *Aminta* en 1618. La *Farsalia* en Madrid en 1684, y con ella se reimprimió el *Orfeo* ya dado á luz en 1624.

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

CANCION PRIMERA.

Al armamento de Felipe II. contra Inglaterra.

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el Francés Pirene al Moro Atlante,
Y al ronco son de trompas belicosas
Haz envuelta en durisimo diamante
De tus valientes hijos feroz muestra
Debaxo de tus señas victoriosas;
Tal que las flacamente poderosas
Tierras y naciones contra su fé armadas,
Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de sus arneses fiera lumbre,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan,
Y como al sol las nieblas se resuelvan:
O qual la cera blanda desatadas,
Á los dorados luminosos fuegos
De los yelmos gravados
Queden como de fé de vista ciegos.
Tú que con zelo pio y noble saña
El seno undoso al húmedo Neptuno
De selvas inquïetas has poblado,
Y quantos en tus Reynos uno á uno
Empuñan lanza, contra la Bretaña
Sin perdonar al tiempo has enviado;

En número de todo tan sobrado
Que á tanto leño el húmedo elemento
Y á tanta vela es poco todo el viento,
Fia que en sangre del Ingles Pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de rüinas Oceáno:
Y aunque de lejos con rigor traidas,
Ilustrará tus playas y tus puertos
De vanderas rompidas,
De naves destrozadas, de hombres muertos.
Ó ya Isla católica y potente
Templo de fé, ya templo de heregia,
Campo de Marte, escuela de Minerva,
Digna de que las sienes que algun dia
Ornó corona Real de oro luciente
Ciña guirnalda vil de esteril yerba;
Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza y de fé ricos;
Ahora condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada,
Del uso en vez, del cetro y de la espada;
Muger de muchos y de muchos nuera.
¡Ó Reyna torpe, Reyna no, mas loba
Lividinosa y fiera,
Fiamma dal ciel su le tue treccie piova!
Tú en tanto mira allá los Otomanos
La Jonias aguas, que el Sicano bebe,
Sembrar de armados árboles y entenas,
Y con tirano orgullo en tiempo breve

Domando cuellos y ligando manos,
Y sus manos hiriendo las arenas,
Despoblar Islas y poblar cadenas.
Mas quando su arrogancia , y nuestro ultrage
No encienda en ti un católico corage,
Mira, si con la vista tanto vuelas,
Entre hinchadas velas
El soberbio estandarte,
Que á los christianos ojos, no sin arte
Como en desprecio de la cruz sagrada,
Mas desenvuelve, mientras mas tremola
Entre lunas bordadas
Del caballo feroz la crespa cola.
Fixa los ojos en las blancas lunas
Y advierte bien (en tanto que tú esperas
Gloria naval de las Britanas lides)
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las columnas,
Llaves tuyas y término de Alcides:
Mas si con la importancia el tiempo mides,
Arma tus hijos, vara tus galeras,
Y sobre los castillos y leones,
Que ilustran tus pendones,
Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá, que honró el madero;
Que él hará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.
Cancion, pues que ya aspira
Á trompa militar mi tosca lira,
Despues me oirán, si Febo no me engaña,

El carro helado y la abrasada zona
Cantar de nuestra España
Las armas, los triunfos, la corona.

CANCION II.

De la florida falda
Qué hoy de perlas bordó la alba luciente
Texidos en guirnalda,
Trasládo estos jazmines á tu frente,
Que piden con ser flores
Blanco á tu seno y á tu boca olores.
Guarda de estos jazmines
De abejas era un esquadron volante,
Ronco sí de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.
Mas, Clori, que he texido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el esquadron armado:
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

CANCION III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,
De nieves impedidos,
Me contienen tus dulces ojos bellos!
¡Qué de rios del yelo tan atados,
Del agua tan crecidos

Me defienden el ya volver á vellos!
¡Y quán burlando dellos
El noble pensamiento
Por verte pisa plumas, pisa el viento!
  Ni las tinieblas de la noche obscura,
Ni los yelos perdona,
Y á la mayor dificultad engaña;
No hay guardas hoy de llave tan segura,
Que nieguen tu persona,
Que no desmientan con discreta maña;
Ni emprenderá hazaña
Tu esposo quando lidie,
Que no la registre él, y yo no envidie.
  Allá vuelas, lisonja de mis penas,
Que con igual licencia
Penetras el abismo, el cielo escalas:
Y mientras yo te aguardo en las cadenas
Desta rabiosa ausencia,
Al viento agravian tus ligeras alas;
Ya veo que te calas
Donde bordada tela
Un lecho abriga, y mil dulzores zela.
  Tarde batiste la envidiosa pluma,
Que en sabrosa fatiga
Vieras muerta la voz, suelto el cabello,
La blanca hija de la blanca espuma,
No sé si en brazos diga
De un fiero Marte, ó de un adonis bello:
Y anudada á su cuello
Podrás verla dormida,
Y él casi trasladado á nueva vida.
  Desnuda el brazo, el pecho descubierta,

Entre templada nieve
Evaporar contempla un fuego helado,
Y al esposo en figura casi muerta
Que el silencio le bebe.
Del sueño, con sudor solicitado...
Dormid, que el Dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.
Dormid, copia gentil de amantes nobles,
En los dichosos nudos,
Que á los lazos de amor os dió himeneo;
Mientras yo desterrado, de estos robles
Y peñascos desnudos
La piedad con mis lágrimas grangeo:
Coronad el deseo
De gloria, en recordando;
Sea el lecho de batallas campo blando.
Cancion, di al pensamiento,
Que corra la cortina,
Y vuelva al desdichado que camina.

CANCION IV.

Vuelas, ó Tortolilla,
Y al tierno esposo dexas
En soledad y quejas:
Vuelves despues gimiendo,
Recíbete arrullando,
Lasciva tú, si él blando;
Dichosa tú mil vezes,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor, y dulces pazes.

Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco:
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido,
Campo fué de batalla,
Y tálamo fué luego,
Arbol que tanto fué, perdone el fuego.
Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quexas sabrosas
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos suaves,
Quien besos contó y quexas,
Las flores cuente á Mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.
Injuria es de las gentes
Que de una Tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego:
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisongear á un Dios con alas.

CANCION V.

Corcilla temerosa,
Quando sacudir siente

Al soberbio Aquilon con fuerza fiera,
La verde selva umbrosa,
O murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafia
Su voladora planta:
Con ligereza tanta
Huyendo va de mí la Ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.
El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda,
Y habiendose abrigado
Lascivamente en ellos,
Á luchar baxa un poco con la falda:
Donde no sin decoro,
Por brúxula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro:
Y así en tantos enojos,
Si trabajan los pies, gozan los ojos.
Yo, pues, ciego y turbado,
Viéndola como mide
Con mas ligeros pies el verde llano
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del Parto fiero la robusta mano;
Y viendo, que en mí mengua
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los pies para la lengua,

Y en alta voz le digo,
No huyas, Ninfa, pues que no te sigo.
  Enfrena, ó Clori, el vuelo,
Pues ves, que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente:
Ten de ti mesma duelo
Deponga un rato sola
El honesto sudor tu blanca frente:
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellísimo pie nunca ha dexado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.
  Exemplos mil al vivo
De ninfas te pondria,
Si ya la antigüedad no nos engaña,
Por cuyo trato esquivo,
Nuevos conoce hoy dia
Troncos el bosque, y piedras la montaña.
Mas sirvate de aviso
En tu curso, el de aquella,
No tan cruda ni bella,
A quien ya sabes, que el pastor de Anfriso
Con pie menos ligero
La siguió ninfa, y la alcanzó madero.
  Quedate aquí, Cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto,
Que razon es parar, quien corrió tanto.

SONETOS.

I.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida;
Amantes, no toqueis, si quereis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Qual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que á la Aurora
Direis que aljofaradas y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno:
Manzanas son de Tantalo y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

II.

Raya, dorado Sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El roxo paso de la blanca Aurora;
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora.
Para que desta vega el campo raso
Borde saliendo Flérida de flores:

Mas si no hubiere de salir acaso,
  Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
Ni sigas de la Aurora el roxo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

III.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;
  Pues dexando tu nido cavernoso,
De Segura en el monte mas vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino,
Tuerces soberbio, raudo y espumoso;
  A mí que de tus fértiles orillas
Piso aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta;
  Dime, si entre las rubias pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad qual la de Clori, ó gracia tanta.

IV.

Hermoso dueño de la vida mia,
Mientras se dexan ver á qualquier hora,
En tus mexillas la rosada aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el dia;
  Mientras que con gentil descortesia
Mueve el viento la hebra voladora,
Que el Arabia en sus venas atesora,
Y el rico Tajo en sus arenas cria;

Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro dia vuelto en noche obscura,
Huya la aurora del mortal nublado;
Y antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza á la blanca nieve en su blancura;
Goza, goza el color, la luz, el oro.

ROMANCES.

I.

Famosos son en las armas
Los Moros de Canastel,
Valentísimos son todos,
Y mas que todos Hacen.
El Roldan de Berbería
El que se ha hecho temer
En Oran del Castellano
En Ceuta del Portugues.
Tan dichoso fuera el Moro,
Quan dichoso podrá ser
Si le bastára el adarga,
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un harpon de desden
Le despidió Belerifa
La hija de Ali Muley.
Atento á sus demasias
En amar y aborrecer,
Quiso el niño Dios vendado
Ser testigo y ser jüez.
Miraba al fiero Africano

Rendido mas de una vez,
A una esperanza traidora
Y á un desengaño fiel:
Ya rindiendo á su enemiga,
Y entregandole á merced
Las llaves del albedrío,
Los pendones de la fé.
Mirábalo en los ramblares,
Ora á caballo, ora á pie,
Rendir el fiero animal
De las otras fieras Rey.
Y de la real cabeza
Y de la espantosa piel
Ornar de su ingrata Mora
La respetada pared.
Mirábalo el mas galan
De quantos Africa vé,
En servicio de su dama
Vestir morisco alquizel.
Sobre una yegua morcilla
Tan extremo en el correr,
Que no logran las arenas
Las estampas de sus pies:
Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez
(Obra al fin en todo digna
De artifice Cordovés)
Solicitar los balcones,
Donde se anida su bien,
Comenzando en armonía
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Venus

El Moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se ufana contra él;
Miraba á la bella Mora,
Salteada en su vergel
De un cuidado que es amor,
Aunque no sabe quien es.
Ya en el oro del cabello,
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed.
De pechos sobre un estanque,
Hacen que á ratos esten
Bebiendo sus dulces ojos
Su hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dixo una,
Y aun maliciosa tambien:
Así quiera Dios, señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Xerez,
Como esa curiosidad
Es cuna (á mi parecer,)
De un amor recien nacido,
Que volará antes de un mes.
Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez
Que ya fué de blancos lirios,
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido

A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red.
Y comenzó Belerifa
Hacer contra amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

II.

Servia en Oran al Rey,
Un Español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda Africana.
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Quando tocaron al arma.
Trescientos Zenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas.
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas;
Y ellas al enamorado
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las caxas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para,

No salir es cobardía,
Ingratitud es dexalla.
Del cuello pendiente ella
Viéndole tomar la espada
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras.
Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos campo de batalla.
Vestios y salid apriesa,
Que el General os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho
Y no habeis menester armas.
Viendo el Español brioso
Quanto le detiene y habla,
Le dice así: mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya;
Vaya á los Moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.

III.

Entre los sueltos caballos
De los vencidos Zenetes
Que por el campo buscaban
Entre la sangre lo verde;
Aquel Español de Oran,
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á el,
Y un Moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien Zenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece
De quatro espuelas herido,
Que quatro vientos le mueven.
Triste camina el Alarbe,
Y lo mas baxo que puede,
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el Español
De ver cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere;
Con razones le pregunta,
Comedidas y corteses,
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo como tal,

Sin escusarlo obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte.
Valiente eres Capitan,
Y cortés como valiente,
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy ; y por quien eres.
Yo naci en Gelves el año,
Que os perdisteis en los Gelves,
De una Berberisca noble
Y de un Turco Matasiete.
En Tremecén me crié
Con mi madre y parientes
Despues que murió mi padre
Corsario de tres baxeles.
Junto á mi casa vivia,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linage
De los nobles Melioneses.
Extremo de las hermosas,
Quando no de las crueles,
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura,
Que se hallarán claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba

Salia el sol por su frente
De tantos rayos vestido,
Quantos cabellos contiene.
Mas ya la razon sujeta,
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone,
Y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
Y amor en nuestras niñeces
Hirió nuestros corazones
Con harpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
Esta, Español, es la causa
Que á llanto pudo moverme,
Mira si es razon que llore
Tantos males juntamente.
Conmovido el Capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo
Que paren sus males quiere.
Gallardo Moro, le dice,
Si adoras, como refieres,
Y si, como dices, amas;
Dichosamente padeces,
¿Quién pudiera imaginar
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,

Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por voto
Lo que entendi que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que quando la veas
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el Moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus pies ofrece.
Vivas mil años, le dice,
Noble Capitan valiente,
Que ganas mas con librarme,
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
Y te dé victoria siempre
Para que estiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apenas vide trocada
La dureza de esta sierpe,
Quando tú me cautivaste,
Mira si es bien que lamente.

IV.

Aquí entre la verde juncia,
Quiero como el blanco cisne

Que envuelta en dulce armonía
La dulce vida despide,
Despedir mi vida amarga
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella,
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas
Orne esta planta de Alcides,
Mientras yo á la tortolilla,
Que sobre aquel olmo gime,
Le hurto todo el silencio
Que para sus quexas pide.
Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques; cruel verdugo
De mis años infelices,
Tan grandes son tus extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda,
Si eres diosa ó eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde;
Que considerados bien
Todos los monteros dicen,
Que los dos nos parecemos
Al roble que mas resiste
Los soplos del viento ayrado,
Tu en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres roble,
Y en lo demas flaca mimbre

No solo á los recios vientos,
Mas á los ayres sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Despues que á mí me persigues,
Á los ciervos voladores
Ni á los fieros javalies;
Ni de tu dichoso alvergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras,
Que como á mí muerte diste.
No porque no gustes dello,
Sino porque no te obligue
El encontrarme en la caza,
A que siquiera me mires.
Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia,
De que tus pies no le pisen.
Haz tu gusto, que yo quiero
Dexar (pues dello te sirves)
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige,
Conseguiremos en esto
Ambos á dos nuestros fines;
Tú el de cruel en dexarme,
Yo el de leal en morirme.
Tú Rey de los otros rios,
Que de las sierras sublimes
De Segura al Oceano
El fértil terreno mides;
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes

De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires;
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el humido reyno
De la gran madre de Aquiles.
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven
Conozcan quien es Daliso,
Y quien es la ingrata Nise

V.

Aquel rayo de la guerra,
Alferez mayor del Reyno,
Tan galan como valiente,
Y tan noble como fiero;
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos,
Y de los niños, y el vulgo
Señalado con el dedo;
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo;
El que vistió las mezquitas
De venturosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De christianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de azero
Á su patria libertó

De dos peligrosos cercos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
Á que le condena el Rey,
Ó el amor, que es lo mas cierto.
Servia á una Mora el Moro
Por quien el Rey anda muerto,
En todo extremo hermosa
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama
Que para él flores fueron,
Y para el zeloso Rey
Yerbas de mortal veneno.
Pues de la yerba tocado
Lo manda desterrar luego,
Culpando su lealtad,
Para disculpar sus zelos.
Sale pues el fuerte Moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió y le pació el heno.
Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo
Que en grave y ayroso huello
Con ambas manos medía
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre la marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores

De su inocencia y su duelo.
Bordó mil hierros de lazas
Por el capellar, y en medio
En Arábigo una letra,
Que dice: *Estos son mis yerros.*
Bonete lleva turquí
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un precioso Camafeo.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento.
No lleva mas de un alfange
Que le dió el Rey de Toledo,
Porque para un enemigo,
El le basta y su derecho.
De esta suerte sale el Moro
Con animoso denuedo,
En medio de los Alcaides
De Arjona y del Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas por do pasa
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten ahora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertieron.
La bellísima Balaxa,
Que llorosa en su aposento
Las sinrazones del Rey

Le pagaban sus cabellos;
Como tanto estruendo oyó
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dixo,
Dando voces con silencio:
Vete en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelo;
Que quien te echa de Jaen
No te echará de mi pecho.
El con el mirar responde;
Yo me voy, y no te dexo;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.
En esto pasó la calle,
Los ojos atras volviendo
Cien mil veces, y de Andujar
Tomó el camino derecho.

VI.

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco Dios y rapaz,
Vendado que me has vendido
Y niño mayor de edad;
Por el alma de tu madre,
Que murió siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas:
Dexame en paz, amor tirano,
Dexame en paz.
Baste el tiempo mal gastado
Que he seguido á mi pesar

Tus inquïetas vanderas,
Foragido Capitan.
Perdoname amor aquí;
Pues yo te perdono allá,
Quatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Amadores desdichados
Que seguis milicia tal,
Decidme, ¿qué buena guia
Podeis de un ciego sacar?
De un paxaro ¿qué firmeza,
Qué esperanza de un rapaz,
Qué galardon de un desnudo,
De un tirano qué piedad?
Déxame en paz, &c.
Diez años desperdicié
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal
¡Cómo aré, sembré, cogí!
Aré un alterado mar,
Sembré en esteril arena,
Cogí vergüenza y afan.
Déxame en paz, &c.
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la carcel libertad,
Miel dulce al amargo acibar,
Principio al fin, bien al mal:

Déxame en paz, amor tirano,
Déxame en paz.

VII.

Angélica y Medoro.

En un pastoral alvergue
Que la guerra entre unos robles
Lo dexó por escondido,
O lo perdonó por pobre;
Do la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano,
Y cabras del llano al monte;
Mal herido, y bien curado
Se alverga un dichoso joven,
Que sin clavarle amor flecha
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al Moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Limpiale el rostro y la mano
Siente al amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,

Porque labren sus harpones
El diamante del Catay,
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra sin ver por donde
Una piedad mal nacida,
Entre dulces escorpiones;
Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de agua: ¡ó piedad,
Hija de padres traidores!
Yerbas le aplica á sus llagas
Que si no sanan entonces
En virtud de tales manos,
Lisongean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas:
Los rayos del sol perdonen.
Los ultimos nudos daba
Quando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.
Y la, que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,

Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guia
Que el sol dexa su orizonte,
Y el humo de su cabaña
Le va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego,
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues, cuyos dedos
Desta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles;
Y le entregan quando menos
Su beldad y un reyno en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De Cupidillos menores
La choza, bien como abejas,
Hueco tronco de alcornoque.
¡Que de nudos le está dando
A un aspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arruyos gemidores!
¡Qué bien la destierra amor

Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y lugar no se inficione!
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange dispone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes,
Plumas les baten veloces
Ayrecillos lisongeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombra,
Los arboles pavellones,
La apacible fuente sueño,
Música los Ruiseñores;
Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin monte,
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas do el silencio apenas

Dexa que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes destos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

VIII.

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel
Un aquilon africano,
Las engendró á todas tres:
Y segun los vientos pisa,
Un vergantin Genoves,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los pies.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo baxel,
En que á Nápoles pasaba
En conserva del Virey;
Un Español con dos hijas
Una sol, y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel.
Derrotólo un temporal,
Y ya que no dió al traves,
A vista dió de Morato,
Renegado Calabres.
El tagarote africano,
Que la español garza ve,

En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascavel.
Peinandole va las plumas,
Mas el viento burla del
Interpuesto entre las alas
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un Duque ahora,
Título ya de Marques.
De sus torres los descubren,
Y distinguiendo despues
La cruz en el tafetan
La luna en el alquizél;
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos, ó diez
Envuelven de negro humo
Al corsario su interes.
Los brazos del puerto ocupa
Con fatiga y con placer,
El vergantin destrozado
Desde la quilla al garces.
El Leones agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado
Dice, sino de laurel;
¡O puerto, templo del mar,
Cuya húmeda pared,
Antes faltará que tablas
Señas de naufragios den;
Fortaleza imperiosa,
Terror de Africa, y desden,

Yugo fuerte y real espada,
Que reprime, y que da ley!
Defensa os debo, y abrigo,
Mi libertad vuestra es,
Y mi lengua desatada
En alabanzas tambien.
Con tus altos muros viva
Tu ínclito dueño, á quien
Como á ti el Mediterráneo
La envidia le bese el pie:
Inmortal sea su memoria
En la gracia de su Rey,
Por galardon proseguida,
Si comenzó por merced.
Que servicio tan honrado,
Y de Acates tan fiel,
Inmortalidad merecen
Si no de vida, de fé.

IX.

Levantando blanca espuma
Galeras de Barba-roxa
Ligeras le daban caza
A una pobre galeota,
En que alegre el mar surcaba
Un Mallorquin con su esposa,
Dulcísima Valenciana,
Bien nacida si hermosa.
Del amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las Pascuas,
Quanto á festejar las bodas;

Y quando á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla;
Esperándola detras
De una cala insidïosa,
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
Que por una parte y otra
Sus quatro enemigos leños
Tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
Y en estotros la congoja,
Mientras se quexa la dama
Derramando tierno aljofar.
Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Váleme en este peligro
Por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes
Los baxeles que te enojan
Embestillos en la arena
Con mas daño que en las rocas;
Tú que con la misma fuerza,
Quando al humilde perdonas,
Sueles de armadas Reales
Escapar barquillas rotas,
Salga esta vela á lo ménos
Destas manos rigurosas,
Qual de garras del halcon
Blancas alas de paloma.

X.

Criábase el Albanés
En la corte de Amurates,
No como prendas cautivas
En rehenes de su padre,
Sino como se criára
El mejor de los Sultanes,
Del Gran Señor regalado,
Querido de los Baxaes.
Gran capitan en las guerras,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Espejo de los galanes.
Recien venido era entonces
De vencer y de ganalles
Al Ungaro dos banderas,
Y al Sofí quatro estandartes.
¿Mas qué aprovecha domar
Invencibles Capitanes,
Y contraponer el pecho
A mil peligros mortales;
Si un niño ciego le vence
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le dexa
Dos harpones penetrantes?
Dos penetrantes harpones
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas
Que tiene todo Levante.
Que no hay turquesa tan fina,

Que á sus ojos se comparen,
Discretas en todo extremo,
Y de gracias singulares.
No le defendió el escudo
Hecho de finos diamantes,
Porque el amoroso fuego
Es al rayo semejante,
Que el duro hierro en sus manos
Disminuye, y le deshace:
No para en hierro el amor,
Pues sin errar tiro, sabe
Poner en el alma el hierro,
Y en la cara las señales.
Fué tan desdichado en paz,
Quanto en la guerra triunfante,
Rendido en paz de mugeres,
Siendo en guerra el fiero Marte.
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazalle;
Por tener así sujeto
Al que sujetó al dios Marte,
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos vendalle.

XI.

Amarrado al duro banco
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo,
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella

Se quexaba al ronco son
Del remo y de la cadena:
¡O sagrado mar de España,
Famosa playa y serena!
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias;
Pues eres tú el mismo mar,
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Traeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras.
Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
Dame ya sagrado mar
A mi demanda respuesta,
Que bien puedes, si es verdad
Que las aguas tienen lenguas.
Pero pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie mataran penas.
En esto se descubrieron
De la religion seis velas,

Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XII.

Continuacion.

La desgracia del forzado,
Y del corsario la industria,
La distancia del lugar,
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las christianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
A ver como el mar le hurta
Las torres, y de las naves
Las velas, y les da espumas.
Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice,
Tan amargas como muchas:
¿De quién me quexo con tan gran extremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
Ya no esperen mas mis ojos,
Pues ahora no lo vieron
Sin este remo las manos

Y los pies sin estos hierros.
Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto,
Que quantos fueron mis daños,
Tantos serán mis tormentos.
De quien me quexo, &c.
  Velas de la religion,
Enfrenad vuestro denuedo,
Que mal podreis alcanzarnos,
Pues tratais de mi remedio.
El enemigo se os va,
Y favorécelo el tiempo,
Por su libertad no tanto
Quanto por mi cautiverio.
De quien me quexo, &c.
  Quedaos en aquesta playa,
De mis pensamientos puerto;
Quexaos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
Y tú, mi dulce suspiro,
Rompe los ayres ardiendo,
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
De quien me quexo, &c.

XIII.

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fe,
Que quien te hizo pastora
No te escusó de muger.
La pureza del armiño

Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico,
Y desnúdala con él.
Dexa á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez
A pesar de su dureza
Obedecen al sincel.
Resiste al viento la encina,
Mas con el villano pie,
Que con las hojas corteses
A qualquier zéfiro cree.
Aquella hermosa vid,
Que abrazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel cipres.
No para un abeja sola
Sus hojas guarda el clavel,
Beben otras el aljofar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo
Undosamente fiel,
Niega al ausente su imágen
Hasta que la vuelve á ver.
La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Venus, que
Poblando de ellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.
No pues tu libre albedrío

Lo tiranize interes,
Ni amor que de singular
Tiene mas que de fiel.
Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no den,
Sino cordones de lana
Al suelto cabello ley.
¡Mal hayas tú si constante
Mirares al sol, y quien
Tan águila fuere en esto,
Dos veces mal haya y tres!
¡Mal hayas tú si mirares
En lasciva candidez,
Las aves de la deydad,
Que primero espuma fué!
Solicitando prolixa
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas ya
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel,
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Frescos ayrecillos,
Que á la primavera
Destexeis guirnaldas,
Y esparceis violetas;

Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega,
Amorosos hurtos,
Y agradables penas;
Quando del estio,
En la ardiente fuerza
Álamos os daban
Frondosas defensas;
Alamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda,
Y de plata medias;
De donde las ninfas
Y las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas
Mil veces llamaste,
Y vinieren ellas
A ocupar del rio
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego
Calandoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisongeras;
Sueño les truxistes,
Y descuido á vueltas,
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,
Sin tener desvelo,
Envidia ni quexa,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza:

Ahora, pues, ayres,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas;
Y que el aquilon
Con dura inclemencia
Desnude las plantas,
Y vista la tierra
De las secas hojas,
Que ya fueron tregua
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba;
Y ántes que las nubes
Y el yelo conviertan
En cristal las rosas,
Y en vidrio las selvas,
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al seno templado,
Que alegre os espera.
Vereis de camino
Una ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Betis la arena.
Montaraz gallarda,
Temida en la sierra,
Mas por su mirar
Que por sus saetas.
Ahora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte
Siguiendo las fieras;

Ahora en el llano
Con planta ligera,
Fatigando el corzo
Que herido vuela;
Ahora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Quando ya cansada
De la caza vuelva,
A dexar al rio
El sudor en perlas;
Si está calurosa,
Soplad desde afuera,
Y quando la ingrata
Mejor os entienda;
Decidle, ayrecillos:
Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor del aldea,
Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado,
Y en manos de ausencia.
Suplícate humilde,
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
Que en premio glorioso
De su amor merezca
Ya que no suspiros,
A lo menos letra,

Con la punta escrita
De tu aguda flecha,
En el campo duro
De una dura peña:
(Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa mas tierna)
A donde le digas;
Muere allá, y no vuelvas
A adorar mi sombra,
Y arrastrar cadenas.

II.

La mas bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viuda y sola,
Y ayer por casar.
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice,
Que escucha su mal,
Dexadme llorar,
Orillas del mar.

Pues me distes, madre,
En tan tierna edad,
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar;
Y me cautivastes
De quien hoy se va,
Y lleva las llaves

De mi libertad;
Dexadme llorar, &c.
En llorar conviertan
Mis ojos de hoy: mas
El sabroso oficio
Del dulce mirar;
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra
Quien era mi paz.
Dexadme llorar, &c.
No me pongais freno,
Ni querais culpar,
Que lo uno es justo,
Lo otro por demas:
Si me quereis bien,
No me hagais mal;
Harto peor fué
Morir y callar.
Dexadme llorar, &c.
Dulce madre mia,
Quién no llorará
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad.
Dexadme llorar, &c.
Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian

Los mios velar.
Váyanse, y no vean
Tanta soledad
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.
Dexadme llorar,
Orillas del mar.

III.

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolixa ausencia
De su ingrato amor.
Dexóla tan niña,
Que apénas creyó
Que tenia los años
Qua ha que la dexó.
Llorando la ausencia
Del galan traydor,
La halla la luna,
Y la dexa el sol:
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor,
Llorad, corazon,
Que teneis razon,
Dícele su madre,
Hija, por mi amor
Que se acabe el llanto,
O me acabe yo.

Ella le responde,
No podrá ser no,
Las causas son muchas,
Los ojos son dos,
Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion,
Tantas como dellos
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.
Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son.
Porque el que se fué
Con lo que llevó,
Se dexó el silencio,
Se llevó la voz.
Llorad corazon
Que teneis razon.

IV.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Zelosa estás, la niña,
Zelosa estás de aquel
Dichoso pues lo buscas,

Ciego, pues no te ve,
Ingrato, pues te enoja,
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enxuguen esperanzas
Lo que lloras por él,
Que zelos entre amantes,
Que se han querido bien,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

Aurora de ti misma,
Que quando á amanecer
A tu placer empiezas
Se eclipsa tu placer;
Serenense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien.
Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes,
Y querellas despues,
Hoy son flores azules
Mañana serán miel.

V.

Vida del Muchacho.

Hermana Marica,
Mañana que es fiesta,

No irás tú á la miga,
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezon labrado,
Toca y albanega.
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña.
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora abuela,
Y el estadal rojo,
Con lo que le cuelga,
Que truxo el vecino
Quando fué á la feria.
Iremos á misa,
Veremos la Iglesia,
Darános un quarto
Mi tia la ollera.
Compraremos del,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda.
Y en la tardecita
En nuestra plazuela
Jugaré yo al toro,
Y tu á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Madalena,

Y las dos primillas
Marica y la Tuerta.
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto de ello
Baylar en la puerta,
Y al son del adufe
Cantará Andreguela:
No me aprovecharon,
Mi madre, las yerbas.
Y yo de papel
Haré una librea
Teñida con moras,
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almendras.
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo
Que acullá en la guerra
Anarangeamos
Las carnestolendas:
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas.
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamecí,
Dos hilos por riendas.
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas,

Yo, y otros del barrio,
Que son mas de treinta.
Jugaremos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca;
Porque algunas vezes
Hacemos yo, y ella
Las bellaquerías
Detras de la puerta.

VI.

¿Arroyo, en qué ha de parar,
Tanto anhelar y subir,
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar?
Compañero, en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para exemplo de los hombres.
Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
A dos pasos los desdeña
Tu mal nacida corriente:
Si tu ambicion lo consiente,
En qué imaginas me di?
Mormura, y sea de ti,
Pues que sabes mormurar:

Arroyo en que ha de parar, &c.
¿Qué dias tienes reposo,
Á que noche debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quexoso.
Mucho tienes de furioso,
Aunque no en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos,
Quando te quies levantar:
Arroyo en que ha de parar, &c.
Si tu corriente confiesa,
Sin intermision alguna,
Que la cabeza en la cuna,
Y el pie tienes en la huesa;
¡Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño!
Pésame que el desengaño
La vida te ha de costar:
Arroyo en que ha de parar, &c.

VII.

Dineros son calidad,
Verdad:
Mas ama, quien mas suspira,
Mentira.
Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan Condados.
Ducados dexan ducados,
Y coronas magestad,

Verdad.
Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar, que penas graves
Las pague un mirar risueño,
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
Mentira.

Todo se vende este dia,
Todo el dinero lo iguala,
La corte vende su gala,
La guerra su valentía,
Hasta la sabiduría
Vende la Universidad,
Verdad.
Siendo como un algodon,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidon,
Goma su copete y son
Sus vigotes alquitira,
Mentira.

Qualquiera que pleytos trata,
Aunque sean sin razon,
Dexe el rio Marañon,
Y entrese en el de la Plata,
Que hallará corriente grata,
Y puerto de claridad,
Verdad.
Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perros de muchas bodas,

Y bodas de muchos perros,
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira,
Mentira.

VIII.

Manda amor en su fatiga,
Que se sienta, y no se diga,
Pero á mí mas me contenta
Que se diga, y no se sienta.
En la ley vieja de amor,
A tantas hojas se halla,
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese librará mejor.
Mas triste del amador,
Que muerto á enemigas manos
Le hallaron los gusanos
Secretos en la barriga,
Manda amor en su fatiga, &c.
Muy bien se puede culpare
Por necio qualquier que fuere
Que como leño sufriere,
Y como piedra calláre.
Mande amor lo que mandáre,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus lèyes una higa,
Manda amor en su fatiga, &c.
Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza,
Quando amor sacáre á plaza
Delinqüentes por hablar.

Mas yo me pienso quexar
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado,
Quando el viento lo fatiga, &c.
Yo sé de algun joveneto
Que tiene muy entendido,
Que aguarda mas bien Cupido
Al que guardó su secreto:
Mas si murió el imperfecto
De amoroso corazon,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga.
Manda amor en su fatiga, &c.

IX.

Ande yo caliente,
Y riase la gente.
Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente,
Y riase la gente.
Coma en dorada baxilla
El Príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador rebiente,
Y riase la gente.

Quando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas,
Del Rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.
Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente.
Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama,
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y riase la gente.
Pues amor es tan cruel,
Que de Piramo, y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él:
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y riase la gente.

X.

Da bienes fortuna,
Que no están escritos,
Quando pitos flautas,
Quando flautas pitos.
Quan diversas sendas
Se suelen seguir,
En el repartir
Las honras y haciendas;
A unos da encomiendas,
A otros San Benitos;
Quando pitos, &c.
A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y á quien se le antoja,
La cabra mas coxa
Parió dos cabritos,
Quando pitos, &c.
Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al son vambonea,
Y otro se pasea,
Con cien mil delitos
Quando pitos, &c.

XI.

No me llame fea, calle,
Que la llamaré vieja, madre.
Abra los ojos y vea,
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala,
Ni vieja que no lo sea;
La mejor moza es librea,
Y la vieja despreciada
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde,
No me llame fea, calle, &c.
La muger mas celebrada
Si tiene el rostro arrugado,
Es qual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada:
No viva tan confiada,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto
La vieja de mejor carne,
No me llame, &c.
En palacio la Princesa,
En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora,
Y en la corte la Duquesa,
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfecta
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaben:
No me llame fea, calle;
Que la llamaré vieja, madre.

ROMANCES BURLESCOS.

I.

Recibí vuestro villete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado,
Y con mil ansias abierto;
Y en fé de los treinta escudos,
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia
Disimulados y envueltos;
Os envio ese inventario
De las partidas que tengo,
Que es como si os enviára
Las del Infante Don Pedro.
Porque en materia de escudos
Solo tengo un pavés viejo,
Y en moneda de reales
Yo soy de un lugar Realengo,
Y quanto á las alcabalas,
Tengo un grande privilegio,
Que como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.
De los navíos de Indias
Poderosos y soberbios
Me viene la dulce nueva
Como llegaron al puerto.
Cupome de particion
De molinos de agua y viento,
El molino de mis dientes

Que no muele á todos tiempcs.
De dehesas y cortijos,
Viña, huertas, y majuelos,
Me cupieron los caminos
Y la ciudad de linderos.
No se me quexan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Al fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un agnusdei de alquimia
Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es señora de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata,
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena,
Que heredé de mis abuelos;
No tengo paños de corte;
Mas no me faltan enteros,
Porque ya tengo la corte,
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
Al fin que, señora mia,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo solo un quarto,

Muera de quatro contrecho
Sin duda que se hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas
Pues tal hombre en mí influyeron.
Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo.

II.

Así Riselo cantaba
En su rabél de tres cuerdas
Aquel de la tapa blanca,
Y de las costillas negras,
El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan;
Como hizo áquella facil
De cuya voz no se acuerda,
Porque amor que es ave y niño,
Si no le regálan vuela.
Digo pues que así cantaba
Con su tiple de corneja,
Oyéndole quatro esquinas,
Dos calles y una taberna:
Vamos horros en los gustos,
Aldeana, que rebientas
Por mostrarme que en tu lumbre
Mil corazones se queman.

A lo simple nos queramos,
Sea nuestra fé de cera,
Cada qual siga su antojo;
Pues que la gracia no es deuda.
Franca de zelos te hago,
Porque los llamó mi abuela
Bruxas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva.
Y yo que soy Bachiller
Por Alcazar de Consuegra,
Los comparo á los herizos,
Que á quien los toma penetran.
No quiero que á nuestras vidas
Que son dos palomas duendas
Las tienten esos pecados
Que la voluntad infiernan.
Si te vas por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta;
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas,
Y si á mí me convidaren,
Déxame ser Pero entrellas.
Ya no quiero que me digas,
Que un señor de cruz bermeja
Te promete montes de oro
Por galopear tu vega:
Ni tampoco que te tañen
Con caxas ni con trompetas,
A que seas capitana
De faldellin por vandera.

Porque pienso que lo dices
Aplicando la conseja,
Para que ligeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasluce á mí
Que el arco de amor se flecha,
Por las poderosas manos
De su consejo de hacienda.
Venus la diosa de Chipre
Ya es matrona Genovesa,
Guarismo sabe su niño,
Multiplica, suma y resta.
Ya el rapaz anda vestido,
Las alas aforra en tela,
Y el que esperanzas comia,
Pabos come, y tortas cena.
A la discrecion le ha dicho
Que compre y no diga perlas,
Y á la gentileza pobre
A pintura la condena.
Su secretario es el dar,
Un mozo que allana sierras,
Robador de voluntades,
Y cumplidor de promesas.
Por esto, aldeana mia,
Quiero yo seguir la secta,
De aquellos cuyas entrañas
Parecen carne, y son piedras.
Si no merezco tus glorias,
No me revista tus penas;
Y si por dicha te agrado,
Mas verdad y menos tretas.

III.

Triste pisa y afligido
Las arenas de Pisuerga,
El ausente de su dama,
El desdichado Zulema.
Moro alcaide y no bellido,
Amador con axaqueca,
Arrocinado de cara,
Y carigordo de piernas.
No lleva por la marlota
Bordada cifra, ni empresa
En el campo de la adarga,
Ni en la vanderilla letra.
Porque es el Moro idïota,
Y no ha tenido poeta
De los sastres de este tiempo,
Cuyas plumas son tixeras.
Los ojos tiene en el rio
Cuyas ondas se lo llevan,
Y envueltas entre las ondas
Lleva sus lágrimas tiernas.
Tanto llora el hi de puta,
Que si el año de la seca
Llorara en dos hazas mias,
Acudiera á diez anegas.
Los espacios que no llora
De memorias se alimenta,
Porque le dan las memorias
Lo que los ojos le niegan.
Pienso se da de memorias

Rumiando glorias y penas,
Como rábanos mi mula,
Y una mona berengenas.
Contempla luego en Balaxa,
La qual, mientras la contempla,
Olas de imaginacion
O se la traen ó la llevan.
Y ella se está merendando
Duraznitos en su huerta,
Y tirandole los cuescos
Al que tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias
Al vivo se le presentan,
Lanzando rayos los ojos,
Y flechas de amor las cejas.
El moro contemplativo
A los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho
Cernícalos de uñas prietas.
¡Ay bella Mora, le dice,
No menos dulce que bella!
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia.
¡Ay Moro mas gemidor
Que el exe de una carreta!
Pues no soy tu mora yo,
No me quiebres la cabeza.
Recibe allá este suspiro,
Y este llanto desta tierra,
Donde el Rey me ha desterrado,
Y mis cuidados me entierran.
Llore alto, Moro amigo,

Suspire recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiro
Mas de noventa y seis leguas.
En esto ya salteado
De una juvenil vergüenza
A lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.

IV.

Castillo de San Cervantes,
Tú que estás junto á Toledo;
Fundóte el Rey Don Alonso
Sobre las aguas de Tejo.
Robusto, sino galan,
Mal fuerte, peor dispuesto,
Pues que tienes mas parientes
Que un hijo de racionero;
Lampiño debes de ser
Castillo, si no estoy ciego,
Pues siendo de tantos años,
Sin barba cana te veo.
Contra ballestas de palo,
Dicen, que fuiste de hierro,
Y que anduviste muy hombre
Con dos Morillos honderos.
Tiempo fué, (papeles hablen)
Que te respetaba el reyno
Por juez de apelaciones,
De mil católicos miedos:
Ya menospreciado ocupas
La aspereza de este cerro

Mohoso, como en Diciembre
El lanzon del viñadero.
Las que ya fueron corona
Son alcándara de cuervos,
Almenas, que como dientes
Dicen la edad de los viejos.
Quando mas mal de ti diga,
Dexar de decir no puedo,
Si no tienes fortaleza,
Que tienes prudencia almenos.
Tú que á la ciudad mil veces,
Viendo los Moros de lejos,
Sin ser espíritu santo,
Hablaste en lenguas de fuego;
Entre todas las mugeres
Serás bendito, pues siendo
En el mirar atalaya,
Eres piedra en el silencio.
Mira, castillo de bien,
Que hagas lo que te ruego,
Aunque te he obligado poco
Con dos dozenas de versos.
Quando la bella terrible,
Hermosa como los cielos,
Y por decillo mejor,
Aspera como su pueblo;
Alguna tarde saliere
A desfrutar los almendros,
Verdes primicias del año,
Y dulcísimo alimento;
Si de las aguas del Tajo
Hace á su beldad espejo,

Ofrécele tus rüinas
A su altivez por exemplo.
Háblale mudo mil cosas,
Que bien sabrás ; pues sabemos
Que á palabras de edificios,
Orejas los ojos fueron.
Dirásle que con tus años
Regüle sus pensamientos,
Que es verdugo de murallas,
Y de bellezas el tiempo:
Que no crean á las aguas
Sus bellos ojos serenos
Pues no la han lisongeado
Quando la murmuran luego:
Que no fie de los años
Ni aun un mínimo cabello,
Ni le perdone los suyos,
A la ocasion, que es gran yerro:
Que no se duerma entre flores,
Que recordará del sueño
Mordida del desengaño
Y del arrepentimiento;
Y abrirá entonces la pobre
Los ojos, (ya no tan bellos)
Para baylar con su sombra,
Pues no quiso con su cuerpo.
¡O qué dixera de ti,
Si tú le dixeses esto,
Antigualla venerable,
Si no quieres ser trofeo!
Mi Musa te antepondrá,
A Sant Angel y Santelmo,

Aunque no quisiere Roma,
Y Malta quisiese menos:
Que aunque te han desmantelado,
Y no con tantos pertrechos;
A tulliduras de grajos,
Te defenderás mas presto.

V.

Dexad los libros ahora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras
Que á fé que son para oir.
Yo soy aquel gentilhombre,
Digo aquel hombre gentil,
Que por su Dios adoró
A un cieguezuelo ruin.
Sacrifiquéle mi gusto
No una vez, sino cien mil,
En las aras de una moza,
Tal qual os la pinto aquí.
El cabello es de un color,
Que ni es quarto ni es florin,
Y la relevada frente
Ni azabache, ni marfil.
La ceja entre parda y negra,
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los de quisvelqui:
Entre cuyos bellos rayos
Se derribe la nariz,
Terminando las dos rosas

Frescas señas de su Abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Y cada diente el aljofar
Que el alba suele vertir.
El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
Mal haya yo si no excede
Al mas suave jazmin.
Con su garganta y su pecho,
No tiene que competir
El nacar del mar de Sur,
La plata del Potosí.
La blanca y hermosa mano,
Hermoso y blanco alguacil
De libertad y de bolsas,
Es de nieve y de neblí.
Lo demas, Letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fé que me ha rogado
Que lo calle el faldellin:
Aunque por brúxula quiero,
Si estamos solos aquí,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos
Este señor hasta al fin;
Si hay serafines trigueños,
La moza es un serafin.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la ví
Entre mas de cien mil blancas,

Ella fué el maravedí.
Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta,
Y dexa el blanco alhelí.
Dos años fué mi cuidado,
Lo que llaman por ahí,
Los jacarandos respeto,
Los modernos taheli.
En cuyos alegres años
Desde el ave al peregil,
Por esta negra odisea
La bucolica le dí.
Sus piezas en el invierno
Vistió flamenco tapiz,
Y en el verano sus piezas
Andaluz guadamezí.
Hoy desechaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Hasta que en la peña pobre
Quedó ermitaño Amadís.
Preguntadlo á mi vestido,
Que riéndose de mi
Si no habla por la boca,
Habla por el bocací.
Ya iba quedandome en cueros
A la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho,
De no tener y pedir;
Quando Dios en hora buena,
Me fué forzado el partir
A la ciudad de la corte,

A la villa de Madrid.
Comenzó á mentir congojas,
A suspirar y gemir
Mas que viuda en el sermon
De su padre fray Martin.
Dixo que acero sería,
En esperar y sufrir:
Fué despues cera, y si acero,
Ella se tomó de orin.
Ternísima me pidió,
Que ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor,
No la dexe sin mastin.
Y así le dexé un mulato
Por espia y adalid,
Que á mi me esperó en saliendo
Y se lo vino á decir.
Dexéla en su antiguo lustre,
Y luego que me partí
Echó la carnaza afuera:
¡O maldito borceguí!
Pusome el cuerno un traidor
Mercadante corchapin,
Que tiene bolsa en Oran
E ingenio en Mazalquivir.
Rico es y mazacote,
De los mas lindos que ví,
Precioso pero pesado,
Como palo de Brasil.
¡O interes, y como eres,
O por fuerza ó por ardid,
Para los diamantes sangre,

Para los bronces buril!
Déme Dios tiempo, en que pueda
Tus proezas escribir,
Y quítemelo en buen hora,
Para los hechos del Cid.
Y vos tronco, á quien abraza
La mas luxuriosa vid,
Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir;
Vivid en sabrosos nudos,
En dulces trepas vivid,
Siempre juntos á pesar
De algun loco paladin.

VI.

Labrando estaba Artemisa
Aquel famoso sepulcro
Que fué milagro de Grecia,
Y maravilla del mundo.
Llorando la noche y dia
El malogrado difunto,
Sus impertinentes ojos
Parecen arroyos turbios.
Consolábala una dama
Mas elegante que julio,
Boquifruncida de labios,
Nariz corva, y rostro enjuto.
Dexa ese llanto, le dice,
Porque ya está puesto en uso
Que no llegue el sentimiento
Mas que á cumplir con el vulgo.

Si el estado que te queda
Supieses bien, yo presumo
Que estarias mas contenta,
Que con su renta el gran Turco.
Si es muerte la esclavitud,
Y la libertad bien sumo,
Si quedas libre, hoy comienzas
A tener vida de gusto.
Compañía de varon
Ni la aprecio ni la culpo,
Que voluntaria es suave,
Y pesada si es con yugo.
Bien parece un hombre en casa,
Pero si continuo es uno
Es muerte cruel, y mas
Si acierta á ser calvo ó zurdo.
El primer mes de marido
Puede sufrirse á lo sumo,
Y es suma felicidad
Quándo se enviuda al segundo.
El mas afable es zeloso,
El mas discreto importuno,
Si es mozo, es desperdiciado,
Y avariento si es caduco.
El estado de casada
Solo ha de servir de punto
O escala para subir
Al de viuda seguro.
Ser de una cama y de un lecho
La muger dueño absoluto,
Dicen algunos Doctores,
Que engorda y alegra mucho.

¡Comer siempre de un manjar,
A quien no causa disgusto,
Y mas quando acierta á ser
Algo desabrido ó sucio!
Un marido es vaca eterna;
Mejor es que hoy á tu gusto
Des un sazonado pavo,
Mañana un lego besugo.
Si te da pena este trage,
A que te obliga el difunto,
Viste el tronco de colores
Y la corteza de luto.
Con esto templó Artemisa
Su pensamiento confuso,
Medio arrepentida ya
De haber labrado el sepulcro.

VII.

¡Qué necio que era yo antaño!
Aunque ogaño soy un bobo:
Mucho puede la razon,
Y el tiempo no puede poco.
A fé que dixo muy bien,
Quien dixo que eran de corcho
Cascos de caballo viejo,
Y cascos de galan mozo.
Serví al amor quatro años,
Que sirviera mejor ocho
En las galeras de un turco,
O en las mazmorras de un Moro.
Lisonjas majaba y zelos,

Que es el espanto de todos
Los majaderos cautivos,
Que se vencen de unos ojos.
De esta dura esclavitud,
(Hace un año por Agósto)
Me redimió la merced
De un tabardillo dichoso.
A este mal debo los bienes
Que en dulce libertad gozo,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.
Heme subido á Tarpeya
A ver qual se queman otros
En tan vergonzosas llamas
Que su honor volará en polvo;
Y he de ser tan inhumano,
Que á quien otra vez piadoso
Ayudára con un grito,
Acudiré con un soplo.
Haganse tontos cenizas,
Que con cenizas de tontos
Discretos cuelan sus paños
Manchados, pero no rotos.
Quince meses ha que duermo,
Porque ha tantos que reposo
Sobre piedras como piedra,
Sobre plumas como plomo.
No rompen mi sueño zelos,
Ni pesadumbres mi ocio,
Ni serenos mi salud,
Ni mi hacienda mal cobro.
Tengo amigos los que bastan

Para andarme siempre solo,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.
Con doblados libros hago
Los dias de Mayo cortos,
Las noches de Enero breves,
Por lo lacio y por lo tosco.
A devocion de un ausente,
A quien ausente y devoto
Con tiernos ojos escribo,
Y con dulce pluma lloro;
Discreciones leo á ratos,
Y necedades respondo
A tres ninfas que en el Tajo
Dan al ayre trenzas de oro,
Y á la que ya vió Pisuerga,
La aljava pendiente al hombro,
Seguir la casta Diana,
Y eclipsar su hermano rojo.
En mi aposento otras vezes
Una guitarrilla tomo,
Que como barbero templo,
Y como bárbaro toco.
Con esto engaño las horas
De los dias perezosos,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.
Pagaba al tiempo dos deudas
Que tenia tras de un torno,
Mas ya ha dias que á la Iglesia
Del desengaño me acojo,
En cuyo lugar sagrado

Me ha comunicado Astolfo
Todo el licor de su vidrio,
Y la razon sus antojos.
Con que veo á la fortuna
De la fábrica de un trono
Levantar un cadahalso
Para la estatua de un monstruo.
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros,
A quien de carro triunfal
Se apeó en el capitolio.
Veo pasar como humo
Afirmado el tiempo cojo
Sobre un cetro imperial
Y sobre un cayado corvo.
Despues que me conocí
Estas verdades conozco,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.

NOTICIAS DE D. LUIS DE GONGORA.

Nació en Córdoba á 11 de Junio de 1561. Pasó á la Universidad de Salamanca á estudiar Derecho en edad de quince años. Parece que allí compuso la mayor parte de sus Poesías amatorias, Romances y Letrillas satíricas, y que esta ocupacion agradable le distraxo de los estudios que habian de proporcionarle una colocacion correspondiente á su clase, que era distinguida. A los quarenta y cinco años de su edad se hizo eclesiástico, y obtuvo una racion en la Catedral de Córdoba, y por el favor del Duque de Lerma, y del Marques de Siete Iglesias fué nombrado Capellan de honor del Rey Felipe III. Vino con este motivo á la Corte; pero su edad ya abanzada no le dexó adelantar en el favor que habia sabido grangearse. Una enfermedad que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde agravandose el mal falleció á poco tiempo despues de su llegada, en 24 de Mayo de 1627.

POESÍAS

DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

SILVA PRIMERA.

El sueño.

¿Con qué culpa tan grave,
Sueño blando y suave,
Pude en largo destierro merecerte,
Que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo, por ser descanso,
Sino por muda imagen de la muerte.
Cuidados veladores
Hacen inobedientes mis dos ojos
Á la ley de las horas:
No han podido vencer á mis dolores
Las noches, ni dar paz á mis enojos.
Madrugan mas en mí que en las auroras,
Lágrimas á este llano,
Que amanece á mi mal siempre temprano;
Y tanto, que persuade la tristeza
A mis dos ojos, que nacieron antes
Para llorar, que para verte, ó sueño:
De sosiego los tienes ignorantes,
De tal manera, que al morir el dia,
Con luz enferma vi que permitia
El sol, que le mirasen en poniente.
Con pies torpes al punto ciega y fria,
Cayó de las estrellas blandamente
La noche tras las pardas sombras mudas,

Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados
Estas laderas, y sus peñas solas
Duermen ya entre sus montes recostados.
Los mares, y las olas,
Si con algun acento
Ofenden las orejas,
Es, que entre sueños dan al cielo quexas
Del yerto lecho, y duro acogimiento,
Que blandos hallan en los cerros duros.
Los arroyuelos puros
Se adormecen al son del llanto mio,
Y á su modo tambien se duerme el rio.
Con sosiego agradable
Se dexan poseer de ti las flores,
Mudos están los males,
No hay cuidado que hable,
Faltan lenguas y voz á los dolores,
Y en todos los mortales
Yace la vida envuelta en alto olvido:
Tan solo mi gemido
Pierde el respeto á tu silencio santo:
Yo tu quietud molesto con mi llanto,
Y te desacredito
El nombre de callado con mi grito.
Dame, cortés mancebo, algun reposo,
No seas digno del nombre de avariento,
En el mas desdichado, y firme amante,
Que lo merece ser por dueño hermoso.
Débate alguna pausa mi tormento;
Gózante en las cabañas,
Y debaxo del cielo

Los ásperos villanos:
Hállate en el rigor de los pantanos,
Y encuéntrate en las nieves y en el yelo,
El soldado valiente;
Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente
Entre mi pensamiento y mi deseo.
Ya, pues, con dolor creo,
Que eres mas riguroso que la tierra,
Mas duro que la roca,
Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,
Y en ella mi alma por jamas te toca.
Mira que es gran rigor, dame siquiera,
Lo que de ti desprecia tanto avaro,
Por el oro en que alegre considera,
Hasta que da la vuelta el tiempo claro.
Lo que habia de dormir en blando lecho
Y da el enamorado á su señora,
Y á ti te se debia de derecho.
Dame lo que desprecia de ti ahora
Por robar el ladron: lo que desecha
El que envidiosos zelos tuvo y llora.
Quede en parte mi quexa satisfecha,
Tocame con el cuento de tu vara,
Oigan siquiera el ruido de tus plumas
Mis desventuras sumas;
Que yo no quiero verte cara á cara,
Ni que hagas mas caso
De mí, que hasta pasar por mí de paso;
Ó que á tu sombra negra por lo menos,
Si fueres á otra parte peregrino,
Se le haga camino
Por estos ojos de sosiego agenos.

Quítame, blando sueño, este desvelo,
Ó de él alguna parte,
Y te prometo, mientras viere el cielo,
De desvelarme solo en celebrarte.

SILVA II.

A la codicia.

Diste crédito á un pino,
Á quien del ocio rudo avara mano
Truxo del monte al agua peregrino,
Ó Loiba ciego, de tu paz tirano:
Viste, amigo, tu vida
Por la codicia á tanto mar vendida,
Arrojóte violento
Adonde quiso el albedrío del viento.
¿Qué condicion del Euro y Noto ignoras?
¿Qué mudanzas no sabes de las horas?
Vives, y no sé bien si despreciado
Del agua, ó perdonado:
¿Quántas veces los monstruos que el mar cierra,
Y tuviste en la tierra
Por sustento, en la nave mal segura
Los llegaste á temer por sepultura?
¿Qué tierra tan estraña
No te forzó á besar del mar la saña?
Qual Alarve, qual Scita, Turco ó Moro,
Quando al agua, y al viento obedecias,
Por señor no temias?
Mucho te debe el oro,
Si despues que saliste

Pobre reliquia de naufragio triste,
En vez de descansar del mar seguro,
A tu codicia hidrópica obediente
Con villano azadon en cerro duro
Sangras las venas al metal luciente.
¿Por qué permites que trabajo infame
Sudor tuyo derrame?
Dexa oficio bestial, que inclina al suelo
Ojos nacidos para ver el cielo.
¿Qué fatigas la tierra?
Dexa en paz los secretos de esta sierra:
¿Qué te han hecho, mortal, de estas montañas
Las escondidas, y ásperas entrañas,
A quien defiende apenas negra hondura?
Mira, que á un tiempo mismo estás abriendo
Al metal puerta, á ti la sepultura.
Piensa, y es un engaño vergonzoso,
Que le hurtas riqueza al duro suelo;
Oro le llamas, y es dulce desvelo;
Es peligro precioso,
Rubia tierra, pobreza acreditada,
Y ponzoña dorada.
¡Ay! no lleves contigo
Metal de la quietud siempre enemigo;
Pues la naturaleza, viendo que era
Tan contrario á la santa paz primera,
Por dañoso y contrario á quien le estima,
Y por mas escondernos sus lugares,
Los montes le echó encima,
Y sus sendas borró con altos mares.
Doy, que á tu patria vuelvas al instante,
Que el Occidente dexes saqueado,

Y que el mar sosegado
Con amigo semblante,
Debaxo del precioso peso gima,
Quando sus fuerzas liquidas oprima
La soberbia y el peso del dinero:
Doy, que te sirva el viento lisongero
Si su furor recelas,
Doy, que respeta el cañamo á tus velas,
Y si temes del mar el desconcierto,
(Bien que imposible sea)
Doy, que te sale á recibir el puerto.
Si pobre casa tienes, que te vea
Rico; ¿dime si acaso
En tus montones de oro
Tropezará la muerte, ó tendrá el paso,
O añadirá á tu vida tu tesoro,
Un año, un mes, un dia, una hora, ó un punto?
No lo podrás hacer, ni el mundo junto:
Esto, pues, si no puede, á qué esperanza
Truecas segura paz en tal tardanza?
Dexa, no cabes mas el metal fiero,
Vé que sacas consuelo á tu heredero,
Y que juntas tesoro, si se advierte,
Para comprar deseos de tu muerte.
Sacas ¡ay! un tirano de tu sueño,
Y un polvo que despues será tu dueño:
Dexale, ó Loiba, si es que te aconsejas
Con la santa verdad sincera y pura;
Pues él te ha de dexar, si no le dexas,
O te le ha de quitar la muerte dura.

SILVA III.

Roma antigua y moderna.

Esta que miras grande Roma ahora,
Huesped, fué yerba un tiempo, fué collado,
Primero apacentó pobre ganado,
Ya del mundo la ves Reyna y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora
De unos admiracion, de otros cuidado,
Y la, que pobre Dios tuvo en el prado
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña
Donde se ven subir los chapiteles
A sacarle los rayos de la mano;
Lo que primero fué, rica desdeña;
Senado rudo, que vistieron pieles,
Da ley al mundo, y peso al Oceáno.
Quando nació la dieron
Muro un arado, Reyes una loba,
Y no desconocieron
La leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses, que truxo hurtados
Del Dánao fuego la piedad Troyana,
Fueron aquí hospedados
Con facil pompa, en devocion villana;
Fué templo el bosque, los peñascos aras,
Víctima el corazon, los dioses varas;
Y pobre, y comun fuego en estos llanos
Los grandes reynos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tibre santo

Sirvió: despues los Cónsules, los Reyes
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los Reynos, que un tiempo aprisionaron:
Fué triunfo suyo, y viólos en cadena
El Danubio y el Rheno,
Los dos Hebros, y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma, y roxo con la arena;
Y el Nilo, á quien han dado,
Teniendo hechos de mar, nombre de rio,
No sin envidia, viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo y señorío,
Defendiendo ignorada
La libertad, que no pudiera armada:
El que por siete bocas derramado,
Y de plata, y cristal hidra espumante,
Con siete cuellos hiere el mar sonante,
Sirviendo en el invierno, y el estío
A Egypto, ya de nube, ya de rio.
Anudaron al Tibre cuello y frente,
Puentes en lazos de alabastros puros
Sobre peñascos duros,
Llorando tantos ojos su corriente,
Que aun parecen en campos de esmeralda
Las puentes Argos y Pavon la espalda,
Donde muestran las fábricas que lloras
La fuerza que en los pies llevan las horas:
Pues vencidos del tiempo, y mal seguros
Peligros son, los que antes fueron muros,
Que en siete montes círculo formaron,
Donde á la libertad de las naciones
Carcel dura cerraron.

Trofeos y blasones,
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si á envidiar á las mas de ellas,
O Roma generosa,
Sepultados se ven, donde se vieron
Los orgullosos arcos
Como en espejo, en la corriente undosa:
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
Los da en sus ondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que, ó sobraron al tiempo, ó perdonaron
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde ántes admiraron.
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo, y ara apenas
Hay yerba, que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto Sirano.
Donde ántes hubo oráculos, hay fieras;
Y descansadas de los altos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas,
Los que fueron palacios son exemplos:
Las peñas que vivieron
Dura vida con almas imitadas,
Que parece que fueron
Por Deucalion tiradas,
No de ingenios á mano adelgazadas,
Son troncos lastimosos,
Robados sin piedad de los curiosos.
Solo en el Capitolio perdonaste

Las estatuas y bultos que hallaste:
Y fué en tu condicion gran cortesía,
Bien que á tal magestad se le debia.
Allí del arte ví el atrevimiento,
Pues Marco Aurelio en un caballo armado;
El laurel en las sienes anudado,
Osa pisar el viento,
Y en delgado camino, y sendas puras
Hallan, donde afirmar sus erraduras.
De Mario ví, y lloré desconocida
La estatua, á su fortuna merecida:
Ví en las piedras guardados,
Los Reyes, y los Cónsules pasados:
Ví los Emperadores
Dueños del poco espacio que ocupaban,
Donde solo por señas acordaban,
Que donde sirven hoy fueron señores,
  ¡O coronas, ó cetros imperiales,
Que fuisteis en Monarcas diferentes
Breve lisonja de soberbias frentes,
Y rica adulacion en los metales!
¿Donde dexasteis ir los que os creyeron?
¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?
De sus cuerpos sabrá decir la fama,
Donde se fué lo que sobró á la llama.
El fuego exâminó sus monarquías,
Y yacen poco peso en urnas frias,
Y visten (ved la edad quanto ha podido)
Sus huesos polvo, y su memoria olvido.
  Tú, no de aquella suerte,
Te dexas poseer, Roma gloriosa,
De la envidiosa mano de la muerte:

Escalóte feroz gente animosa,
Quando del ansar de oro las parleras
Alas, y los proféticos graznidos,
Siendo mas admirados que creidos,
Advirtieron de Francia las banderas:
Y en la guerra civil, en donde fuiste
De ti misma teatro lastimoso,
Siendo de sangre ardiente, que perdiste,
Pródiga tú y el Tibre caudaloso.
Entonces disfamando tus hazañas,
A tus propias entrañas
Volviste el yerro, que vengar pudiera
La grande alma de Craso, que indignada
Fué en tu desprecio triunfo á gente fiera,
Y ni está satisfecha, ni llorada.
Despues, quando envidiando tu sosiego,
Duro Neron dió música á tu fuego;
Y tu dolor fué tanto,
Que pudo junto ser remedio el llanto,
Abrasadas del fuego sobre el rio,
Torres llovió en ceniza viento frio;
Pero de las cenizas, que derramas
Fenix renaces, parto de las llamas,
Haciendo tu fortuna
Tu muerte vida, tu sepulcro cuna.
    Mientras con negras manos atrevidas,
Osó desanudar de sacras frentes
Desdeñoso laurel, palmas torcidas,
Que fueron miedo sobre tantas gentes,
Hurtó el Imperio, que nació contigo,
Y dióle al enemigo:
Pero tú, ó fuese estrella enamorada,

O deidad celestial apasionada,
O en tu principio fuerza de la hora,
Naciste para ser Reyna y señora
De todas las ciudades.
En tu niñez te vieron las edades
Con rústico Senado;
Luego con justos y piadosos Reyes,
Dueños del mundo, dar á todos leyes.
Y quando pareció que habia acabado
Tan grande Monarquía,
Con los Sumos Pontífices, gobierno
De la Iglesia, te viste en solo un dia
Reyna del mundo y cielo, y del infierno.
Las águilas trocaste por la llave,
Y el nombre de ciudad por el de nave;
Los que fueron Nerones insolentes,
Son Pios y Clementes.
Tú dispensas la gloria, tú la pena,
Y á esotra parte de la muerte alcanza,
Lo que el gran sucesor de Pedro ordena.
Tú das aliento, y premio á la esperanza,
Siendo en tan dura guerra
Gloriosa corte de la Fe en la tierra.

CANCION.

O tú, que con dudosos pasos mides
Huesped fatal, del monte la alta frente,
Cuyo silencio impides,
No impedido jamas de humana gente;
Ora confuso vayas

Buscando el cielo, que las altas hayas
Te esconden en su cumbre,
O ya de alguna grave pesadumbre
Te alivies y consueles,
Y con el suelto pensamiento vueles;
Delante de esta peña tosca y dura,
Que de naturaleza aborrecida
Envidia á aquellos prados la hermosura,
Deten los pies, y tu camino olvida:
Oirás, si á detenerte te dispones,
De un vivo muerto voces y razones.

En esta cueva humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa
Dentro en su mismo cuerpo sepultado:
Y todos mis sentidos
Con beleño mortal adormecidos,
Libres de ingrato dueño
Duermen dispiertos ya del largo sueño,
De bienes de la tierra
Gozando blanda paz tras dura guerra:
Hurtados para siempre á la grandeza,
Al tráfago y bullicio cortesano,
A la Circe cruel de la riqueza,
Que en vano busca el mundo, y goza en vano.
¡Dichoso yo, que vine á tan buen puerto,
Pues quando muero vivo vivo muerto!

Yo soy aquel mortal, que por su llanto
Fué conocido mas que por su nombre,
Ni por su dulce canto;
Mas ya soy sombra solo de aquel hombre,
Que nació en Manzanares

Para cisne del Tajo y del Henares;
Llaméme entónces Fabio,
Mudome el nombre el desengaño sabio,
Y llamome escarmiento:
Muy célebre habité con dulce acento
De Pisuerga en la orilla, mas agora
Canto mi libertad con mi silencio:
El Lete me olvidó de mi Señora,
El Lete, cuyas aguas reverencio;
Y así le ofrezco al santo desengaño
Mi voluntad por víctima cada año.
Estas mojadas mal enjutas ropas,
Estas no escarmentadas, ni deshechas
Velas, proas y popas;
Estos pesados grillos y estas flechas,
Estos lazos y redes,
Que me visten de miedo las paredes
Con tan tristes despojos,
Que sirven de amenazas á mis ojos,
A mi cuerpo de ñudos,
A mi memoria y alma de verdugos;
Son venturosas prendas aunque atroces,
Que mudas como ves, sin lengua y muertas,
Me estan al alma siempre dando voces
De arena y agua de la mar cubiertas,
Y de llanto, y licor, que el alma suda,
Hechas tragedia de mis males muda.
Aquí con estos bárbaros trofeos
De peregrinaciones trabajosas
Descansan mis deseos;
Aquí paso las horas presurosas
Resonando conmigo,

Y obedézcome á mí lo que me digo;
Aquí en blandos afanes
Ocupo pensamientos holgazanes,
Que andaban vagamundos
Descubriendo á sus velas nuevos mundos;
Y mi loca esperanza siempre verde,
Que con estar tullida vive ufaná,
De puro vieja aquí su color pierde,
Y blanca viene á estar de puro cana:
Aquí del primer hombre despojado
Descanso ya de andar de mí cargado.
Estos silvestres árboles frondosos,
Los pobres frutos que este monte cria,
Aunque pobres sabrosos,
Me ofrecen mesa franca noche y dia;
Sirvenme aquestas fuentes
De tazas de cristal resplandecientes;
Así que en esta sierra
Los agradecimientos de la tierra
A mi labor pasada
Me sustentan la vida trabajada;
Aquestos paxarillos en su canto
Imitan de los ángeles los tronos,
Reglando con mi gusto, y con mi llanto
Ya los alegres, ya los tristes tonos:
A murmurar me ayudan estos rios
De la corte las pompas y atavios.
No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al turco la ambicion armada;
No en larga centinela
De acero muestro ser como mi espada,
Ni el ánima vendida

Soy por un pobre sueldo mi homicida;
Ni á fortuna me entrego
De pasion loco, y de esperanzas ciego,
Por cabar diligente
Los peligros preciosos del Oriente;
No de mi gula amenazada vive
La Fenix del Arabia temerosa;
Ni ultrages de mi arado en sí recibe
La tierra por ganancia codiciosa;
No de envidioso lloro todo el año
Mas el ageno bien que el propio daño.
Llenos de paz mis gustos y sentidos,
Y la corte del alma sosegada;
Sujetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada;
Entre casos acerbos
Aguardo á que desate destos niervos
La muerte prevenida
El alma que añudada está en la vida,
Para que en presto vuélo,
Horra del cautiverio de este suelo,
Coronando de lauro entrambas sienes,
Suba al supremo alcazar estrellado
A recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado;
Aguardo á que se esconda desta guerra
Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.
Tú, pues, ó caminante, que me escuchas,
Si quieres escapar con la victoria
Del mundo con que luchas,
Manda que salga lejos tu memoria
A recibir la muerte,

Que viene en cada punto á deshacerte.
No hagas de ti caso,
Pues ves que huye la vida paso á paso,
Y que los bienes de ella
Mejor los goza aquel que mas los huella.
Cánsate ya, mortal, de fatigarte
En adquirir riquezas y tesoro,
Que últimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te han de dexar la plata y oro:
Vive para ti solo si pudieres,
Pues solo para ti si mueres, mueres.

SONETOS.

I.

¿Temes, ó Lisi, á Júpiter tonante,
Y pálido tu sol sus llamas mira,
Quando Jove del ceño de tu ira
Tiembla vencido, y se querella amante?
Témale armado el pertinaz gigante
Que á la conquista de su trono aspira,
Y Juno que zelosa le suspira,
Le tema ardiendo en tu temor constante.
A ti el trueno es requiebro, si amenaza
El tirano le atiende en el tesoro,
Quando su sien temor precioso enlaza:
Al robre baxa en rayo, y á tí en oro;
Y si renueva amor la antigua traza,
En lugar de tronar bramará toro.

II.

Aqui donde su curso retorciendo
De parlero cristal Henares santo,
En la esmeralda de su verde manto
Ya engastándose va, y ya escondiendo,
Sentí molesta soledad viviendo
De engañosa sirena docto canto,
Que blanda y lisongera pudo tanto,
Que lo que lloro yo lo está riendo.
Luego mi lira y voz al monte hueco
Tu nombre, Lisi esquiva, le enseñaron,
Y fué piadoso en repetirle el eco.
Ya todos estos bienes se pasaron,
Y á mis labios dexaron solo en trueco
Un *ay, que fueron! ay, que se acabaron!*

III.

¿Ves con el polvo de la lid sangrienta
Crecer el suelo, y acortarse el dia
En la zelosa y dura valentía
De aquellos toros que el amor violenta?
¿No ves la sangre que el manchado alienta,
Y el humo que de la ancha frente envia
El toro negro, y la tenaz porfía
Con que el amante corazon ostenta?
Pues si lo ves, ó Lisi, ¿por qué admiras,
Que quando amor enjuga mis entrañas
Y mis venas, volcan rebiente en iras?
Son los toros capaces de sus sañas;

¿Y no permites quando á Bato miras,
Que yo ensordezca en llanto las montañas?

IV.

Lleva Mario al exército, y á Mario
Arrastra ciega la ambicion de Imperio,
Es su anhelar á Cónsul vituperio,
Y su llanto á Minturnas tributario:
Padécenle los Cimbros temerario,
Padece en sí prision y cantiverio,
Fatigó su furor el emisferio,
Y á su discordia falleció el erario.
Y con desprecio en Africa rendida
Despues mendigó pan, quien las legiones
Desperdició de Roma esclarecida.
¿Qué sirve dominar en las naciones,
Si es Monarca el pecado de tu vida,
Y provincias del vicio tus pasiones?

V.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Dieronle muerte, y cárcel las Españas
De quien él hizo esclava la fortuna.
Lloraron sus envidias una á una
Con las propias naciones las estrañas,
Su tumba son de Flandes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta luna.
En sus exêquias encendió el Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongivelo,

El llanto militar creció en diluvio.
Diόle el mejor lugar Marte en su cielo,
La Mosa, el Rin, el Tajo y el Danuvio
Murmuran con dolor su desconsuelo.

VI.

Con mas vergüenza viven Euro y Noto,
Licas, que en nuestra edad los usureros;
Sosieganse tal vez los vientos fieros,
Y ocioso el mar nó gime su alboroto.
No siempre el Ponto en sus orillas roto
Exercita los roncos marineros;
Ocio tienen los golfos mas severos,
Ocio goza el baxel, ocio el piloto.
Cesa de la borrasca la malicia:
Nunca cesa el despojo, ni la usura,
Ni sabe estar ociosa su codicia.
No tiene paz, no sabe hallar hartura,
Osa llamar á su maldad justicia,
Arbitrio al robo, á la dolencia cura.

VII.

Un Godo, que una cueva en la montaña
Guardó, pudo cobrar las dos Castillas,
Del Betis y Xenil, las dos orillas,
Los herederos de tan grande hazaña.
A Navarra te dió justicia y maña:
Y un casamiento en Aragon las sillas
Con que á Sicilia y Nápoles humillas,
A quien Milan expléndida acompaña.

Muerte infeliz en Portugal arbola
Tus castillos; Colon pasó los Godos
Al ignorado seno desta bola:
Y es mas fácil, ó España, en muchos modos,
Que lo que á todos les quitaste sola,
Te pueden á ti sola quitar todos.

VIII.

Ya formidable y espantoso suena
Dentro del corazon el postrer dia,
Y la última hora negra y fria,
Se acerca de temor y sombras llena.
Si agradable descanso, paz serena
La muerte en trage de dolor envia,
Señas da su desden de cortesía,
Mas tiene de caricia que de pena.
Que pretende el temor desacordado
De la que á rescatar piadosa viene
Espíritu en miserias añudado?
Llegue rogada, pues mi bien previene,
Hálleme agradecido, no asustado;
Mi vida acabe, y mi vivir ordene.

IX.

Huye sin percibirse lento el dia,
Y la hora secreta y recatada
Con silencio se acerca, y despreciada
Lleva tras sí la edad lozana mia.
La vida nueva, que en niñez ardia,
La juventud robusta y engañada,

En el postrer invierno sepultada,
Yace entre negra sombra y nieve fria.
No sentí resbalar mudos los años,
Y hoy los lloro pasados, y los veo,
Riendo de mis lágrimas y daños.
Mi penitencia debo á mi deseo,
Pues me deben la vida mis engaños,
Y espero el mal que paso, y no le creo.

X.

Miré los muros de la patria mia,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo, ví que el sol bebia
Los arroyos del yelo desatados;
Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó la luz al dia.
Entré en mi casa, ví que amancillada
De anciana habitacion era despojos,
Mi váculo mas corto, y ménos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos,
Que no fuese recuerdo de la muerte.

XI.

De amenazas del Ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Mas aplauso te da, que no cuidado.

Reynas con magestad, escollo osado,
En las iras del mar enfurecido,
Y de sañas de espuma encanecido,
Te ves de tus peligros coronado.
Eres robusto escándalo á orgullosa
Proa, que por peligros naufragante
Te advierte, y no te toca escrupulosa.
Y á su envidia y al mar siempre constante,
De advertido baxel seña piadosa
Eres norte y aviso al navegante.

EPISTOLA

AL CONDE DE OLIVARES,

En su valimiento.

No he de callar por mas que con el dedo,
Ya tocando la boca, ó ya la frente,
Silencio avises, ó amenazes miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy sin miedo, que libre escandalize
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que mayor poder le atemorize.
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio, y la verdad desnuda;
Y romper el silencio el bien hablado.
Pues sepa, quien lo niega, y quien lo duda,
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.

Son la verdad y Dios, Dios verdadero,
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.
Si Dios á la verdad se adelantára,
Siendo verdad, implicacion hubiera
En ser, y en que verdad de ser dexára.
La justicia de Dios es verdadera,
Y la misericordia, y todo quanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.
Señor Excelentísimo, mi llanto,
Ya no consiente márgenes, ni orillas,
Inundacion será la de mi canto.
Ya sumergirse miro mis mexillas,
La vista por dos urnas derramada,
Sobre las aras de las dos Castillas.
Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica ménos, mas temida,
En vanidad, y en sueño sepultada.
Y aquella libertad esclarecida,
Que en donde supo hallar honrada muerte,
Nunca quiso tener mas larga vida.
Y pródiga del alma, nacion fuerte,
Contaba por afrenta de los años,
Envegecer en brazos de la suerte.
Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
Del paso de las horas, y del dia,
Reputaban los nuestros por estraños.
Nadie contaba quanta edad vivia,
Si no de qué manera, ni aun un hora
Lograba sin afan su valentía.
La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo;

Edad, si mal hablada, vencedora.
El temor de la mano daba escudo
Al corazon, que en ella confiado
Todas las armas despreció desnudo.
Multiplicó en esquadras un soldado
Su honor precioso, su animo valiente,
De sola honesta obligacion armado.
Y debaxo del cielo aquella gente,
Si no á mas descansado, á mas honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.
Hilaba la muger para su esposo
La mortaja, primero que el vestido;
Menos le vió galan que peligroso.
Acompañaba el lado del marido
Mas veces en la hueste que en la cama,
Sano le aventuró, vengóle herido.
Todas matronas, y ninguna dama:
Que nombres del alhago cortesano
No admitió lo severo de su fama.
Derramado, y sonoro el Occeano
Era divorcio de las rubias minas,
Que usurparon la paz del pecho humano.
Ni los traxo costumbres peregrinas
El aspero dinero, ni el Oriente
Compró la honestidad con piedras finas.
Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Solo se codiciaba lo decente.
No de la pluma dependió la lanza;
Ni el Cántabro con caxas y tinteros
Hizo el campo heredad, sino matanza.
Y España, con legítimos dineros,

No mendigando el crédito á Liguria,
Mas quiso los turbantes que los ceros.
Menos fuera la pérdida y la injuria,
Si se volvieran muzas los asientos,
Que esta usura es peor que aquella furia.
Caducaban las aves en los vientos,
Y espiraba decrépito el venado,
Grande vejez duró en los elementos.
Que el vientre entonces bien disciplinado
Buscó satisfaccion, y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.
Del mayor infanzon de aquella pura
República de grandes hombres era
Una vaca sustento y armadura.
No habia venido al gusto lisongera
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulacion fragrante forastera.
Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros,
Tambien como el Señor comió el esclavo.
Bebió la sed los arroyuelos puros;
Despues mostraron del Carchêsio á Baco
El camino los brindis mal seguros.
El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.
Pudo sin miedo un Español belloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandes herege y alevoso.
Pudo acusar los zelos desiguales
A la Italia; pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos Godos,
Todos blasonan, nadie los imita,
Y no son sucesores, sino apodos.
Vino el betun precioso, que vomita
La vallena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor nos acredita,
Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.
Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aun no se hartaba de buriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.
A la seda pomposa siciliana,
Que manchó ardiente múrice, el Romano,
Y el oro hicieron aspera y tirana.
Nunca al duro Español supo el gusano
Persuadir, que vistiese su mortaja,
Intercediendo el Can por el verano.
Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fué el trabajo executoria,
Y el vicio graduó la gente baxa.
Pretende el alentado joven gloria,
Por dexar la vacada sin marido,
Y de Ceres ofende la memoria.
Un animal á la labor nacido,
Y símbolo zeloso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz, y fué vestido;
Que un tiempo endureció manos Reales,
Y detras de él los Cónsules gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales;
¿Por qual enemistad se persuadieron,
A que su apocamiento fuese hazaña,

Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?
 ¡Qué cosa es ver un infanzon de España,
Abreviado en la silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña!
 Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante municion apruebo;
Mas no la edad madura, la perfecta.
 Exercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de esquadrones, no en la frente
Del util bruto la hasta del acebo.
 El trompeta le llame diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el exercito obediente.
 ¡Con quanta magestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro,
Del que se atreve á ser buen castellano!
 Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona sin decoro,
Mas quiere nota dar, que dar asombro.
 Gineta, y Cañas son contagio Moro,
Restituyanse Justas y Torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.
 Pasadnos vos de juegos á trofeos,
Que solo grande Rey, y buen Privado
Pueden executar estos deseos.
 Vos, que haceis repetir siglo pasado,
Con desembarazarnos las personas,
Y sacar á los miembros de cuidado:
 Vos disteis libertad con las balonas,
Para que sean corteses las cabezas,
Desnudando el enfado á las coronas:
 Y pues vos enmendasteis las cortezas,

Dad á la mejor parte medicina,
Vuelvanse los tablados fortalezas.
Que la cortés estrella, que os inclina
A privar sin intento, y sin venganza,
Milagro, que á la envidia desatina,
Tiene por sola bienaventuranza,
El reconocimiento temeroso,
No presumida, y ciega confianza.
Y si os dió el ascendiente generoso
Escudos de armas, y blasones llenos,
Y por timbre el martirio glorioso,
Mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
Os muestre á su pesar campos serenos.
Lograd, Señor, edad tan venturosa,
Y quando nuestras fuerzas exâmina
Persecucion unida y belicosa;
La militar valiente disciplina
Tenga mas platicantes que la plaza,
Descansen tela falsa, y tela fina.
Suceda á la marlota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Velillos, y oropel no hagan baza.
El que en treinta lacayos los divide,
Hace suerte en el toro, y con un dedo
La hace en él la vara que los mide.
Mandadlo así, que aseguraros puedo,
Que habeis de restaurar mas que Pelayo;
Pues valdrá por exércitos el miedo,
Y os verá el cielo administrar su rayo.

POESÍAS JOCOSAS.

SONETO.

Esta es la informacion, este el proceso,
Del hombre que ha de ser canonizado,
En quien, si es que vió el mundo algun pecado,
Advirtió penitencia con exceso.
Doce años en su suegra estuvo preso,
A muger y sin sueldo condenado,
Vivió baxo el poder de su cuñado,
Tuvo un hijo no mas tonto y travieso.
Nunca rico se vió con oro ó cobre,
Vivió siempre contento aunque desnudo;
No hay incomodidad que no le sobre.
Vivió entre un herrador y tartamudo,
Fué mártir porque fue casado y pobre,
Hizo un milagro y fué no ser cornudo.

REDONDILLAS.

Á ORFEO.

Al infierno el Tracio Orfeo
Su muger baxó á buscar,
Que no pudo á peor lugar
Llevarle tan mal deseo.
Cantó, y al mayor tormento
Puso suspension y espanto,
Mas que lo dulce del canto,
La novedad del intento.

El dios adusto ofendido,
Con un estraño rigor,
La pena que halló mayor
Fué volverle á ser marido.
Y aunque su muger le dió
Por pena de su pecado;
Por premio de lo cantado,
Perderla facilitó.

LETRILLAS SATÍRICAS.

PRIMERA.

Que no tenga por molesto,
En Doña Luisa Don Juan
Ver que á puro soliman
Traiga medio Turco el gesto;
Porque piensa que con esto,
Ha de agradar á la gente,
Mal haya quien lo consiente.
Que adore á Belisa un bruto,
Y que ella olvide sus leyes,
Si no es qual la de los Reyes,
Adoracion con tributo;
Que á todos les venda el fruto,
Cuya flor llevó el ausente,
Mal haya quien lo consiente.
Que el mercader dé en robar,
Con avaricia crecida,
Que hurte con la medida,
Sin tenerla en el hurtar;
Que pudiendo maullar,

Prender al ladron intente,
Mal haya , &c.
Que su limpieza exâgere,
Porque anda el mundo al reves,
Quien de puro limpio que es
Comer el puerco no quiere;
Y que aventajarse espere,
Al Conde de Benavente,
Mal haya , &c.
Que el letrado venga á ser,
Rico por su muger bella,
Mas por su parecer della,
Que por su bien parecer;
Y que no pueda creer,
Que esto su casa alimente,
Mal haya , &c.
Que de rico tenga fama,
El Médico desdichado,
Y piense que no le ha dado,
Mas su muger en la cama,
Curando de amor la llama,
Que no en la cama el doliente,
Mal haya , &c.
Y que la viuda enlutada,
Les jure á todos por cierto,
Que de miedo de su muerto,
Siempre duerme acompañada;
Que de noche esté abrazada,
Por esto de algun valiente,
Mal haya , &c.
Que pida una y otra vez,
Fingiendo vírgen el alma,

La tierna doncella palma,
Si es datil su doncellez;
Y que dexandola en Fez
La haga siempre presente,
Mal haya, &c.

Que el escribano en las salas
Quiera encubrirnos su tiña,
Siendo ave de rapiña
Con las plumas de sus alas;
Que echen sus cañones balas
A la bolsa del potente,
Mal haya, &c.

Que el que escribe sus razones
Algo de razon se aleje,
Y que escribiendo se dexe
La verdad entre renglones,
Que por un par de doblones
Canonize al delinqüente,
Mal haya, &c.

II.

Santo silencio profeso,
No quiero, amigos, hablar;
Pues vemos que por callar
A nadie se hizo proceso:
Ya es tiempo de tener seso,
Bailen los otros al son,
Chiton.

Que piquen con buen concierto
Al caballo mas altivo
Picadores si está vivo,

Pastelero si está muerto:
Que con ojaldre cubierto,
Nos den un pastel frison,
Chiton.

Que por buscar pareceres
Revuelvan muy desvelados
Los Bártulos los letrados,
Los Abades sus mugeres;
Si en los estrados las vieres,
Que ganan mas que el varon,
Chiton.

Que trague el otro jumento
Por doncella una Sirena
Mas catada que colmena,
Mas probada que argumento;
Que llame estrecho aposento
Donde se entró de rondon,
Chiton.

Que pretenda el maridillo
De puro valiente y bravo,
Ser en una esquadra cabo
Siendo cabo de un cuchillo;
Que le vendan el membrillo,
Que tiralle era razon,
Chiton.

Que duelos nunca le falten
Al sastre que chupan brujas;
Que le falten las agujas,
Y á su muger se las salten;
Que sus dedales esmalten
Un doblon y otro doblon,
Chiton.

Que tonos á sus galanes
Cante Juanilla estafando,
Porque ya piden cantando
Las niñas como Alemanes;
Que en tono, haciendo ademanes,
Pidan sin ton y sin son,
Chiton.

Muger hay en el lugar,
Que á mil coches por gozallos,
Echárá quatro caballos,
Que los sabe bien echar:
Yo sé quien manda salar
Su coche como jamon,
Chiton.

III.

Pues amarga la verdad
Quiero echarla de la boca,
Y si al alma su hiel toca,
Esconderla es necedad;
Sépase, pues libertad
Ha engendrado en mi pereza
La pobreza.

¿Quién hace al tuerto galan,
Y prudente al sin consejo;
Quien al avariento viejo
Le sirve de rio Jordan?
¿Quién hace de piedras pan,
Sin ser el Dios verdadero?
El dinero.

¿Quién con su fiereza espanta
El cetro y corona al Rey;

Quien carcciendo de ley
Merece el nombre de santa,
Quien con la humildad levanta
A los cielos la cabeza?
La pobreza.

¿Quién los Jueces con pasion,
Sin ser ungüento, hace humanos,
Pues untandoles las manos
Los ablanda el corazon;
Quien gasta su opilacion
Con oro, y no con acero?
El dinero.

¿Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana,
Quien siendo toda christiana
Tiene la cara de herege;
Quien hace que al hombre aquexe
El desprecio y la tristeza?
La pobreza.

¿Quién la montaña derriba
Al valle, la hermosa al feo,
Quien podrá quanto el deseo,
Aunque imposibles conciba;
Y quien lo de abaxo arriba
Vuelve en el mundo ligero?
El dinero.

IV.

Poderoso caballero
Es don dinero,
Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado;

Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo quanto quiero;
Poderoso caballero
Es don dinero.

Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña,
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado:
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan christiano como moro:
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta qualquier fuero;
Poderoso caballero
Es don dinero.

Son sus padres principales,
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de oriente,
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al Duque y al ganadero;
Poderoso caballero
Es don dinero.

¿Mas á quien no maravilla,
Ver en su gloria sin tasa

Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al baxo silla,
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles:
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es don dinero,
Por importar en los tratos,
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos:
Y pues el rompe recatos
Y ablanda al jüez severo,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Y es tanta su magestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho quartos
No pierde su autoridad:
Pero pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Nunca ví damas ingratas
A su gusto y aficion,

Que á las caras de un doblon
Hacen sus caras baratas;
Y pues las hace bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Mas valen en qualquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodelas en la guerra:
Y pues al pobre le entierra,
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

V.

A la que causó la llaga,
Que en mi corazon renuevo,
Yo la quiero como debo;
Y un Genovés como paga.
¿Ved en qué vendrá á parar
Compitiendo su poder,
Haciendo yo mi deber,
Y él haciendo su pagar?
Mal en oponerme hago,
Siendo de bolsa tan leve,
A quien ni teme ni debe
Yo que ni temo ni pago:
Quando mi talego amaga
El suyo da fruto nuevo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga,

Con bien diferente alhago
Nos escribe á lo modorro
A mí las cartas de horro,
A él las cartas de pago.
¿Quál tendrá mas opinion
Con ella en la poesía,
Yo con una letra mia,
Y él con dos de Besanzon?
La letra de cambio traga,
No escucha la que yo llevo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga,

Si la veo en su posada
Con el Genovés cupido,
Estoy yo como vendido,
Ella está como comprada:
Mirad, pues, á quien oirá,
Si en el relox que regala,
Mi mano es la que señala,
Y la suya la que da;
Toda mi dicha se estraga
Por quantos caminos pruebo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.

¿Cómo la podré agradar
Los deseos avarientos,
Si voy á contarla cuentos,
Y él da cueutos á contar?
El da joyas, yo villetes,
Y andamos por los lugares
El con dares y tomares,
Yo con dimes y diretes;

De mí se esconde por plaga,
A él le busca por cebo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.

XÁCARAS Y ROMANCES.

I.

Zampuzado en un banasto
Me tiene su Magestad
En un callejon Noruega,
Aprendiendo á gavilan.
Graduado de tinieblas
Pienso que me sacarán,
Para ser noche de invierno,
O en culto algun madrigal.
Yo que fuí norte de guros,
Enseñando á navegar
A las godeñas en ansias,
A los buzos en afan,
Enmoheciendo mi vida
Vivo en esta obscuridad
Monge de zaquizamies,
Ermitaño de un desvan.
Un abanico de culpas
Fué principio de mi mal,
Un letrado de lo caro,
Grullo de la puridad.
Dios perdone al padre Esquerra,
Pues fué su paternidad
Mi suegro mas de seis años

En la cueva de Alcalá,
En el meson de la ofensa,
En el palacio mortal,
En la casa de mas quartos
De toda la Christiandad.
Allí me lloró la Guanta,
Quando por la Salazar
Desporqueroné dos almas
Camino de Breñigal.
Por la Quijano, doncella
De perversa honestidad,
Nos mojamos yo y Vicioso,
Sin metedores de paz....
En Sevilla el árbol seco
Me prendió en el arenal,
Porque le afufé la vida
Al zaino de Sant Horcaz.
El zapatero de culpas
Luego me mandó calzar.
Botinicos vizcaynos,
Martillado el cordovan.
Todo cañon, todo guro,
Todo mandil y jayan,
Y toda hiza con greña,
Y quantos saben fuñar,
Me lloraron soga á soga
Con inmensa propiedad,
Porque llorar hilo á hilo
Es muy delgado llorar.
Porque me metí una noche
A Pasqua de Navidad,
Y libré todos los presos

Me mandaron cercenar.
Dos veces me han condenado
Los señores á trinchar,
Y la una el Maestre Sala
Tuvo aprestado sitial.
Los diez años de mi vida
Los he vivido hácia atras
Con mas grillos que el verano,
Cadenas que el Escorial.
Mas Alcaydes he tenido
Que el castillo de Milan;
Mas guardas que el Monumento;
Mas hierros que el Alcoran:
Mas sentencias que el derecho;
Mas causas que el no pagar;
Mas autos que el dia de Corpus;
Mas registros que el misal;
Mas enemigos que el agua;
Mas corchetes que un gavan;
Mas soplos que lo caliente;
Mas plumas que el tornear.
Bien se puede hallar persona
Mas xarifa y mas galan,
Empero mas bien prendida,
Yo dudo que se hallará.
Todo este mundo es prisiones,
Todo es carcel y penar,
Los dineros estan presos
En la bolsa donde estan.
La cuba es cárcel del vino,
La trox es carcel del pan,
La cáscara de las frutas,

Y la espina del rosal.
Las cercas y las murallas
Carcel son de la ciudad,
El cuerpo es carcel del alma,
Y de la tierra la mar:
Del mar es carcel la orilla,
Y en el órden que hoy estan
Es un cielo de otro cielo,
Una carcel de cristal.
Del ayre es carcel el fuelle,
Y del fuego el pedernal,
Preso está el oro en la mina,
Preso el diamante en Ceylan:
En la hermosura y donayre
Presa está mi libertad,
En la vergüenza los gustos,
Todo el valor en la paz.
Pues si todos estan presos,
Sobre mi mucha lealtad
Llueva cárceles mi cielo
Diez años sin escampar.

II.

A la orilla de un pellejo,
En la taberna de Lepre,
Sobre si bebe poquito,
Y sobre si sobre bebe,
Mascaraque el de Sevilla,
Zamborondon el de Yepes,
Se dixeron mesurados
Lo de sendos remoquetes.

Hubo palabras mayores,
De lo de no como liebre,
Ni yo á la muger del gallo,
Nadie ha visto que la almuerze,
¿Tú te apitonas conmigo?
Hiédete el alma, pobrete!
Salgamos á berrear,
Veremos á quien le hiede.
Hubo mientes como puños,
Hubo puño como el mientes,
Granizos de sombrerazos,
Y diluvios de cachetes.
Hallóse alli Calamorra,
Sobre si no mata siete,
Bravo de contaduria,
De relaciones valiente.
Con lo del ténganse digo,
Y un varapálo solemne,
Solfeando coscorrones
Hace que todos se arredren.
Zamborondon, que de zupia
Enlazaba el capacete,
Armado de tinto en blanco,
Con malla de cepa el vientre,
Acandilando la boca,
Y sorbido de mofletes,
A la campaña endereza,
Llevando el vino á traspieses.
Entrambos las hojarascas
En el camino previenen,
El uno la sacabuches,
Y el otro la sacamete.

Séquito llevan de danza,
En puros pícaros hierven;
Por una y por otra parte
Van amigos y parientes.
Acogióse á toda calza
A dar el punto á la Mendez,
El cañon de Mascaraque,
Marquillos de Turuleque.
A la puente segoviana
Los dos jayanes descienden
Asmáticos los resuellos
Descoloridas las teces.
Como se tienen los dos
Por malos correspondientes,
De espaldas van atisvando
Los pasos con que se mueven.
Manzorro, cuyo apellido
Es del solar de la equis,
Que metedor y pañal
De paces ha sido siempre,
Preciado de reportorio,
Y almanake de caletre,
Quiso ensalmar la pendencia,
Y propuso que se cuele.
Bramaban como los ayres
Del enojado noviembre,
Y de andar á sopetones;
Los dos estan en sus trece.
Mojagon que del sosquin
Ha sido zaino eminente,
Y en los soplos y el cantar
Es juntos órgano y fuelles;

Dixo en baxando á lo llano
Que está entre el parque y la puente,
Para una danza de espadas
El sitio dice comedme.
Los dos se hicieron atras,
Y las capas se revuelven;
Sacaron á relucir
Las espadas hechas sierpes.
Mascaraque es Angulema,
Científico, y Archîmedes,
Y mas amigo de atajo
Que las mulas de alquileres.
Zamborondon que de líneas
Ninguna palabra entiende,
Y esgrime á lo colchonero
Euclides de mantinientes;
Desatando torvellinos
De tajos y de reveses,
Le rasgó en la getá un palmo,
Le cortó en la cholla un geme.
Acudieron dos lacayos
Y gran borboton de gente,
Andaba el ténganse á fuera,
Y llamen quien los confiese.
Tirábanse por encima
De los piadosos tenientes,
Amenazando la caspa
Unas heridas de á peyne.
En esto desaforada
Con una cara de viernes,
Que pudiera ser acelga
Entre lentejas y arenques,

La Mendez llegó chillando,
Con trasudores de aceyte,
Derramando por los hombros
El columpio de las liendres.
El voto á Christo arrojaba,
Que no le oyeron mas fuerte
En la legua de Getafe
Ni las mulas ni los exes.
¿Quando pensé que tuvieras
Que contar mas una muerte,
Te miro de Mari barbas
Con dos rasguños las sienes?
¿Andaste tú reparando
Si Moñorros me divierte,
Y no reparas un chirlo
Que todo el testuz te hiende?
¿Estaba esta hoja en Babia
Que no socorrió tus dientes?
¿De recibidor te precias
Quando por dador te vendes?
Llegóse á Zamborondon
Callando bonicamente,
Y sonóle las narices
Con una nabaja acércen.
Diciendo; chirlo por chirlo
Goze de este la Pebete;
Quien á mi amigo atarasca
Mi brazo le calavere.
A puñaladas se abrazan,
Unos con otros se envuelven,
Andaba el moja la olla
Tras la goda delinqüente.

Quando se vieron cercados
De alguaciles y corchetes,
De plumas y de tinteros,
De espadas y de broqueles.
Al ténganse á la justicia
Todo christiano ensordece,
Favor al Rey piden todos
Los chillones escribientes.
La Mendez dixo, mancebos,
Si favor para el Rey quieren,
A mí me parece bien,
Llévenle esta cinta verde.
Unos se fueron al Angel
Con el diablo á retraerse,
Otros por medio del rio
Tomaron trote de peces.
Manzorro cogió dos capas,
Una vayna y un machete;
Que desde niño se halla
Lo que á ninguno se pierde.

III.

Una incredula de años,
De las que niegan el fué,
Y al limbo dan tragantonas
Callando el matusalen,
De las que detras del moño
Han procurado esconder,
Si no la agua del bautismo,
Las edades de la fe,
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel,

No quise decir andrajos
Porque no se afrente el leer.
Fué pues muy contemplativa
La vegezuela esta vez,
Y quedóse así elevada
En un trapajo de bien.
Tarazon de cuello era,
De aquellos que solian ser
Mas azules que los cielos,
Mas entonados que juez.
Y bamboleando un diente,
Volatin de la vejez,
Dixo con la voz sin huesos,
Y remedando el sorber:
Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando tres.
Está vestida de tinta,
Muy prepotente una ley
Quitando haciendas y vidas
Y arremetiendose á Rey;
Con pujamiento de barbas
Está brotando poder
Desde una plana viznieta
De un cadaver de arambel.
Buen andrajo, quando seas,
Pues que todo puede ser,
O provision, ó decreto,
O letra de Genovés;
Acuerdate, que en tu busca
Con este palo soez

Te saqué de la basura
Para tornarte á nacer.
En esto haciendo cosquillas
Al muladar con el pie,
Llamada de la vislumbre
Y asustando el interes;
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo
Perdido por hacer bien.
Miróse la viegecilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejon con tocas
Donde buscó un Aranjuez:
Dos cabos de ojos gastados,
Con caducas por niñez,
Y á boca de noche un diente,
Cerca ya de oscurecer.
Mas que cabellos arrugas
En su cascara de nuez,
Pinzas por nariz, y barba
Con que el hablar es morder.
Y arrojandole en el suelo,
Dixo con rostro cruel,
Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.
Señoras, si aquesto propio
Os llegáre á suceder,
Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay porque.
El pagó solo la pena
De las culpas de su piel,

Quando el muladar de años
Como se vino se fué.

IV.

Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estába quando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedis de luna
Alumbraban á la tierra,
Que por ser yo el que nacia
No quiso que un quarto fuera.
Nací tarde porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un Miercoles con un Martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debaxo de Libra
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor se funda
En las madres vendederas.
Diome el Leon su quartana,
Dióme el Escorpion su lengua,
Virgo el deseo de hallarle,
Y el Carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá,
Y á engendrar mas hijos vuelvan.

Tal ventura desde entonces
Me dexaron los planetas,
Que puede servir de tinta,
Segun ha sido de negra.
Porque es tan feliz mi suerte
Que no hay cosa mala ó buena,
Que aunque la piense de tajo
Al reves no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Para que vean los ciegos,
Sáquenme á mí á la vergüenza,
Y para que cieguen todos,
Llévenme en coche ó litera.
Como imagen de milagros
Me sacan en las aldeas,
Si quieren sol abrigado
Y desnudo porque llueva.
Quando alguno me convida,
No es á banquetes ni á fiestas,
Sino á los Misacantanos,
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
A todos quantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
Si ha de caer una teja,
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.

Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí,
Me hace prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que nó me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que nó me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar;
Y la hallo en las tabernas,
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dexo de tomar oficio
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero
Andarán todos en piernas.
Si estudiára medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curára yo
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme en dote al diablo
Con una muger muy fea.
Si intentára ser cornudo,
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado
Diera mi muger en buena.

Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean,
Herradores que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con fieltro
Se abrasa en fuego la tierra;
Y llevando guardasol
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna muger,
Y la digo mil ternezas,
O me pide, ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
Ahorro qualquier limpieza,
Qualquiera bostezo es hambre,
Qualquiera color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho,
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos
En mi qualquiera encomienda.
Para que no estén en casa,
Los que nunca salen della,
Buscarlos yo solo basta,
Pues con eso estarán fuera.
Si alguno quiere morirse,
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algun bien
Y no vivirá hora y media.
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase
Con mi humildad tu soberbia.

Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera,
Como otros, tu pretendiente,
Vine á ser tu pretenmuela.
Bien sé que apenas soy algo,
Mas tú de puro discreta,
Viendome con tantas faltas
Que estoy preñado sospechas.
Aquesto Fabio cantaba
A los balcones y rejas,
De Aminta, que de olvidarle
Le han dicho que no se acuerda.

V.

Padre Adan, no lloreis duelos,
Dexá buen viejo el llorar,
Pues que fuisteis en la tierra
El mas dichoso mortal.
De la variedad del mundo
Entrasteis vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plagas que tuvo otra edad.
Para daros compañía,
Quiso el señor aguardar,
Hasta que llegó la hora,
Que sentisteis soledad.
Costoos la muger que os dieron
Una costilla, y acá
Todos los huesos nos cuestan,
Aunque ellas nos ponen más.
Dormisteis, y una muger
Hallasteis al despertar;

Y hoy en durmiendo un marido
Halla á su lado otro Adan.
Un higo sólo os vedaron,
Sea manzana si gustais;
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar.
Tuvistes muger sin madre,
Grande suerte, y de envidiar,
Gozastes mundo sin viejas,
Ni suegrecita inmortal.
Si os quexeis de la serpiente,
Que os hizo á entrambos mascar,
¿Quanto es mejor la culebra
Que la suegra, preguntad?
La culebra por lo menos
Os da á los dos que comais;
Si fuera suegra, os comiera
A los dos, y mas y mas.
Si Eva tuviera madre
Como tuvo á Satanás,
Comiérase el Parayso,
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben,
Mas una suegra infernal
Mas sabe que las culebras,
Ansi lo dice el refran.
Llegaos á que aconsejára
Madre deste temporal
Comer un bocado sólo,
Aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
Que anda en ayunas lo mas;

Que las madres de un almuerzo
La tierra engullen y el mar.
Señor Adan, ménos quexas,
Y dexad el lamentar,
Sabé estimar la culebra,
Y no la trateis tan mal.
Y si gustais de trocarla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima,
Que mil os la tomarán.
Esto dixo un ensuegrado,
Llevándole á conjurar
Para sacarle la suegra
Un cura y un sacristan.

VI.

La que hubiere menester
Un marido de retorno,
Que viene á casarse en vago,
Y halla á su muger con otro,
Acudirá á mi cabeza,
Mas arriba de mi rostro,
Como entramos por las sienes
Entre cervantes y toro.
Muchachas, todo me caso,
Niñas, todo me desposo,
Marido de quita y pon,
Entre ciego y entre sordo.
Persona de tan buen talle,
Que tengo el talle de todos,
Viéneme lo que me dan

Los delgados y los gordos.
Doyme por desentendido
De quantas visiones topo;
No ocupo lugar en casa,
Y al rayo del sol me asomo.
Si estando con mi muger
Columbro brújula de oros,
Hago como que me fui,
Y aunque me quedo no estorbo.
Y con esto aun es tan vano
De mi cabeza el entono,
Que á quien me los pone á mí,
Parece que se los pongo.
Tengo en queriendo dormir
Sueño de pluma y de plomo,
Con prometimientos velo,
Y con las dádivas ronco.
Sabe á azibar la perdiz,
Que para comerla compro,
Pero si me lo presentan,
Sabe á perdiz quanto como.
Siete veces me he casado,
Siete capuces he roto,
Y me siento tan marido,
Que pienso ponerme el ocho.
La primera fué doncella,
Despues de mi desposorio;
Recatada, ya se entiende,
Recogida, en casas de otros.
La segunda hizo un enredo,
Que no lo hiciera un demonio;
Junto un v.... y un preñado

Truxo el uno sobre el otro.
Estiraba yo los meses
Porque viniesen al propio,
Y achaquéme una barriga,
Que no la ví de mis ojos.
Las demas á puto el postre
Honraron mis matrimonios,
Las tres, tres signos me hicieron,
Aries, Tauro y Capricornio.
Las dos pusieron virtudes
De mi cabeza en el moño,
Que á competirlas no bastan
Las de muchos unicornios.
Si de muchos fuí tenido
Por un marido del soto,
No os lo depararà el rastro
Mas Diego, ni menos hosco.
Mi condicion y mi vida
Es aquesta que pregono;
Muchachas, alto á casarse,
Que está de camino el novio.

VII.

Cruel llaman á Neron,
Y cruel al Rey Don Pedro,
Como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.
Estos dos sí que inventaron
Las purgas y cocimientos,
Las dietas y medicinas,
Boticarios y barberos.

Matalotes fueron crueles,
Y ministros del infierno,
Abreviadores de vidas,
Y datarios de tormentos.
Que Neron tuvo buen gusto,
Don Pedro fué justiciero,
Si cohechados y ladrones
No pusieran lengua en ellos.
Si inventáran estos dos
Esperar y tener zelos,
Las mugeres de por vida,
La gota y hacerse viejos;
Cantar mal y porfiar,
Y templar los instrumentos,
El pedir de las busconas,
Las visitas de los necios;
Justicia fuera llamarlos
Crueles la fama en extremo,
Pero si no lo soñaron,
Es contra todo derecho.
Tuvo Neron lindo humor,
Y exquisito entendimiento,
Amigo de novedades,
De fiestas y pasatiempos.
Dicen que forzó doncellas,
Mas de ningun modo creo
Que él encontró con alguna,
Ni que ellas se resistieron.
Quísole Suetonio mal,
Pues le llamó deshonesto
Porque adoraba á su madre,
Siendo obligacion hacerlo.

Nótale de que comia
Sin cesar un dia entero,
Y es pecado que á la sarna
Pudiera imputar lo mesmo.
Mató Neron muchos hombres,
Mas son los que el sol ha muerto,
Y llámanle hermoso á él,
Y á este otro le llaman fiero.
Gustó de quemar en Roma
Tanto edificio soberbio,
Dexando asi castigada
La soberbia para exemplo.
Quemó la débil grandeza,
Que atesoraban los tiempos,
Y á la vanidad del mundo
Quiso mostrar su desprecio.
Si á Séneca dió la muerte,
Siendo su docto maestro,
Hizo lo que una terciana
Sin culpa pudo haber hecho.
No es mucho que se enfadase
De tantos advertimientos,
Que no hay señor que no quiera
Ser en su casa el discreto.
Quitó á Lucano la vida,
Mas no le agravió con eso,
Quando inmortal le acredita
Con la gloria de sus versos.
Pues Don Pedro el de Castilla,
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos?
¿Y qué dió sino escarmientos?

Quieta y próspera Sevilla
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Que están en el candilejo.
El clérigo desdichado,
Y el dichoso zapatero
Dicen de su tribunal
Las providencias y aciertos.
Si Doña Blanca no supo
Prendarle y entretenerlo,
¿Qué mucho que la trocase,
Siendo moneda en su reyno?
Era hermosa la Padilla,
Manos blancas y ojos negros,
Causa de muchas desdichas,
Y disculpa de mas yerros.
Si á Don Tello derribó
Fué porque se alzó Don Tello;
Y si mató á Don Fadrique,
Mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y de otras muchas
Sabe las causas el cielo,
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.
Matóle un traydor frances,
Alevoso caballero,
Vió Montiel la tragedía,
Y el mundo le lloró muerto.
De Emperadores y Reyes
No hablan mal nobles y cuerdos,
Que es en público delito,
Y no es seguro en secreto.

Esto dixo un Montañés,
Empuñando el hierro viejo,
Con cólera y sin cogote,
En un Cid tinto un Don Bueso.

VIII.

Yo el menor padre de todos
Los que hicieron ese niño,
Que concebisteis á escote,
Entre mas de veinte y cinco;
A vos Doña Dinguindaina,
Que pareceis laberinto
En las vueltas y revueltas,
Donde tantos se han perdido.
Vuestra carta recibí
Con un contento infinito
De saber que esté tan buena
Muger que nunca lo ha sido.
Pedísme albricias por ella
De haber parídome un hijo,
Como si á los otros padres
No pidiérades lo mismo.
Hágase entre todos cuenta,
A como nos cabe el chico,
Que lo que á mí me tocare
Libraré en el Antecristo.
Fuimos sobre vos, Señora,
Al engendrar el nacido,
Mas gente que sobre Roma,
Con Borbon por Cárlos quinto.
Mis ojos decis que saca,

Mas segun lo que averiguo,
Vos me los sacais agora,
Por dineros y vestidos.
Que no negára á su padre,
Decis por lo parecido;
Y es el mal que el padre puede
Negar muy bien que le hizo.
Mas padres tiene que miembros;
Acomodad pues el mio,
Ya que querais encajarme
Esto de padre postizo.
¡O quién viera quando todos,
Armados de acero fino,
Amojonen lo que hicieron,
En el mayorazgo hechizo!
Quál dirá que engendró el solo,
Desde el hombro al colodrillo;
Y quál pondrá su mojon,
Desde la espalda á el ombligo.
Qual conocerá una mano,
Y no faltará marido,
Que diga que por la priesa,
No acabó mas de un tobillo.
Haced creer estas cosas
A los hombres barbilindos,
Que por parecer potentes,
Prohijarán un pollino:
Que yo soy un hombre zurdo,
Cejijunto y medio vizco,
Mas negro que mi sotana,
Mas áspero que un erizo.
Infórmenle de mis partes

A ese que habeis parido;
Si él por padre me admitiere,
Que me tueste el santo oficio.
Paréceme que trazais
Catorce ó quince bautismos,
Y que unos por otros dexan
Moro al que nació morisco.
¡Qué será de ver los padres,
Y la esquadra de padrinos,
Unos con curas y amas,
Otros con vela y capillos!
¡Quál andará el Licenciado
Cargado de sus amigos,
Enviando á la parida
Colacion y beneficios!
El viejo se pondrá plumas,
Y se quitará el juicio:
Que es su cabeza cortada
Creerá como en Jesuchristo.
¡Qué habrá gastado en mantillas
El arrendador del vino,
Seguro que le parece,
Hasta en lo perro judío!
Encargaisme de criarle,
Siendo el criar un oficio,
Que solo lo sabe Dios
Por su poder infinito.
Para ayudar á engendrar
Iré sin duda, aunque indigno;
Con mi luxuria achocada
Entre estas peñas y riscos.
Naveguen otros las costas,

Que yo en el golfo me vivo,
Qué á pecar bueno y de valde
Desde que nací me inclino.
Aquí sabré las historias
De ese parto tan partido,
Y el suceso de los padres
Que vos haceis putativos.
Aviso tendré de todo;
Mas tambien desde hoy la aviso,
Que para para lós otros
Lo que engendráre conmigo.
Padre lláme á los profesos,
Que yo motilon he sido,
Y con título de hermano
Viviré como un obispo.
Este año y este mes,
Y perdone que no firmó;
Porque mis mismas razones,
Dicen que yo las escribo.
No pongo calle ni casa
Tampoco en el sobre escrito,
Porque segun vive, della
Dirán todos los vecinos.

SÁTIRA PRIMERA.

Á una Dama.

Pues mas me quieres cuervo que no cisne,
Conviértase en graznido el dulce arrullo,
Y mi nevada pluma en sucia tizne.
Ya, mi Belisa, ya rabiando aullo

Tu ingrata sinrazon y mi cuidado,
Y del yugo, y maromas me escabullo.
Mas como puede ser quien ha cantado
Tu bello rostro, tu nevada frente,
El cuello hermoso de marfil labrado?
Que tu nombre escribió tan dulcemente
En levantado estilo, en versos graves,
Que le pueda ultrajar eternamente?
La causa yo la sufro, y tú la sabes,
Aunque en callarla pienso ser eterno,
Ora me vituperes, ó me alabes.
Escucha pues al son altivo ó tierno
Mis quexas, y comienza el noviciado,
Que las damas haceis para el infierno.
¡Cómo se echa de ver que me he enojado!
La culpa tiene aquella lengua mia,
Perdóname, que corro desbocado.
Perdóname mi bien, y mi alegria,
Que aquesta mala inclinacion me lleva,
Aunque un agravio sin razon la guia.
No tengas pena, no, que yo me atreva
A cosa que vergüenza pueda darte,
Que no podré yo hacer cosa tan nueva.
Ya parece que empiezas á mudarte,
Que pierdes la color, y el movimiento,
Que no acabas todo hoy de persignarte.
¡O lo que gritarás mi atrevimiento!
Diciendo: ¿este mordaz (y aquí te entonas)
Se atreve á una muger de mi talento?
Pero volviendo en ti, mi lengua abonas,
Y viendo, que no puedes desmentirme,
Por encubrir la caca me perdonas.

No dexaré, Belisa, de reirme
Imaginando quantas maldiciones
Arrojarás en mí por destruirme.
Ya me ordenas la muerte en pescozones,
Ya con el soliman de un favor tuyo,
Ya en tu mucho rigor, ya en tus razones.
Diciendo: yo á este bárbaro destruyo,
Con él enterraré mis liviandades,
Y alegre gozaré mi dulce cuyo.
Tú te dices, Belisa, las verdades;
Quien te pregunta si eres, ni si has sido
Liviana por tus dulces mocedades?
Si te has holgado, y te has entretenido,
A mí no se me dá un ardite solo,
Désele, pues es justo, á tu marido.
Ponga en tu vida quien quisiere dolo,
Que yo pienso dexarla eternizada
En estos versos, aunque pese á Apolo.
Pues eres á mis ojos tan probada,
Y no es malicia, en penas y trabajos,
Que estás pura de puro acrisolada.
Rebujada naciste en dos andrajos,
De una hija de Adan por gran ventura,
Cuya comadre fueron quatro grajos.
Allí tu cuna fué tu sepultura,
Y qual pequeña planta de la tierra
Te levantaste en tan sublime altura.
Con la belleza hiciste al mundo guerra;
Siempre para vencer fuiste vencida,
Misterio grande, que tu vida encierra.
Amaste la humildad tanto en tu vida,
Que debaxo de todos siempre andabas,

Solamente en dar gusto entretenida.
A Dios eterno tanto amor mostrabas,
Que viendo que es el hombre imagen suya,
Con este zelo á todos los buscabas.
¿Pues qual sin alma puede haber que arguya
De vil pecado tan devoto zelo,
Y que en su lengua tanto honor destruya?
Un rayo de las bóvedas del cielo
En ceniza le vuelva, lengua y boca,
Si justicia faltáre acá en el suelo.
A lástima, y á llanto me provoca
Tan dura suerte, y rigurosa estrella,
Bastante á enternecer un monte ó roca.
Nunca nacieras tan hermosa y bella,
Quizá no fueras perseguida tanto
Con sólo aventurarte á ser doncella.
Pero yo, mi Belisa, no me espanto,
Que siempre en este mundo, y siglo rudo
Pasan los buenos penas y quebranto.
Pregúntalo al hermano Cogolludo,
Que él declarará el misterio, quando
Verdad desnuda te dirá desnudo.
No te andes encubriendo, y recatando
Despues; que no hace el Medico provecho
Al enfermo, que pasa el mal callando.
Y pues te vès agora en tal estrecho,
Un dedo mas á menos, no seas corta,
Mi Belisa, descúbrele hasta el pecho.
Yo te digo á la fé lo que te importa,
Que soy hombre de bien á las derechas,
Y no amiguito de banquete y torta.
Vosotras las mugeres estais hechas

A oir aduladores, no soy de esos,
Amigo de dulzuras, y de endechas.
Nunca mi alma busca esos excesos,
Que es muy de mancebitos de la hoja,
Cuajada tengo la cabeza en sesos.
Paréceme, que oirme te congoja
En ver como mis tachas disimulo,
De nuevo agora, y sin razon te enoja.
Solo en considerarte me atribulo
Echando mis simplezas á malicia,
Y por aquesto lo demas regulo.
Pues así del poder de la justicia
Mis cosas libre Dios, y así me vea
Oficial reformado en tu milicia;
Que soy quien solamente te desea
Servir, aficionado de tu cara,
Que en su servicio tanta gente emplea.
Aficionóme á ti tu fama clara,
Y verte una muger de tomo y lomo,
Que aun de tu cuerpo nunca fuiste avara.
¡O virtud excelente! de quien tomo
Exemplo singular en la largueza,
Mis carnes venzo, mis pasiones domo.
Es tanta de tu vida la estrecheza,
Que siempre andas cayendo y levantando,
De penitencia es grande tu flaqueza.
Continuo estás escrupulos llorando,
Que en tu buena conciencia los testigos
De la culpa venial están ladrando.
No lloras que aborreces enemigos,
Pues es tu mayor culpa, muger santa,
Querernos bien á todos por amigos.

¿Quién desta vida, y hechos no se espanta?
Quien á imitar tus pasos no dispone
La dura voluntad, la tarda planta?
¿Quién hay, Belisa, quién, que no pregone
Tu milagrosa vida tan austera,
Y la suya por ti no perficione?
Pues de la ley sagrada y verdadera
Tanto amas los preceptos que refieres
Por alcanzar la gloria venidera;
Que viendo que á los hombres y mugeres
Los manda amar sus enemigos todos,
Hasta los tres del alma bien los quieres.
Yo pues que en el infierno hasta los codos
Sumido estoy, y de pecados lleno,
Me voy aniquilando de mil modos.
De fuerza propia, y de valor ageno
Mi alma te encomiendo, ya que fieras
Culpas la tienen con mortal veneno.
Mas porque puede ser que no la quieras
Sin cuerpo y todo, todo te lo ofrezco
Con sana voluntad, y eternas veras.
Ampárame, que bien te lo merezco
Por esta voluntad, que en las entrañas
Con nueva obligacion conservo y crezco.
No quieras parecer á las arañas
En convertir las flores en ponzoña,
Ya que simiente engendras para cañas.
Apostaré un ducado, que mi roña
Acabas de entender en este verso,
Al fuego condenando mi zampoña.
Quiero, pues ya me tienes por perverso,
Darte, Belisa, una espantosa zurria;

Pues así lo permite el hado adverso.
Tomado me ha sin remision la murria:
Ya quiero desnudar mi durindaina,
Ya le ha dado á mi lengua la estangurria.
Amaina, pues, desventurada, amaina;
Que por darte de presto, y á lo zayno,
Te quiero dar el golpe con la vayna.
Mas asco tengo en ver que desenvayno
Contra la Ninfa Bel de una zahurda;
Y del primero pensamiento amayno.
Pero bien me mereces que te aturda,
Y que ninguna falta te la calle,
Que un diluvio de sátiras te urda.
Pues tanto mal has dicho de mi talle,
Y que me fuerzas, esme Dios testigo,
En este tu villete á divulgalle.
No mi disculpa en la pintura sigo;
Pero quiero mostrar de tu locura
El trato infame, el término enemigo.
No es ya como tu vida mi estatura,
Que por no decir ruin, quise ponello,
Bien larga he menester la sepultura.
Es como tu linage mi cabello,
Escuro y negro, y tanta su limpieza,
Que parece que no has llegado á vello.
Es como tu conciencia mi cabeza,
Ancha, bien repartida, suficiente
Para mostrar por señas mi agudeza.
No es de tu avara condicion mi frente,
Que es larga y blanca, con algunas viejas
Heridas, testimonio de valiente.
Son como tus espaldas mis dos cejas

En arco, con los pelos algo roxos,
De la color de las tostadas texas.
Son como tu vestido mis dos ojos
Rasgados, aunque turbios (como dices)
Serenos, aunque tengan mil enojos.
Son como tus mentiras mis narices
Grandes y gruesas; mira como escarvas
Contra ti, mi Belisa, no me atizes.
Como tus faldas tengo yo las barbas
Levantadas, bien puestas: no me apoca
Que digas, que hago con la caspa parvas.
Es como tú, para acertar, mi boca,
Salida, aunque no tanto como mientes,
Con brava libertad de necia y loca.
Como son tus pecados son mis dientes,
Espesos, duros, fuertes al remate,
En el morder de todo diligentes.
Es como tu marido mi gaznate
Estirado, mayor que tres cohombros,
Que el llamalle gloton es disparate.
Como son los soberbios son mis hombros,
Derribados, robustos á pedazos,
Que causa el verme al mas valiente asombros.
Como tus apetitos son mis brazos,
Flacos, aunque bien hechos, y galanos,
Pues han servido de amorosos lazos.
Traygo como tus piernas yo las manos,
Abiertas, largas, negras, satisfecho
Que dan envidia á muchos cortesanos.
Como tu pensamiento tengo el pecho,
Alto, y en generosa compostura,
Donde pueden caber honra y provecho.

Como es tu vida tengo la cintura,
Estrecha, sin barranco ni caverna,
Que parezco costal en la figura.
Como tu alma tengo la una pierna,
Mala y dañada; mas Belisa ingrata
Tengo otra buena, que mi ser gobierna.
Como tu voluntad tengo una pata,
Torcida para el mal, y he prevenido,
Que le sirva á la otra de reata.
Como tu casamiento es mi vestido,
Mal hecho y acabado, que un poeta
Jura de no ser limpio, ni pulido.
Es como tu conciencia mi bayeta,
Raida, y esto basta, aunque imagino,
Que aguardas, por si pinto alguna treta.
Mas yo quedarme quiero en el camino,
Que aunque trato de ti, tengo recato,
No digan, que á la cólera me inclino.
Esta mi imagen es, y mi retrato,
Adonde estoy pintado tan al vivo,
Que se conoce bien mi garabato.
Aquestos versos solo los escribo
Para desengañar al que creyere,
Que soy (como tú dices) bruto, y chivo.
Pues quien este retrato propio viere,
Sacará por mi cara tus costumbres,
Y te conocerá si lo creyere.
Paréceme, que á puras pesadumbres,
Si mas versos escribo, haré que viertas
Las destiladas lágrimas á azumbres.
Paréceme, Belisa, que despiertas
De noche con soñarme tan medrosa,

Que le das al vecino francas puertas.
Dirás, si yo no fuera rigurosa
Con esta mala lengua, pues sabia
Su condicion, viviera venturosa.
Ojalá quando yo te lo decia,
Ablandáras el ser con que enamoras;
No vieras en tu casa aqueste dia.
Mas ya que aquestas libertades lloras,
Arrepentida del vivir primero,
Buscaré tu amistad en todas horas.
No pediré mas cartas á Lutero
De favor para ti, ó al vil Pelagio;
Y harás por ellos la amistad que espero;
Sucederá bonanza á tu naufragio.

SÁTIRA SEGUNDA

Sobre el matrimonio.

¿Por qué mi Musa descompuesta y bronca
Despiertas, Polo, del antiguo sueño,
En cuyos brazos descuidada ronca?
No ves, que el lauro le trocó en beleño,
Y que dexa el velar para las grullas,
Y ya es letargo el que antes era ceño?
Pues si lo vés, ¿porqué gruñendo ahullas?
Que si despierta, y dexa la modorra,
Imposible será que te escabullas.
Mira, que ya mi pluma volar horra
Puede, y que libre te dará tal zurra,
Que no la cubra pelo, seda ó borra:
Obligado me has á que me aburra,
Y que á tu carta, ó maldicion, responda,

Sin duda ya la oreja te susurra.
¿He yo burlado á tu muger oronda?
He aclarado el secreto de la penca?
Llevé tu hija robada á Trapisonda?
¿Quemé yo tus abuelos sobre Cuenca,
Que en polvos sirven ya de salvaderas,
Aunque pese á la sórdida Zellenca?
Pues si destas desgracias verdaderas
No tengo yo la culpa, ni del daño
Que eternamente por su medio esperas;
Dime, ¿por qué con modo tan estraño
Procuras mi deshonra y desventura,
Tratando fiero de casarme ogaño?
Antes para mi entierro venga el Cura,
Que para desposarme, antes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura.
Antes con mil esposas me encarcelen,
Que aquesa tome; y antes que *Sí* diga,
La lengua y las palabras se me yelen.
Antes que yo le dé mi mano amiga,
Me pase el pecho una enemiga mano;
Y antes que el yugo, que las almas liga,
Mi cuello abrace, el bárbaro Otomano
Me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
Y no consienta el himeneo tirano.
Eso de casamientos á los bobos,
Y á los que en ti no están escarmentados,
Simples corderos, que degüellan lobos.
A los hombres que están desesperados
Cásalos, en lugar de darles sogas;
Morirán poco menos que ahorcados.
No quieras, que en el remo donde bogas,

Haya por consolarte otro remero,
Y que se ahogue donde tú te ahogas.
Solo se casa ya algun zapatero,
Porque á la obra ayudan las mugeres,
Y ellas ganan con carnes, si él con cuero.
Los siempre condenados mercaderes
Mugeres toman ya por grangería,
Como toman agujas y alfileres.
Dicen, que es la mejor mercadería,
Porque la venden, y se queda en casa,
Y lo demas vendido se desvia.
El grave Regidor tambien se casa
Por poner tasa á lo que venden todos,
Y tener cosa que vender sin tasa.
Tambien se casan los soberbios Godos,
Porque tambien suceden desventuras
A los magnates por ocultos modos.
Cásanse los roperos tan á escuras,
Como ellos venden siempre los vestidos,
Y ellas desnudas venden las hechuras.
Cásanse los verdugos abatidos
Con mugeres, por ser del mismo oficio,
Que atormentan del alma los sentidos.
El médico se casa de artificio,
Por si cosa tan pérfida acabase,
Y hiciese al hombre tanto beneficio.
Y él solo, será justo que se case,
Para que ambos den muerte á sus mitades,
Así la tierra de ambos se aliviase.
Cásanse los Letrados dignidades,
Para que á sus mugeres con Jasones
Puedan tambien juntarse los Abades.

Con las espinas hacen los cambrones,
Tambien sus matrimonios cortesanos,
(Que ambos desnudan) porque el tuyo abone
Tambien los siempre iniquos escribanos,
Por ahorrar el gasto del tintero,
Dan con la pluma á su muger las manos.
Ya he visto yo volar un buey ligero
En uno de estos, que de plumas suyas
Alas formó sutiles de gilguero.
Déxame, pues, vivir, no me destruyas,
Ya que de mi pasion, y mi tormento,
Canté las celebradas aleluyas.
Quiero contar con tu licencia un cuento
De un filósofo antiguo celebrado,
Por ser cosa que toca á casamiento.
Vivió infinitos años encóntrado
Con otro sabio, y nunca habia podido
Vengar en él el corazon ayrado.
Al cabo vino á hallarse muy corrido,
En ver á su contrario siempre fuerte,
Y en tanto tiempo nunca dél vencido.
Ultimamente le ordenó la muerte,
Y al fin, como traydor, vino á engañalle,
Y pudo de él vengarse de esta suerte.
Una hija tenia de buen talle,
Hermosa, y pulidísima doncella,
Y ordenó con aquesta de casalle.
Fingió hacer amistades, y con ella
Dexar el pacto siempre asegurado,
Aficionóse el enemigo de ella.
¡O gran poder de amor! que enamorado
Contento á casa la llevó consigo,

Casóse con la moza el desdichado.

Despues culpando al sábio cierto amigo
La ignorancia cruel, y el yerro estraño,
Que hizo en dar su hija á su enemigo;
El respondió: no entiendes el engaño,
Pues por vengarme del contrario mio,
Le dí muger, del mundo el mayor daño.
Así, que por contrario de mas brio
Tengo, Polo cruel, al que me casa,
Que al que me saca al campo en desafio.
Juzgalo, pues que puedes, por tu casa,
Fiero atril de San Lucas, quando bramas,
Obligado del mal, que por ti pasa.
Los hombres, que se casan con las damas,
Son los que quieren ver de caballeros,
Sillas en casa llenas, llenas camas.
Ver, sin saber de donde, los dineros,
Que los lleven en medio los señores,
Que los quiten los grandes los sombreros.
Que los curen de valde los doctores,
Que les hagan mas plaza, que aun á el toro,
Tratar de vos los graves senadores.
Gustan de ver la rica joya de oro
En sus mugeres, nunca preguntando
¿Qué duende fué el que truxo este tesoro?
Quieren que les esten continuo dando,
Y hasta las capas piden, como bueyes,
Que presos con maroma están bramando.
Privados suelen ser tambien de Reyes,
Porque de sus mugeres son privados,
Y estos, como camisas mudan leyes.
Pues si aquesto sucede en los casados,

¿Por qué han de procurar hembras crueles,
Ni yo, ni los que estan escarmentados?
¿Si me quiero ahorcar, no habrá cordeles?
Faltarán que me acaben desventuras,
Tósigo no hallaré, veneno y yeles?
Si quiero desterrarme habrá espesuras,
Y si desesperado despeñarme,
Montes altos tendré con peñas duras.
Bien, pues, si con intento de acabarme,
Me aliñas de muger la amarga suerte,
No la he ya menester para matarme.
En quantas cosas hay, hallo la muerte,
En la muger la muerte y el infierno,
Y fin mas duro y triste si se advierte.
Mas quiero estarme helando en el invierno
Sin la muger, que ardiendo en el verano,
Cercado el rostro de caliente cuerno.
Y á casarme, casárame fiado
De que estándolo tanto tus parientes
Habreis las malas hembras agotado.
Ya te pesa de verte entre mis dientes,
Ya te arrepientes del pasado yerro,
Ya vuelves contra mi cuernos valientes.
Ya por tanto ladrar me llamas perro,
Yo cuelgo, qual alano, de tu oreja,
Y tú bramando erizas frente y cerro.
¡Que á propósito viene la conseja,
Que del canino Diógenes famoso
Quiero contarte, aunque parezca vieja!
Yendo camino un dia presuroso
Vió una muger bellísima ahorcada

De las ramas de un álamo pomposo.
   Y despues que la tuvo bien mirada,
Con lengua, como siempre, disoluta
Dixo digna razon de ser contada:
   Si lleváran de aquesta misma fruta
Quantos árboles hay, mas estimadas
Fueran sus ramas de la gente astuta.
   ¡Qué razones tan bien consideradas!
A ser como él, y yo toda la gente,
Ya estuvieran las tristes ahorcadas.
   Viviera el hombre mas seguramente,
Sin tener enemigos tan mortales,
Volviera el siglo de oro á nuestro oriente.
   Dirásme tú que hay muchas principales,
Y que hay rosa tambien donde hay espina,
Que no á todas las vencen quatro reales.
   En Claudio te responde Mesalina,
Muger de un grande Emperador de Roma,
Que al adulterio la mejor se inclina.
   ¿Quándo insolencia tal hubo en Sodoma?
Que en viendo al claro Emperador dormido,
Cuyo poder el mundo rige y doma;
   La Emperatriz tomando otro vestido
Se fuese á la caliente mancebía;
Con el nombre, y el hábito fingido?
   En entrando los pechos descubria,
Y al deleyte lascivo se guisaba
Asi, que á las demas empobrecia.
   El precio infame y vil regateaba,
Hasta que el taita de las hienas brutas
A recoger el címbalo tocaba.

Todas las celdas y asquerosas grutas
Cerraban ántes que ella su aposento,
Siempre con apariencias disolutas.
Hecho habia arrepéntir á mas de ciento,
Quando cansada se iba, mas no harta
Del adúltero y sucio movimiento.
Mas por no hacer ya libro, la que es carta,
Dexo de meretricias dignidades,
Y de cornudos nobles luenga sarta.
Mal haya aquel que fia en calidades,
Pues cabe en carne obscura sangre clara,
Y en muy graves mugeres liviandades.
Ni aun sin culpa algun olmo se casára
Con la lasciva vid, si á sinrazones
Tambien el sentimiento no negára.
Pues solo á disculpar los bujarrones,
No ha de bastar, huir de las mugeres,
Ni quieren admitirlo los tizones.
Dirás que no hay contentos, ni placeres,
En donde no hay mugeres; que sin ella
Con soledad enfermo y sano mueres.
Que es gran gusto abrazar una doncella,
Y hacerla madre del primer voleo,
Gozando de la cosa que es mas bella.
Pues yo te juro, Polo, que deseo
Ver, desde que nací, v..... y diablos,
Y ni los diablos ni los v..... veo,
Demonios veo pintados en retablos;
Y de caseros v..... contrahechos
Llenos palacios, llenos los establos.
Los casados estais muy satisfechos

En el talle gentil, en el regalo,
Y en el entendimiento los mal hechos.
Fíase en la riqueza el hombre malo,
En el caudal el mercader judío,
El alguacil confíase en su palo.
Pero destas fianzas yo me rio,
Pues veo, que la muger del perezoso
Suele curiosa ser del de buen brio.
La que tiene el marido bullicioso,
Imagina, como es el sosegado,
Y como él fiero, si es el suyo hermoso.
La muger del soberbio Titulado
Desea comunicar al pordiosero,
Desea la del dichoso al desdichado.
La que goza del tierno caballero
Apetece los duros ganapanes,
Y á cansar un gañan se atreve entero.
La que goza valientes capitanes
Se enamora de liebres, y aun de zorras,
Y si títeres son, de sacristanes.
Quiero callar, que temo que te corras,
Aunque con tu paciencia, bien se sabe,
Que el timbre suyo á los cabestros borras.
Ya escucho que te ries de que alabe
Mi desprecio, y que á ti, dices, respeta
El caballero mas altivo y grave.
No entiendes no la poco honrosa treta;
Eres como el asnillo de Isis santa,
Quando el honor de la deydad aceta.
Pues viendo arrodillada gente tanta,
Que su llegada solamente espera,

Y que éste alegre danza, y aquel canta;
Se pára, hasta que á fuerza de madera
Con los palos transforman el jumento
En ave velocísima y ligera.
Diciendo: este divino acatamiento
No se hace á ti, sino á la excelsa diosa,
Que encima traes con tardo movimiento.
Asi, que la persona poderosa
No ha de hacer honra á aquel que ha deshonrado,
A su muger la hace que es hermosa.
Y si por ti la tomas, desdichado,
Vendráte á suceder lo que al borrico,
Y serás tras cornudo apaleado.
Si yo quisiera ser, Polo, mas rico,
Tener mayor ajuar, ó mas dinero,
Pues no puedo valerme por el pico;
Como me habia de hacer bodegonero
Para guisar y hacer desaguisados,
O para vender agua tabernero;
O para aprovechar los ahorcados
Vil pastelero; ó Ginovés harpia
Para hacer que un real para ducados;
El triste casamiento elegiria;
Qual tú lo hiciste, pues con él grangeas
Por la mas ordinaria, y fácil via.
Y por si acaso, Polo, aun hoy empleas
Tu muger en mohatras semejantes,
Quiero que mis astutos versos leas.
No tengas zelos de hombres caminantes,
Ni aun de soldados, gente arrebatada,
Ni aun de los vizcos Condes vergonzantes.

Que el caminante ha de dexar la espada,
Para gozar de tu muger vendida;
Y la golilla el Conde, si le agrada.
Solo te has de guardar toda tu vida
Del perverso estudiante, como roca
En su descomunal arremetida.
Este con furia descompuesta y loca,
Por no quitarse nada, se arremanga
Las, Dios nos libre, faldas con la boca.
Si tú vienes, las suelta; muy de manga
Con tu muger, maquinará ingenioso
Trampa, que sobre al desmentir la gauga.
Ya me falta el aliento presuroso,
Y ya mi lengua, de ladrar cansada,
Se duerme entre los dientes con reposo.
Mas porque no la llames mal criada,
Quiere, aunque disgustada, responderte
A tu carta satírica y pesada.
Ya empiezas á temer el trance fuerte;
Y tiemblas más mi lengua, y sus razones,
Que la corva guadaña de la muerte.
Con una cruz empiezan tus renglones,
Y pienso que la envias por retrato
De la fiera muger que me dispones.
Luego, tras uno y otro garavato,
Me llamas libre, porque no te escribo,
Aspero, duro, zahareño, ingrato.
Dices, que te responda si estoy vivo;
Si lo debo de estar, pues tanto siento
La amarga hiel, que en tu papel recibo.
Ofrécesme un soberbio casamiento,

Sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
Y que es humilde mi christiano intento.

Escribes, que por verme sosegado,
Y fuera de este mundo, quieres darme
Una muger de prendas y de estado:

Bien haces, pues que sabes, que el matarme,
Para sacarme de este mundo importa;
Y el morir se asegura con casarme.

Dicesme que la vida es leve y corta,
Y que es la sucesion dulce y suave;
Y al matrimonio Christo nos exhorta:

Que no ha de ser el hombre qual la nave,
Que pasa sin dexar rastro ni seña,
O como en el ligero viento el ave.

¡O si aunque yo pagase el fuego y leña,
Te viese arder, infame, en mi presencia,
Y en la de tu muger, que te desdeña!

Yo confieso que Christo da excelencia
Al matrimonio santo, y que le aprueba,
Que Dios siempre aprobó la penitencia.

Confieso que en los hijos se renueva
El cano padre para nueva historia,
Y que memoria dexa de sí nueva.

Pero para dexar esta memoria,
Le dexan voluntad y entendimiento,
Y verdadera, por soñada gloria.

Dices, que para aqueste casamiento
Una muger riquísima se halla,
Con el de grandes joyas ornamento.

Has hecho mal, ó mísero, en buscalla
Con tan grande riqueza, que no quiero

Tan rica la muger para domalla.
Dices, que me darán mucho dinero,
Porque me case; lo barato es caro,
Rezelo, que me engaña el pregonero.
Su linage, me dices, que es muy claro,
Nunca para las bodas le hubo obscuro,
Ni ya suele ser ese gran reparo.
Muestrasmela vestida de oro puro,
Y como he visto píldoras doradas,
En ella temo bien lo amargo y duro.
Que hermanas tiene, y madre muy honradas
Cuentas; ó coronista adulterado,
¡Tú las quieres tan bien emparentadas!
De su buen parecer me has informado,
Como si por ventura la quisiera,
Por su buen parecer para Letrado.
Que tiene condicion de blanda cera:
Bien me parece, Polo, pero temo,
Que la derrita como á tal qualquiera.
Gentil muger la llamas por extremo,
Por gentil me la alabas y prefieres;
Solo ya te faltaba el ser blasfemo.
Nunca salgas, traydor, de entre mugeres,
Muger sea el animal que te destruya,
Pues tanto á todas sin razon las quieres.
Déxente ya que goces de la tuya,
Los que con ella estan amancebados,
Volverseteha en responso la aleluya.
Y en todos sus adúlteros preñados,
Hijas te pára todas, y á docenas,
Y con ellas te crezcan los cuidados.

Esten las mancebias siempre llenas
De hermanas tuyas, primas y sobrinas,
Que deshonren la sangre de tus venas.
Tus desdichas aumenten, y tus ruinas
Mozas sin pluma, y emplumadas viejas,
Mormuren de tu vida tus vecinas.
Y pues en mi quietud nunca me dexas
Vivir, nunca el alegre desengaño
Con la verdad ocupe tus orejas.
¿Muger me dabas, miserable, ogaño?
Pues aunque me heredaras, no eligieras
Para matarme tan astuto engaño.
No ves, que en las mugeres, si son fieras,
El hombre tiene, lo que no querria,
Y adora concubinas y rameras?
Si hermosas son, si tienen gallardía,
No son mas del marido que de todos;
La que me traes es tal mercadería.
En ellas tienen Fúcares y Godos
Una accion insolente de gozallas
Por mil ocultos y diversos modos.
¡Felices los que mueren por dexallas!
¡O los que viven sin amores dellas!
¡O por su dicha llegan á enterrallas!
En casadas, en viudas, en doncellas,
Tantas al suelo plagas se soltaron,
Quantas son en el cielo las estrellas.
Mas, pues, que de mis mañas te informaron,
De mis costumbres, y de mis empleos,
Y un bruto en mí, y un monstro dibujaron;
Pues que por casos bárbaros y feos,

Te dixeron, mi vida caminaba
Al suplicio derecho sin rodeos;
Que en toda la ciudad se murmuraba
Mi disimulacion y alevosía,
Y que pérfido el mundo me llamaba;
Que no se vió la desvergüenza mia
En alguacil alguno, ni en corchete;
Que nadie sus espaldas me confia;
Que he trocado en el casco mi bonete,
El vademecum todo en la penosa,
Y del año lo mas paso en el brete;
Pues si esto te dixeron, ¿quál esposa
Querrá admitir marido semejante,
Si su muerte no busca mariposa?
Ponla tantos defectos por delante,
Dila en fin, que yo soy un desalmado;
Enxerto en sotanilla de estudiante.
Y aunque hijo de padre muy honrado;
Y de madre santísima y discreta,
Dirás que me ha traido mi pecado
A desventura tal, que soy poeta.

NOTICIAS DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

Fué señor de la Torre de Juan Abad, y nació en Madrid en 1580. Estudió en Alcalá, y se graduó de Teología á los quince años, pero no por eso dexó de aplicarse á las demas facultades, saliendo muy aventajado en ellas, especialmente en toda clase de erudicion sagrada y profana, y en las lenguas griega y hebrea. Era diestro en el manejo de las armas, y alcanzaba grandes fuerzas; lo qual le ocasionó varios lances en el discurso de su vida. Uno de ellos le obligó á huir a Sicilia, donde á la sazon se hallaba de Virrey el celebre Duque de Osuna D. Pedro Giron La proteccion que logró en este señor, y los servicios distinguidos que le hizo, así en Sicilia como en Nápoles, le valieron el favor de la Corte, la gracia del hábito de Santiago, y ser recomendado al Duque para que le emplease en nuevas comisiones. Pero la caida del Virrey en 1620 arrastró consigo á Quevedo: que fiel á su protector siguió la misma suerte, y padeció las mismas desgracias. Tres años y medio estuvo preso en la Torre de Juan Abad, sin que se le hiciese cargo ninguno, y al cabo de ellos dado por libre, pudo á pesar de sus emulos venir á la Corte, donde fue en gran manera estimado por Felipe IV., que le destinaba á empleos de la mayor consideracion. Pero Quevedo ya entonces deseaba retirarse del bullicio del mundo á la tranquilidad doméstica; y ansioso de lograrla, se casó por los años de 1634 con Doña Esperanza de Aragon, señora de Cetina. La muerte de esta señora burló todos los proyectos de Quevedo, y fue la señal de nuevos infortunios. Sus enemigos le hicieron sospechoso al Gobierno, el qual dió órden para que se le embargase su hacienda, y se le llevase preso á la casa de San Marcos de Leon. Su encierro fue tan estrecho y miserable que se le tenia que vestir y alimentar de limosna, y á falta de facultativo tuvo él mismo que cauterizarse tres llagas, que por la humedad del sitio se le habian cancerado. Escribió al Conde Duque sincerandose, y esto le produxo algun alivio; hasta que averiguado el autor de un libelo, con cuyo pretexto se le habia preso, fué puesto en libertad, y pudo venir á la Corte. Mas la pobreza á que estaba reducido no le dexó permanecer aquí mucho tiempo; y vuelto á su villa de la Torre, murió de un achaque de pecho contraido en su prision, en 8 de Septiembre de 1645, á los 56 años de su edad.

POESÍAS

DE VARIOS AUTORES.

RAQUEL,

POEMA

De D. Luis de Ulloa y Pereyra. (*)

De los triunfos de amor el mas lucido,
El trance del dolor mas apretado
La causa del poder mas ofendido,
El fin en el favor mas desdichado,
El rigor mas cruel, que ha cometido
Violencia irracional, canto inspirado,
No por conceptos de mi Genio solo:
Yo los escribo, díctalos Apolo.
Vos, Príncipe, que fuisteis el primero,
El único sereis, á quien elija
Mi musa en su defensa, porque espero
Razon de que se valga y se corrija:
Y que alumbrada del mejor lucero
Al templo de la Fama se dirija,
Donde si vuestro amparo la defiende,
No inmunidad, veneracion pretende.
No presumo, Señor, que se suspenda
La integridad del público cuidado,

(*) Natural de Toro; floreció en tiempo de Felipe IV.

Si que avara Parténope no entienda
Que profano incapaz vuestro sagrado:
Deidades hace la votiva ofrenda,
Aun es mas que reynar ser invocado;
Y yo, ni al ocio el embarazo intento,
Bastareis para mí menos que atento.

Oidme, pues, acaso y que yo fio,
Que os he de disponer aclamaciones
Donde el exceso de calor y frio,
Hacen inhabitables las regiones;
Llevando en alas del aliento mio
Vuestro nombre á las ultimas naciones,
Para que le venere cada una
Por mayor que la envidia y la fortuna.

Despues que coronado de victorias,
De Alfonso Octavo el militar denuedo,
Dió materia feliz á las historias,
Y puesto el orbe en respectivo miedo;
Consagro de las Navas las memorias
En el ínclito templo de Toledo;
Quiso dar á las leyes la voz viva
Que el sordo estruendo de las armas priva.

Fatigaba el católico deseo,
(En la pureza de la fé zeloso)
Asegurarse del contagio Hebreo,
Al comercio de fieles peligroso:
Que en la torpeza de los vicios feo,
Y en la supersticion escandaloso,
Sembrando la cizaña su porfia,
Aun estorbaba, quando no nacia.

Ya, viendose vencidas las razones

Contrarias al estado en el delito,
(Que no hay verdad segura de opiniones,
Y tiene defensor cada delito)
Se repitió con públicos pregones
Justo destierro del infame rito:
Tembló la Sinagoga al gran decreto
Estremecida del comun aprieto.

Y en una junta que formó secreta
Rubén, que por Pontífice aquel año
El crédito lograba de Profeta,
Menospreciando en el peligro el daño,
Dixo, que á hermosa virgen se cometa
Solicíte del Rey el desengaño;
Y que será con animo constante,
Segunda Estér en caso semejante.

Eligióse Raquél, en quien se via
Toda la perfeccion sin competencia;
Y el mas hermoso resplandor del dia
Vistió de luto en la primer audiencia;
Y con tan inclinada cortesía,
Que mas fué adoracion que reverencia:
Salió la aurora del nubloso velo;
Y á las plantas de Alfonso se vió el cielo.

Y libres del cendal las luces bellas
Que dexaron al Rey en ceguedades,
Verificó mejor que las estrellas
La fuerza de inclinar las voluntades;
¡Qué facil los discursos atropellas
Si con muda eloqüencia persuades,
Hermosura infeliz, siempre nacida
Para mortal estrago de la vida!

Desconócese el Rey quando exâmina
La diferencia que en el alma siente;
En gustoso tormento se imagina,
O en pena, que le aflige dulcemente:
Y el alivio engañoso que destina,
Por lisonja del animo doliente,
Hace que del veneno se renueve
La sed ardiente, que la vista bebe.

La magestad cobarde se retira
Introduciendo la desconfianza;
Y viendose mirar quando no mira
Descubre, y no conoce la esperanza:
Raquél que en el estremo de la ira
Halló tan improvisa la mudanza,
Estrañaba el enojo por suave,
Y turbábala mas lo menos grave.

Al dar el memorial tembló la mano,
Y al recibirle el Rey endurecido
Todas las señas recató de humano,
Hasta que de las ansias oprimido
Olvidó en el semblante soberano
La violencia, y en partes dividido
Algun afecto que dexó los lazos,
Fuera suspiro juntos los pedazos.

Volvió á cobrarse, que permite el fuego
En los principios tanta resistencia,
Y por fingir que se negaba al ruego,
Sin fenecerla levantó la audiencia:
Y entrando á sosegar tan sin sosiego,
Que cada accion envuelve una violencia;
Cerró la puerta golpe acelerado

Para doblar la llave y el cuidado.
Cercado de rebeldes invasiones
En los reparos del combate piensa,
Temiendo las humanas prevenciones
Que se conjuran todas en su ofensa:
Estrechan mas el sitio las pasiones,
Y sola la razon á la defensa
En todas partes vigilante esteba
A quantas armas el amor tocaba.
Por freqüentes temblores que sentia,
Temió que el corazon se le minaba,
Fuele á reconocer, y vió que ardia
Por una parte, y que por otra helaba:
De varios elementos se valia
El ingeniero que el volcan formaba;
Porque en Vesubio racional se pruebe
La mezcla de la llama y de la nieve.
Raquel en tanto menos discursiva
Que crédula del Rey á la dureza,
Quiso culpar la presuncion altiva
En la lumbre del sol de su belleza,
Que reducir del monte fugitiva
Pudo la fiera de mayor rudeza,
Y en rayos mas activos y suaves
Exâminar la reyna de las aves.
Neutral desconfiaba y presumia,
Borrando un accidente otro accidente;
Ya salir del palacio pretendia,
Y ya lo executaba negligente;
Quando advertida de que el Rey queria
Revocar el destierro de su gente,

El temor del enojo se deshace,
Y otro temor de la esperanza nace.
Quedó á la novedad menos inquieta,
O mas osadamente quedó hermosa,
Y en su semblante amaneció perfeta
La luz que se eclipsaba temerosa,
Sucediendo á la cárdena violeta
La púrpura soberbia de la rosa;
Y lo aparente del celeste ornato
Dexó de ser temor, y fué recato.
Así despues que se crió señora
Del alcazar de amor Psiquis ufana,
La recató la soledad, autora
De las libres ofensas de Diana:
Y entre las opulencias donde ignora
Si las ministra diligencia humana,
De voces invisibles asistida
Temió la honestidad, y no la vida.
Sobre seguridad del vencimiento
Espera el Rey á la infeliz Hebrea,
Llega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradicion teme y desea:
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la augusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos
Victoria apellidaron los sentidos.
No rumores de bélicos clarines
Dieron principio al amoroso asalto,
El aura sí movida en los jazmines
Que coronan el álamo mas alto;
Y el eco derramado en los jardines
Nunca al exemplo del deleyte falto,

Que repite de dulces ruiseñores
Ansias de zelos, lástimas de amores.

Juntóse la eleccion con el destino:
El trato en que las llamas se eternicen,
Lo misterioso de su ser divino
Elogios inmortales solemnicen;
Y rindanse á su efecto peregrino
Quantos conjuros los encantos dicen,
Quantos engaños los hechizos hacen,
Quantos venenos en Tesalia nacen.

Quiso decirse entonces que recibe
Fuerza con el auxilio del encanto,
Venus, y que á sus gustos apercibe
Tristes ministros del obscuro llanto:
Ella que en las empresas que concibe
Sabe que por sí sola puede tanto,
Burlando de rumores ignorantes
Estrechó la prision de los amantes.

Equívocas las almas no sabian
En éxtasis de dulces confusiones
Si una por otra se substituian,
O juntas animaban las acciones;
Y las ciegas lazadas reducian
A tan estrecha union sus corazones,
Que al formar los alientos se trocaban,
O con un movimiento respiraban.

Ya no son dos las vidas, ni se admite
Division de potencias racionales:
Cada sugeto juntas las repite,
Tratándose por término mentales;
Y tanta elevacion se les permite,
Que sin voz, sin cariño, sin señales

Por milagro de amor que comprehenden
Se acuerdan, se enamoran, y se entienden.

Amor, no se celebre, que traxese
La Luna hasta la tierra su deseo,
Que al cielo Ganimédes ascendiese,
Y que al abismo penetrase Orfeo:
Todo en el culto de tus aras cese,
Y en la solemnidad de este trofeo
Solo te aclamen victoriosas palmas
Dios de los dioses, alma de las almas.

Un Príncipe clemente, justiciero,
Victorioso, feliz, sabio tuviste
Guardando de un alhago lisongero
Obscura cárcel de tiniebla triste:
Donde del tiempo ni al mordaz acero
Limar alguna parte permitiste
Que diese en el espacio de siete años
Un átomo de luz á sus engaños.

En tanta noche la razon dormida,
Ya con el clavo del gobierno roto,
De la Justicia y de la Fé oprimida,
Zozobraba la nave sin piloto:
La paz por todas partes combatida
En las ondas del público alboroto,
El Reyno sin el sol que le alumbraba
En tenebrosa obscuridad estaba.

Y porque tanto fuego no emprendiese
Mayor incendio con mayor olvido,
Llegó á tratarse que el remedio fuese
Entre los Ricos-hombres prevenido;
Y como á tales juntas asistiese
En el lugar del voto preferido

Por calidades de prudente viejo,
Así fué de Albar Nuñez el consejo.
"Ya por vuestra desdicha, Castellanos,
Del Hércules sabreis que os gobernaba,
Como le cercan pensamientos vanos
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de Ninfas el estilo
Al uso femenil tuercen el hilo.
Esta de la nacion mas infamada
La sangre de los Godos amancilla,
Su voluntad es ley tan venerada,
Que falta adulacion para cumplilla,
Quando á su arbitrio la cerviz postrada,
O cobarde inclinamos la rodilla,
Como propio recibe el homenage,
Como ageno le trata en el ultrage.
Poco juzga de sí quando consiente
Humilde adoracion de los mortales
Si no pasa con ánimo insolente
A gobernar los astros celestiales:
Si la cansan las noches, obediente
De Neptuno á los líquidos umbrales,
O se detiene el sol, ó lo parece;
Si la enfadan los dias no amanece.
Alfonso del ardiente iman tocado
Sigue la falsa luz de sus estrellas,
En piélago de llamas anegado,
O en espumoso golfo de centellas:
Siempre de nuestras voces retirado,
Sordo al despacho, mudo á las querellas,

Con que en el ocio la discordia nace,
Yace el gobierno, y el estado yace.
Con lastimosas lágrimas contemplo
Quanto las obras de virtud se truecan,
Y como llega la codicia al templo,
Donde las fuentes de piedad se secan:
Obedeciendo todos al exemplo;
Que los príncipes mandan quando pecan,
Y en la vida culpable de los Reyes
No son vicios los vicios, sino leyes.
Oficio es el reynar, ó ministerio
Que servidumbre espléndida se llama;
Y en el mayor poder es el imperio
Mas corto si se ajusta con la fama:
Entre Neron, Calígula y Tiberio
Voluntario el deleyte se derrama,
En las fatigas de los Reyes justos
Ignóranse los nombres de los gustos.
De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos ó suspensos, ó postrados,
Siendo al arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados:
Solo la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los hace leales, sino viles.
No siempre en lo profundo del secreto
Esté nuestra paciencia suspendida,
Haga ruido el dolor con el aprieto,
Y parezca viviente nuestra vida:
Permítase que dentro del respeto
Gima la lealtad tan oprimida,

Si el furor de un exceso en otro exceso
Arriesga que se rompa con el peso.
No la corona del mayor planeta
Dexeis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva:
Rayos, que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Quando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la yedra abrasen.
Sacrifiquemos esta ofrenda impía
En gracia de los Reyes ofendidos,
Que fueron con violenta tiranía
En voluntarios lazos oprimidos:
Hallará en este exemplo la osadia
Con que les embaraza los sentidos,
Para recelo del osado intento,
Esmaltado de sangre el escarmiento.,,
Aquí llegaba ronco, y prosiguiera
Concitando los ánimos feroces,
Si de Fernando Illan no se opusiera
La lozanía con ayradas voces:
"Tú que lo ardiente de la edad primera,
Le dixo, entre cenizas desconoces,
Como incapaz el accidente culpas
De mas exemplos y de mas disculpas.
Resplandor celestial que se deriva
De la Divinidad es la belleza,
Y se descubre con la luz mas viva
Entre las almas de mayor pureza:
Amarla es la virtud con que cultiva
Toda su perfeccion naturaleza,

Y es de la humanidad frágil defecto,
Pasar á destemplanza en el afecto.
   Es el amor deydad tan misteriosa
Que con ningun concepto se percibe,
Siguiendo su bandera victoriosa
Milita todo quanto siente y vive:
Aman los elementos la forzosa
Correspondencia que su ser recibe,
Amanse las estrellas á su modo,
Ama el autor universal de todo.
   Sin haberse ajustado á la medida
Del pecho celestial, ni haber hallado
Alfonso de la ciencia encarecida
Lo que se llama infuso ó inspirado;
No es de sus capitanes homicida,
Ni sacrílego el templo ha profanado,
Introduciendo en ceremonias feas
Ritos de concubinas idumeas.
   Amar la imágen del autor supremo
Adonde mas perfecto resplandece,
Es la substancia del delito extremo,
Que tu discurso bárbaro encarece;
Y que no asiste del gobierno al remo
Todo lo que á tu antojo le parece
Remitiendo el imperio, en que de paso
De tu veneno se derrama el vaso.
   Llévanse á fuer de varios temporales
Los Reyes como el cielo los envia,
Y en votos y plegarias de leales
De su justicia la igualdad se fia:
No hay otro médio lícito en sus males;
Ni solo es la violencia alevosía,

Las no muy limitadas persuasiones,
Los consejos prolijos son traiciones.
Y tu brutalidad, (que atroz imita
Al Caribe voraz, que hambriento vierte
La sangre humana) sediciosa incita
El pueblo, y á su envidia le convierte:
El fin de la hermosura solicita,
Y al alma de su Rey traza la muerte;
¿Cómo no llueve fuego prodigioso
Júpiter en tu intento escandaloso?,,
No pudo decir mas por el estruendo
Que lo estorbó del pueblo conmovido,
Y á su costumbre bárbara eligiendo,
Todo lo racional quedó vencido;
Y la parte cruel obedeciendo,
La rudeza del publico alarido
En repetidas confusiones era:
Raquel ha de morir, ó Raquel muera.
Y para que el intento imaginado
Mas breve y fácil mas se executára,
Fué cómplice la caza, celebrado
Divertimiento que el poder ampara:
Arte á las magestades dedicado
Que la fatiga del reynar repara,
Empresa que las fuerzas agilita,
Y las agilidades habilita.
A los montes salió menos distante
El engañado Rey no sin rezelo,
Que para vaticinios los amantes
Tienen afinidades con el cielo:
En las primeras noches los instantes
Cuenta ausente por siglos el desvelo,

Hasta que á sus horrores lo convierte
El perezoso hermano de la muerte.
Parécele soñando que los vientos
Remueven juntos la discorde guerra,
Y en todos los etéreos movimientos
O que se trueca el órden ó se yerra:
Que mudan su lugar los elementos,
Y el sol no permitiéndose á la tierra,
Así como en el luto de Tiestes
Retira las demas luces celestes.
Con triste duelo, con funesto llanto,
La madre del amor se le aparece,
Y en sangrientos pedazos de su encanto
Deshecho todo el ídolo le ofrece:
Envuélvese el dolor con el espanto,
Y el ansia congojosa, que padece
Le levanta, y le arroja, si no muerto,
O no dormido bien, ó mal despierto.
No lo incierto del sueño le asegura
Ni en las dificultades se sosiega,
Sabe que no es dichosa la hermosura,
Que todo es fácil á la envidia ciega;
Que no merece parte en la ventura,
Quien á los hados perezoso ruega;
Y quisiera ligarse al pensamiento,
Para entrar en Toledo por el viento.
De animado relámpago se fia,
Al céfiro legítimo heredero
Que las exâlaciones competia
Del alma de su dueño; y lisongero
Tanto esfuerza el aliento la porfia
Que arrojado no fuera tan ligero,

Con ansia de alcanzar, cada suspiro
En el vuelo de un sacre ni en el tiro.
   Estaba el año de la edad adulta
En el principio; quando ostenta ufano
La preñez que en los árboles resulta
De las verilidades del verano:
El alma Ceres con virtud oculta
En verdes mieses multiplica el grano,
Y ordena Juno que Fabonio vuelva
Para esmaltar florífera la selva.
   Y aunque la hermosa amante ver quisiera
El calor en la noche remitido,
No dexa su epiciclo por esfera
De las divinas luces elegido:
Que si no aljaba de las flechas, era
Taller de los harpones de Cupido;
Con que todos los tiros son mortales,
Afiladas las armas en cristales.
   Del lazo, en que se prenden importuno
Libra los hermosísimos cabellos,
Y para suspenderse en cada uno
Quisiera amor innumerables cuellos:
No fuera su color tan oportuno,
Si todo el sol se trasformára en ellos,
Por milagro de amor naturaleza
Juntó la oscuridad y la belleza.
   Borrones son las luces, con que ordena
De rosicler el alba los colores,
Quando compiten de su tez serena
Con la mezclada lucha de las flores:
En que sale mas veces la azucena,
Y alguna los claveles vencedores,

Solo los labios, en que amor reposa,
Admiten pura la flamante rosa.
El incendio divino de sus ojos,
Que á vencimientos celestiales pasa,
Para lograr eternos los despojos
Aníma no consume lo que abrasa,
Y en medio de dulcísimos enojos
(Aun quando alumbran con la luz escasa)
Hallan las almas, que su ardor condena,
Abismo celestial, gloriosa pena.
Las demas perfecciones resplandecen,
Reducidas á union tan soberana
Que la disculpan, si la desvanecen,
Y se compiten por tenerla ufana:
En quantas hermosuras se encarecen
Nunca se vió la humanidad tan vana,
Ni con tantas divinas calidades
Para poder triunfar de las deydades.
Perdona, Celia, que retrato humano
Ni á tu belleza original ofende,
Ni la osadía de pincel profano,
Emulacion sacrílega pretende:
En tu memoria del dibujo vano
Idólatra mi alma se suspende,
Y en fiel demostracion de mi cuidado
A ti te adoro y á Raquel traslado.
Alzando entonces la fatal cortina
Némesis permitió que se mostrára,
Que los ultimos átomos destina
A la labor de Láchêsis avara:
El fin de la hermosura determina;
¡O quanto algun soberbio se templára,

Si al juzgarse inmortal hiciera el cielo
Que de su estambre se corriera el velo!
Ya persuadian al mortal reposo
Del cielo descendiendo las estrellas,
Quando la turba ruido temeroso
Que se formaba de iras y querellas:
Y aunque las voces por lo numeroso
Eran confusas, se aclaraba en ellas:
Muera quien nuestra libertad cautiva,
Viva la paz, y la justicia viva.
No quando al fuego de la quarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto
Reconociendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto;
Despeñado, primero que cayera,
Se halló del sobresálto tan difunto;
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.
Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las aldabas las evillas,
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quicios en astillas:
Traydores! fué á decirles, y turbada
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dixo, *caballeros,*
¿Por qué infamais los ínclitos aceros?
Una muger acometeis rendida
Como si fuera exército enemigo;
¿Amar á vuestro Rey correspondida,
Puede solicitar tanto castigo?
Mezclada de mi sangre y de mi vida
Toda su magestad vive conmigo;

Podrá vuestro rigor verlo deshecho,
Primero que sacarle de mi pecho.
Mal pudo á tanto Rey, á Imperio tanto
Resistirse rebelde mi flaqueza,
Estas sangrientas fuentes de mi llanto
Basten á enternecer vuestra dureza:
Y desta vana compostura, quanto
Tan ciegamente se llamó belleza...
Rompió las piedras suspirando entonces,
Y se irritaron los vivientes bronces.
Herida ya una vez, no se remita,
Dixo, con nueva luz lo que merezco:
A ti, Causa primera, solicita
Mi alma en la fatiga que padezco,
A tu piedad sin límite infinita
El holocausto de mi vida ofrezco;
Anima tú eficaz mi sentimiento,
Y hasta martirio eleva mi tormento.
Con las venas sin número rompidas
No apagan de los ánimos voraces
El ansia los sedientos homicidas!
Dureza fué de pechos pertinaces
Repetir tantas veces las heridas,
Pero querer hacerlas tan capaces
Que pudiesen salir dos almas juntas,
Clemencia fué de las crueles puntas.
¡O mudanza forzosa en la fortuna!
¿Qué vanidad en tu valor blasona?
La que á sus plantas ostentó la luna,
Pareciéndole poco una corona,
Ya sin aliento de esperanza alguna,
Entre la turba vil que la baldona,

Es víctima sangrienta de villanos,
¿Esto acontece, y duermen los tiranos?
No fué bien de los bárbaros feroces
Executado el prodigioso insulto,
Quando en las alas del amor veloces
Y en las tinieblas del temor oculto
Llegaba el Rey; y las dolientes voces
Le fingen un agüero en cada bulto;
Fúnebre luz, que trémula lucia,
Al desengaño trágico le guia.
Reconocióle, y el rigor ayrado
Acusa de los dioses celestiales:
Generoso Leon por esforzado
Y por Rey infeliz de irracionales,
Mirando en el semblante destrozado
Las prendas de su alma ya mortales,
Para resucitarlas con bramidos
Pide brutalidad á los gemidos.
En los jazmines pálidos se arroja
Que deshojados, y marchitos mira,
Y explica dolorido la congoja
En la debilidad con que respira:
El clavel, que marchito se deshoja
Contempla inmovil, asustado admira,
Y suspendiendo indicios de viviente,
Muestra que siente mas en que no siente.
De los injustos hados al intento
Ya toda la beldad obedecia,
Y con tan apacible movimiento,
Que pudiera lucir quando vivia:
Al despedirse del postrero aliento,
Para mostrar que el cielo se rompia,

Abrió los ojos, y al cerrarlos luego,
Todo lo que alumbró lo dexó ciego.
Dando las señas de su fin constante
Tres veces se afirmó sobre los brazos,
Y persuadida del preciso instante
Átropos corta los vitales lazos:
Pártese el alma y del mortal amante
Sale deshecho en liquidos pedazos,
A recibir los ultimos despojos,
El corazon vertido por los ojos.
Como despues de las perdidas horas,
Dió el Rey toda la edad al escarmiento,
Labrando las virtudes triunfadoras
A su fama glorioso monumento,
Decidlo, de Hipocrene moradoras,
Pérmitase al dolor mi desaliento:
¿Qué voz de hierro durará sonora
Quando espira Raquel y Alfonso llora?

ROMANCES

DEL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE. (*)

I.

Tan dormido pasa el Tajo
Entre unos álamos verdes,
Que ni los troncos le escuchan

(*) Natural, segun se cree comunmente, de Madrid. Fué Virrey del Perú; y murió en Madrid el año de 1658 ya muy abanzado en edad.

Ni las arenas le sienten.
En su silencio y descanso
Los ruiseñores alegres
A voces le están diciendo,
Que, pues sale el sol, dispierte.
En los juncos de su orilla
Daba la dulce corriente,
Sino de que está dispierta,
Señales de que se mueve.
Hasta llegar á Toledo
No es posible que recuerde,
Que solo dispiertan peñas
A quien sobre arenas duerme.
Junto á un peñasco en que forma
El sol en su orilla siempre
Al nacer sombra en las aguas,
Y en los campos al ponerse,
Estaba el pastor Lisardo
Con las ovejas que tiene,
Que por ver la cara al sol,
Ni juegan, pacen, ni beben.
Y templando el instrumento,
Que no fué poco el tenerle,
Dixo á las aguas del Tajo
A quien cantó tantas veces:

Cristales del Tajo,
Que dormís al son
Del risueño viento,
De su alegre voz;
Dispertad, que os llaman
Las aves y el sol.
Aguas cristalinas,

Que baxais de Cuenca
A regar los campos,
Y á dexar las sierras,
Si en vuestras riberas
No os dispierto yo;
Dispertad que os llaman
Las aves y el sol.

II.

Entre dos montes soberbios
Está tan guardado un valle,
Que por él pregunta el sol,
Y donde vive no sabe.
Un solo manso arroyuelo
Su verde término parte,
Y riendo no consiente
Que otras aguas por él pasen.
Tantas sombras le acompañan,
Tan mudas pasan las aves,
Que en sus peñascos parece
Que el miedo y la noche nacen.
Ni en ellos cantan ni anidan
O suspensas ó cobardes,
Que en las casas de los tristes
No hay quien se alegre ni cante.
La diferencia que siente,
Quando las estrellas salen,
Es, que suenan en las guijas
Un poco mas los cristales.
De los árboles sombríos
El valle y los montes hacen,

Que para mas confusion
Las verdes ramas se abracen.
Al verde horror, que se encubre,
Con un silencio tan grande,
Ni las mañanas le alumbran
Ni le escurece la tarde.
Y aunque esté tan triste y solo,
Sin peligro de engañarme,
Yo por las suyas trocára
Mi tristeza y soledades.
El parece que está triste
Quando yo lloro pesares,
Si él parece, y yo padezco,
Diferentes son los males.
A verle voy que es forzoso
Que un triste al otro acompañe,
Porque mis penas le alegren,
O sus tristezas me acaben.
¿Mas por qué pierdo pasos en buscalle,
Si es mi desdicha el mas confuso valle?

III.

Truécanse los tiempos,
Múdanse las horas,
Unas de placeres,
De pesares otras:
Y en la primavera
De las mas hermosas
Noche son los años,
La niñez aurora.
El arbol florido,

Que el zierzo despoja,
Si Enero le agravia,
Mayo le corona.
La callada fuente,
Que murmura á solas,
En verano rie,
Y en invierno llora.
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras,
Libertad del dia
Por los ayres gozan.
Si los vientos braman,
Y la mar se enoja,
Quando el alba nace
Descansan las olas.
Si de nieve mira
Cubierta su choza
El pastor, que en ella
Guarda ovejas pocas;
Quando vuelve Mayo
Que sus pajas dora,
Los copos de nieve
De plata son copas.
La viuda montaña
Sus nevadas tocas
Por las galas trueca
De lirios y rosas,
Y el sol á quien prenden
Sus pasos las sombras,
Mas galan despierta
Por campos de aljofar.
Para todos sale

Desterrando á todas,
Que las sombras huyen
De su luz medrosas.
Silvia, tus cabellos,
Y mexillas rojas,
Si el tiempo las pinta,
El mismo las borra.

IV.

A la queda está tocando
La campana de mi aldea;
Para quien viene se toca,
Mas no para quien se queda.
Ya volvieron los zagales
De las parvas y las eras,
Y aunque la noche ha llegado
Si queda Jacinto, en ella.
El que sabe que le quieren,
Y que con zelos le esperan,
No hay gusto que no le aparte,
Ni obligacion que le vuelva.
A nadie por el pregunto
Porque temo la respuesta,
Y quando no de aguardarle
De preguntar me arrepienta.
Mis vecinas no los guardan,
Ni sus esposos las zelan;
¡Triste de mí, que los zelos
Conmigo las manos truecan!
Mas ya que todas reposan,
Y han salido las estrellas,

Cantarle quiero estos versos,
Llorarle quiero estas quejas.
Mi amor en el campo
Duerme esta noche;
¡Ay de quien la desvelan
Zelos y amores!
  Aunque de su esposa
  Le falte la cama,
  Quien duerme sin zelos,
  Sin ella descansa.
  Si espera que el alba
  En los campos llore;
¡Ay de quien la desvelan
Zelos y amores!

V.

Llamaban los pajarillos
Con dulces voces al sol
Que por ver á quien le llama
Mal dormido recordó.
Escuchaba entre las aves
De un arroyuelo la voz,
Que agradecido á su lumbre,
La bien venida le dió.
Entre las ramas de un olmo
Le acompaña un ruiseñor,
Enamorado testigo
De quantas veces salió.
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
  En el valle de mi aldea,

Zelosa aguardando estoy
Que salga un sol á mis ojos
Que en otros brazos durmió.
Montes, decidle, que siento
De los males el mayor,
Si como al padre del dia
Le veis primero que yo.
Aquí de la noche el alba
Llorando memorias soy
De mis esperanzas sombra,
A que nunca amaneció.
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
¡Quántas veces con suspiros
Durmiendo el sol me llamó,
Con mas lisonjas que al dia
El pajarillo cantor!
Desveladas noches tristes
Zeloso al yelo pasó,
Y agora seguro duerme
Lo que rogando veló.
Por estos campos del Tajo
Ausente y perdida voy
A buscar agenos bienes,
Que mi desdicha perdió:
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
Así Amarilis se queja
Al primero resplandor,
Que del prado de su aldea
La muda sombra vistió.
Mirando está la cabaña,

Que de su ausente pastor
Fué lisonja, casa y sombra,
Que sus engaños cubrió.
Y viendo en las verdes ramas
Que repiten la cancion
De los arroyos las aves,
Así dixo y suspiró:
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.

VI.

Escondido yace un valle
Entre dos soberbios montes,
Que solo ha visto un arroyo,
Que por él medroso corre
Tan callado y tan dormido,
Que ni el silencio interrompe
Al descuido de las hojas,
Ni al descanso de las flores.
En los ecos vuelve á veces
Los ladridos y las voces
De los cuidadosos perros,
Y mal dormidos pastores.
Y quando huyendo del alba
Con negros pasos veloces
La noche á buscarle viene,
En él encuentra otra noche.
Y como en tan corto espacio
La obscuridad se recoge,
El por noche, ella por valle,
Entrambos se desconocen.

Al sol no ha visto la cara,
Sino pocos resplandores
Mira de un monte en los pies
Quando en diciembre se pone.
A entrambos montes rendido
A sus peñascos y robles
Pidiendo está que se tengan,
Y que sobre él no se arrojen.
No me espanto que los tema,
Pues siempre fueron conformes
Las amenazas del rico,
Y los rezelos del pobre.
Pierde del riesgo que temes,
Valle humilde, los temores,
Que en el monte mas vecino
Ha de ser mayor el golpe.
Entrambos montes compiten,
Y quando alguno se enoje
Nunca lastima al rendido,
Sino al igual que se opone.
Poco cielo te corona,
Y en tan breves orizontes
Te librará de las peñas
Quien te guarda de los soles.
Y es dicha, escondido valle,
Pues no tienes pretensiones,
Que no te conozca el sol,
Si tú mismo te conoces.

VII.

Niñas de mi aldea,
Que vais á la fuente
Por agua las menos,
Las mas, porque quieren,
Si el amor os lleva,
Y el pesar os vuelve;
El verdad os dice,
Y el amor os miente.
No son buenas prendas
Plumas y papeles
Para dar el gusto
Quien libre le tiene.
Mirad que en la vida
Son quien mas defiende
De asaltos de amores
Armas de desdenes.
Mirad el peligro,
Porque á las mugeres
Verdad y mentira
Dañan igualmente.
En las que se engañan,
Y en las que se pierden,
Mal los pocos años
Aconsejan siempre.
Mirad como el árbol
Quando está mas verde
En Abril un zierzo
Le burla y ofende.
No os engañen, niñas,

Los floridos meses,
Que al paso de Mayo
Camina Diciembre.
¿No veis que las manos
Del tiempo convierten
Las rubias espigas
En nevadas mieses?
Los alegres años
No espereis que vuelvan,
Y los tristes vengan,
Que jamas se vuelven.
Pierde quando turbio,
Con los años crece
Del amor el rio,
El vado y la puente.
De las mas gallardas
Es quando envejecen,
Quien mejor se sienta,
Quien peor se siente.
¿Visteis las que hollando
Tiempos diferentes
Causaron envidias?
Ya á lástima mueven.
Vuestro engaño vive,
Pues quando os desmiente,
Lo que lloran unas,
Otras no lo creen.
Son de las mas bellas
En su blanco oriente,
Rostros quando salen
Gestos al ponerse.
Oid mis consejos,

Mirad que os advierten,
Pues los años vuelan,
Que el engaño vuele.

VIII.

Los áspides en la mano,
Y el corazon en Antonio
Mas libre para morir,
Que para rendirle á otro;
Está la Reyna de Egipto
Mirando en un hombre solo
El imperio de la tierra,
Y la libertad de todos.
Llora la suya perdida,
Y el amor osado y loco
Los áspides animaba
Contra sus brazos hermosos.
Aspides (dixo) á mi desdicha sordos,
¿Cómo vive Cleopatra sin Antonio?
Y aunque es grande el amor, y el dolor mucho,
Hacer podreis lo que ninguno pudo.
Yo perdí por mi desdicha
Entre las penas que lloro,
A un hombre que me estimaba,
Que es mas que perder mi esposo.
En Roma pensé triunfar,
Y á su lado victorioso
Ver á mis pies humillado
El honor del Capitolio.
Y agora libro el no ser
En vuestro oficio piadoso,

De la fortuna desprecio,
De su enemigo despojo.
Aspides (dixo), &c.

Llegad presto, si cobardes
De hallar no estais rezelosos,
En los brazos de Cleopatra
Mas veneno que en vosotros.
Aunque sus aguilas ponga
En el de Idaspe remoto,
Como conmigo no sea,
Augusto quede con todo.
Deste peligro y afrenta
Librad el honor medroso
De Cleopatra, que os obliga
Con lágrimas de sus ojos.
Aspides (dixo), &c.

IX.

Con rayos de yelo y plata
Armado sale Diciembre
A vengarse de los campos,
Que hospedaron á las mieses.
Las altas sierras descubren
Por el manto de las nieves
Entre cabellos de vidrios,
De riza escarcha las sienes.
Ya prende las dulces aguas,
Porque al cielo no se quejen,
Que amenazan el poder
Aun las quejas de las fuentes.
Los secos troncos murmuran

Del engaño de los meses,
A tanto rigor desnudos,
Y á tanta lisonja verdes.
Las humildes ovejuelas
Por las dormidas corrientes
Descansan mudas y tristes,
Donde bebieron alegres.
Ayrados braman los ayres,
Que son soberbios valientes,
Y en los enojos del año
Los mas vengativos siempre.
Las aves que dan al sol
Naturales parabienes,
Con tiernas voces le llaman,
Porque sus nidos caliente.
Apénas comienza el dia,
Y al sol en distancia breve
A sus pies le ven los montes,
Que le vieron en sus frentes.
Y á las puertas de Amarilis,
Lisardo quando amanece,
De blanca nieve cubierto,
Así cantó lo que siente:
A tus puertas me abraso,
Mal casada bella,
Fuegos son mis suspiros
Quando mas yela.

X.

Junto á una peña del Tajo,
A quien sus blancos cristales
En el verano la cercan,
Y en el invierno la baten;
Sentado estaba Lisardo
Esperando que la tarde
En los brazos de la noche,
Y del silencio descanse,
Para cantar á Lucinda
Sus quejas y sus verdades;
Siendo en su olvido lo mismo
Que las llore, ó que las cante.
Y es en la bella casada
Imposible que se igualen
La posesion de un marido,
Y las quejas de un amante.
Un tiempo quiso á Lisardo,
Y despues quiso olvidarle;
Y á Silvio, que aborrecia,
Quiso querer y mudarse.
Así se pasan los años,
Y engañan las voluntades;
Y son bienes en un tiempo
Los que en otros fueron males.
Ausentóse de su aldea,
Y es con zelos ausentarse
No curar la enfermedad,
Y hacer que el remedio mate.
Apenas cubrió la noche

De los montes los umbrales,
Quando empezó su tristeza,
No á cantar sino á quejarse.
  Bella casadilla,
  Mal haya tu amor;
  Pues dicen mis zelos,
  Que sufriendo estoy,
  Que él tenga la dicha,
  Y la envidia yo.
  ¡O que mal te acuerdas
  Quando oyó tu calle,
  A tu fé mentiras,
  A mi amor verdades!
  Ya las olvidaste,
  Sabiendo tu amor
  Que sufriendo estoy,
  Que él tenga la dicha
  Y la envidia yo.

XI.

  La Morena sierra
Pasaste, Lucinda,
Y habrá mas de un año
Que estás en la villa.
Con ninguna tratas,
A ninguno miras;
Si por nada mueres,
¿De qué vives, niña?
No nació tu yelo
En la Andalucía,
Sino en los nevados
Campos de Castilla.

La cuna del Tormes
Y sus nieves frias,
Son con tus desdenes
Una cosa misma.
Ni el cristal bebiste
Que parte á Sevilla,
Y al mar por sus puertas
Seguro camina.
Dexa los rigores
Dexa tus porfias;
Si de ver no gustas,
Huelga de ser vista.
Al son de unas cuerdas,
Esta mañanica
Te canté estos versos,
Pienso que dormias.
No retires tus ojos,
Niña del Betis;
Dexa que los quieran,
Ya que no quieres.

XII.

Quando del airado invierno
Las altas cumbres se quejan
Y coronadas de nieve
Su helada vejez confiesan:
Quando soberbios los rios
Al mar presurosos llegan,
Y con su fuerza las olas
Se miden con las estrellas:
Y los inútiles troncos
Rendidos á su inclemencia,

Desnuda de hojas el tiempo
Porque mas su injuria sientan:
Quando el yelo á los arroyos
Castiga con muda fuerza
Que por lo que han murmurado
Justamente los enfrena;
Sobre la desierta orilla
De las aguas de Pisuerga
Ausente un pastor del Tajo
Cantaba al son de sus quejas:

Partí de unos ojos,
Que sin verme ausente,
Vivo me lloraron;
Matarme quieren.
Su rigor ordena
En tan dura suerte
Que causen mi muerte,
Y lloren mi pena:
Y aunque en su cadena
Mi fé se defiende,
Vivo me lloraron
Matarme quieren.
Y si me han dexado
Vivo á la partida,
Partí de la vida
Mas no del cuidado:
En tan triste estado
Muere un ausente,
Vivo me lloraron
Matarme quieren.
Dan al mal de ausencia
Los médicos sabios

Menores agravios
A mayor paciencia.
Y aunque su violencia
Rendida quede;
Vivo me lloraron
Matarme quieren.

XIII.

Salió á la fuente Jacinta
Quando Pasqual, que se abrasa,
A buscarla, va á la fuente,
Como ella á la fuente el agua.
Las blancas perlas recoge,
Que en el nacer desatadas
De su patria fugitivas,
Arenas y flores bañan.
Unos dicen que zelosa,
Otros que suspensa estaba,
Y al fin en los ojos muestra
Lo que Pasqual en el alma.
Y mirando como corren,
Mira tambien como pasan;
Y á su altivez y hermosura
Riendo la desengañan.
Cuidados tiene Jacinta,
Ni el ir ni el venir la cansa;
En los testigos no advierte,
Ni en el cántaro repara.
Y dexándole en la fuente
Por escuchar lo que cantan,
Al son del agua y las guijas

Así Pasqual le cantaba.
Zagaleja que vas á la fuente,
Déxala y vuelve,
Que si quieres agua que corra,
De mis ojos corre siempre.
Hermosa serrana,
Que de nuestra aldea,
Del pueblo á la fuente
Tu cántaro llevas;
Si lleno deseas
De lágrimas verle,
Déxala y vuelve;
Que si quieres agua que corra,
De mis ojos corre siempre.

XIV.

Mientras que el mar ayrado
Compite con las rocas,
De mi destierro triste
Quejarme quiero á solas.
Escucharán mis males,
Y las amargas horas,
Que la esperanza cuenta,
Y el sufrimiento llora.
Haré testigos mudos
De las confusas olas,
Que callan mis verdades
Y sienten mis congojas.
Serán discursos tristes
De las pasadas glorias;
Que mal se acuerda de ellas

El alma que reposa.
Mas temo que me falte
El tiempo, porque acorta
Los plazos de la vida
El mal de la memoria.
Y el importuno viento
Lleva mis ansias locas,
Que en la desdicha imitan
Su mismo dueño ahora.
Amada ausente mia,
Si de la luz hermosa
De tus divinos ojos
Mi soledad es sombra;
¿Quándo llegará el dia,
Que el Tajo me responda
Tu nombre que repitan
Sus aguas venturosas?
Desterrará del alma
El nuevo sol que adora,
De mi llorada ausencia
La noche temerosa.
Serás el que naciendo
Las altas cumbres toca,
Los baxos valles viste,
Los verdes campos dora.
Ofreceráte entonces
Mi dicha vencedora
Los desatados lazos
Y las cadenas rotas.
Y harán, si te acordares,
Seguras de lisonjas
Palabras verdaderas,

Sospechas mentirosas.
Razones que pudieran
Obligarte, señora,
Me nacen en el pecho,
Y mueren en la boca.
Por esta inutil playa
Mis quejas lastimosas
Lloradas de sus ecos
El fiero mar arroja.
Si he de volver á verte,
¿Qué dudas me alborotan?
¿Qué miedos me atormentan?
¿Qué penas me congojan?

XV.

Quiera el cielo, Silvia ingrata,
Que el agravio y el desprecio
De tanto amor se conviertan
En dolor, venganza y zelos.
Y es tan injusto el rigor
De las ofensas que siento,
Que no rezelo que quieras,
Ni que me mates rezelo.
Y al que enemiga quisieres,
Mires en brazos agenos
De tus quejas tan seguro,
Como lo estás de mi fuego.
Y entonces, Silva zelosa,
En mas conocido espejo
Del rostro de mis agravios,
Verás mejor los defectos.

En él verás lo que ofende
La fé y la verdad de un pecho
Un desden tenido en mas,
Y un amor tenido en menos.
¡Qué ufana estás, quando escuchas,
Que en tus umbrales me quejo,
Y tus leciones aprenden
De las ventanas los hierros!
Teme, Silvia, que por ellas
Los rigores de su dueño
En flaquezas convertidos
A la calle saque el tiempo.
Yo mis quejas le remito
Que siempre sus brazos dieron
A las lágrimas venganza,
Y á las desdichas remedio.
De tu soberbia y mi agravio
Entrambas cosas espero;
Y que podré despreciar
Lo mismo que ahora temo.
No lo dudes, Silvia ingrata;
Porque ha de querer el cielo,
Que mueras del mismo mal
De que estoy aquí muriendo.

XVI.

Las zagalas de su aldea
Todas en el bayle están,
Mucho saben de envidiarse,
Harto mas que de baylar.
Todas aman, todas penan,

Y Belilla siente mas;
Que es sobre achaque de zelos
El peligro de su mal.
Con los mancebos del pueblo
Murmurando está Pasqual;
Que el remedio sabe Anton,
Y no la quiere curar.
Con la hija del Alcalde,
La mañana de San Juan
Tantas mudanzas bayló,
Que al fin se vino á mudar.
¡Qué triste y zelosa vive!
¡Qué desengañada está!
Que del que ofende y olvida
No tiene amor que esperar.
No divierte sus tristezas
El ver, que de su lugar,
Dexando alegres los campos
Quiere Abril partirse ya.
Por ellos baxaba Menga,
Y tantas galas les da,
Que el bayle dexó Belilla
Sin poder disimular.
Y mirando cuidadoso,
La que viene y la que va,
Al son del bayle y del agua
Pasqual comenzó á cantar.

Entra Mayo y sale Abril,
¡Quán floridito le ví venir!
Venga el Mayo verde,
Váyase el Abril,
Que dexó los campos

A medio vestir.
Sus prisiones rompan
La rosa y jazmin,
Que el soplo agradecen
Del viento sutil.
Vistanse las flores
Blanco y carmesí,
Manto de esmeralda,
Y de oro el perfil.
Entra Mayo, y sale Abril,
¡Quán floridito le vi venir!
Enlace amorosa
Al olmo la vid,
Que en sus brazos quiere
Medrar y subir.
Risueñas las fuentes
Conozcan en sí,
Lo que en todos puede
Callar y sufrir.
El año comienze
A volver por sí,
A cantar las aves,
Y el alba á reir.
Entra Mayo, y sale Abril
¡Quán floridito le vi venir!

XVII.

Una Zagaleja
Que nació en la Sagra,
Y dexó su pueblo
De matar cansada;

Vino á Manzanares
La fiesta de Pasqua
A probar venturas,
Y á traer desgracias.
Como si faltasen,
Quando todo falta,
Pesares sin cuenta,
Desdichas sin tasa.
Yo la ví en el bayle,
Que Anton la miraba
Aun con mas cuidado
Del con que ella bayla.
De estar tan torcidos
Dicen que es la causa,
Que Anton se la jura,
Y ella se la guarda.
Quando sueltos corren
Zelos en el alma,
No hay humo tan fuerte,
Ni muger tan brava.
Y una condicion
Tan libre y tan vana,
Dexada se ofende,
Querida se cansa.
Y Anton que lo siente
Una noche helada
Esto á los umbrales
Cantó de su casa.
No me mates con zelos,
Bella Aldeana,
Porque á zelos muere
Quien á zelos mata.

Niña que dexaste
Abrasado el pueblo,
Y harás con tus ojos
Lo mismo del nuestro;
Mas penoso fuego
Sentirás, Anarda,
Porque á zelos muere
Quien á zelos mata.

XVIII.

Yo, verde Mayo, me acuerdo
Quando fuistes bien venido,
Y con auroras y flores
Tan galan como vos mismo.
De vuestros zelos se queja
El campo inutil y frio,
No hagais, Mayo, novedades,
Y no tendreis enemigos.
Yo vi quando conocian
Montes y campos floridos
En vuestros ardientes soles
La vecindad del estío.
Y ahora encogido y triste
Quando os toca por oficio
Vestir de flores las selvas;
Vestís de nieve los riscos.
Y vuestro rigor obliga
Que busquen los paxarillos
Mas defensas para el ayre,
Mas plumas para su nido.
¡O qué burlados quedaron

Los que buscan ofendidos
De las injurias del año
El reparo y el abrigo!
Ni es razon que á los arroyos
Humildes y fugitivos,
Despues de prision tan larga
Les pongan segundos grillos.
¡O que bien entre las aves
Sonaron en los oidos
Las canciones de las fuentes
Y las voces de los rios!
Del mas dulce ruiseñor,
Que alegre á buscaros vino,
Las mas amorosas voces
Ya son apenas suspiros.
Campos, arroyos y selvas,
Altos montes y sombrios
Os desconocen presente,
Y os buscan como perdido.
Volved, Mayo, á lo que fuistes
En vuestros verdes principios,
Dexad á los meses locos
Nieves, furias y peligros.
Estos versos sin cantarlos
Lisardo á Mayo le dixo,
Mirando montes de plata
De escarcha y nieve texidos
¿Quereis, verde Mayo,
Galan florido,
O matar con yelos,
O morir con frios?
Vos que tantos tiempos

En vestir los campos
Liberal pusistes
La postrera mano,
Mirad que es engaño
Y error conocido,
O matar con yelos,
O morir con frios.

DE D. FRANCISCO MANUEL. (*)

EPÍSTOLA.

Partístete á los campos de Castilla,
Amigo Licio, y con dolor dexaste
Todas las atenciones de la villa.
¿Qué mucho, si contigo te llevaste
A ti mismo, que llore tu partida
El aplauso comun, á que faltaste?
Siéntola, mas mi pluma de advertida
El quanto calla, mientras que te pide
Tu propio sentimiento por medida.
Tú pues, si la memoria no lo impide,
No lo rehusa, por las mas costosas,
Que hoy mi dolor en tus ausencias mide.
Las Musas olvidadas, y dudosas,
Estrañando el silencio en que las tienes,
Te llaman por los campos querellosas,
Sin que puedan creer, que los desdenes
A estaciones te lleven solitarias,

(*) Portugues: floreció en tiempo de Felipe IV. y fué amigo de Quevedo.

Bien que la paz del ánimo previenes.
Pues quando las dolencias son contrarias
Del órden natural, no basta cierto
La virtud de triacas ordinarias.
Piérdese, á veces, en el manso puerto
El baxel, que escapó de la tormenta
Del fiero mar, con el costado abierto;
Allá con el peligro se le aumenta
La vigilancia, acá con el reposo
El infiel descuido se acrecienta.
Tu leño acostumbrado y cuidadoso
En la navegacion de tantos mares,
En el puerto le temo peligroso.
Y las robustas fuerzas singulares,
Con que luchabas, y te defendias
De la persecucion de los pesares,
¿Quién duda que de ociosas tantos dias,
Torpes un ora veas? que el sosiego
Destempla las mas altas osadías.
Nunca traidor, ó pertinaz el fuego
Daña, si prende dentro del poblado,
A donde le castiga el agua luego;
Quanto en la soledad, y despoblado
Hace la libre llama de ruina,
Contra lo mas precioso y mas vedado:
No perdona á los años de la encina,
Ni lo sagrado del laurel respeta,
A quien el alto Jove no fulmina.
Si arde en ti mesmo tu pasion secreta,
Que disimula tu interior halago,
Y á la vista no turba, ni te inquieta;
Antes que humee tu escondido estrago,

Procura que lo apague la prudencia;
Deduciendo el suceso del amago.
Que importa que se valga de la ausencia
Aquel que huye, si llevó consigo
El ídolo que el alma reverencia?
La fé no muda, pues del culto antigo
Viven en sus afectos las señales,
De que la oculta imagen es testigo.
Casi siempre se adoran inmortales
Las estatuas que forma la memoria,
Quando el amor prepara los metales.
Yo juzgo por mi fábula tu historia;
Tambien yo padecí, tambien seguia
Esa, vana mil veces, vanagloria.
Tambien pasé de un dia en otro dia,
Al hombro del engaño la esperanza,
Tras del bien que buscaba, y mas me huia.
Tambien yo reconozco quanto alcanza
Esa terrible rueda poderosa
Que unos llaman fortuna, otros mudanza.
Tambien vi, como á veces, ingeniosa
La voluntad, llegando al precipicio,
Se afirma en el peligro poderosa;
Como tal vez abriendose un resquicio,
Queda mas fuerte el edificio, quando
Su rüina esperaba el edificio.
Y entre afectos que anduve exâminando
Busqué contra el amor en el destierro
El remedio tambien que hoy vas buscando.
Ausente amaba, y conocido el yerro,
Ya su industria desprecio, si es diamante
Tanto el amor como la ausencia es hierro.

Quando en el alma llega á ser constante,
Y no produce amor ese accidente,
Jamas para gastalle fué bastante.
Si quieres tú, que el ánimo doliente
Vuelva en aquella su primera esencia
De honesta libertad cumplidamente;
No te lo alcanzará, Licio, el ausencia,
Que es mas valiente la humildad cobarde
Que no la temeraria resistencia.
Vuélvete al fuego, que si á pausas arde,
Y si con nuevas ascuas no lo alientas,
Tu llama es fuerza que en morir mas tarde.
Licio, si osado, si constante intentas
Vengar tu libertad del dulce engaño,
Que no sé si le extingues ó acrecientas;
Prosigue un año á amor, que antes de un año,
El de su mismo fuego ha de encenderte
Aquella hermosa luz del desengaño.
Porqué es sin contingencia acontecerte
Zelos, ingratitudes, deslealtades,
Que son de amor la inevitable muerte.
Estos no pueden dar las soledades,
Que en fin, como traidores y asesinos
Viven con el tropel de las ciudades.
O si tambien con pensamientos dinos,
No del amor, del tiempo te apartaste,
Por gozar en quietud todos divinos;
Si porque el premio, la virtud buscaste
(Perdido de la corte en lo confuso)
Y al campo huyes, porque no le hallaste;
O si cansado ya del mortal uso
De la lisonja, que en las cortes mora,

Rehuyes con tu crédito á su abuso;
    O si del falso oráculo que adora
Nuestra ciega ambicion haces desprecio,
Quando la voz comun le ruega y llora;
    Si haces de sus respuestas el aprecio,
Midiendo su dudosa certidumbre
Por lo que das por esa duda en precio;
    Tente, no baxes de la altiva cumbre
Del próvido escarmiento, al triste llano,
Ardido al rayo de engañosa lumbre.
    Dexa abrasar al ciego cortesano:
Y entre la boca, y vaso del veneno,
No interpongas el grito, no la mano.
    Dexa que en el intenso, obscuro seno,
Guarde todos sus áspides la envidia,
Haciendo propio mal del bien ageno.
    Si destas vanidades se fastidia
Convalecido ya tu pensamiento
De las fantasmas con que enfermo lidia;
    No acuso tu retiro; antes tu intento
Fanal piadoso en noche oscura y grande
Será á la confusion de mi ardimiento.
    Ama tu soledad, y dexa que ande
Perdido el mundo, dexa que le enmiende
Quien dexaron los hados que lo mande.
    Incauta es la piedad del que pretende
En dulce puerto apenas escapado,
Donde ni el viento sopla, ó mar ofende;
    Por socorrer al leño fatigado
Arrojarse á las ondas del Egeo,
Habiendo su peligro antes probado.
    Y no lo niego, que es ilustre empleo

Valerá á todos, mas si el riesgo es mio,
Despeño, y no valor será el deseo.
No porque en tu constancia no confio,
Te acuerdo el precipicio á que nos lleva
Esta infidelidad del albedrío;
Antes á mis avisos se les deba,
Que á tu experiencia, escarmentando el gusto
Lo que con tantos exemplares prueba.
Y si con igual ánimo al injusto
Tiempo ves que no puedes dar remedio,
No forcejes al tiempo, que no es justo.
La plaza que padece un duro asedio
De enemigo mortal, si se socorre,
Mas de la industria que de fuerza es medio:
Quando aquel rio impetuoso corre,
Qualquier facil peñasco le resiste;
Manso y contino vence al alta torre.
Para mí, todo el mundo en mí consiste,
Y en vano intento remediar al mundo,
Si al mundo no remedio que en mí asiste.
Tú primero, y primero sin segundo,
Secretario de Apolo en poesía,
A quien dictó lo grave y lo profundo;
Si falta en persuadir la Musa mia,
Manda tu persuadirte por tu Musa
La fé de esta inmortal filosofia.
Mi intencion inclinada á la confusa
Escuela de la colera de Marte,
Tambien estos preceptos me rehusa.
Y procede mi engaño con tal arte,
Que teniéndome ciego y sin aviso,
Me hace poner gran fuerza en avisarte.

De los hombres error siempre preciso,
Ver el arista en los agenos ojos,
Quien la viga en los suyos ver no quiso.
Mas bellos le parecen sus abrojos
Al rustico, que en fértiles jardines
Los blancos lirios, y claveles roxos.
Varios como los hombres son sus fines:
Uno vive al aplauso, otro al provecho;
No por el tiempo tú los exâmines.
Con esto pienso, tengo satisfecho
La obligacion de epistola misiva,
Segun manda el poético derecho.
Ni me consiente que mas largo escriba
El confuso ruido, el sordo estruendo,
Desta guerra mortal, quanto es mas viva.
Porque en este rincon donde escribiendo
Retirado te estoy estos renglones,
Le estoy al eco militar oyendo;
Que entre confusos diferentes sones,
A los castigos de la Celtiveria,
Convoca nuestras bélicas legiones.
Ya partiremos, dandole materia
De lástimas al siglo, que presente
Con sangre escribirá tanta miseria.
Yo tambien al tropel de nuestra gente,
No menos ofendido que forzado,
Las huellas piso perezosamente.
No puedo resistirme, y voy llevado
Para ser instrumento del castigo,
Y voy á ser castigo y castigado.
Esta es en fin la relacion, amigo,
De mi fortuna, el juicio de tu suerte,

Que atento ofrezco, cuidadoso sigo;
Tal soy (tú lo verás), hasta la muerte.

DEL MISMO.

FRAGMENTOS DE OTRA EPÍSTOLA.

Dos plumas tengo, ó Fabio, con que escribo
Una las burlas del amor tirano,
Otra las veras del discurso altivo.
Ambas para escribir tentó hoy la mano,
La prudente escogí, bien que la envidia
Del amor procuró trocarla en vano.
Ya tanta burla, amigo, me fastidia,
Que si un favorecido se disgusta;
¿Qué hará quien siempre con desdenes lidia?
Hice promesa de escribirte justa,
En avisos la cumplo, no en novelas,
Lecion que á mugeril genio se ajusta.
Demos versos al viento, en vez de velas,
Bien que tu á vista de este idioma estraño,
Las letras temerás como cautelas.
O Fabio, no es cautela, ni es engaño;
Pero importa pedir lengua prestada
Al que quisiere hablar un desengaño.
. . . .
Hoy deseo dexar la amiga tierra,
Por el airado mar, pero mañana
Vender la paz, para comprar la guerra.
Enfádame la vida cortesana,
Y en lo sagrado de los montes quiero
Hacer robusta mi esperanza vana.

Cíñase cada qual luciente acero,
Vístase cada qual fino diamante,
Fínjase cada qual Marte severo.
Pase toda la vida navegante,
De los angostos términos de un pino
Apenas morador, ya naufragante.
Pise incauto las ondas peregrino,
Y de quantos ancones el mar tiene
La figura traslade al pergamino.
Cánsese el pretendiente á quien mantiene
La ambigua explicacion de la palabra,
Que las postreras lástimas previene;
Labre, qual el gusano en hilos labra,
Su muerte infiel, su infame sepultura,
Donde á ninguna voz sus losas abra.
Busque esotro la suerte y la ventura
En el ocio, y la llame medianía
Sin advertir que á estremos la procura.
El otro se consuma noche y dia
Por concertar del mundo los estados,
Filosofando atroz filosofía.
Hércules nuevo aquel de los cuidados
Del viejo Atlante, tome por su cuenta
El peso de los cuerdos magistrados.
O caze, ó pesque la ambicion sedienta,
Los gruesos bosques, y opulentos mares,
Del que á Epicuro el séquito acrecienta;
Aras levante, y constituya altares
A Venus Pafia, quien su ley venera,
Confundiendo deleytes y pesares;
Derrame astuta venenosa fiera
El pestifero humor sobre la fuente,

A donde bebe la virtud sincera;
Mientras yo, por vivir honestamente,
Busco, huyendo las leyes ya olvidadas,
Sencillo estudio de la antigua gente.
Digo las soledades no alteradas
Del tráfago del vulgo sedicioso,
Ni del marcial estruendo profanadas.
Patria segura del comun reposo,
Tesoro universal de desengaños,
Sagrado contra el tiempo riguroso.
Ciudad de quien son muros los castaños
Las copadas encinas torreones,
Firmes á los combates de los años.
Calles que no pasean sin razones,
Plazas jamas pisadas de malicia,
Puertas nunca llamadas de trayciones.
Corte siempre distante á la codicia,
Donde es plata la paz, oro el sosiego,
Que la soberbia ignora, y la avaricia.
¡O bienaventurado aquel que luego
Sacrificar te pudo la presencia,
Sin ofrecer la víctima del ruego!
¡O si fueras quietud de la pendencia,
Que dentro en mí disponen mis cuidados,
Rebeldes á razon y á residencia!
Entonces quantos dias engañados
Pasé sin cuento, en años los volviera,
Todos vividos, todos bien logrados.
Al mundo, al mar por señas conociera,
Y las distancias de la mar, y el mundo
A dos próximas tapias reduxera;
Y con desprecio, ó bárbaro, ó profundo,

Por el sayal pacífico trocara
El hábito de Marte furibundo.
Cada arroyo oceano contemplara,
Y en firme puente, embarcacion segura,
Fuera de este á aquel margen la mas rara.
Cortára por mi mano mi ventura,
Y único de los cielos pretendiente
Cortejára la rústica espesura.
En Junio entonces claro, en Julio ardiente,
(Vueltas ya frutas las primeras flores)
Sombra me diera el bosque, agua la fuente.
. . . .
No por bocas de hierro al duro monte
El censo le pidiera de animales,
Atronando el pacífico orizonte.
Ni con red engañosa los cristales
Claros quebrára de los mansos rios,
Prendiéndoles sus simples naturales.
Y aun temiendo de amor los desvarios,
Jamás otras entenas le fiara,
Por no volver á dar en sus vaxios.
Solo la blanca aurora enamorára,
Y en su contemplacion todo elevado,
Ni por Céfalo entonces me trocára.
No pisára el umbral de mi cuidado
La malicia, de sátira vestida,
De mi pluma y mi boca todo honrado.
¡O vida dulcemente apetecida,
Dentro de cuyos límites se vive
Todo quanto los cielos dan de vida!
. . . .
¿Que importa ya que el pecho en valor arda,

Si nuestra edad hoy juzga por locura,
Lo mesmo que antes era accion gallarda?
El entregar la vida á la ventura,
Trocar la gala de la seda blanda
Por la xerga feroz del armadura;
Las regaladas sábanas de olanda
Convertir en los céspedes agudos
Donde el desvelo de las armas anda;
En fin los pasos de la guerra crudos,
Fueron solo pagados y queridos
En tiempo de Pelayos y Bermudos.
El ayre de los siglos corrompidos
No respeta el laurel en los honrados,
Como adora la palma en los validos.
Romper los senos de la mar ayrados,
Es fatiga del animo infamada,
Si de Colcos volvistes despojados.
Vale una pluma mas que una espada,
Espada á veces ¡ que mas vidas corta,
Que del Cid la tizona celebrada.
No tanto á Silio crédito le importa
El Marcio campo, quanto del ministro
La leve seña, ó la palabra corta.
De la gracia imperial se hace registro,
Quien se la hurta mas que se la adora;
Dolor universal del Tajo al Istro.
Valia es mas, que no valer agora:
Mas ¡ porque siempre sirve la valia,
Y el valor solo sirve para una hora.
Valida la lisonja y la porfia
Emprenden de los premios coronarse
Propios de la paciencia y la osadía.

Dicha siempre del vicio fué llevarse
La honra á la virtud, y siempre usado,
Porque es grande el servicio, castigarse.
¿Quién vió jamás un necio desdichado?
¿Quién sin empleo vió jamas indino?
¿Quién jamás al honrado ha visto honrado?
Costumbre fué del mundo, ó desatino,
Trocar las señas, propia al caballero
Es la espada, el bordón al peregrino.
Que venza Aquiles, que le cante Homero,
¿Quién se lo acusa? Mas Sardanapálo,
¿Por qué tendrá cronista lisongero?
Tenga el siglo por malo lo que es malo,
Pues de lo que es virtud á lo que es vicio
Es quasi inmensurable el interválo.
Llámese maleficio el maleficio,
Que en llamar desventura á la baxeza,
Escándalo se vuelve el beneficio.
¿Pero mi pluma llena de rudeza,
Qué intenta? ¿prevenir las magestádes,
Donde todo es igual con la grandeza?
Sí, que á todo se atreven las verdades,
Y al mas excelso trono estas envian
Zelosas, que no libres, sequedades.
Las yedras, que humilísimas vestian
Los rudos miembros de algun tronco anciano,
Que entre sus hojas pobres escondian,
Quando á sus propias hojas dió la mano
La cortés vecindad del alto muro,
Suben al capitel mas soberano.
Yo no procuré toga, ni procuro
La cívica mural, porque antes creo

Quanto es del ocio el fruto mas seguro.
De lo que escucho escribo y lo que veo;
Y quando el zelo á naufragar me obligue,
No á sola mi intencion hundió el Egeo.
O se embravezca mas, ó se mitigue
La cólera de Marte, ó de Neptuno,
La ignorancia desprecie, ó la castigue;
¿Qué voz fatal no me ha sido eco importuno?
Ciega, y mas para sí, el entendimiento
De mis ojos, que lleva el ave de Juno.
Fabio, si me leyeres descontento,
Páramos hallarás, y si amas amigo,
De cada flor brotando un escarmiento.
Nunca lo deleytoso, lo util sigo,
Quando te escribo, ó quando te aconsejo,
Quando te persuado, y te averiguo.
Niño es amor, mas tiene como viejo
La profunda experiencia á que provoca
Los aciertos de un ánimo perplexo.
¿Prerrogativa que altamente toca
A la verdad, que tiene de excelencia
Dar virtud, y no tomalla de la boca.
Hago de mis principios grande ausencia:
No sé qué vanidad tiene la pluma,
Que remeda del cetro la eminencia.
Veo que escribo ley sobre la espuma,
Mas esta vana gloria de escribilla
Me fuerza á que obediencias de presuma.
¿Quién tal cosecha espera á tal semilla?
¡Coger Licurgos, y plantar Marones,
Y del pobre bufete hacer real silla!
¿Mas quien duda, que de entre las canciones

Salga Mercurio! pues que la armonía
Mas eficacia adquiere á las razones.

Aquel que inexpugnó Tebas un dia,
Que artifice su voz, y su instrumento
Desatados los cerros conducia;

Geroglífico fué del pensamiento,
Donde Grecia mostró, que la blandura
Fuerzas al ruego da de mandamiento.

DEL MISMO.

SONETO I.

Á un sugeto maltratado de un ministro.

No es tiranía, Fabio, esa que emprende
El fiero monstro que adorar solías,
Quando aspirante á mas que idolatrías,
Hoy con tu mesma ceguedad se ofende.

Ni el fuego que en el ánimo se enciende,
Sobre quien arden esperanzas frias,
Se paga del vapor, ni á los que envias
Injustos votos, su altivez atiende.

No por desgracia, por piedad lo cuenta;
¡O desprecio á mas luces venerable
Padre del desengaño siempre justo!

Dexa que gima lastimado el gusto,
Y en lugar de aquel ídolo exêcrable
Adora por tu ídolo tu afrenta.

SONETO II.

Semejanza de los tiempos.

Fabio, si tú has topado un nuevo mundo
(Nuevo Colon) sin penetrar su daño,
No solo yo disculparé tu engaño,
Mas sulcaré su piélago profundo.
   Mas si, como el primero es el segundo,
Tan vario, tan confuso y tan estraño;
Antes quiero habitar mi desengaño,
En que el remedio de mis males fundo.
   Si en este amaneciese un justo dia
A la virtud de gloria y alabanza,
Y á la culpa de afrenta y vituperio;
   Yo sus vultos tambien adoraria;
¿Mas qual razon no huye á la esperanza,
Que lo mas que promete es cautiverio?

DEL MISMO.

LETRAS PARA CANTAR.

I.

¿Qué me pides, zagal, que te cuente
Del verde consorcio que ayer tarde vi;
Si no han vuelto hasta agora los ojos,
Que todos llevaron los novios tras sí?
   Una tarde, que el bien viene tarde,
De un mes que se llama el mes del Abril,

Cata aquí que se rompen los cielos,
Y mandan al sol de tarde salir;
Dividido en dos resplandores
A quien amor jura que presto ha de unir,
Por formar de los dos una estrella
De rayos tan bellos que valga por mil.
La hermosura y la gala, que vanas
Entraron, salieron corridas de allí,
De mirar que las ganan por mano
Bellezas y aseos que caen por ahí.
Cuenta el ayre, que quando florido
Se quiso á sus pies ayroso esparcir,
Mejor ayre, y mas flores le esparcen
Su paso gallardo, su planta gentil.
La ribera de Alcántara hermosa,
Vestida cambray en vez de tabi,
Para fuente le ofrece sus fuentes,
Le presta sus aguas para agua manil.
Hanme dicho que el cura discreto
Tomando á los novios sus manos de lis,
Quando el pueblo pensó los ataba,
Hizo un ramillete de rosa y jazmin.
Los cordones texió de las telas,
Que dentro del alma se suelen urdir;
Que son telas que el tiempo no gasta,
Y quanto mas duran mas suelen servir.
Los padrinos dixeron entonces,
Pues dentro de un año habeis de pedir,
Que al bateo volvamos galanes,
Par Dios pues lo estamos quedemos aquí.
Ya con risa pregunta á lo zaino
El cura á los novios, si dicen que *sí*;

Y responden, haciendose rojos;
Que en lengua de novios *sí* quiere decir.

II.

Aura fresca, aura volante
Que en el ayre andas vagando;
Y viciosa y mormurante
Vas con las ramas jugando;
Mientras te digo mi duelo,
Ay! afirma, afirma el vuelo.
A vos digo, aura piadosa,
Que esotra piedad no siente;
Cón vos hablo, aura amorosa,
Que ella rie, al lloro ardiente:
Pues si os doleis sin fingiros,
Suspirad con mis suspiros.
Aura, pues, volando andad
A aquella que me enamora;
Suspirando la contad
Quanto mal dentro en mí mora,
Y con llorosos acentos
Incitareis mis lamentos.
Y pues con soplos lascivos
Revolveis su pelo de oro,
Y los anillos mas vivos,
Hurtais del bello tesoro;
Soltad el lazo dorado
Que ha mi corazon atado.
Si con dulces ventezuelos
Girais su bello semblante;
El ardor de sus ojuelos

Templad siquiera un instante:
Que sus bellos rayos rojos,
Ni aun templados arden flojos.

III.

¿Adónde te partes, dulce mi enemigo,
Que nunca te afliges con ir y volverte?
Si es bien que no quieres llevarme contigo,
Mis ojos por eso no habrán de perderte.
¿Tan mal te agasajo, dulce pensamiento,
Que donde naciste tan presto te partes?
Y al cabo, ¿qué alcanzas en tu movimiento,
Si el bien me le robas y el mal me repartes?
¿Qué buscas ventnras, probando rigores
En todas regiones que pisan tus pasos?
¿No sabes, no lloras que son los amores
Comenzando largos, acabando escasos?
Antes del peligro saber ser osado
Inculca constancia, noble, alto desprecio;
Mas despues de visto, seguirle obstinado
En vez de constante empresa es de necio.

DE DIEGO MEXIA. (*)

EPÍSTOLA

Traducida de Ovidio.

SAFO Á FAON.

¿Por ventura, Faon, luego que abriste
Mi carta, en ver su letra artificiosa,
Por mia la juzgaste y la tuviste?
¿Por ventura, mostrárase dudosa
Tu mente en vacilar quien te escribia,
Si no vieras mi firma dolorosa?
Preguntarás, que si la musa mia
Ha siempre versos líricos cantado,
¿Por qué la que te escribo es elegia?
¡Ay! que mi triste amor ha ya espirado
En tu pecho cruel, y en este punto
De mí ha de ser su tránsito llorado.
Y porque el verso al dolorido asunto
De hoy mas responda, escojo el lamentable,
Que el lírico no es verso de difunto.
Abrásome en incendio irremediable,
Qual arde el campo donde el fuego emprende,
Si sopla el sordo viento incontrastable.
La seca parva con furor se enciende,

(*) Sevillano: floreció á principios del siglo XVII: traduxo las Heroidas y el Ibis de Ovidio, y las publicó con el título de *Parnaso antártico.*

La llama excede al resplandor Febéo:
Tal es el fuego que á mi pecho ofende.
Allá habita Faon, donde á Tiféo
Etna con fuego y sempiterna brasa
Oprime y quema el cuerpo gigantéo.
Pero con mas ardor y mas sin tasa
Que si estuviera en Etna y sus fogones,
El iracundo amor mi pecho abrasa.
No se me ofrecen versos, ni canciones
Para poner en dulces instrumentos,
Que es lo que alegra tristes corazones.
Que el componer y el entonar acentos,
Son exercicios y obras virtuosas
De entendimientos libres y contentos.
Ya me son las Piérides odiosas,
Ya huyo de las Dríadas doncellas,
Solo me ocupo en quejas amorosas.
Amithon, Cidno y Attis, mozas bellas,
Son viles, á quien tanto las queria,
Ni las quiero hablar, ni puedo vellas:
Y otras ciento que, quando Dios queria,
Por sola su virtud y compostura
Gustaba de tener su compañía.
Mira, Faon, si es mucha tu ventura,
Pues el amor que á tantas he quitado,
Le he puesto en tu divina hermosura.
Tienes el rostro bello y delicado,
Tienes edad á gustos conveniente,
¡O rostro que has mi vista emponzoñado!
Coge la lira y toca dulcemente,
La aljaba toma, y te veremos hecho
Un nuevo Apolo en música y valiente.

Ponte aquella señal que á mi despecho
Me pones, serás Baco, y en belleza
Al uno y otro dexarás deshecho:
Pues Febo á Dafne amó y á su altiveza,
Y Baco amó á la Gnósida Ariana,
Siendo dioses los dos de suma alteza.
Y aunque fué su belleza soberana,
No alcanzáron el don de Poesía,
Ni aquel licor que en el Parnaso mana.
A mí la Pegaséa compañía
Me dicta versos, yendo ya mi nombre
Por quanto abrasa el sol, y el mar enfria.
Ni tiene mas honor, ni mas renombre
Alceo el Mitileno y celebrado,
Aunque mas con su verso al mundo asombre.
Si la naturaleza me ha negado
Rostro elegante, forma y estatura,
No tengo culpa, yo no me he criado.
Yo suplo aquese yerro de natura
Con mi ingenio y virtud que al mundo encanta,
Y la virtud exede á la hermosura.
No altivo me desprecies, que si tanta
Es esta pequeñez en que me veo,
Mi fama hasta los cielos se levanta.
Si no soy blanca, Andrómeda á Perseo
Agradó siendo negra de Etiópia,
Que no por ser moreno un rostro es feo.
Verás que es cosa natural y propia
Unirse con palomas variadas
Blancos palomos, y esto en mucha copia.
Tambien las tortolillas son amadas
De verdes papagayos; ni fortuna

Tiene á las damas negras olvidadas.
Si no te ha de gozar dama ninguna,
Sino es la que igualare á tu belleza,
No te habrá de gozar muger alguna.
Quando tú me subiste á tanta alteza,
Que me elegiste, hermosa me juzgaste,
No viste escoria, todo fué fineza.
Que á mí sola amarias me juraste,
Juraste que yo sola te agradaba,
Mentiste en esto, aquello quebrantaste.
Por tu gusto me acuerdo que cantaba,
(Que nada al que es amante se le olvida)
Y con el dulce canto te elevaba.
Era de ti mi voz interrumpida
Por me besar, queriendo de mi boca
Hurtarme la cancion aun no nacida.
Ahora ¡ay rabia, que me vuelve loca!
Tienes por tuyas muchas damas bellas
Allá en Sicilia, cuyo amor te toca.
¿Qué me detengo aquí sin ir á vellas?
Quédese Lesbos, si en Sicilia hay diosas,
Siciliana quiero ser con ellas.
Señoras y matronas venturosas,
A quien el cielo da por patrio nido
De Nesa las ciudades poderosas;
No doreis el error que he cometido,
Diciendo, que á un extraño de mi tierra
Le dí mi fé, no siendo conocido.
Guardaos no siembre en vuestras almas guerra
Este traidor con los embustes raros,
Que en la blandura de su lengua encierra,
Quánto os dice y dirá por engañaros,

Tanto me dixo ¡ay misera! primero,
Y como á mí me olvida, ha de olvidaros.
Tú, célebre Ericina, que el tercero
Círculo habitas, y eres venerada
De los Sicanos con amor sincero;
Mira por tu Poeta desdichada,
Dame consejo, Diosa, en esta pena,
Socorre á un alma triste enamorada.
Fortuna, que jamas me ha sido buena,
¿Prosigue por ventura aquel tormento,
Que desde el punto que nací me ordena?
¿Ha de permanecer su duro intento?
¡Siempre en mi daño el tiempo está fixado,
Siendo su natural el movimiento?
A seis años de edad no hube llegado,
Quando ya con mis lágrimas habia
Las cenizas paternas rociado.
Mi hermano el patrimonio que tenia
Consumió, regalando á una ramera,
En cuyo amor el miserable ardia.
Mil daños, bien indinos de quien era,
Grangeó con afrenta miserable:
Que de servir al mundo esto se espera.
Y agora pobre, humilde, insaturable,
Por reparar su hambre y su pobreza
Navega el mar dudoso incontrastable.
Con mal medio procura la riqueza,
Que con mal medio disipó el insano,
Dándose torpemente á su torpeza.
Y á mí porque le dí, como á mi hermano,
Consejos saludables, me aborrece:
Que no quiere consejos el liviano.

Esta es la utilidad que se recrece
A aquella que en amalle se desvela,
Y mi piadosa lengua esto merece.
Y como si faltase que le duela
Al corazon, aumenta mis pasiones
Una niña que tengo pequeñuela.
Tú agora á mis tormentos y aflicciones
Te añades, y entre todos tienes palma,
Con esta larga ausencia en que me pones.
¿Por ventura mi nave, que es el alma,
No terná un viento favorable y bello,
Para no estar en sempiterna calma?
Mira esparcido por la espalda y cuello,
Sin artificio ni órden elegante,
Mi crespo, largo y nítido cabello.
Ni mis dedos adorno como amante,
Por demostrar que un disfavor me agravia
Con el rubí, crisólito ó diamante.
Vilmente visto; mi ornamento es rabia
Ni enlazo mi cabello en lazos de oro,
Ni le regalo con licor de Arabia.
¿Mas para quien sino es de luto y lloro
Me tengo de adornar? ¿y á quién ¡ay triste!
Procuraré agradar con mi tesoro?
¿Qué galas me porné, si en quien consiste
Mi gusto, vive ausente y me desama,
Y de tristeza y de dolor me viste?
Mi tierno corazon (que en fin soy dama)
Es herido, y quemado en horno ardiente
De veloz flecha y de ligera llama.
Y como mi martirio es vehemente,
Siempre la causa vive y va en aumento,

Para penar y amar eternamente.
O fué que en mi infelice nacimiento
Las Parcas por su ley me condenaron
A amarte siempre y á sufrir tormento:
O el aspa donde el hilo devanaron
De mi vida (si es vida la que es muerte)
De dura pertinacia la formaron:
O la costumbre larga de quererte,
Decansando en la escuela de Cupido,
En mi naturaleza se convierte.
Hame Tália el alma enternecido,
De suerte que no tengo fortaleza
Para librar del fuego á mi sentido.
¿Y qué mucho que tenga esta flaqueza,
Si quando te apuntaba el primer bozo,
Me sujetó y robó tu gran belleza?
¿Qué maravilla me rindiese un mozo,
Que á los varones sujetar pudiera,
Con se adornar de femenil rebozo?
¡O tú, que eres de Apolo mensagera!
¿Quántas veces temí que me hurtaras
Este mancebo, porque yo muriera?
Y entiendo, bella Aurora, le robarás;
Mas á tu intento Céfalo repuna,
Cuyas conversaciones te son caras.
Faon, pues si te alcanza á ver la luna,
Querrá que siempre duermas por besarte;
Mas védalo su amante y la fortuna.
Venus tambien quisiera arrebatarte
En carro de marfil allá en su cielo;
Mas ve que es justo complacer á Marte.
¡O tú que eres la gloria de este suelo,

Y del presente siglo la hermosura,
Y de mi triste espíritu el consuelo;
Tú que aun no llegas á la edad madura,
Ni eres muchacho, que es el venturoso
Tiempo para deleytes y dulzura!
Ven, torna, vuelve á mi, jóven hermoso,
Basta la grave ausencia que he pasado,
Vuelve á mi seno, toma en él reposo.
No te quiero rogar desamorado,
Que tú me quieras: lo que yo pretendo
Es que solo consientas ser amado.
Escribo, y mientras voy aquí escribiendo
Mis ansias, mis tormentos, mis pasiones,
Mis ojos van mil lágrimas vertiendo.
Contempla quantas manchas y borrones
Lleva esta carta miserable mia,
Pues tiene mas que versos y diciones.
Si queriendo dexar mi compañía,
Estabas cierto de irte, bien hicieras
Si usaras de modestia y cortesía.
Fuera razon de mí te despidieras,
Y si mi propio nombre abominaras,
Moza de Lesbos, queda á Dios, dixeras.
Que en fin algunas lágrimas llevaras,
Que derramára allí mi sentimiento,
Y algun abrazo y beso grangearas.
Yo nunca rezelé tu apartamiento,
Nunca temí tan áspero castigo,
Ni tuve miedo al grave mal que siento.
Ninguna prenda tuya está conmigo,
Sino es la injuria y grave alevosía
Que has hecho en me dexar como enemigo.

Ni menos tú llevaste prenda mia,
Que en verla te sirviera de retrato
De esta, que el tuyo adora noche y dia.
Ninguna ley te dí, ningun mandato,
Ni otro te diera, salvo que en ausencia
De mí, no te olvidaras como ingrato.
Júrote por la fuerza y vehemencia
De este mi amor, que ni dexar procuro,
Ni él se puede apartar de mi presencia:
Por las nueve Libétrides te juro,
Cuyas deidades por mi honor serviste,
Y yo venero y agradar procuro:
Que quando no sé quien me dixo ¡ay triste!
Tu bien se va, tu gloria es eclipsada;
Hoy tu contento y tu Faon perdiste;
Así quedé en peñasco transformada,
Que ni pude llorar de suspendida,
Ni me pude quejar de alborotada.
Suspendióse en mis ojos la avenida
De lágrimas; la lengua perdió el brio,
Y al muerto paladar se quedó asida.
El amoroso ardor del pecho mio
Se amortiguó, sus llamas ocultando,
Y dió lugar que le ocupase el frio.
Mas despues que el dolor se fué aplacando,
Despues que el cuerpo helado mas que roca
Fué su calor y espíritu cobrando;
Rasgué mi pecho á golpes como loca,
Meséme, y sin mirar lo que debiera,
Bramé, grité, desenfrené la boca.
Y esto no de otra suerte, que si fuera
Acompañando el cuerpo, madre pia,

Del hijo recien muerto, á la hoguera.
    Mi mal hermano, viendo mi agonía,
Se goza, regocija y se recrea,
Y aumenta con mi pena su alegría.
    Delante de mis ojos se pasea,
Que porque su presencia me es odiosa,
Quiere que á mi pesar le hable y le vea.
    Tambien porque la causa vergonzosa
De mi dolor al mundo esté patente,
Me dice con voz grave y desdeñosa:
    ¿Qué pena, qué tristeza, qué acidente
Puede afligirte, si tu Cleis es viva,
Nó solo viva, mas ni está doliente?
    Todo el mundo miraba mi excesiva
Angustia, y mi vestido descompuesto,
Y el pecho al ayre, do tu amor estriba.
    Que no puede el amor que es deshonesto
Con la vergüenza estar acompañado,
Y lidian entre sí, torpe y honesto.
    Eres, Faon, mi gloria, mi cuidado,
Y mis sueños así te representan
Como si no te hubieras ausentado,
    Y porque en estos sueños se alimentan
Mis gustos, me es la noche de mas lumbre,
Que los rayos del sol que la ahuyentan.
    Que aunque del mar la inmensa pesadumbre
Te esconda, y aunque vivas de mí ausente
En las faldas del Etna ó en su cumbre;
    En sueños cada noche estás presente,
Allí te hablo y miro tu figura,
Y allí te abrazo y toco dulcemente.
    Mas tiene una gran falta esta dulzura,

Que en fin como es de sueño es abreviada,
Y lo que es falso y vano poco dura.
Imagino tal vez que reclinada
En tus brazos estoy, y algunas pienso
Que mi brazo te sirve de almohada.
Tal vez..... mas ¿para qué tan por extenso
Quiero contar lo que contado ofende
A mi sensualidad pagando el censo?
Ya en esto alegra, ilustra, aclara, enciende
Titan el ayre, y muéstrase al instante
La luz, y quanto el mundo comprehende.
Huye mi sueño, y húyese mi amante,
Y agráviome de ver tan presto huyan,
Siéndome su vision tan importante.
Y temiendo estas ansias me destruyan,
Visito el bosque, y una y otra cueva,
Y pido que á Faon me restituyan.
Como si el bosque á compasion se mueva,
Como si aquellas cóncavas sonoras
Conocen el ardor que á mí me lleva.
Mas pídoles favor como á fautoras,
Que fueron de mis gustos algun dia,
Siendo de mis deleytes sabidoras.
Furiosa voy á do el furor me guia,
Pobre de entendimiento y desgreñada,
Manifestando así la rabia mia.
No menos que si fuera enhechizada
De la infernal Ericto maga astuta,
Por sus encantos fuertes celebrada.
Aqui miro una cueva, allí una gruta,
Ya me suspendo allí, y aquí me paro,
Què aquí y allí gusté de amor la fruta.

Y aunque estas cuevas tienen por reparo
Areniscos peñascos escabrosos,
Fuéronme un tiempo mármoles de Paro.

Andando estos boscages montuosos,
Llego á la selva que sirvió de alfombra
Y cama á nuestros cuerpos calurosos,

Y en muchas siestas, quando el sol asombra,
Nos recogió con regocijo y fiesta
En su copada y agradable sombra.

Mas aunque me es la selva manifiesta,
No hallo en ella á mi señor trocado,
Que es tambien el señor de la floresta.

Y así me es vil, humilde y desechado
Aquel lugar, pues todo su ornamento
Estaba en la presencia de mi amado.

Hallé todas las flores de este asiento
Selladas de tu huella conocida,
Para recordacion de mi tormento.

La tierna yerbezuela ví oprimida,
Clara señal que nos sirvió de cama,
Y que de nuestro peso está abatida.

Allí furiosa me arrojé, y la grama
Besé, donde tu suerte favorable
Te tuviera en los brazos de tu dama.

Y la yerba que entonces fué agradable,
Agora por mis ansias y congojas
Se riega con mi llanto miserable.

Los árboles tambien, porque me enojas,
Parece que me ayudan en mi llanto,
Despidiendo de sí sus verdes hojas.

Las aves enmudecen, y entre tanto
Que en aquel bosque mi clamor se siente,

Suspenden todas su apacible canto.
El ave Daulia llora solamente
Al hijo, y de no haber primero muerto
A su marido pérfido, insolente.
A Itis llora Progne en el desierto,
Y Safo llora y gime sus amores,
Y así está el bosque de dolor cubierto.
Tantos son los sollozos y clamores,
Que todo se suspende y todo para,
Como en la media noche los rumores.
Aquí nace una fuente dulce y clara,
De tal diafanidad alabastrina,
Que excede al rio, cuya linfa es rara.
Muchos en esta fuente cristalina
Viendo su magestad y que es tan bella,
Entienden que hay deidad santa y divina.
Hácele sombra, extiendese sobre ella
El árbol que fué Ninfa y fué hermosa,
Y agora es tronco la que fué doncella.
Al rededor la tierra está viciosa,
Aquí está el lilio y el jazmin preciado,
Allí el clavel y la purpúrea rosa.
Aquí como inclinase el fatigado
Cuerpo, y rindiese al sueño favorable
Mi pena, mi congoja y mi cuidado;
Luego un mancebo de beldad notable
En mi presencia apareció, mostrando
Su blanco rostro, bello y agradable.
Díxome: "¡ó Safo! pues te estás quemando
En desigual ardor, y en esta guerra
Has de morir, sin premio peleando;
Conviene vayas á la Ambracia tierra,

Que es en Epiro, y busca el monte santo,
Donde de Febo un templo la ara encierra:
Desde su cumbre se divisa quanto
El mar Attéo, ó el Leucadio baña
En sus faldas hiriendo con espanto.
De aquí te arroja, y esa brasa extraña
Se apagará, que impide tu reposo,
Ganando prez y honor con tal hazaña.
De aquí se arrojó al mar el animoso
Deucalion, ardiendo en fuego horrible
Por el amor de Pirra poderoso.
Y aunque este salto pareció terrible,
Salió del mar de todo riesgo ageno:
Que nada hay á los Dioses imposible.
Luego pudo gozar de Pirra el seno;
Mas ya Deucalion libre se via
Del fuego de Cupido y su veneno.
Esta es la misma ley que guarda hoy dia
Este lugar, no temas arrojarte,
Pues que tu bien consiste en la osadía.„
Dixo, y diciendo con su voz se parte,
Y yo asombrada de estas maravillas,
Me levanté mirando á toda parte.
Mis lágrimas regaron mis mexillas,
Bastantes á ablandar las piedras duras,
Y á desecar las verdes florecillas.
¡O tú qualquiera que mi bien procuras,
Yo buscaré el peñasco revelado,
Pues tanto bien, si salto, me aseguras!
Qualquier temor, qualquiera miedo helado
Huya de mí, si amedrentarme quiere,
Triunfe el insano amor desvariado.

Qualquier suceso ó fin que esto tuviere
Será mejor, que el insufrible exceso
Del mal que sufre la que pena y muere.
Yo volaré mas leve que mi seso;
Los vientos me serán firmes escalas,
Y mi cuerpo no tiene mucho peso.
Tú, tierno amor, de quantas obras malas
Has hecho en daño inmenso de mi suerte,
Préstame agora tus veloces alas;
Siquiera, porque infame con mi muerte
No quede el mar Leucadio, y de esta historia
No puedan acusarte y convencerte.
Si esto consigo en muestras de victoria,
Será á Febo mi cítara ofrecida,
Y estos versos que guarden mi memoria.
"La Poetisa Safo, agradecida
Te ofrece la vihuela, ó santo Febo,
Que á ti, y á sí, y á entrambos es debida."
Pero, ¿por qué razon, noble mancebo,
Quieres en ese mar precipitarme,
Dónde seré quizá á los peces cebo?
Tú puedes de este daño rescatarme,
Volviendo á mí la planta fugitiva,
Que ha sido tan veloz para dexarme.
Faon, si gustas, que tu Safo viva,
Mas saludable me serás, si quieres,
Que el mar Leucadio ni la cumbre altiva.
Seráme tu presencia, si vinieres,
Un nuevo Apolo en mérito y belleza,
Y envidiaránme todas las mugeres.
Dí, mas sordo y feroz que la fiereza
De los peñascos, rígido, inhumano,

Mas que el furioso mar y su braveza,
Dime, ¿ podrás, si muero, estar ufano
Con esta muerte? ¿tan enorme hecho
Podráte dar renombre soberano?
¡Ay quanto mejor fuera que mi pecho
Se uniera con el cuyo, que con peñas,
De cuyo encuentro quedará deshecho!
El cuerpo, el pecho, el rostro que desdeñas,
Los mismos son, ¡Faon, que tú alababas,
Los mismos que gozaste entre las breñas.
Los mismos miembros son que exâgerabas,
La misma soy, mi ciencia es tan profunda,
Como lo fué en el tiempo que me amabas.
Solo quisiera agora ser facunda,
Para ablandarte el pecho y alma ingrata,
Que en ódio y desamor se arraiga y funda.
Mas el dolor así me liga y ata,
Que el ingenio se ofusca con mis males,
Y el cielo me confunde y desbarata.
Las fuerzas de mi pluma no son tales,
Mi agravio y tu maldad la han hecho ruda,
Robando sus espíritus vitales.
En el instante que faltó tu ayuda,
Con el dolor el plectro está olvidado,
Y está con el dolor la lira muda.
¡O Isleñas damas! si os habeis casado,
O que no lo seais, pues me escuchastes,
Escuchadme en el fin desesperado.
Mozas de Lesbos, las que me incitastes
A amar y á ser amada torpemente,
Oid agora á la que tanto amastes.
No vengais á escuchar mi voz doliente,

Que en quanto escribo, taño, canto y digo,
Ya mi vena ha perdido su torrente.

Aquel Faon, mi pérfido enemigo,
Huyendo de mi vista desgraciada,
Todas mis gracias se llevó consigo.

Aquel Faon, que ha poco ¡ay desdichada!
Que pude llamar mio, y que barrunto
Que el alma que me dió la tiene dada;

Haced que vuelva á mí, y en ese punto
Vuestra Poeta mísera y marchita
Volverá al metro, al canto y contrapunto.

Que como en mí Faon se deposita;
Mi alma y mi saber está en sus manos:
El da al ingenio fuerza y él la quita.

Mas, ¿para qué me canso en ruegos vanos?
¿Puede moverse un corazon de fiera?
¿Reyna clemencia en pechos de villanos?

¿No echo triste de ver que la ligera
Y presta esquadra de veloces vientos
Llevan mis ruegos y tu fé primera?

Quisiera ya, pues lleva mis lamentos,
En retorno truxeran tu navio,
Para que diera fin á mis tormentos.

Y este retorno saludable y pio,
Honroso te era, justo y conveniente,
Si supieras pesar el daño mio.

Pero si has puesto en la amorosa mente
La vuelta, y en la popa de tu nave
Tienes el don votivo ya presente:

¿Para qué rasgas con tardanza grave
Un tierno corazon que no reposa?
¿Por qué no vuelas convertido en ave?

Alza las anclas, que de amor la Diosa
Nació en el mar; y al que es amante fino
Le allana el mar con su presencia hermosa.
Será propicio el viento en tu camino;
Todo te ayudará, coge al momento
Las anclas, corta el golfo Neptunino.
Amor será el piloto, y dará al viento
Las velas con su tierna y blanca mano,
Cogiéndolas ya surto en salvamento.
Pero si te parece que es mas sano
Alejarte de mí, porque te ofrezco
El alma que otra vez te he dado en vano;
(Bien que yo no soy dina, ni merezco
De que huyas de mí, ni que se parta
La union que tanto busco y apetezco):
Respóndeme á lo menos, y en la carta
Ordena, que pues ya la acerba suerte
De tus deleytes con rigor me aparta,
En el Leucadio mar busque la muerte.

DE AGUSTIN DE TEXADA PAEZ. (*)

CANCION.

Caro Constancio, á cuya sacra frente
Las hojas de Penéo
Promete en galardon el Dios Timbreo,
Por ser la clara espuma de su fuente,
Préstale oido atento
Al son confuso de mi sordo acento.

(*) Nació en Antequera en 1568, y murió en 1636.

Que aunque suene mi voz baxa y confusa,
No es de tan poca estima,
Que no humillase la soberbia cima
Del sacro Pindo, al conmover mi musa
Con sus tiernas querellas
Del ayre y cielo las regiones bellas.
Y ya se vió colgar de un verde lauro
Su bien templada lira,
Quien por Dafne cruel gime y suspira,
Mientras que orillas del sagrado Dauro
Sonaba mi instrumento,
Y darle grato oido estando atento.
Y ya se vió tambien vibrar la lanza,
El brazo sacudiendo,
Y el escudo fogoso Marte horrendo
Vestido de diamante y de venganza;
Mas mi canto, aunque rudo,
Le hizo suspender lanza y escudo.
Y entre las sombras, que la muerte viste
De amarillez y espanto,
Hubo atencion á mi acordado canto;
Y porque al Cancerbero, horrendo y triste
Su dulzura no dome,
Pluton se enterneció y el canto oyóme.
Que el verso fácil, terso y numeroso
Los dioses celestiales
Aplaca, y á los dioses infernales;
Porque la concordancia es son glorioso,
Tanto, que su enemigo
De sí mismo no puede ser amigo.
Mucho puede, señor, y mucho vale
Qualquiera estilo terso

De un sabio, sonoroso y alto verso,
Que de un sabio y divino pecho sale,
Tal qual es ese vuestro,
A Febo espanto, gloria al siglo nuestro.
Vese este tal entre salobres ondas,
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan,
En muerte envueltas las arenas hondas;
Mas sacando su aliento,
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.
Vese este tal donde el furioso scita
Entre escarchada nieve
Sangre espumosa de caballos bebe;
Y va ante él, aunque mas su furia incita,
Mas seguro y constante,
Que ante el ladron desnudo caminante.
Y si por caso de su patrio muro
El contrario avasalla
La libertad á fuerza de batalla,
Entre el despojo, como está seguro,
Burla de su enemigo,
Porque sus bienes llevará consigo.
Dichoso el tal, dichoso, pues que puede
Su trofeo divino
Colgar de qualquier roble ó qualquier pino,
Sin que fuerza ó envidia se lo vede,
Pues nunca á su esperanza
El tiempo volador hizo mudanza.
Sale hermosa del rosado oriente
La aljofarada aurora,
Que el cielo de oro y bermellon colora;
Y sale al caer el sol en occidente

La noche de su gruta,
Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo enluta.
Viene el verano y de pintadas flores
Y verdes esmeraldas
Borda del campo las tendidas faldas,
Y tras él de humedad, frio y temblores,
Luego el invierno marcha,
Que hojas bate, flor quema, campo escarcha.
Arenas de oro entre cristal luciente
Mezclando el claro rio
Va á descansar al mar su fuerza y brio,
Pero no siempre lleva una corriente
Por una misma tierra,
Que ya lo impide un valle, ya una sierra.
No siempre el justo cielo favorece
Los intentos humanos
Porque penetra bien que son livianos,
Y que qualquier favor los desvanece;
Y por ello fortuna
Imita en sus mudanzas á la luna.
¡Qué de veces se vió en noche serena
Lleno el rostro hermoso
De blanca plata, y resplandor lustroso;
Llenos los cuernos de la luna llena,
Y despedir centellas
Claras y rutilantes las estrellas;
Y qué de veces en un punto luego
Se vió triste y nublada
Batos los cuernos, y la luz menguada,
Amarilla su plata, muerto el fuego,
Y las centellas muertas,
Y las estrellas de humedad cubiertas!

Sécase el rio, el manso mar se altera,
Eclípsase la luna,
Truécase el tiempo, múdase fortuna,
Para el dia, y la noche se aligera,
Y todo nos molesta:
¡O santo cielo, qué mudanza es esta!
Solo el sabio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,
Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras columnas de diamante:
¿Mas quién será este sabio?
Que en su alabanza moveré mi labio.
O salve (le diré) tú, que seguro
De las injurias largas
Del tiempo, tan mudables como amargas,
Burlas dellas y del, firme qual muro,
Tus pies humilde beso,
Pues para tanto te ha bastado el seso.
Tú solo ves el cauteloso pecho
Del hombre fementido,
Que el cuerno agudo en heno trae escondido,
Y que solo procura su provecho,
Y en apariencia humana
Cubre el intento cruel de Tigre hircana.
Tú solo ves con gloria de tu nombre,
Aunque fortuna ruede,
Que el mayor mal, que al hombre le sucede
No es de las fieras, no, sino de otro hombre;
Que la fiera se amansa,
Y el hombre en daño de otro no descansa.
Armas al fiero leon las garras gruesas,
Cuerno al toro furioso,

Ligereza á la onza, fuerza al oso,
Uñas y pico al grifo, al lebrel presas,
Y al mortífero seno
De la sierpe cruel mortal veneno.
Mas al hombre, por ser mas cruel y fiero
Que onza y leon furioso
Que sierpe, toro, grifo, lebrel, oso,
Naturaleza le arma en ser ligero,
Veneno, cuerno, presas,
Fuerzas, uñas y pico, y garras gruesas.
¿Mas qué divino espíritu me inflama
Que á mi llano lenguage
De trágico le adorna y alto trage,
Y de la humilde tierra lo encarama
A la cumbre sagrada,
De virginales plantas paseada?
Mejor será, señor, que nos burlemos
De ver las pretensiones,
Que encierran los humanos corazones
Siguiendo sus mortíferos extremos,
Y en amistad constante
Enlazados pasar de aquí adelante.
Y en vos, como laurel verde y sagrado,
Despues que he dado al viento...
La ronca voz, suspendo mi instrumento
Que ha sido tan oido y celebrado,
Y por vos ha podido
De la muerte triunfar tiempo y olvido.
Y oireis al descolgarlo mil hazañas,
Que gentes españolas
Del mar sulcando las bramantes olas
Hicieron en regiones mas estrañas,

Que si Febo no miente,
Darán espanto al sur, miedo al oriente.

DE D. ANTONIO MIRA DE AMESCUA. (*)

CANCION.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el ayre el pardo gilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya;
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pagiza y baya:
Y zeloso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus zelos y amor junto,
Y al ramillo, y al prado, y á las flores,
Libre y ufano cuenta sus amores.
¡Mas ay! que en este estado,
El cazador cruel de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
¡Ay vida mal lograda,
Retrato de mi suerte desdichada!
De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores;
Y por la libertad del pasto tierno

(*) Autor Dramático del tiempo de Felipe IV.

El cándido licor olvida y dexa,
Por quien hizo á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella,
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
¡Mas ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el dorado vellocino.
¡O inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas;
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reyna sola de las aves bellas;
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reyna de los vientos.
¡Mas ay! que en la alta nube
El aguila se vió y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello ayron, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso,

¡Ay páxaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!
Al son de las belisonas trompetas,
Y al retumbar el sonoroso parche
Formó esquadron el Capitan gallardo:
Con relinchos bufidos y corbetas
Pidió el caballo que la gente marche,
Trocando el paso de veloz en tardo:
Sonó el clarin bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
¡Mas ay! que el desconcierto
Del Capitan bisoño y poco esperto,
Por no observar el orden,
Causó en su gente general desorden,
Y la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida,
¡Ay fortuna voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia!
Al cristalino y mudo lisongero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplandose Venus en la tierra,
Y al mas rebelde corazon de acero
Con su vista enternece y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra:
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos,
Y de ellos son despojos
Los purisimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.

¡Mas ay! que un accidente
Apenas puso el pulso intercadente.
Quando cubrió de manchas,
Cardenas ronchas, y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Y lo trocó en horrible y aqueroso.
¡Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo debil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas:
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas:
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes,
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto.
¡Mas ay! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Dió á fondo, hecho mil piezas,
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bagel, figura
Del que anegó mi próspera ventura!
Mi pensamiento con ligero vuelo
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, señora, hasta tu cielo;
Y contrastando tu desden ayrado,

Triunfó mi amor, cantó mi fé victoria;
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma,
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda tropa.
¡Mas ay! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo esento,
Fué la garza altanera,
Fué el capitan, que la victoria espera,
Fué la Venus del mundo,
Fué la nave del pielago profundo;
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos.
Cancion, vé á la coluna,
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás, que si entonces
Te pareció de mármoles y bronces,
Hoy es muger, y en suma,
Tuve bien, facil viento, leve espuma.

SIGLO XVIII.

JORGE PITILLAS. (*)

SÁTIRA.

No mas, no mas callar, ya es imposible:
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, ó Lelio amigo,
Pues sabes quanto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto, que pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras, que mil dias ha que apaño,
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.
He de seguir la senda de los raros,
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios hartos caros.
Y ya que otro no chista, ni se mueve,

(*) Autor desconocido: dícese que su verdadero nombre era *D. Josef Gerardo de Herbás.*

Quiero yo ser satírico Quijote,
Contra todo escritor follon y aleve.
    Guerra declaro á todo monigote,
Y pues sobran justísimos pretextos
Palo habrá de los pies hasta el cogote.
    No me amedrentes, Lelio, con tus gestos,
Que ya he advertido, que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
    En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
    ¿Quieres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata?
    ¿Siempre he de oir no mas? ¿no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?
    Tambien yo soy al uso literato,
Y sé decir *Rhomboides*, *Turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.
    Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.
    Sabes con quanto afan busco y aprecio
Un libro de impresion Elzeviriana,
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.
    Tambien el arbol quise hacer de Diana;
Mas faltóme la plata del conjuro
Aunque tenia vaso, nitro y gana.
    Voy á la Biblioteca, allí procuro
Pedir libros, que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguage oscuro.

Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscorides fué grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarohk el Romo.
Y allego de noticias un armario,
Que pudieran muy bien segun su casta,
Aumentar el *Mercucio literario*.
Hablo Frances, aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.
Y aun por eso me *choca* la leyenda,
En que no *arriba* hallarse un *apanage*
Bien entendido que al discreto ofenda.
Batir en ruina es célebre *pasage*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galvan no entienda tal potage.
¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Que no me crees, dices? ¿Qué yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?
Tienes, Lelio, razon de este idiotismo,
Abomino el ridículo exercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo.
La práctica de tanto error y vicio
Es empero (segun te la he pintado)
De un moderno escritor sabido oficio.
Hácele la ignorancia mas osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.
Y si acaso otra pluma mas dichosa,
En docto escrito deleytando instruye;
Se le exâlta la bilis envidiosa.
Y en fornido volumen, que construye,
Empuñando por pluma un varapalo

Le acribilla, le abrasa, le destruye.
Ultrages y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.
En todo lo demas camina á obscuras,
Y el asunto le olvida, ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.
Su ciencia solo estriba en lo que ofende,
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon ni la busca ni la entiende.
A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas.
No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.
Fijanse en las esquinas cartelones
Que al poste mas mazizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.
Un título pomposo y alhagüeño,
Impreso en un papel azafranado
Da del libro magnífico diseño.
Atiza la gazeta por su lado;
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado.
Caen en la tentacion los animales;
Y aun los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.
Pero ¡ó dolor! mis ojos no lo vean:
Al leer del frontis el renglon postrero
La esperanza y el gusto ya flaquean.
Marin, *Sanz* ó *Muñoz* son mal aguero,

Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro incivil y chapucero.
Crecen á cada paso las mohinas
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas.
Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pie y medio que al Mecenas
Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.
Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y Bachiller por Lugo ó por Athenas.
No menos arrogante é inmodesto
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.
Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de agenos andrajos mal zurzidos
Formas un libro ingerto en porra ó sable;
Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.
El estilo y la frase inculta y fea
Ocúpa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber qué lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.
¿Por qué nos das tormentos tan atroces?
Habla, bribon, con menos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.
Habla como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesion de boquilobo
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.

Perdona, Lelio, el descortés arrobo
Que en llegando á este punto no soy mío,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.
Déxame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la eloqüencia el mayor rio.
Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan qual pudiera
Belloso Geta, ó rústico Numida.
¡Y á estos respeta el Tajo! A estos venera
Manzanares y humilde los adora!
¡O ley del barbarismo agria y severa!
Preguntarásme acaso, Lelio, ahora
Quales son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas,
Quando hable *nominatim* de estos payos,
Y les ponga el pellejo como crivas.
Mas claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? ¿tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras te suplico.
Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré, que son putos, ni berracos.
Solo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.
Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina

Merecen ser llevados prestamente
  A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capaces cacuruchos
A la pimienta y á la especia fina.
  De este modo han escrito otros mas duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda exemplos muchos.
  En sus versos Lucilio no perdona
Al consul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.
  Ni Lelio adusto, ni Scipion severo
Del Poeta se ofenden, aunque mage
A Metelo y á Lupo en su mortero.
  Qualquiera sabe bien, aunque sea page,
Que Horacio con su pelo y con su lana
Satiriza el pazguato y el bardage.
  Y entre otros á quien zurra la badana
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo rana.
  Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes:
  El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados;
Como pudiera el mismo *Cañizares.*
  Persio á todo un Neron tiró bocados,
Y sus concetos saca á la vergüenza
A ser escarnecidos y afrentados.
  Juvenal su labor así comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
  No solo la Theseyda le es muy dura,

A Télefo y á Orestes spiritado
Tambien á puros golpes los madura.
Con esto á sus autores hunde un lado
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,
Y una pierna á Mathon el Abogado.
Con libertad en fin pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á quantos lee la cartilla.
Y por si temes que me falte asilo
En exemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en bilo.
Cervantes el divino viagero
El que se fué al Parnaso piano piano
A cerner escritores con su harnero;
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á Lofraso de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.
De Arbolanches descubre el genio tonto,
Nombra á Pedrosa novelero infando,
Y en criticar á entrambos está pronto.
Sigue el pastor de Iberia autor nefando,
Y el que escribió la pícara Justina,
Capellan lego del contrario bando.
Y si este libro tanto se acrimina;
¿Qué haria si al *Alfonso* aspero y duro
Le pillase esta Musa censorina?
Otros mas con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les hace el satírico conjuro,
Aunque implicitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mescolanza,
Qual es el Garcilanita ó Timoneda

Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza;
Cernícalos que son lagartigeros
No esperen de gozar las preeminencias,
Que gozan gavilanes no pecheros.
Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y á vista de tan nobles exemplares
Ten los rezelos por impertinencias,
Y escusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ellos los pulgares.
Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.
No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan solo en la censura
Del escritor, que cree cojo ó manco.
Con igual gusto, con igual lisura
Dará elogios humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura.
Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso
¡Pero ó quán corto que es el bando ilustre!
¡Quán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi justa crítica se frustre!
Ya ves que impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre, no á la fama.
Y así no estrañes, no que en mis extremos
Me muestre mas sañudo que apacible,

Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
   La vista de un mal libro me es terrible;
Y en mi mano no está; que en este caso
Me dexe dominar de la irascible.
   Dias ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso.
   Si tú en tus cobardias siempre fijo
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo; quien lo dixo.
   De aquí en adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar y cayga el que cayere;
Y en vano es detenerme y predicarme.
   Y si acaso tú ó otro me dixere,
Que soy semipagano, y corta pala,
Y que este empeño mas persona quiere;
   Sabe Lelio que en esta cata y cala
La furia que me impele, y que me ciega,
Es la que el desempeño mas señala:
   Que aunque es mi Musa principiante y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos.

EL DEUCALION.

POEMA

De D. Alonso Verdugo de Castilla, Conde de Torrepalma.

La horrenda historia del undoso estrago,
Castigo universal del orbe entero,
Y de su acervo fin terrible amago,
Repite, ó Musa, si al idioma Ibero,
Si á la bética lira, si al alhago,
Del sonante rima lisongero,
Como inspirastes al cantor latino,
Grata concedes tu favor divino.
Y tú del numeroso Apolo, en tanto,
De Mercurio eloqüente alto museo,
Suspende para oir mi humilde canto,
A la lira la accion, ó al caduceo:
Perdone el fuego á la copela, en quanto,
Sobre el agua cruel pendiente veo
Tu piadosa atencion, mientras conoces,
Que escorias son de tu crisol mis voces.
Ya la indignada Astrea abandonaba
Ultimo numen el iniquo mundo,
Y ya la férrea edad aprisionaba
Entre muros el antes errabundo
Pueblo, ya mal sufridos levantaba
Sus tronos la ambicion, y del fecundo
Tronco de la impiedad y la malicia
Brotaba la licencia y la injusticia.

Tiránico el poder, las leyes muertas
Venerado el delito, el culto vano,
La piedad falsa, las cautelas ciertas,
El trato fraudulento, el juicio insano,
Erraba el mundo; y á las altas puertas
Del claustro de los Dioses soberano,
Llamaba con igual desasosiego.
La impía queja y el devoto ruego.

Jove la exêcracion mas que el gemido,
Atónito escuchó, y el indignado,
Rey del etéreo Olimpo conmovido
Los dioses junta atento y alterado:
Duda el celeste coro y prevenido
El silencio, con ánimo inflamado
Vierte en la exôrtacion que los conspira,
Así la magestad, así la ira.

"¿Hasta quando, deidades soberanas,
Su engaño el mundo seguirá grosero,
Y el contrario agitar de las humanas
Pasiones copiara sus châos primero?
¿Dónde llevan los hombres sus livianas
Mentes? ¿Qué error les odia el verdadero
Bien de la dulce paz, ó que malicia
Deprava la reciproca justicia?

La fugitiva Astrea aun no ha librado
Su pura toga del audaz insulto,
Y á su etéreo solar se ha refugiado
Reusando indignada el falso culto:
De la fé y la virtud acompañado
Se retira el honor del vulgo inculto,
Y el amor la fraterna sangre olvida,
Y en ella la inocencia huye temida.

Yace la religion: ¡qué templo, qué aras
Vió rectos humos ni sencillo ruego,
Sin que el voto sacrílego manchara
Mas que la sangre el jaspe, el puro fuego?
Ya en vez de la piedad ruega la avara
Ansia de suceder, y en culto ciego,
Hallar pretenden la deydad propicia
Cómplice de su error ó su injusticia.

Ya de los anchos términos del mundo
Todo el espacio aun es límite breve
Al humano poder, que furibundo
Tirano usurpadoras armas mueve.
Entre lagos de sangre el triunfo inmundo
Canta impio, y sacrílega se atreve,
A asaltar las esferas celestiales,
La ambicion de los míseros mortales.

Vosotros lo decid, que de la insana
Guerra sufristeis los trabajos duros,
Y (afrenta es referirlo) de la humana
Audacia recelasteis mal seguros:
¿Por ventura bastó á la soberana
Mansion la altura de sus claros muros,
Para que no intentasen los Gigantes
Escalar sus alcázares distantes?

Mirad, ó sumos dioses, profanados
Los templos en honor vuestro erigidos,
Ved en horrenda púrpura bañados,
Titubear los tronos mal sufridos:
Los inocentes lares apagados,
Con sangre ó en incendio convertidos,
Y si aun vive algun justo, opreso duda
Entre argolla servil ó espada aguda.

Ya de nuestra clemencia escarnecida
Los abusados límites ignoro,
Y temo que humillado piedad pida
Al vano mundo el soberano coro,
O que intente su audacia presumida
A los cielos borrar los astros de oro:
Tanto sufrir infama la constancia,
Y hace complicidad la tolerancia.

Si tanto se tolera, otro esta silla
Indigno ocupe, y este cetro grave
Rija con débil mano, al qual se humilla
Quanto en el seno aun del futuro cabe;
El flaco imperio entonces sin mancilla
La deydad vana de ultrajar acabe
El mundo; mas no á mí, en cuya clemencia
Pende su disoluble consistencia.

Aun se vibra en mi mano el inflamado
Trisulco, á las maldades prometido,
Que al Pelion sobre el Osa levantado
La alta mole arruinar supo esgrimido:
Aun se oye á Licaon encarnizado
Vagar las selvas con nocturno ahullido;
Y aun estremece el pardo Lilebeo,
Quando palpita exânime Tifeo.

Aun hay Júpiter, dioses: hoy os juro,
Vengados: arda en fuego portentoso
El ínfimo orbe, cuyo vulgo impuro,
La ultima pena pruebe criminoso.,,
Tal diciendo, abre ayrado el limbo oscuro,
Que es sepulcro de Encélado nubloso,
Y los adustos Cíclopes convoca
Al negro umbral de la tartárea boca.

Ya los fieros ministros fiera exiben
La enorme llama, y en la fragua etnea
Inmenso yunque prontos aperciben,
Y el sonante martillo á la tarea.
Mas en su inalteralble ley escriben
Los necesarios hados que aun no sea
Abrasada la tierra: muda intentó,
E impera igual estrago á otro elemento.

Al vago reyno del cerúleo hermano
La dominante horrenda voz convierte,
Y, ¡ó tú! dice, del líquido oceano
Grande moderador, mi acento advierte:
La forcejada rienda de la mano
Dura relaja á la quadriga fuerte,
Dexa esta vez tu reprimida saña
Correr libre por la árida campaña.

Inspira el Jove undoso la sonante
Concha, y el eco vuelve repetido
Horrisono el Triton aun mas distante,
Ronco alentando el caracol torcido:
De las tormentas préságo, el nadante
Vulgo de los delfines conmovidos
Cruza nadando; el pescador se espanta,
Truena el polo, y el golfo se levanta.

Con torpe mano apenas abrir osa
Éolo la caverna de los vientos,
Huyen silvando de la gruta odiosa,
Y empañan las esferas sus alientos;
Vierte el astro su lluvia procelosa;
Arma orion sus truenos truculentos,
Aun del aura, aun del zefiro las plumas
Perezosas ventilan negras brumas.

Muge el undoso toro levantadas
Las puntas de sus cuernos litorales,
Al repetido incurso atropelladas
Van huyendo las playas desiguales:
Las ondas prodigiosamente hinchadas,
Amenazan las luces celestiales;
Y de negro vapor lluvioso velo
A los ojos del mundo niega el cielo.

Las dulces venas de las claras fuentes,
Que bebió en riego escaso el verde prado,
Los peñascosos cauces impacientes
Rompen y el campo borran inundado:
Los viejos rios las mojadas frentes
Levantan con horrible ceño ayrado,
Y las urnas volcando, aun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca.

Con ímpetu ruinoso los torrentes
Disuelven de los montes las raices,
Envolviendo en sus túmidas crecientes
Los pueblos y los campos infelices:
Con largo miedo suerte igual las gentes
Esperan de la sierra en las cervices,
Mientras admiran su áspero desierto
De nunca vistas naves triste puerto.

Vuelve el pino á sus montes: ya la quilla
Navega el valle en que arrastró primero:
La altura en que anidaba la sencilla
Palóma alverga al tiburon roquero;
Los peces se deslizan en quadrilla,
Sobre la grama en que saltó el cordero,
El risco ya es escollo, y ya á la piedra
Cubren las algas, que vistió la yedra.

El piloto, que al fin de su jornada
Desde lejos descubre el patrio suelo,
La improvisa tormenta viendo armada
Las faenas duplica y el anhelo:
En tanto de las ondas superada,
La patria, pierde el tino y el consuelo;
Fluctúa extraño mar la propia tierra,
Y en sus techos las áncoras aferra.
Qual al cercano asilo refugiado,
Torre eminente ocupa ú alta roca,
Y del inmenso pielago cercado,
Crecer ve el agua, y ya su muerte toca:
Qual corre al templo y á los pies postrado
De ídolo colosal clemencia invoca;
Urge el peligro, y olvidando el culto,
Sube á los hombros del gigante bulto.
Qual de la erguida palma la accesible
Caña tremulo escala, qual confia
Del añoso nogal al inmovible
Tronco, y salvarse en la alta copa fia;
Temiendo solo si al embate horrible
La podrida raiz ceder podria:
Resiste por su mal firme y profunda,
Y el que nadara leño, arbol se inunda.
El viejo labrador que vió primero
De la turbia creciente arrebatada
Su pingüe siembra, su guardado apero,
Y al fin nadar su choza destrozada;
Próvido al monte huye; y el ligero
Vulgo de su familia la erizada
Altura busca, el hombro trabajado,
De la pobre riqueza mal cargado.

Guia el anciano, y de la tierna planta
Del niño la torpeza reprehende,
Mas que la fuga el riesgo se adelanta,
Ya nadie á conservar su carga atiende,
Ya del mísero viejo se quebranta
El ánimo y la fuerza; mas suspende
La reverencia al hijo, huye esperando,
La mano, el brazo, el hombro al padre dando.

Yacen baxo las aguas sepultados
Los altos templos, los palacios reales,
Y los marinos dioses admirados
Registran los ignotos penetrales,
Ya en vez de las espigas coronados,
Ve Cibeles sus frisos de corales;
Y donde tripudiaban las Bacantes,
Coros tejen las Dríades nadantes.

A las escasas cumbres retirados
Se estrechan en el último recinto,
Los que sin eleccion juntó asombrados,
Duro consorcio al ámbito sucinto:
Sin que el pastor los silve, los ganados,
Y las fieras se asocian por instinto,
En la cima, que juntos yacer dexa
El perro al lobo y al leon la oveja.

Crecen las ondas, crece la tormenta,
Y compiten la ultima esperanza
Los hombres y las fieras; ya es sangrienta
Muerte de uno la vida que otro alcanza:
Desalojar al flaco el fuerte intenta;
Sobre el fuerte el ligero se abalanza,
Huye del toro virgen temerosa,
Y otra al cuello indomado ascender osa.

El fino esposo apenas ocupada
La espalda del caballo belicoso,
Los brazos tiende á la que ya inundada
Su nombre clama en hábito amoroso:
La cadera á la esposa destinada,
Ocupa al enemigo y al dudoso
Trance, que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende.

Sobre la última roca retirada
Amante madre, al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Lo levanta á los hombros afligida;
Del miedo y de las olas perturbada
En el piélago cae desvanecida,
Y aun en la ansia letal agonizando,
Va el hijo entre las ondas levantando.

Ya las últimas cumbres inundaban
Las aguas, y al cubrirlas el mar fiero,
De míseros nadantes se escuchaban
Los roncos votos y el clamor postrero:
Con monstruosa espansion se dilataban
Las ondas de su espacio verdadero,
Y quanto mas extensas menos graves
El peso no consienten de las naves.

Del líquido sutil humedecidas,
Fluye la tierra sus innatas sales,
Y en légamo se funden derretidas
Las eminentes cumbres desiguales:
De los vientos las ondas impelidas
Forman corrientes, y ellas los canales;
Y en vehemente y vario movimiento
Muda la forma de la tierra el viento.

Solo en el vasto mar se descollaba
De laureles inmunes coronado
El bifronte Parnaso, en que bañaba
Los umbrales del templo venerado
De Temis la onda inquieta, y azotaba
Tan tormentosa el pórtico elevado,
Que al alto friso del sagrado muro
Salpicó de espumoso limo obscuro.

En poca barca prodigiosamente
Del espumoso ponto sustentada,
Escasa copia sí, pero inocente,
Afligida, mas no contaminada,
Yugo imponia á la soberbia frente
Del mar, freno á la furia desatada
Del viento, aquella de inocencia pura
Celeste inmunidad, salud segura.

Deucalion solo y Pirra por los hados,
Como inocentes raros exemplares
De virtud incorrupta, preservados
De la culpa y la ruina populares;
Entrambos de los númenes sagrados
Cultores pios, que unos patrios lares,
Un tálamo juntó, y en breve pino
Unió el amor y conservó el destino.

Puerto feliz al leño zozobrado
Si poca tierra da la cima breve
Y mucha duda al animo turbado,
Qual debil esperanza elegir debe:
Dichoso el buque sí, pero cascado,
Mal otra vez á tanto mar se atreve,
La cumbre escasa bien se representa
Ultima en la ruina, mas no esenta.

Ya no hay contra quien armen vengativa
Su ira los cielos; Júpiter serena
El ceño torvo y la violencia activa
De ondas y vientos aplacar ordena:
El mar, cuya tormenta destructiva
Los montes disolvió, ya de la arena
No sufre el peso, y liquidando el seno
De sus aguas coagula otro terreno.

La vaga nuncia de la etérea Juno,
Tiende el gayado manto; el sol renace:
El bramido del abrego importuno
Cesa, y la nube el Aquilon deshace:
Sus ruinosos impetus Neptuno
Templa, la tierra entre las ondas nace:
Huye el mar; y ya en pardos orizontes,
La mojada cerviz sacan los montes.

Con mudo horror desde la cumbre yerta
Restituirse el mundo absortos miran,
Y con tierna memoria y vista incierta
La antigua tierra en nueva forma admiran:
Y la llanura en partes descubierta,
Ya las ultimas aguas se retiran;
Y las humedas sierras al sombrío
Valle destilan gota á gota el rio.

Llora el orbe desierto el generoso
Nieto de Prometeo, y ¡ó quán dura
Vida nos guarda el cielo, clama ansioso,
Sobre-viviendo á tanta desventura!
Nosotros solo en quanto luminoso
Febo descubre, de su lumbre pura
Gozamos noche eterna y mar profundo:
Todas las gentes cubre todo el mundo.

Sola tú, solo yo, con igual suerte,
Vivimos: en los dos la especie humana
Fallece, ó se conserva, si la muerte
Fiera nuestro consorcio no profána:
Aun con terror la triste vista advierte,
De nubes una y otra cumbre cana,
Si uno faltase ¡qué infelicemente
Seria el otro el único viviente!

Yo, si tú de las ondas sumergida
Fueses (no escuchen voz tan ominosa
Los cielos) no quedára con la vida
Ni reusára los hados de mi esposa:
Mas tú, si de la barca combatida
Caer me vieses á la mar undosa;
¿Cómo pudieras en tan triste suerte
Salvar tu vida, ni sufrir mi muerte?

Pero esta singular, esta de tantos
Riesgos mortales vida combatida,
Don generoso de los dioses santos,
Ríndase á su bondad reconocida:
Suceda la piedad á los espantos,
Y antigua religion la nueva vida
Consagre: sea adoracion profunda
El primer culto de la edad segunda.

Los dioses de los templos profanados
Y de la desolada tierra huyeron:
Los altares dexaron indignados,
Y de los tardos votos se rieron:
En el etéreo olimpo retirados
Con rostro enjuto el comun llanto vieron,
Solo Temis severa en alto templo
Al castigo preside y al exemplo.

Mas si es placable la celeste ira
Víctima ya á su enojo el mundo ha sido,
Ya tanta ruina á la piedad conspira,
Ya tanta pena el crimen ha abolido:
No en vano á su clemencia la fé aspira
Que entre sus puras leyes ha vivido:
Honremos la deydad, y escuche luego
El justo numen nuestro justo ruego.

Con medrosa piedad en el limoso
Umbral imprimen la devóta planta,
El templo en un silencio pavoroso
Obscuro asombra, é inundado espanta;
Fétido cieno, en vez del religioso
Fuego, cubre profano el ara santa:
Póstranse al frio jaspe; y así en tanto,
Con voz tímida alterna ruego y llanto.

„¡O tremendo del mundo criminoso
Inmaculado númen, de su ruina
Sola reliquia, y del delito odioso
Inevitable ultriz, Temis divina!
Si en tanto estrago cumplen prodigioso
Su indinacion los cielos, si termina
Su cólera, no sea qual contemplo,
Venganza esteril tan costoso exemplo.

Desolada la tierra, gira en vano
El sol, trayendo al mundo inutil dia,
Mientras desierto el orbe del humano
Vulgo, las focas, los delfines cria:
¿Serán estos del culto soberano
Dignos ministros en su esfcra fria?
No os falte, ó dioses, tanto sacrificio,
Porque la virtud viva, nazca el vicio.

Benignos, conservad quantos ofrece
Héroes grandes, justísimos varones,
La venidera edad, sino parece
La emulada virtud de las naciones:
Aun entre la mas bárbara florece
Rústica religion, y en pobres dones
Honra vuestra clemencia el aldeano,
Como en sus hecatombes el tirano.

¡Ojalá como supo el grande abuelo
La humana forma al barro primitivo
Dar ingenioso, y usurparle al cielo
Para llama vital su fuego activo;
Pudiera yo, imitando su desvelo,
Dar nueva gente al tiempo sucesivo!
Mas quien puede implorar clemencia, puede
Quanto el cielo á los ruegos fiel concede.,,

Calló, y de horror absorto religioso
El flevil eco hasta el silencio escucha,
Alta luz mueve el templo y el dudoso
Animo entre esperanza y temor lucha:
El duro labio aliento prodigioso
Informa; y suerte pronunciando mucha,
Así predice, articulando el viento
En frase obscura, pero en claro acento.

,,Salid, cubrid el rostro, y desceñidos,
Los huesos á la espalda id arrojando
De vuestra madre.,, Callan suspendidos
El cruel vaticinio interpretando:
Atónitos vacilan, y afligidos,
Repitiendo tal vez, tal repugnando,
Amarga suerte, la que aun no dispensa
Los patrios manes de la impia ofensa.

Rompe el silencio Deucalion ; ,,no yerra
Mi fe , dice , el misterio he descubierto;
Piadosa no inhumana ley encierra,
Las deydades no engañan ; todo es cierto:
Gran madre de los hombres es la tierra,
Huesos las piedras suyos ; si el desierto
Mundo poblar el hado así prescribe,
Piadoso y fácil modo nos exhibe.

Flamea , no ruborosa , á la inspirada
Casta propagacion el rostro zela:
La que del hombro pende desatada
La aun no virginea zona , libre tela,
Forma luego en nupciales imitada
Supersticiosos ritos , que á seqüela
Del fausto exemplo anuncian religiosos,
Copia á la prole , dicha á los esposos.

Con indecisa fé , con titubeante
Mano , á la espalda frias piedras tiran,
Y tímida la accion , el paso errante,
La paludosa tierra inciertos giran:
Aun el ánimo duda repugnante
El prodigio que obran y no miran,
Pero constante su piedad prosigue,
Y el fin, que aun esperar duda, consigue.

Vegeta el duro canto , se enternece,
Y trasmutado de interior fermento,
De órganos y de humores se enriquece,
Y al vital se prepara movimiento:
Ya de la humana forma haber parece
El primero confuso lineamento,
Qual en dudosas señas de la errante
Luna el orbe figura su semblante.

Abúltanse, y mil términos en vano,
El otra vez comun campo produce,
De vario sexô, como lo es la mano,
Cuyo tiro á viviente lo reduce:
En las perfectas formas soberano
Aflato auras vitales introduce,
Muévense, sienten, piensan, hablan, aman,
Y en pueblos por el orbe se derraman.

Las brutas formas, el calor suave,
La templada humedad, la aura fecunda
Imprimen; y la tierra aborta grave
De su primera prole grey segunda:
La fiera montaraz, aërea el ave
De los tímidos céspedes redunda;
Y semiformes los reptiles yacen,
Siendo aun parte del légamo en que nacen.

Desnuda entónces, y jamas vestida
Del antiguo verdor la tierra vuelve:
O por fatal castigo enflaquecida,
O porque el agua su vigor disuelve.
En tener frutos, en escasa vida
Naturaleza su poder resuelve,
Moderando los astros mas propicios
La fuerza en su virtud á nuestros vicios.

¡O de petréo origen prole dura,
Generacion de mármoles helada,
Cuya rebelde rigidez aun dura
En tus feroces pechos propagada!
¡O feliz tu primera compostura
De barro humilde y de alta luz formada,
En cuya masa tierna y obediente
Aun fué docilidad el ser viviente!

Pudo de piedra á hombre conducirte
La piedad de los dioses; y pudiera
A tu fria inaccion restituirte
Con pena digna su virtud severa;
Solo sus santas leyes reducirte
No pueden de hombre á justo; pues espera
Que quien lo frágil reparando enmienda,
Tambien lo duro quebrantando ofenda.

DE DON IGNACIO DE LUZAN (1).

CANCION I.

A la conquista de Orán.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el emisfero;
Las vencedoras sienes coronemos
Del sagrado laurel al que es espanto
Del infiel Mauritano, al Marte Ibero.
¿Ya para quando quiero
Los himnos de alegría, y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para quando estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe
Con las ondas suavísimas mezclado

(1) Nació en Zaragoza en 1702; y murió en Madrid en 1754.

De la Castalia fuente, el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?
Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento:
De flámulas el ayre y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla
Pálido el Africano y sin aliento:
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó ayrado la frente
De ovas coronada y de corales:
¡Quién me agovia con tanta pesadumbre
La espada? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? ¿O por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¡No soy Neptuno?
Así decia el dios: las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma:
Humildes retirabanse las olas,
Céfiro por el cielo ya sereno
Batia en torno su ligera pluma.
¿Adónde irá la suma
De tanto alado pino? Hay otro mundo
Que el español intrépido someta?
¿Hay otros que acometa
Riesgos por el océano profundo?
Si es que al soberbio ingles moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿Adónde ha de ir, sino es donde le llama

La santa fe la verdadera fama?
Estremecióse el africano suelo,
Y temblaron de Orán torres y almenas
Del formidable vencedor á vista:
En vano á la Mezquita erróneo zelo
Trae madres y esposas de horror llenas
A rogar que Mahoma las asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del leon de España,
Que vino, vió y venció; y el Agareno
Probó de susto lleno
A un tiempo amago y golpe de su saña:
Qual suele ver, no sin mortal desmayo
Rogarse en ronco trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina á un mismo punto.
Reconocen los bárbaros adarves
El ya noto pendon que se enarbola
Con armas de Castilla y Celtiberas:
Gimen de pena y rabia los Alarbes
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las vanderas.
De esquadras lisongeras
De alados paraninfos cortejada
Entra la Fé triunfante por las puertas,
Ahora de nuevo abiertas
Por el zelo de España y por su espada.
Huye del Alcoran el falso rito,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames; y bendito
El lugar profanado y templo inculto,

Vuélvese á consagrar en mejor culto.
Estas, ó noble España, son tus artes,
Al cielo dirigir guerras y paces,
Pelear y vencer solo por Christo:
Del orbe entero ya las quatro partes
Siempre invencibles discurrir tus haces
Por la sagrada religion han visto.
Por ti desde Calisto
Hasta el opuesto polo en trecho inmenso
Al verdadero Dios el Indio adora,
Y el que en la tierra mora
Donde al cruel Pluton se daba incienso.
Por ti del Evangelio arrebolada
Con mejor luz la aurora
Del Ganges sale, y por ti da la entrada
A nuestra fé la mas remota playa
Del Japon, de la China y de Cambaya.
Por ti de hoy mas el bárbaro Numida,
El de Getulia, y el feroz Masilo
Dexarán la impia secta y ritos vanos:
Renacerán á mas felice vida
Quantos habitan entre Lixo y Nilo
Abrazando la ley de los christianos.
Con tratos mas humanos
El togado Español pondrá sus leyes
Entonces al morisco vasallage;
Y parias y homenage
Recibirá de los vencidos Reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
Virtud y el nuevo trage
Aprenderá la Libia prisionera;
Y sabiendo imitar, sin otra cosa

Su misma esclavitud la hará dichosa.
Sulcará el industrioso comerciante
El libre mar Tirreno y el Egéo,
Sin temor de mazmorra ó de grillete:
¿Si diré lo que mandas que ahora cante,
O Febo, ó dexáre que lo que veo
Claro, en la edad futura otro interpréte?
El Andaluz ginete
Beberá del Cedron, el santo muro
Libertado será; y el fiel devoto
Podrá cumplir su voto,
De tiranos insultos ya seguro.
Tendrá la España, mas que un tiempo Roma,
De su imperio en el coto
El marfil Indio y el sabeo aroma
Para las aras y el sagrado fuego;
Ven, ó dichosa edad, pero ven luego...
De tu antiguo valor así no olvides
Los ilustres exemplos, patria mia,
Lejos del ocio y de estrangera pompa:
Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía
Guste solo del parche y de la trompa.
Ambos hijares rompa
Con la espuela el bridon: con pecho fuerte
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,
Y por la brecha ascienda
A buscar y vencer la misma muerte:
O aprende á domeñar del mar la furia,
O á moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dexando en guerra y paz clara memoria:

Así se sube al templo de la gloria.
Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Cancion ligera y pronta,
Ve de Orán á la playa,
Y allá tambien contigo al campo vaya
Este aplauso primero:
Y di en mi nombre al vencedor Ibero,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto,
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,
Será eterna su fama en todo el orbe.

CANCION II.

Á la defensa de Orán.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,
Bien templada la lira y nuevo aliento,
Que alcance á referir nuevas hazañas:
Ya de Orán y de Céuta las campañas
Ofrecen otra vez alto argumento,
Que renovar aplausos nos obliga.
El Africa enemiga
Ya produce otras palmas y laureles
Para adornar del español la frente.
Tú, divina Piéride, consiente
Que del furor sagrado, con que sueles
Grandes heroes cantar, y sus renombres,
A pesar del olvido entre los hombres
Inmortales hacer, pida hoy no poco:
Es justa la razon porque te invoco.
Como la generosa águila altiva,

Sobre las vagas aves hecha reyna,
Y que sirve al tonante el pronto rayo,
Si de su arrojo en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peyna
Y erguida la cerviz su furia aviva;
En vano ya cautiva
De la garra feroz silva y forceja,
Que el ave, uñas y pico ensangrentada,
No suelta mas la presa, y remontada
Por la region suprema el vuelo aleja,
Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;
Y destrozado en desigual combate,
Palpitando algun miembro en tierra yace,
Lo demas en el ayre su hambre pace:
Así la osada juventud de España
Contra el Moro obstinado ahora defiende
Las conquistas debidas á su brio.
En vano el ya perdido señorio
La descendencia de Ismael pretende
Recobrar con la fuerza ó con la maña.
Veráse la campaña
De Marruecos, de Argél y Terudante
De púrpura teñida y rios rojos:
Revolcarán los bárbaros despojos
Al mar del mediodia y al de atlante,
Destinados juguete al Euro y Noto:
Quando despues sulcare algun piloto
Las playas, hasta donde fué Cartago,
Conocerá en los huesos el estrago.
Es dificil empresa al enemigo
La firmeza vencer de tales pechos,
Que honra solo, valor y fé respiran:

Ya vulgares exemplos no se admiran;
Ya del brazo español no salen hechos
Sin conducir la heroycidad consigo.
Del infeliz Rodrigo
No dura mas el ocio y muelle trato:
Entre noble vergüenza y rabia lucha
Qualquiera de nosotros, quando escucha
El nombre pronunciar de Mauregato.
Ya en defender circunvalado muro,
Con varia muerte es del Ibero duro
Propio, inato el teson, del qual arguyo
Que seria obstinado, á no ser suyo.
¡O Cantabria feroz! ¡O de Sagunto
Inflexible valor! ¡O gran Numancia,
Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!
Siempre que se renueva la victoria
De nuestra heroyca indomita constancia
Falta voz á la fama en tal asunto.
Quando el estremo punto
Llegó del hado, el fiero Numantino
Al fuego se arrojó de rogos varios,
Dexando admiracion á los contrarios;
Trofeos no, que el vencedor latino,
Cuyo valor no en vano se eterniza,
Solo pudo triunfar de la ceniza:
No haga otra gente de constancia alarde,
Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.
Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo,
Que en las dehesas de Jarama pace.
¿Acaso alguno vió jamas que nace
Del águila feroz triste cuclillo,

Nocturno buho, ó palomita tierna?
Como en cadena eterna,
Se eslabona el valor, y la prudencia
Se infunde al español de sus pasados:
De aquellos ascendientes celebrados
Esta nació valiente descendencia,
De quien ahora tiembla el Mauritano:
Despues vendrán, y no lo espero en vano,
Emulandose en glorias y en efetos
Los hijos de los hijos y los nietos.
  Cancion, si yo pudiese, bien querria
Hacer de modo que tu voz oyese
La zona ardiente, la templada y fria;
Y que en tus alas fuese
La fama de mi patria y sus trofeos
A los pueblos del Indo, á los Sabeos,
A los de Arauco, Tauro, Eda, Erimanto,
Pero no son tus alas para tanto.

CANCION III.

Leida en la Academia de las Nobles Artes año de 1753.

Ya vuelve el triste invierno
Desde el confin del Sármata aterido
A turbar nuestros claros horizontes
Con el ceñudo aspecto, y faz rugosa,
Con que á influxo de la osa
Manda intratable en los Rifeos montes,
Y en la Zembla polar; donde temido
Señor de eterna nieve, y yelo eterno,

Con tirano gobierno
La entrada niega á todo trato humano:
El piloto olandés se atreve en vano,
Avido pescador del ceto inmenso,
A surcar codicioso
El piélago glacial : el frio intenso
Pára su rumbo, y dexa riguroso . . . .
En remota region lejos del puerto
La quilla inmoble, el navegante yerto.
La hermosa primavera
Desterrará al invierno, coronada
La bella frente de jazmin y rosa,
Qual iris que en las nubes aparece:
Se alegra y reverdece
A su vista la tierra, y olorosa
Recrea los sentidos., revocada
La lozanía, y juventud primera.
Poco antes prisionera
La fuentecilla de enemigo yelo
Ya entonces libre fertiliza el suelo,
Y nuevas yerbas alimenta y cria:
Robles, hayas y pinos,
Vuelven á hacer la selva mas umbría;
En tanto al ayre mil suaves trinos
Esparcen las canoras avecillas,
Mas agradables, quanto mas sencillas.
Sucederá el estío;
Y el can fogoso, y el leon rugiente
Marchitará la verde pompa y flores,
Y agotará á la fuente sus cristales:
Así bienes y males
Mezcla próvido el cielo: moradores

Hay en la fria zona, hay en la ardiente
Sufriendo extremos de calor y frio.
Su vario señorío
Exerce en todo la inconstante suerte:
Nace sujeta á sucesiva muerte
Cada estacion: murió la antigua gloria
De Roma y de la Grecia,
Cuyas soberbias ruinas y memoria
Tanto la fama lisongera aprecia:
Que al impulso fatal de las edades
Mueren tambien los Reynos y Ciudades.
Solo la virtud bella.
Hija de aquel gran padre, en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna:
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Qual contra firme escollo inutilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas: ella
Como la fija estrella,
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Quando mas brama el aquilon, y el noto,
Al puerto guia nuestro pino errante.
Quien con esto se acuerda
De envilecer su plectro resonante
Donde de vista la virtud se pierda?
O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y mas de estrago?
No, no; lejos aparte
Apolo del Parnaso error tan ciego,
Y en sus sagrados bosques no resuene
Sino pura armonía, y casto acento:

Con severo instrumento
Calzado el gran coturno, el ayre llene
De trágico terror Leghinto, el griego
Canto emulando en sencillez y en arte:
Yo cantaré de Marte
Las heroycas hazañas, que gloriosos
Acabaron los hijos generosos
De nuestra España, y llenaré la esfera
De aplausos de su fama:
Y sin ser por afecto lisongero
Mi voz, creciendo la apolínea llama,
Me oirán remotos climas admirados
Celebrar nuevos hechos ignorados.
Mas Fébo en este dia
No me permite, que de Marte ayrado
Cante las obras, y el furor horrendo,
Ni estragos tristes de sus armas fieras.
Cedan palmas guerreras
A pacífica oliva, y el estruendo
Militar se convierta mejorado
En apacible métrica armonía.
A ti la lira mia,
Noble Academia, hoy se consagra solo;
A ti me manda celebrar Apolo,
Y que á tus bellas hijas floreciente
Corona texa amiga
La Poesía, para ornar su frente,
Premio no vil de toda su fatiga:
Lo que no puede el oro el verso puede,
Que el dar eterna fama á todo excede.
La luz y sombras dieron
Feliz principio y ser á la pintura;

Creció su gracia el vario colorido,
Y el arte del escorzo y perspectiva:
Solo el tacto en la viva
Imitacion de objetos lo fingido
Puede reconocer, y la estructura
Que artificiosas lineas compusieron.
Quanto los ojos vieron,
Quanto ideó la fantasía, fieles
Imitadores copian los pinceles,
A un lienzo dando bulto, alma y acciones;
Y con arte que admira,
Movimientos, afectos y pasiones
De gozo, de dolor, miedo, amor, ira;
Y si le falta hablar, la vista duda
Como tal perfeccion puede ser muda.
Con cincel primoroso,
Noble Escultura, igual sabes los duros
Mármoles animar; y afecto blando
Diestra inspirar en modelados bustos.
Tus palacios augustos,
O grande Arquitectura, levantando,
Arcos, teatros, y soberbios muros,
Sabes tu nombre eternizar famoso.
Aun del Rodio Coloso
Dura la admiracion, y la romana
Gente ensalza al autor de la Trajana
Coluna: aun vive el nombre de Lisipo:
Aun vive Apeles, claro
Amigo del gran hijo de Philipo;
Y viven á pesar del tiempo avaro
Praxiteles, y Zeuxis, y el que quiso
Todo el arte apurar en su Yaliso.

¿Pero á que fin la achêa
Fama me acuerda nombres y memorias
De antiguos siglos, quando ya los cielos
Me ofrecen nuevo asunto en nuestra Iberia?
El arte á la materia
Excede con primores y desvelos
En este real albergue, en quien las glorias
De España cifra una ingeniosa idea.
Tal es justo que sea
La esfera y centro de sus grandes Reyes;
Para dar desde aquí suaves leyes
A los dos obedientes emisferios.
Aquí al vivo esculpidos
Por el cincel de artífices esperios
Respiran Reyes siempre esclarecidos;
Y el primero es Fernando, en cuya guarda
Ruge un leon, y su señal aguarda.
¿Mas qual tan peregrina
Fábrica suntuosa se levanta,
Obra de docta mano? ¿A quién dedica
Un magnífico zelo el nuevo templo?
De tan devoto exemplo
La universal aclamacion publica
El intento piadoso, y de la santa
Educacion los frutos adivina.
A aquel que de la Alpina
Grey fué pastor zeloso, al grande Sales
Consagra estas memorias inmortales
De una gran Reyna la piedad profusa.
Permite que en tus sienes
Entrelace, Señora, humilde Musa
Esta yedra á los lauros que ya tienes,

En tanto que con plectro mas sonoro
Se ocupa en ti todo el aonio coro.
Sagrado Evangelista,
Tambien tus aras renovadas veo
Por artífice diestro, que reduxo
Lo hermoso, y grande á limitado giro.
Allí igualmente admiro
Al pincel español, cuyo dibujo
Ilustre hazaña y militar trofeo
Del gran Felipe acuerda á nuestra vista,
A Samuel y al Salmista
Rey al ungirse otro pincel colòra;
Y al santo Apóstol que la España implora
Por su patron, en la feliz orilla
Del ibero y el sacro
Principio de la antigua alma capilla,
Y el pilar, y divino simulacro
Al fresco esprime, y como todo á vuelo
Al suelo Aragones se viño el cielo.
Nieto del grande Albano,
A quien Minerva y Marte belicoso
Guian de la virtud al arduo templo
De claros ascendientes por las huellas;
Tú tambien á las bellas
Tres nobles artes con ilustre exemplo
Amparas y proteges, y oficioso
Tiendes en su favor la amiga mano.
Y tú, que pio, humano
El Imperio Español en paz estable
Riges, sexto Fernando, admite afable
Agradecidos votos que te ofrecen
Las artes decoradas:

A ti las ciencias, que á tu influxo crecen,
A ti invocan las Musas, y alentadas
Con tu piedad, de flores de Helicona
Van texiendo á tu frente otra corona.
Suspende aquí tu vuelo
Cancion, no quieras remontarte tanto;
Es muy débil tu voz, inculto el canto
Para tan alto empeño: al Dios de Delo
Cede la empresa; él solo
Con cítara divina
Sabrá esparcir del uno al otro polo
El nombre de Fernando, y celebrarle:
Tú con respeto húmilde te avecina
A su real trono, y pues para elogiarle
Tu amor ni voces, ni conceptos halla,
Póstrate á tu señor, ámale y calla.

CANTO ÉPICO.

LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS.

De D. Nicolás Moratin.

Canto el valor del Capitan Hispano,
Que echó á fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones:
El que holló el ancho Imperio Mexicano
A pesar de tan bárbaras naciones:
Empresa digna de su aliento solo,
Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.

Y tú, sacra Piéride, si alguna
Hay en Parnaso por feliz destino,
Que á engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno;
Mi pecho enciende en llama qual ninguna,
Vierte en mi labio cántico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

Dictame, Musa, cómo ya arrollado
El Mexicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impuso al bárbaro sangriento;
Y como á Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las indianas flotas.

Aquí ostentaba su milicia un dia
Con pompa y gala, y en vistoso alarde
Asombra la feroz caballería;
Tal es el fuego que en los brutos arde:
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde:
Tocan clarines, y las caxas suenan,
Mares y playas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el ínclito guerrero,
Sandobal digo, en un caballo armado,
Monte parece de bruñido acero,
Apénas por su dueño sujetado:
Ancho pavés sin cifra ni letrero,
Y el peñasco de Amaya relevado,
Solar de su linage; y por decoro
La vanda negra sobre campo de oro.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel, cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas:
El escudo en triángulos cortado
Muestra las roxas vandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro
El Ave de Gabriel quitada al Moro.
Y Juan Velazquez de Leon movia
Un valiente caballo, y con la espuela
Le aflige, y con el freno le oprimia,
Sonándole la espada en la escarcela:
Yelmo con tembladora argentería,
En cuerpo y en el ristre la arandela:
En él encuentra la razon abrigo,
Deudo Velazquez, y Cortés amigo.
Un Leon roxo por blason ponía
En sus quarteles con dorados marcos,
Jactándose con él, que descendia
De los Leones de la casa de Arcos:
Una soberbia alfana, cuya cria
Vió el mar nacer en los veleros barcos,
Sedeño el rico á paso lento lleva,
Y un negro asido á la nielada greva.
Y tú, Morla, tambien en blanco armado
Vas escaramuzando largo trecho
Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho:
Pacheco un vayo arremetiendo alado,
Muestra, corriendo al General derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Blason de los Señores de Villena.

Ya desfilaba con mover ayroso
Saucedo, tierno jóven rubicundo,
Que él qual otro no fuera mas hermoso,
Ni pasó tan gallardo al Nuevo Mundo:
El mirar de un Adonis amoroso;
Y uniendo á lo galan lo furibundo,
Va con escarces, vueltas y reveses
Sobre un potro alazan de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada
De trasflor, y sutiles caniquíes,
Mostrando rica tela nacarada
Con broches y alhamares de rubíes:
Cadena de labor muy extremada,
Y mangas de almayzares tunecíes,
Vergel de muchas y diversas flores,
Y el lazo del codon de mil colores.

En un rucio rodado muy brioso
Sale Escobar con malla y finos antes:
Y en un caballo negro poderoso
Villarroel con ojos centellantes.
Celebrará mi verso numeroso
Tus hechos, y las armas radiantes,
Con que, ¡ó diestro Dominguez! tú reluces,
Domador de caballos andaluces.

Admira tan lucida cabalgada,
Y espectáculo tal Doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna, y belleza peregrina:
De la injuria del clima reservada,
Y del color del alba matutina,
Muestra que herir bien puede el pecho humano
Cupido con harpon americano.

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo:
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo;
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en ayroso nudo,
Reyna parece de la indiana Zona,
Varonil y hermosísima Amazona.

Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardía;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendia:
El paso adelantó determinada
Acia el casto Aguilar, que allí venia,
Primero haciendo en muestras de obediencia
A Cortés su Señor la reverencia.

Y inquieta dice: ¡ó noble compañero!
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este exército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante:
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante:
Dí, acaba: y Aguilar se sonreia
De ella, y con la alta permision decia.

Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
Vive en quietud, y así á la guerra viene:
Mírale quan robusto y corpulento,
Cómo cruze la lanza y la sostiene
Con la ancha cota de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.

Náxera es aquel rubio Riojano,
Diestro en la esgrima : aquel otro García;
Y el que sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloría,
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano
Tanto arrebata en célica armonía,
Que estar mas que la Tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado Madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces al Moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas:
Mira en la suya el muro Malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas
A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquizeles.

Soto el de Toro, Olea el de Medina,
Son aquellos que ves : aquel portillo;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro ínclito caudillo:
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tormes entre juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola,
La celebrada Atenas Española.

Mira aquel batallon de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el Frances en Italia le temía,
Quando el gran Capitan le vió á su lado:
Farfan es aquel alto que blandía
La pica, y de su patria amartelado,
Se va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados
Con pistoletes, lleno de osadía,
Es Mesa el montañes, que sin cuidados
El maneja un cañon de artillería:
Usagre y Catalan van á sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregona
La invencible nacion de Barcelona.
Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al Alcarreño Xaramillo:
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Sí ¡ó Cacica! permíteme el decillo:
Aquel que allí esquadrona los soldados
Es el fiel Bernal Diaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Qual César, con la pluma y con la espada.
Prosiguiera Aguilar; pero venía
Batiendo el acicate de ambos lados
Mercado en una remendada pia,
El mas niño de todos los soldados:
Por su doncel al General servia,
Apartaba los Indios apiñados,
Diciendo plaza á infinidad de gente,
Plaza, que pasa el General al frente.
Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabucería,
Que hasta México el eco fué bramando:
Atruena la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando:
Corral, Volante con Rangel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés:: ¡Divina Clio,
Tu alto influxo mi espíritu levante!
¿Quién jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso Capitan triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra á su exército delante!
¡O qué valor que ostenta y qué nobleza!
¡O quánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería
Evillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, á quien parece
El arnes con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Qual fúlgido cristal resplandeciente,
Con plumages y airon empenachada,
Que el céfiro alagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente:
Música forman, guarnecidas de oro
Templadas piezas, al cruxir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio ayrosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelve las vislumbres duplicadas:
Roxa vanda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturon, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero,
Parece de un limpísimo diamante:
Esculpió en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un Leon rapante,
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida,
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz arremetida,
Hace corriendo que al impulso cruja,
Quando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazan tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultrage
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipage:
De ormesí recamado el paramento,
De seda y oro y borlas el rendage,
De bronces entallados la estribera,
Zafiros y balages la testera.

El soberbio animal la crin estiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el ayre enciende,
Y indómito y ufano se pompea:
En quanto, ¡ó Betis! tu raudal comprehende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Cortés recorre así los esquadrones
Con vivos ojos, plácido semblante,
Siendo por ademan y por acciones
A cosa mas que humana semejante:
Y afable dice: ¡ó fuertes Campeones!
¿Quál órgano mortal será bastante
A cantar tanta hazaña celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada!

Hércules nuevos, de portentos fieros
Habeis triunfado con asombro mio:
No ignore España, ilustres compañeros,
Quanto la ensalza vuestro heroyco brio:
¿Quién serán los audaces mensageros,
Que el mar salado por el norte frio
Corten el sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas á Castilla?

Y al Rey D. Cárlos, al Monarca Hispano
Refieran esta accion tan señalada,
Y como tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero, como el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere heroycos pensamientos
A pesar de enemigos elementos:

Y que triunfando de él y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves Españolas,
Y el simulacro con escarnio eterno:
Y en el rio tambien de Vanderolas,
A Grijalba siguiendo su gobierno,
Tomamos puerto en la obstinada tierra,
Que el paso defendió con cruda guerra.

¡Y quién ha de callar la memorable
Batalla de Tabasco y gran conquista,
El poder de los Indios formidable,
Su arrogancia increible por no vista?
¡Y cómo el tren de gente innumerable
A los campeones que la cruz alista
Humilló al fin la indómita cabeza,
Y el bárbaro teson de su braveza?

Contad los arcos y las armas fieras,
Los escudos con fuegos abrasados,
Y que besan naciones tan guerreras
Los pies del Rey católico sagrados:
Los Cempoales de largas cabelleras
Los de las sierras, con el dardo osados,
De Cimpacingo y Quiabislan, que ataques
Sufren con los robustos Totonaques.

Decid, en fin, que al fuerte y poderoso
Emperador de Ocaso Motezuma,
A quien su inmensa México en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á vedar el horroroso
Holocausto en que al ídolo perfuma
Con víctimas humanas, y anhelantes
Corazones, y entrañas palpitantes.

Dixo: y á todos tímido recelo
Mas que la guerra la respuesta ataja;
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja:
Y al mar cubriendo su ceruleo velo,
Desde Cuba al Darien de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa
Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,
Lleno de carmesí plumageria,
Con flecos en el verde mosquitero
Montejo estaba audaz con ufanía:
Y volviendo al galan Portocarrero,
Que en un rucio rodado le seguia,
De coracina y fuerte lanza armado,
Carpetas y gualdrapas de brocado;

Joven, le dixo, si dexar la guerra
Pareciere vileza y cobardia,
No ya por las delicias de mi tierra
Esta abandono en tan urgente dia:
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadia,
Serán respuesta al que decir intente,
Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,
Rompiendo de Velazquez las armadas,
Bararé con mis buques presurosos
De España en las riberas apartadas:
Mas si tú con alientos generosos
Seguirme quieres, y las alteradas
Hondas surcamos en nadante pino,
La fama nos dará blason divino.

Estremecióse el generoso mozo
Con ansia de la gloria concebida,
El rostro enciende, donde el blando bozo
Muestra la tierna juventud florida:
Y dice: la nobleza de que gozo
Sabes bien: ves mi empresa conocida,
Con escaques azules saquelada,
Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,
¿Cómo presumes que el seguirte dexe
En las dificultosas ocasiones?
Contigo muera, y no de ti me aleje.
Dixo, y se derribó de los arzones:
Montejo sin saber qué le aconseje,
Le abraza afable: los caballos dieron
A sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados:
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados:
Del mensage dificil razonaban,
Quando ofrecen los dos determinados
Llevarle al Rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.

Entonces de contento alborozado
Torres el veterano exclama: ¡ó cielo!
Y ¡ó deidad! que en tu auxîlio se ha fiado
Mi patria con solícito desvelo!
No está el brio Español tan apagado,
Ni aun en tal clima y tan distante suelo,
Quando aun se admira entre enemigas gentes
Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Así diciendo el venerable anciano
Con lágrimas ternísimas lloraba:
Muestra el cabello baxo el yelmo cano,
Y sollozando apenas pronunciaba:
Con la antes fuerte y ya trémula mano
Ciñe sus cuellos, y sus rostros lava,
Palpandoles con amorosas muestras
Los fuertes pechos, y robustas diestras.

Y ¡ó mancebos fortísimos! decia,
Id á la dulce España, á quien no espero
Ver ya jamas, que al templo de María
Mi ultima edad sacrificarla quiero:
Y al punto del alto hombro desprendia
El rico tahalí, que en trance fiero
El quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza
Al Malique Alabez, ganando á Baza.
Este que en perlas y esmeraldas orna
Le da al mas jóven con luciente espada
Mallorquina: á Montejo luego torna,
Y al morrion quitó fuerte lazada:
Con él la frente en otro tiempo adorna,
Le dice, Boabdelí Rey de Granada,
Que el Alcayde prendió de los Donceles,
Terror de los Zegríes y Gomeles.
Abrázanlos esotros Capitanes,
Y los despiden amorosamente,
Y con el fruto traen de sus afanes
De Motezuma el bárbaro presente:
Cortés con amistosos ademanes
Les fia su justicia, y reverente
Al caro padre y tierna madre envía
Dones, que ya por muerto le tenia.
Ya parten los dos inclitos guerreros
Con ansia de la fama presurosos:
Ya les dan los amados compañeros
Mil dones de la América preciosos:
Adornados de vandas y plumeros
Tremolaban galanes y animosos
De oro en Bilbilitanos capacetes
Garzotas entre blancos martinetes.

Todos los acompañan al navío,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando:
Al canal de Bahama y su baxío
Está la vista y proa enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.

Quando el rabioso espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales:
El centro infiel del báratro se hiende,
Pues ya se ven patentes las señales,
Que larga edad se están allí temiendo,
Con el rezelo al Orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama habia,
Que la gente Española vencedora
Al católico yugo humillaria
Las gentes del Ocaso y de la Aurora:
El Príncipe infernal, que ya veia
Cumplirse los pronosticos ahora,
Concilio horrendo de la negra gente
Llama, y habló con cólera impaciente.

¿Con que no solo habeis de ser vencidos
Del alto Arcángel, que brilló en luz pura,
Sino de hombres infames abatidos,
Sino (¡qué horror!) de humana criatura?
¡O espíritus eternos, que atrevidos
Fuisteis al hacedor! ¿temeis su hechura?
¿Sufrireis con ultrage y vituperio
Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio?

¡Mas ay! que ese mancebo el mismo dia
Que nacer vimos al Saxon Lutero,
Le vió España nacer con ansia mia,
Pues pierdo en él quanto en esotro adquiero:
Visteis con quan escasa compañía,
Mísero, fugitivo, y comunero,
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.

Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Víctima le hago á un tiempo y delinqüente,
De vida eterna y temporal le privo:
Y ya templo consagra reverente
A esa Madre del Hijo de Dios vivo,
A esa muger, que lo es aunque divina,
Y á quien mi frente á mi pesar se inclina.

En ella estriba todo el gran denuedo
De la Española intrépida osadía:
Ella al Indio cruel dió espanto y miedo;
Porque sin ella España qué seria?
Ya miro que la fé de Recarédo
Alumbró los antípodas del dia,
Y el Sacerdote (asombro allí no visto)
Baxa á sus manos con su voz á Christo.

Con pacíficos ramos en hilera
Los soldados cantaron el *Hossana*,
Con tal seguridad qual si allí fuera
La Basílica insigne Toledana:
Y presaga la mente verdadera,
Ya ve que la soberbia castellana
Va por su Rey y Religion triunfante
A hacer portentos, que al infierno espante.

¡Ay, que ya me parece que mirando
Estoy encadenado á Motezuma
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suma!
Mil naciones humildes tributando
Adoracion con oro, aroma y pluma:
¡Tremendo Dios! ¡Tanto favor á sola
La soberbia fierísima Española!

Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros, quando al alto asiento
Del mismo Dios clamamos con furores:
La grande empresa excite nuestro aliento,
De ellos mismos nos valgan los rencores;
Pues para España no hay en la campaña
Mayor contrario que la misma España.

Mientras Narvaez á impedirlo llega
Hinchendo el leste su volante lona,
Con sedicion amotinada y ciega,
Arda en tumulto el pueblo de Belona:
Dixo: y al punto el báratro se entrega
A horrenda confusion: gimió Gorgona:
Silvan y braman monstruos diferentes
De chimeras, dragones y serpientes.

No de otra suerte, ó con menor estruendo,
Desgajándose el polo centellante,
Su clara luz el cielo obscureciendo,
Rebentando el infierno horror tronante:
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
Temblarán cielo, tierra y mar profundo
En la profetizada fin del mundo.

Mas ya Portocarrero las amarras
De un tajo rompe, al piélago sonante
Los lleva el viento, ondean ya las garras
En las banderas del Leon rapante:
El rumbo anhelan de Españolas barras,
Y á lo lejos el peto relumbrante
Muestra Montejo, y izan presurosos
Dexando largos surcos espumosos.

Con lágrimas los siguen y gemidos,
Y el buen viage gritan desde tierra:
Los tósigos de Averno enfurecidos
En los ánimos flacos hacen guerra:
Grado con los Peñates atrevidos
Mal en el pecho su furor encierra:
Junta en corrillo el vulgo baxo y fiero,
Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

¿Y hasta quando, infelices, les decia,
Durará vuestro engaño? ¿y hasta quando
Creereis la temeraria altanería
De ese imprudente, á quien le dais el mando?
No es valor la frenética osadía,
Ni el ir á un mundo entero contrastando
Con tan corto esquadron, que aunque triunfemos,
Que crédito le den no lograremos.

Ya sé que el Macedon, sé que el Romano
Venció batallas é infinitas gentes:
¿Mas qué exército impulso dió á su mano?
¿Y qué preparativos diferentes?
No negaré el esfuerzo castellano,
Supondré á los contrarios no valientes:
¿Mas qué espiritu basta á la defensa
De quien resiste á multitud inmensa?

Finja el caudillo que animados troncos
Volcais qual la segur en la montaña,
Y que su antara y caracoles roncos
Ni á la venganza incita, ni á la hazaña:
Que son cobardes, bárbaros y broncos,
Que el fulminante azufre los engaña:
Que qual centauros juzgue su rudeza
Hombre y caballo todo de una pieza.

¡Mas cómo negará la muchedumbre
Temible, que á flechazos descendiendo
Sobre nosotros, hizo ya costumbre
De las bombardas el terrible estruendo?
¿Ni el impulso y tremenda pesadumbre,
Que muestra el que evitó su fin horrendo
En roto escudo y abollado casco
De las fuertes macanas de Tabasco?

Y quando el clima y la naturaleza
Contra nosotros mismos no se armára,
¡Quánta ventaja lleva la fiereza
Del Indio montaraz y astucia rara!
¿Quién ignora el exército y grandeza
De Motezuma atroz, que ya prepara
A sus deidades en banquete infausto
De nuestros cuerpos hórrido holocausto?

¡Ay quánto afan y muerte nos espera!
¡Y quán pocos á España volveremos!
Ya experimentareis el alma fiera
De Quauhtemuch, su furia y sus extremos:
De Miscuac, que un cayman trae por cimera,
Tarde el ímpetu audaz conocerémos:
Y es, si acaso triunfamos, solamente
Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo vi á Theutile y Pilpatoc severo
Cómo volvió la espalda, despreciando
Al mismo Hernan Cortés: sé que guerrero
Se arma en Tlascala innumerable bando:
Ni el estender el culto verdadero,
Ni el gran deseo de humillar al mando
Del Monarca Español la tierra opresa
Disculparán tan temeraria empresa.'

¡O locura! ¡Los Moros Africanos,
Ricos, vecinos, Moros y valientes,
Infestan nuestras costas, y lejanos
Venimos á vengarlo en otras gentes!
Sin trabajo, ¡ó famosos Castellanos!
Mil Reynos les tomáramos potentes;
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,
Que lo que allá costára el conquistarlos.

¿No es afrenta del pueblo bautizado,
Que esté en prisiones la sagrada Helia,
Habiendo él con sus armas ya llegado
Hasta el Nadir, y el túmulo del dia?
Allá sí que católico soldado
Con fé valiente desalojaria
De tu muralla el bárbaro gentío,
Santa Jerusalen, el brazo mio.

Mas si Cortés tan imposible hazaña
Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia,
Pues no es razon de la lealtad de España,
Que así se abuse en tanta contingencia:
Ciega esperanza al corazon engaña,
Pero sepa enmendarlo la prudencia:
Seguidme, dixo, al mar: grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como quando en la octava maravilla
Del grande Escorial tan celebrado
Se mueve el coro, donde el arte brilla,
Al furioso uracan desenfrenado:
Tiembla el panteon, la altísima capilla,
Y estupendo cimborio agigantado,
Por los claustros bramando el ayre zumba,
Y el pórtico magnífico retumba;

Así la zuiza militar en tierra,
Y á bordo la marítima zaloma
Se escucha con motín y civil guerra,
Y oculta rebelion al rostro asoma.
Cortés, en cuyo corazon se encierra
Valor, á quien ningun peligro doma,
Las filas corre, y lleno de osadía,
Compañeros heroycos, les decia:

¿Qué es esto, generosos Españoles?
¿Qué es de vuestro valor? ¿qué estoy oyendo?
¿Vosotros sois de la milicia soles?
¿A vuestro brazo el orbe está temiendo?
¿Con que vuestras mesanas y penoles
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo?
¿Con que osasteis lo mas con alma presta?....
¿O despreciais lo poco que nos resta?

Pues no lo despreciéis, que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algun dia:
¿El riesgo apeteceis de las campañas?
¡Qué propio en la española valentia!
Ya me dareis albricias por extrañas
Empresas, que hollará vuestra osadía:
La fama con excelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiracion y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brio,
Ni olvido tanta hazaña celebrada:
¿Dónde está, donde, aquel soldado mio,
Que á Maila dividió su ardiente espada?
¡O el que en el espantoso desafio
Con Tumpoton de maza barreada
De una estocada, en que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra?
Aquí estais todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero:
Vamos, dixo, á vencer. Mas los noveles
Se arremolinan en tumulto fiero:
Con las dagas hiriendo en los broqueles
Insta por Cuba el vulgo vocinglero,
Crece en las voces el teson y instancia,
Y en el caudillo invicto la constancia.
Bien como quando el mar embravecido
Se altera, se entumece y alborota,
Y de uno y de otro viento compelido
De la alta Gades la muralla azota:
A cuyo choque, aunque tan repetido,
Eternamente permanece inmota,
Sin que á las olas su constancia amanse;
Ni de embestirla el piélago se canse.
Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braja con las manos
Al ímpetu feroz y sonoroso:
Y dice: auxîlios débiles humanos
No den favor al corazon medroso:
O venza, ó muera: su unica esperanza
Cayga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atras con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno, y rápida cruxia
La vanderilla, y silva regilando:
Y á la Nao Capitana, á quien mecia
Blanda mareta, llega atravesando
De una á otra vanda, y al impulso internas
Retumbáron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma, y los grumetes luego
Saltar á nado á la cercana orilla,
Que el ancho boqueron con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amura de estribor cede al trasiego,
Cae de costado, y la alta popa humilla
Su balconage, y las furiosas olas
Entran por las abiertas portañolas.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los Españoles animados
De la alta accion con prisa acelerada
Dan barreno á los buques ancorados:
El fiero Hernan Cortés con vista ayrada
Terror infunde, y á los alterados,
Que en la conjuracion mostráran brio,
Hace dar al traves con su navío.

Esto mismo Carrasco, y esto hacia
Alvarez Chico: Yañez arrebata
Una hacha de armas, la Carlinga heria
Dando al golfo su golpe entrada grata;
Gines en el baxel que conducia,
Qual si fuera enemigo desbarata
Toda la eslora, á cuyos roncos sones
Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte Galeon empavesado,
Que comandaba Ordaz el arrogante,
Su mismo Capitan le ha despalmado
Por dar satisfaccion de sí bastante:
Y Arvenga el Levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante,
Y la proa y bauprés desaparecen
Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van así los corpulentos
Baxeles; pero ciegos los soldados,
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados:
Impacientes, furiosos y violentos,
De alquitran mil hachones, y embreados
Fuegos arrojan, prenden al instante
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa,
Y el betun y fortísimos tablones,
De Vulcano la cólera furiosa,
Desune el calafate y travazones,
Estiéndese la llama sonorosa,
Y á formar condensados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo.

Fenece así el bellísimo navío
Del hermoso Saucedo envanderado,
Al que en Sanlúcar vió zarpar el rio
De flámulas y xarcias adornado:
Tambien, Godoy, al tuyo fuego impío
Quemó, y al de Moron bien artillado,
Al que conduxo á Dávila violento,
Morla el fuerte, y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecian
De tanta armada trozos solamente
Medio quemados: popas se veian
Y proas de oro envuelto en llama ardiente,
Pedazos de banderas que se hundian,
Que el agua ó fuego nada allí consiente,
Y aniquilan los míseros fragmentos
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, quando hasta los obscuros
Senos del mar con ímpetu silvando
Ciega legion de espíritus impuros
Se precipita, el Ponto rebramando:
Albricias, noble España, que seguros
Tus vencimientos son, y al cielo alzando
La alegre vista, mira como el cielo
Te da el premio, esperanzas y consuelo.

Pues cándida paloma descendiendo
Sobre los pabellones, el alado
Giro tendió hacia México, luciendo
Con los visos y albor tornasolado:
El ayre en luz purísima vistiendo,
Qual descogiendo el arco variado
La Ninfa de Thaumante hácia poniente
Trae mil colores con el sol enfrente.

Cortés ambas las manos levantadas
Dice: ya entiendo, Espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas:
Sigo pronto tu nuncio y mi destino:
Los suyos por la cruz de las espadas
Juran no desistir del gran camino,
Hasta ensalzar en vez del Dios horrendo
La cruz que tremolada van siguiendo.

En la hazaña el exército se empeña,
Ya resuena el clarin y caxas luego,
Crece la aclamacion, y hecha la seña,
Marcha el campo Español: ya no hay sosiego:
Equilíbrase el bronce en la cureña;
Y aplicando la mecha al botafuego,
Con ronco estruendo globos infernales
Rebentaron los cóncavos metales.

Los ídolos de México temblaron
Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde
Mudanza triste, absortos receláron
Ciegos ministros con terror cobarde.
Si las Musas mi verso eternizáron,
Miéntras fiero el Leon de España guarde
Con las terribles zarpas ambos mundos,
A pesar de enemigos furibúndos,

Heroyco Hernan Cortés, será cantada
Tu accion por quantos doblan la rodilla
Al Monarca Español, que en fé acendrada
El orbe que ganaste se le humilla:
Tu accion, que dió á la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al Orco impío,
Y alta materia al rudo canto mio.

POESÍAS

DE D. JOSEF CADALSO. (*)

ANACREONTICAS.

I.

Discípulo de Apeles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro;
No me pongas ceñudo
Con iracundos ojos,
En la diestra el estoque
De Toledo famoso;
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo:
Ni en el pecho la insignia,
Que en los siglos gloriosos
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los Moros:
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras indias,
Color azul y rojo:
Ni tampoco me pongas
Con vanidad de docto

(*) Muerto en el sitio de Gibraltar año de 1782

Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos,
Que honores solicitan
En los siglos remotos.
A mí que solo aspiro
A vivir con reposo,
De nuestra fragil vida
Estos instantes cortos;
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro,
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto;
Con pámpano beodo.
El cabello esparcido
Cubriendome los hombros,
Y descubierto al ayre
El pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De Xerezano nectar,
O de manchego mosto.
En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de bayle,
El cuerpo chico y gordo:
O bien junto á mi Filis
Con semblante amoroso,

Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
De este sencillo modo,
Y no de otra manera;
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro.

II.

¿Quién es aquel que baxa
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa;
De pámpanos y yedra
La cabeza ceñida;
Cercado de zagales,
Rodeado de Ninfas,
Que al son de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco
El padre de las viñas,
Pues no, que es el Poeta
Autor de esta letrilla.

III.

Vuelve, mi dulce lira
Vuelve á tu estilo humilde
Y dexa á los Homeros

Cantar á los Aquiles.
Canta tú la cabaña
Con tonos pastoriles,
Y los épicos metros
A Virgilio no envidies.
No esperes en la Corte
Gozar dias felices,
Y vuélvete á la aldea,
Que tu presencia pide.
Ya te aguardan zagales
Que con flores se visten
Y adornan sus cabezas,
Y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores
Que deseosos viven
De escuchar tus canciones
Que con gusto repiten.
Y para que sus voces
A los ecos admiren,
Y repitan tus versos
Los melodiosos cisnes;
Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu tono humilde,
Y dexa á los Homeros
Cantar á los Aquiles.

IV.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimedes á Jove,

En las celestes mesas
Convidados los Dioses,
Suspensos los luceros
Y admirados los hombres.
Y yo dixe á mi Filis,
Déxales que den voces;
El nombre nada importa,
Y del sabor responde,
Que será el que tú dexas,
Quando los labios pones,
En la copa en que bebes
Los béticos licores,
Quando contigo bebo
Quando conmigo comes;
Y déxales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimedes á Jove.

LETRILLA I.

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la Ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor.
¿Ves quantas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves quánta avena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada, ...

Mas veces te quiero yo.
¿Ves al salir de la aurora
Quanta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves la nieve derretida
Quanto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves quanta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves quantas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Mas veces te quiero yo.

LETRILLA II.

De amores me muero,
Mi madre, acudid,
Si no llegais pronto
Vereisme morir.
Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer dia
Del florido Abril,
Y chicos y chicas
Me suelen decir:
¿Por qué no te casan,
Mariquilla? dí.

De amores me muero, &c.
Y á fé, madre mia,
Que allá en el jardin
Estando á mis solas,
Despacio me vi
En el espegito,
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas
Mi primo Luis.
De amores me muero, &c.
Miréme y miréme,
Cien veces y mil,
Y dixe llorando,
¡Ay pobre de mí!
¿Por qué se malogra
Mi dulce reir,
Y tierno mirar?
¡Ay niña infeliz!
De amores me muero, &c.
Y luego en mi pecho
Una voz oí,
Qual cosa de encanto
Que empezó á decir:
¿La niña soltera
De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es mas feliz.
De amores me muero, &c.
Si por ese mundo
No quisiereis ir,
Buscandome un novio
Dexadmelo á mí:

Que yo hallaré tantos
Que pueda elegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir:
De amores me muero, &c.
Al lado vive uno
Como un serafin
Que la misma misa
Que yo suele oir:
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí,
Y se pone lejos
Si tambien venis:
De amores me muero, &c.
Me mira, le miro,
Si me vió le ví,
Se pone mas roxo
Que el mismo carmin.
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero, &c.
Enfrente vive otro
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir,
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver donde voy
Me suele seguir:
De amores me muero, &c.

Otro hay que pasea
Con ayre gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil:
Y á nuestra criada
Le suele decir
Bonita es tu ama:
¿Te habla de mí?
De amores me muero, &c.

ENDECHAS.

Apaga, Cupido,
Tu ligera llama,
Si enciende Himeneo
Sus antorchas sacras.
Respeta de Lesbia
La mano ligada
A la de su dueño
Con tiernas guirnaldas.
Virtud y modestia,
Honor y constancia
Por medio del templo
La llevan al ara.
Tus armas son pocas
Para arrebatarla
De la tropa fuerte,
Que ya la acompaña.
Y si tus intentos
A tanto llegáran,
Vencido, abatido,
Burlado quedáras.

Y nuevo trofeo
Seria tu aljaba
Del triunfo seguro
Que honor alcanzára.
No mas me presentes,
Con lisonjas falsas,
Mudables cimientos
Para mi esperanza;
Que de sus virtudes
A la luz sagrada
Huyen las ideas
Culpables y vanas;
Como en noche obscura
Entre las montañas
El miedo al viajante
Pinta sombras varias;
Hasta que del carro
De Febo las llamas
Esparciendo luces,
Disipan fantasmas.

ELEGÍA

Á LA FORTUNA.

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deydad, al delicioso encanto,
Del son del torno de tu instable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta al sabio de la atroz ruina;
¡Qué poco dura el saludable espanto!
La mayor parte con vigor camina

Al aereo templo de la diosa fama,
Y despreciar exemplos determina.
Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarin la gloria, el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.
El alma debil de furor se llena,
Segunda vez se entrega á tu mudanza
Que los gustos mas gratos envenena.
Tambien guióme un tiempo la esperanza
Monstruo á quien abortó tu devaneo,
Y culpé tu rigor y tu tardanza.
¡Oh quántas veces se inflamó el deseo
En este pecho joven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!
¡Quál crecia el incendio, que imprudente
Propuso levantar al firmamento
Mi nombre del ocaso al oriente!
El militar estruendo, el duro acento
Del xefe que las tropas disponia,
El ronco son del bélico instrumento;
La clin del animal, que Betis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fierro de Cantabria, patria mia;
La pólvora á las madres tan funesta
Con estrepito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas, y sollozos cuesta;
Y de la horrenda guerra las acciones
Parecíanme glorias soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones
Del alto olimpo, y que las nueve hermanas
Solo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.

Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Curcio y de Solís la historia
De Alexandro y Cortés aduladores.
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma, y en Darío
Caprichos de la suerte y la victoria.
Un heroe sabio, y un Monarca pio
Parecianme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto ví la bélica fortuna
Del soberbio Breton al Lusitano,
Dar contra España audacia no oportuna.
Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises, y á su saña,
Rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte por la dura España
Rodar el carro con horrible estruendo
Y alzar la muerte su infeliz guadaña;
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con los nombres complaciendo
De Numancia, Sagunto, y de Lepanto,
De México, de Cuzco, y de Pavía,
De San Quintin, de Almansa, y Campo santo,
De Roncesvalle, y tanto crudo dia,
Que en nuestros fastos con orgullo se halla,
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla,
En que las tropas que La-Lipe ordena,
Huyesen de Lisboa á la muralla.
O rindiesen el cuello á la cadena
Para venir de Atocha al templo santo,

Que de himnos victoriosos siempre suena.
Y do ven las naciones con espanto
Vanderas y estandartes y tambores
Con nuestro gozo y con ageno llanto.
Pero dias mas gratos y mejores
Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores.
Y Cárlos lastimado de los males,
Que el mundo en tantos daños padecia,
Le quiso repartir bienes iguales.
Y así como Neptuno volvió el dia,
Quietud y el sol al triste mar, turbado
Por ira de la diosa que queria
Anonadar la gente, á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra;
Así tambien al mundo encarnizado
En una larga y horrorosa guerra
Cárlos dió paz, y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
El soldado colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano
Con tono estraño y ademan forzudo,
Contó los lanzes de la guerra, ufano
De que su simple voz oida sea
Por cariñosa madre, tierno hermano,
Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala joven y gallarda
Con quien unir su corazon desea,
Y á quien el dia deseado tarda.
Ya de otro caos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobarda
El marinero ya con la fiereza

Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.
    Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo,
A los mortales la quietud ya viene.
    Y la voz de los pueblos llega al cielo
Con jubilos, con gozo y alegria
El cielo esparce su bondad al suelo.
    Y yo sintiendo el deseado dia,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecia;
    Vine á la Corte, donde nueva vida,
Nuevas lides ofrece, y nueva pena
Con colores de gustos bien fingida.
    Allí arrastré la rígida cadena,
Tan dura que aun despues de rescatado
En mis oidos su ruido suena.
    Sí, Fortuna: yo vi, (quan espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido)
Vi lo que nunca hubiera yo soñado:
    Y por tus Sacerdotes conducido
Tus ritos vi, tus victimas y templo,
Joven audaz y nada apercibido.
    Guióme de otros muchos el exemplo
Cuya vida juzgaba yo calmada
Y ahora esclavitud triste contemplo.
    Ya con rodilla ante el altar doblada
Movió mi débil mano el incensario,
Por culto de una estatua inanimada.
    La cara del amigo, y del contrario,
Mil veces vi con arte equivocarse,
La del cobarde, y la del temerario.

En fin, ví con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad, y con pasiones
Del mas horrible genero mezclarse.
Me engañaste hasta aquí. ¡Quántas razones,
Tirana, me pusiste deseando
Llevarme mas allá! ¡Quántas me pones
Con rostro afable, y con acento blando
Aun despues del desprecio, con que veo
Al que vas abatiendo ú ensalzando!
Lo sabes, y que yo solo deseo
Huir de ti porque jamas consigas
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por mas que me acaricies ó persigas.

CANCION PRIMERA

En alabanza de D. Nicolas Moratin.

El semidios que alzandose á la cumbre
Del alto Olimpo, prueba la ambrosía
Entre la muchedumbre
De dioses en la mesa del Tonante,
Y en copa de diamante
Purpúreo nectar bebe,
Al son de la armonía
De los astros que el cielo en torno mueve;
Si desciende algun dia
Al mundo, le fastidian los manjares
De huerto, viñas, selva, montes mares.
Desde que el campo Elíseo al tierno Orfeo
Oyó cantar su amor en tono blando,
Y el ardiente deseo

De volver á lograr su dulce esposa,
Cuya lira amorosa,
Mientras duró sonando,
De Sísifo y de Tántalo un momento
Paró todo el tormento;
Ya no se admira, quando
Algun mortal al verse en tal delicia
Las gracias canta á su deidad propicia.
Quien vió surcando el mar minas gigantes
Sangrientas amazonas, gente estraña,
Y límites distantes
De humana audacia no, mas sí del mundo,
Y el piélago profundo
Pasa con ancha nave
Volviendo rico á España;
En su tranquilo hogar vivir no sabe,
Desprecia la cabaña,
La barca y red que le ocupó primero
Antes que fuera osado marinero.
El joven que una vez del Tracio Marte,
De pálidos cadaveres cercado,
Tremoló el estandarte,
Y en su carro triunfal fué conducido,
De su patria aplaudido,
Con bélico trofeo,
Y júbilo aclamado,
Por volver á la lid arde en deseo:
Ya desdeña el arado
Hijos, esposa, padre, mesa y lecho,
Solo el guerrero horror le llena el pecho,
Y al que al divino Moratin oyere,
Los metros que el timbreo Dios le inspira,

Y el brio con que hiere
La cítara de Pindaro sagrada,
Ya nunca mas le agrada
La humana voz, ni sones
De otra qualquiera lira,
Por mas que suenen ínclitas canciones,
Que el necio vulgo admira:
Canta pues entre todos el primero,
Y calle Ercilla, Herrera, Horacio, Homero.
Cancion, dile á mi amigo
Que me falta el aliento,
Y que quando cantar su gloria intento,
Callo mil veces mas de lo que digo.

CANCION II.

Al mismo asunto.

¡Ay, si cantar pudiera
Los hijos de los dioses lira de hombre,
Y qual trompa guerrera
De altísona armonía,
Que ambos polos atónitos asombre
Resonase la mia,
Hijo de Febo, joven prodigioso,
Qual se alzára mi numen orgulloso,
Se alzara por regiones
Astros, esferas, mundos, y á su acento
Las célicas mansiones
Eco sacro darian,
Y los dioses del alto firmamento
A escucharme vendrian.

Anfion y Orfeo no triunfaron tanto
Del mar, y hórrido reyno del espanto
Creyendome inspirado
Para cantar tus loores dignamente,
Mandándomelo el hado,
Las Musas castellanas
Con lauro coronándome la frente
Vendrian mas ufanas
Que las de Tebas, quando el Dios del dia
A Pindaro portentos influia.
La cítara Lesbiana,
Que con marfil y pulso á trinar hecho
Tañe la diestra ufana,
En vano, dulce amigo,
Para cantarte aplico al blando pecho:
No resuena conmigo
Como en tu mano armónica resuena,
De pompa, magestad y gloria llena.
Resuena qual solia
La de Salicio y Títiro en lo blando
La dulce lira mia;
Parezco al imitarte
Pastor que con su abena está imitando
Las trompetas de Marte,
Los zéfiros se rien y recrean
Y las púrpuras flores se menean.
Con lascivos arrullos
Ya los páxaros juntan su armonía,
Y el rio sus mormullos
Muy gustoso y tranquilo,
Quando el mundo de horrores temblaria
Del Orinoco al Nilo

Si las ruedas del carro resonáran
Y á la trompeta atróz acompañáran.
  Fatíganme en lo interno
Furias , Trasgos , y Manes que aparecen
Del horrísono infierno
Y báratro profundo,
Y sol y luna y astros se oscurecen,
Y se anonada el mundo
Rompiendose ambos palos con estruendo,
Y el caos primero tímido estoy viendo.
  Euménides atroces
Su fuego en torno esparcen con silvido
Y horrendísimas voces,
Con vívoras , serpientes,
Con culebras el pelo entretegido,
Los brazos relucientes
Con triste luz (¡ó corazon te pasmas!)
Que solo muestra espectros y fantasmas.
  La Envidia las conmueve
Sacándolas del centro del abismo,
Y con ardid aleve
En mi pecho las hunde,
Con fiero ardor contra mi amigo mismo,
Porque mil zelos fundo
Quando la fama le aclamó poeta
Con el son inmortal de su trompeta.
  ¿Conque permite el hado
(Me dice en ronco son la horrible Dea)
Que parezca olvidado
Tu nombre con tu verso,
Y que de Moratin la musa sea
La que del universo

Haga sonar el uno y otro polo,
Con cítara que envidie el mismo Apolo?
Dixo: y su pecho lleno
De áspides ponzoñosas y rencores
Me arrojó su veneno,
Se encendió el pecho mio
Qual seca mies del rayo á los ardores
Virado en el estío,
Tu nombre aborrecí con fiero ceño,
Qual esclavo la mano de su dueño.
Mas la Amistad sagrada
Con su candida túnica desciende
De la empírea morada,
De virtudes un coro
La cerca, y con su manto se defiende,
Su carro insigne de oro
Deslumbra y ciega al monstruo que me incita,
Y al centro del horror le precipita.
Mirándome la Diosa
Con faz serena y placida hermosura
Dexó mi alma gozosa,
Qual esparce alegria
Rosada aurora tras la noche obscura;
Dando consuelo el dia
Desde el lejano lúcido orizonte
Al hombre, al bruto, al ave, al campo, al monte.
Mi frente, que arrugada
De mi alma mostró el cruel tormento,
Con mano regalada
Alzó diciendo, vive
Con amigo tan ínclito contento,
Como tuyo recibe

El justo aplauso y lírica corona
Que le da Olimpo , España y Helicona.
Aquellos que yo he unido
Con mis vínculos gratos y celestes
Despues que hayan cumplido
Los dias de sus hados
Castor y Polux , Pílades y Orestes
A Olimpo son llevados,
Y Júpiter llenando mi deseo,
Eternos viven Pritoó y Teseo.
Dexa á las corbas almas
La sátira y rencor , y tus laureles
Junta á las sacras palmas
De Moratin divino:
No temen los amigos si son fieles
Las iras del destino,
Y al lado de sus versos asombrosos
Se admirarán los tuyos amorosos.
A él le ha dado Apolo
La cítara de Píndaro sonante
Para que cante él solo
De Cárlos las hazañas,
Oyendo desde el punto mas distante
Américas y Españas,
Coronado en cada una de las zonas,
Y sus virtudes mas que sus coronas.
Y por probarse á veces
Cantará de la patria y sus varones
Heroycas altiveces,
Escuchale entonando
Sagrados himnos, líricas canciones,
Y estandole escuchando

Suspenso el cielo quedan sin empleo
Espada, lira, rayo y caduceo.
Para él es digno asunto
Lo de México, y Cuzco, y de Pavía,
Y Numancia, y Sagunto,
San Quintin y Lepanto,
Y de Almanza y Brihuega el claro dia
Feliz á España tanto,
Pero tú... canta zéfiros y flores,
Arroyos dulces y ecos de pastores.
Dixo, y fuese volando,
Dexando el alma llena de consuelo,
Y un rastro fué dexando
De clara luz sagrada
Desde la humilde tierra al alto cielo,
Su corona estrellada
En torno por el ayre difundia
Etéreo olor de liquida ambrosia.

INDICE.

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE
32. .	. 25. .	. callado viento,	*callado el viento,*
44. .	. 9. .	. llaga.	*llaga,*
86. .	. 10. .	. sus plantas;	*tus plantas;*
118. .	. 9. .	. espejos;	*espejos*
id. .	. 10. .	. umbrosa	*umbrosa:*
121. .	. 14. .	. se viene	*si viene*
149. .	. 22. .	. rige,	*rige.*
265. .	. 11. .	. Si os quexeis	*Si os quexais*
358. .	. 18. .	. naturales	*naturales.*

MAS ERRATAS DEL TOMO PRIMERO.

Introduccion.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE
40. .	. 21. .	. ya es	*ya se*
48. .	. 32. .	. se las	*se les*

En la obra

64. .	. 27. .	. fortuna	*fontana*
119. .	. 9. .	. quebrantada.	*quebrantada,*
239. .	. 21. .	. en 1808.	*en 1608.*



